



EL LIBRO
de Skye

VIAJEROS EN EL TIEMPO I

EMILY DELEVIGNE

Tabla de contenido

[Nota de la autora](#)

[Glosario](#)

[Cuenta la leyenda...](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Sobre la autora](#)

EL LIBRO
de Skye

VIAJEROS EN EL TIEMPO I

EMILY DELEVIGNE

Título: El libro de Skye
Volumen: Viajeros en el tiempo 1

Diseño de la portada e ilustraciones: ©Nune Martínez
Fotografía: ©Shutterstock, Inc.
Corrección: ©Mónica Berciano Ramírez
Maquetación: ©Nune Martínez

Primera Edición: 2016
Segunda edición: enero, 2019

©2019, Emily Delevigne
©El libro de Skye - Viajeros en el tiempo 1

Web:
[Emily Delevigne](#)

Obra registrada en el Registro de la propiedad Intelectual.
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a Cedro si necesita fotocopiar o escale-ra algún fragmento de esta obra.

Nota de la autora

Aún recuerdo con total exactitud mi viaje a Escocia, hace unos cinco años. No puedo describir con palabras lo que sentí. Una de las mejores partes fue cuando nos encontrábamos en Las Highlands, sobre un barco en el lago Ness. Me prometí que un día escribiría una historia ambientada en Escocia, y así lo hice. Por supuesto, he de mencionar que nos colamos en una boda escocesa... ¡Qué buenos momentos pasamos!

Glosario

A ghràidh: Amor mío en gaélico.

Arisaid: Tartán de lana utilizado por las mujeres escocesas de diferentes formas, entre ellas como un chal.

Aye: Expresión afirmativa, sí.

Hogmanay: Último día de año en el que se celebra la llegada del Año Nuevo con actuaciones musicales y entretenimiento variado.

Kilt: Prenda masculina que consiste en una gran pieza de tela que se ceñía a la cintura con un cinturón y cuya tela sobrante se colocaba por encima del hombro, sujeta con un broche.

Laird: Jefe de un determinado clan.

Lass: Término referido a la mujer como muchacha o chica.

M' Eudail: Forma cariñosa de dirigirse a alguien, parecida a cariño, tesoro...

Mo chridhe: Mi corazón.

Mo rùin: Amor mío.

Sassenach: Forma despectiva de dirigirse a los ingleses.

Sgian dubh: Puñal de pequeñas dimensiones que forma parte del traje tradicional de las Highlands.

Selkie: Criatura mitológica capaz de deshacerse de su piel de foca y convertirse en una hermosa mujer. Cuenta la leyenda que aquel hombre que encuentre su piel de foca podrá someterla hasta que ella la tenga de vuelta, regresando al mar.

Sporran: Especie de riñonera que cubre la necesidad de tener bolsillos. Se coloca en la zona de la ingle.

Cuenta la leyenda...

Se cuenta que el último día del último mes del año, las puertas del presente se abrirán al pasado durante veinticuatro horas. En ese día, los Elegidos podrán viajar en el tiempo y así llevar a cabo la misión que se les encomienda.

Esto se permitió cuando, mucho antes de aparecer vida humana en el planeta Tierra, la primera esfera de vida fue dividida en dos, cayendo en distintas partes del planeta. Ambas mitades estaban destinadas a encontrarse tarde o temprano... en la vida o en la muerte. Con el paso del tiempo y las primeras apariciones humanas, las barreras se fueron haciendo más sólidas e impenetrables, causando que la mayoría de ellas se juntaran con otras que, a pesar de guardar semejanza con su alma gemela, impidieron encontrar a su correspondiente.

Por ello, y solo por este motivo, se permitió que una vez cada trescientos sesenta y cinco días las mitades tuviesen la oportunidad de reencontrarse.

Aunque para ello tendrían que pasar por una prueba. Una prueba definitiva que probaría la unión.

Tras esto, nada ni nadie podría separarlas nunca más.

Capítulo 1

—Tienes cinco minutos, ¿me oyes? Cinco.

—¡Sí, sí, por supuesto! —Alba envolvió las viejas y nudosas manos del señor O’Neill entre las suyas mientras le dedicaba una de sus mejores sonrisas —. ¡No tardaré más! ¡Ni se dará cuenta de mi presencia!

Soltándolo, no esperó ni un segundo más para entrar en la antiquísima biblioteca y recorrer las enormes filas repletas de libros con la mirada, preguntándose por cuál comenzaría disponiendo de tan breve tiempo.

El señor O’Neill, irlandés y asentado en Sevilla desde hacía más de cuarenta años, era un hombre solitario y amante de los libros que apenas entablaba relación con nadie, excepto con su tía Carmen. Y esa era la razón de que se encontrase allí. Muchos la llamarían a partir de ese día *la afortunada*. Poca gente, por no decir nadie, había conseguido el permiso del anciano para disfrutar del paraíso literario que poseía tras una puerta al final del salón.

Alba había estado suplicándole a su tía durante cinco meses que convenciera al señor O’Neill de dejarla entrar en su biblioteca, recibiendo un «no» por respuesta de ambas partes. No sabía qué les habría hecho cambiar de idea, pero allí estaba, respirando aquel olor a libros viejos y galletas caseras mientras se sentía como si estuviese en un castillo medieval del siglo XVII.

La casa del irlandés estaba construida sobre unas antiguas ruinas romanas que, desgraciadamente, habían sido tapadas antes de que el ayuntamiento fuese consciente del patrimonio que estaban destruyendo. Una vez que el señor O’Neill pagó por esas tierras nadie tuvo derecho a echarlo, aún más cuando aquellas ruinas habían sido cubiertas con cemento siendo imposible reconstruirlas.

De boca de su tía Carmen había oído el interesante rumor de que aquellas ruinas seguían de pie, en el sótano, para uso y disfrute del irlandés. No sabía si ella las había visto, pero lo que estaba claro era que Alba no tendría la oportunidad.

Mirando a su alrededor con deleite, paseó las manos por las viejas estanterías de madera de roble, tocando los lomos de los antiquísimos libros. La mayoría estaban en inglés, irlandés y escocés. Apenas alguno en español, entre ellos *El Quijote* y *Campos de Castilla*.

«Cómo no», pensó con una sonrisa.

Las obras eran tan vetustas que temía tocarlos por miedo a que se resquebrajasen en sus manos. Pese al gran amor que sentía por los libros, no se caracterizaba por ser una persona precisamente ágil en cuanto a tratar objetos antiguos se refería.

Se adentró aún más, perdiéndose entre el laberinto de estanterías, hasta que pasó cerca de otro pasillo muy iluminado por una gran ventana cuyo marco era de madera con complicados truncados hechos a mano.

Retrocedió y miró aquel pasillo que formaban las altas estanterías, proyectando pesadas sombras sobre las paredes.

Avanzó un paso hacia la luz de la ventana. El suelo de madera crujió bajo su peso. Ignorándolo, avanzó nuevamente hasta mirar a través del cristal, teniendo que limpiarlo con el dobladillo de la camiseta al notar una pesada capa de polvo sobre ella. Frotándose los ojos con las manos, intentó enfocar la vista, creyendo haber visto prados verdes y un castillo medieval a través de ella.

Algo imposible cuando se encontraban en el centro de Sevilla.

Sonrió, aliviada, al ver la Giralda en todo su esplendor y el sol del atardecer ocultándose entre los edificios. Sí, todo estaba en su sitio.

Sorprendida, notó que el poco calor que hacía en esa habitación no tenía nada que ver con las usuales casas sevillanas. Parecía haber diez grados menos. ¿Cómo era posible? ¿La ubicación, quizás? ¿El tipo de material de las paredes no permitía la penetración de los rayos del sol?

Suspirando, se dio la vuelta para aprovechar el escaso tiempo que le quedaba en ese maravilloso lugar cuando su cadera dio contra una pequeña mesa, situada a su derecha.

—Mierda... —susurró dolorosamente, llevándose la mano a la zona golpeada.

Clavó los ojos en la pequeña mesa de madera, cuyo centro era de cristal raído, como si lo hubiesen golpeado con brusquedad, haciendo que el dibujo de un cardo en el centro estuviese algo distorsionado. Las patas de la mesa se juntaban a medida que subían, encontrándose hasta ser un todo.

Terminó de subir la mirada para encontrar un viejo y grueso libro en el centro. Las tapas duras de color morado oscuro, casi azules, estaban algo deterioradas.

Alba, de forma inconsciente, estiró el brazo y tocó el libro con las yemas

de los dedos.

Retiró la mano con rapidez y miró a todos lados.

¿Le permitiría el señor O'Neill tenerlo entre sus manos? Si aquel libro estaba separado de los demás seguramente sería por algo.

Humedeciéndose los labios, al no escuchar el sonido de sus pisadas, cogió el libro entre las manos y se puso de espaldas a la ventana, dejando que la luz incidiese sobre él.

En la dura portada estaba la silueta de un cardo. ¿No era aquello un símbolo nacional escocés? Se preguntó siguiendo el recorrido con los dedos. Quizás fuese un libro sobre Escocia, un libro de cuentos infantiles, leyendas o...

El libro estaba frío. Muy frío.

—Qué extraño, no hace tan baja temperatura aquí dentro —dijo en voz baja.

Abrió el libro por la primera página, oyéndose el chasquido al pasar la cubierta. Con cuidado, lo apoyó contra su abdomen e intentó leer la primera página de color blanco roto con los bordes amarillos a causa del paso de los años.

Estaba en gaélico, averiguó al recordar unos escritos que el señor O'Neill había llevado una vez al restaurante de su tía. No entendía nada de nada. Los idiomas siempre se le habían dado bien, pero tampoco había profundizado en esa habilidad para explotarla y dedicarse a ello profesionalmente. El inglés lo manejaba con soltura y chapuceaba con el francés y ruso. Si fuera inglés... Suspirando, pasó las páginas, esperando encontrar algo que pudiese entender... o al menos un dibujo. Poco a poco, aquella caligrafía comenzó a hechizarla, desde sus tortuosos enlaces hasta los signos que aparecían en algunas páginas.

Comenzó a pasear los ojos por las líneas, escuchando unas voces que parecían salir del libro hasta llegar al interior de su cabeza. Susurros, palabras ininteligibles que no conseguía descifrar, exclamaciones y más voces. Pasó la siguiente página con lentitud mientras se preguntaba si todo eso no sería más que el producto de su inalcanzable e ilimitada imaginación.

Su corazón dio un vuelco.

Tras terminar la página, pasó a la siguiente y así sucesivamente, sin ser consciente del tiempo. Poco a poco la habitación fue sumiéndose en la oscuridad, viéndose por la ventana el cielo de tonos anaranjados y morados que darían paso al anochecer, pero Alba no tenía interés en ello.

Estaba concentrada en aquel libro que poco a poco la unía a él más y más, las voces aumentaban y sus dedos pasaban las páginas solos, sin ser consciente de ello.

En su cabeza se formaban imágenes de prados verdes y frondosos, húmedos por la fría lluvia que otorgaba un aspecto salvaje a la vegetación. Altas montañas ocultas de pálida nieve helada y niebla plateada, que bajaban por los valles para cubrirlos por las mañanas, seguidos de los impecables montes con una amplia gama de verdes.

Con dificultad consiguió distinguir un castillo, un enorme castillo de piedra sobre una llanura. Estaba segura de que desde aquella posición los enemigos no podrían sorprenderlos, tenían todo los flancos despejados. Algo más lejos se encontraba un lago de aguas oscuras, donde las ramas de los árboles, apoyados en sus orillas, acababan por caer en el embrujo del agua, ahogándose.

—Dios mío... —musitó—. Cuánta belleza.

Alrededor del lago había pequeñas casitas, dispersas, mientras que dentro de la muralla del castillo había más, juntas y sirviéndose de apoyo unas a otras, a unas caballerizas, un pozo y una herrería.

Una fresca brisa acarició su rostro, cambiando su campo de visión por el castillo nuevamente. La imagen iba subiendo poco a poco, hasta que llegó a lo más alto de la torre del homenaje.

Había un hombre de espaldas, mirando el paisaje con las manos enlazadas detrás. Alto, muy alto, se dijo Alba sin dejar de mirarlo. Su pelo era oscuro, parecía castaño con reflejos cobrizos por la incidencia de los haces de luz. Hasta los hombros y suelto, era movido por el viento con total libertad.

Sus anchos hombros estaban tensos, los fuertes músculos de su espalda advertían de él un hombre fuerte, grande y feroz, cubierto por una camisa ancha y blanca. ¿Dónde estaría? Se preguntó Alba, ¿sería un guerrero? ¿Estaría quedándose dormida y soñando con aquel extraño? Tenía que admitir que era la primera vez que conseguía ver y sentir con tanta claridad, como si realmente se encontrase allí.

Si era un sueño, no quería despertar todavía.

De repente, Alba se percató de que el hombre llevaba un *kilt*.

Antes de que pudiese prestar intención a los colores, la imagen se fue acercando más y más a la figura, hasta que pudo sentir el calor manando de su

inmenso cuerpo. Le llegó el olor masculino: fresco, a lluvia, tierra mojada y menta. Inspiró con fuerza para luego soltar el aire con lentitud.

Alba quería estirar la mano, acariciar el pelo del hombre, ver su rostro.

Asustada, retiró la mano con rapidez cuando la tensión se hizo palpable en el ambiente. Poco a poco, el hombre fue girando sobre sus pies. Sus rasgos fueron quedando expuestos, arrebatándole el oxígeno de los pulmones con brusquedad.

Nariz recta, mandíbula suavemente cuadrada cubierta de un vello cobrizo claro y pronunciada... Masculino. Esa era la palabra. Era muy masculino, irradiaba poder por todos los poros de su piel. Poder y fuerza. Tanta que la abrumó.

Cuando terminó de girar el rostro, el corazón de Alba se paró.

Grises. Sus ojos eran grises. Fríos, duros, implacables como la muralla de su castillo.

Y la estaban mirando a ella. Achicó sus ojos y dio un paso, estirando el brazo.

—*¿Quién eres?* —preguntó en gaélico.

El libro cayó de sus manos con un fuerte estruendo, sacándola de allí.

Alba gimió y miró aquel libro, caído sobre el suelo, con las manos todavía con la posición en el que lo había sostenido.

Su corazón latía erráticamente, sin descanso, mientras miles de preguntas cruzaban por su cabeza. ¿Qué había sido todo eso? ¿Su imaginación? ¿Tan potente era? No, en lo más profundo de su ser sabía que no. Con el vello erizado de la nuca, se obligó a mantener la calma.

Agachándose, cogió el libro abierto y miró la página en la que había caído.

Nuevamente, estuvo a punto de dejarlo caer cuando vio dibujado al atractivo hombre de antes, solo que de cuerpo entero y en posición de defensa y dirigiendo una feroz mirada al espectador. Con las rodillas flexionadas y una *sgian dubh* en una de sus manos, su camiseta estaba casi destrozada por completo, el *kilt* tenía manchas de sangre y sus fieros ojos llenos de furia prometían una tortuosa muerte. Su pelo era movido, quizás, por el viento, colocando algunos cortos mechones por la frente.

Aquel dibujo tenían que haberlo representado durante una batalla, ya que tenía restos de sangre seca esparcidas por doquier, pero... ¿Cómo era posible?

Delineó el contorno de la atractiva cara del escocés, desde sus labios hasta

la mandíbula. Era tan... Guapo. Competiría con el mismísimo dios Apolo si existiese, pensó con una sonrisa mientras acariciaba los amplios hombros. Si ese hombre había existido en el pasado, las mujeres se tenían que haber peleado por conseguir su atención.

Incluso ella lo habría hecho, teniéndose en tan alta estima.

Cogió aire y...

—¿Alba? ¿Estás bien, muchacha?

Asustada, se incorporó de sus rodillas y apretó el libro contra su frenético pecho.

Anhelaba llevárselo, pero no era una ladrona... ¿O sí? Podía hacer una excepción...

—Sí, señor O'Neill. —Lo escuchó desde lejos, iba hacia ella—. Ya he terminado, salgo ahora mismo.

Con pesar, fue a dejar el libro sobre aquella espectacular mesita cuando un trozo de papel del interior cayó al suelo.

Agachándose, lo cogió con rapidez y se lo guardó en el bolsillo del vestido. Miró una última vez el libro antes de ir hacia la salida. ¡Cómo había pasado el tiempo! ¡Para ella habían sido minutos, segundos, cuando ya había anochecido! Cuánto le habría gustado alargar aquella experiencia, pensó. Sentía demasiada curiosidad por el hombre.

Se encontró al señor O'Neill enfrente, mirándola.

—¡Muchísimas gracias, señor O'Neill! —Le cogió las dos manos, siendo observada por sus claros ojos—. Tiene usted aquí un paraíso literario.

El viejo hombre sonrió.

—Gracias querida, no me has molestado en absoluto. —Su acento irlandés la hizo suspirar—. Te invitaré otro día.

—¿De verdad? ¡Muchísimas gracias! —Lo abrazó con fuerza, a pesar de la gran estatura del hombre—. Tengo que irme, mi tía Carmen me está esperando. No sabe cuánto le agradezco que me haya dejado entrar. —Se le erizó el vello de la nuca al recordar todo lo que había visto y sentido—. Ha sido... Mágico.

—Tengo que admitir que sí, muchacha. Estas ruinas son de lo más... inusuales, ¿no crees?

Al salir de la casa, el abrasador calor sevillano la envolvió, recordándole que se encontraba allí, que, para desgracia suya, no había sido transportada a los verdes campos escoceses.

Parada en la puerta de la casa del irlandés, se palmeó el bolsillo del

vestido.

Espera... ¡No estaba! ¡No estaba el papel!

Nerviosa, metió ambas manos y lo buscó desesperadamente, ignorando las curiosas miradas de las personas que pasaban por su lado y la oían hablar.

—¡Joder! —exclamó.

Sabiendo que el irlandés no le abriría la puerta por segunda vez, suspiró y se fue al restaurante de su tía Carmen, sintiendo unas apremiantes ganas de entrar en la casa y llevarse el libro, aparte de encontrar la pequeña nota. Quizás no fuese nada más que una esquina que se había desprendido por la caída, pero aun así...

La buscaría la próxima vez que entrase, se prometió, ocultando aquella parte de sus pensamientos que le susurraba que O'Neill tiraría el papel pensando que era basura.

Sacudió la cabeza.

Caminó hasta llegar a Puerta Jerez, atestada de turistas y personas que con el calor se habían animado a salir de sus casas para disfrutar de la agradable noche. Llegó hasta el enorme restaurante de su tía sin ser consciente, con la mente en aquel increíble lugar que tenía que ser Escocia.

Una fantasía.

Era como haber visto las entrañas de un maravilloso lugar.

Pensó en los atormentados ojos grises. Esa tonalidad metálica azulada no la había visto jamás en su vida. Ni siquiera en su abuela, cuyos ojos verdes eran tan claros que podían apreciarse a metros y metros de distancia. Sintiendo una inquietante presión en el pecho, entró en el restaurante y sonrió a los clientes más conocidos.

El restaurante de su tía Carmen había empezado siendo un pequeño restaurante que con su buena comida casera había atraído a muchísimas personas, desde personas solitarias que buscaban un poco de tranquilidad, hasta numerosas familias. Poco a poco fue adoptando las medidas de un restaurante, aunque no tenía esa frialdad para tomar solo ese papel. Era tan importante que circulaba el rumor de que si no ibas al Restaurante de la tía Carmen no habías estado en Sevilla.

La decoración era sencilla pero elegante: la larga barra de madera barnizada, los suelos de loseta oscura y las paredes limpias y blancas con cuadros colgando sobre los viajes de su tía hasta fotos de ella de cuando era pequeña.

Si tuviese que describirlo sería familiar, cálido y acogedor.

Tres adjetivos que nadie podía ignorar.

Las mesas de madera estaban exquisitamente cuidadas con las sillas a juego, manteles blancos las cubrían, siendo adornadas con dos o tres flores en cada jarrón, diferentes en cada mesa. Tras la barra, donde estaban los camareros, había un gran espejo que creaba una ilusión óptica de aumentar el espacio del establecimiento.

Saludó a uno de los camareros con una sonrisa antes de entrar en la cocina, encontrándose a su tía metiendo una enorme olla con restos de comida en el lavavajillas. Su pelo estaba cubierto por un gorro con redes y su cuerpo con el uniforme que ella misma había confeccionado, manteniendo el mismo diseño de siempre.

Llevaba unos guantes para protegerse las manos del calor, aunque eso no evitaba que más de una vez apareciese con quemaduras.

—Buenas tardes, tía.

—¡Alba! —Su tía Carmen se giró, sonriéndole con sus cálidos ojos castaños antes de abrazarla con fuerza—. ¿Vienes de la casa del señor O’Neill? ¿Qué te ha parecido?

—¡Es increíble! —exclamó apoyándose en una esquina donde no la estorbase mientras ella seguía preparando la comida—. Tienes que convencerlo de que me deje entrar otra vez, ¡por favor! Oh, venga, soy tu sobrina favorita.

Su tía Carmen le dirigió una sonrisa cómplice.

—¿Tan mágico ha sido el encuentro?

Sintiendo cierto sonrojo en sus mejillas, se miró las uñas de las manos.

No tenía problemas en hablar sobre hechos paranormales o raros con su tía. No cuando desde pequeña la había criado contándole todas y cada una de las experiencias que había tenido a lo largo de su vida: desde un encuentro con su madre en el primer aniversario de su muerte, algo que le había puesto la piel de gallina, hasta con su viejo perro *Mancha*, encontrádoselo tumbado a un lado de su cama antes de desaparecer en una espesa niebla, regalándole un amigable ladrido.

Alba siempre se había querido mantener al margen de aquel extraño mundo del que su querida tía formaba parte, pero la curiosidad ligada a ciertas vivencias propias le estaba mostrando otra cara nueva de la vida.

Y lo que le había pasado con el libro...

Siempre había creído en algo, pero no había conseguido ponerle nombre ni rostro. Había sido criada como cristiana, y aunque tenía fe en Dios, pensaba que había algo más, algo que se iba de las manos de los mortales y de Dios. ¿O acaso podría ser Él mismo quien ideaba tales encuentros?

Cogió aire.

—He... Visto un libro. Un libro especial.

—¿De veras?

—Y... me ha llevado a otro lugar. —Le echó una ojeada. Agradecía que no estuviese mirándola a los ojos. Se habría echado para atrás, y su tía lo sabía. La conocía demasiado bien.

—¿Qué lugar, cariño?

—Creo que era Escocia, tía. —Alba no fue consciente del anhelo que mostraba su voz. Suspiró, derrotada—. Veía enormes y frondosos valles, la niebla cubriéndolo todo a primeras horas de la mañana mientras caía una suave llovizna... Lagos, oscuros lagos rodeando un enorme castillo que se alzaba sobre ellos. Y unos ojos.

Su tía asintió y puso dos platos de comida en la barra para que el camarero se los llevase a la mesa correspondiente.

—¿Qué más?

—Era... Era tan guapo, tía. Enorme, grande... De cabellos oscuros y ojos grises. Tenía la mirada triste, perdida, como si acabase de tomar una dura decisión. La frialdad era latente en ella. —Se agarró las manos sobre el regazo—. Yo... Podía sentirlo, su calor, la cercanía. ¡Oh, tía! Sé que suena estúpido...

—Cariño, ya sabes que eso no puedes decirlo delante de mí —dijo con una sonrisa, tomándola de las manos. Su baja estatura hizo que tuviese que bajar la cabeza para mirar sus ojos.

—Es que, ¿cómo puede un libro antiguo llevarme a otro sitio? Incluso mentalmente hablando, quiero decir. —Soltó una risita nerviosa—. Físicamente es... imposible. ¿Y transportarme a otra época? No había coches, tía, ni carretera, solo un hombre con un *kilt*...

—¿Y si hubieses visto Escocia en otra época? —La interrumpió calentando agua mientras hacía otros platos—. Quizás sean portales.

«Portales. Ya, claro, sí, cómo no...». Estuvo a punto de soltar una carcajada. Hasta ese punto, Alba no creía. No tanto.

—Tía...

—¿Y si es una señal?

—¿Señal? —inquirió curiosa pero escéptica—. Señal de que ayer me tomé alguna que otra copa, quizás.

—¿Quieres dejar de buscarle a todo una respuesta lógica? Eres tú quién ha venido con esa sensación de haber visitado la Escocia medieval. —Alba tuvo la decencia de sonrojarse y asentir, dejando que continuara—. Quizás ese hombre te necesita, quizás está en tus manos salvarle la vida.

De acuerdo. Aquello le sentó como un puñetazo en el estómago.

—¡Tía, no me crees semejante responsabilidad!

—Solo quiero que analices muy bien lo que has visto. ¿Ha pasado algo más?

Una sonrisa fue apareciendo poco a poco en su rostro. Recordó todas y cada una de las sensaciones que el libro le había transmitido. Desde la fría y fresca brisa de la llovizna hasta un salvaje olor a bosque mezclado con tierra mojada.

—El hombre se giró, estiró la mano hacia mí y preguntó algo. Llevo comiéndome la cabeza todo el trayecto pensando en qué significaría. —Se mordió el labio—. Se me cayó el libro y en ese momento el señor O'Neill me avisó de que tenía que irme... Una nota cayó del libro.

Su tía le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Una nota? —Alba asintió con recelo—. ¿Y la has leído?

—No, me la guardé pero no la encuentro por ninguna parte... ¡Joder, qué mala suerte!

—¡Alba, esa boca! —la riñó.

—Perdón.

Su tía suspiró y fue hasta ella, cogiéndole las manos y apretándoselas con suavidad. Le ardían, quizás por estar todo el tiempo con las ollas. A pesar de tener alguna que otra marca, estaban bastante suaves.

—Cariño, hay cosas para las que estamos predestinados, sean buenas o malas. Algunas pueden ser pruebas para medir nuestra fuerza interior, otras para encontrar nuestro camino y otras... que ni siquiera yo puedo saberlas. No temas, pues creo que ante ti se está formando un camino duro, lleno de obstáculos que te llevarán a donde quieras ir.

—Tía, ningún sueño te señala el camino, y aunque hipotéticamente lo barajáramos, yo quiero estar contigo —dijo con lentitud, apretando sus manos.

—Eso crees ahora. —Sonrió—. ¿Te acuerdas cuando te conté la historia de

las almas gemelas?

—Ajá —asintió—. Me encantaba.

—Mi madre me la contó a mí, y su madre a ella, y así a lo largo de nuestra familia. Cariño —susurró—, dos personas forman parte de un todo, una unidad. Todos tenemos un alma gemela. Ya sabes que esos *todos* se separaron en dos por distintos motivos y fueron a caer a la Tierra. Esparcidas, algunas cayeron muy lejos de su alma gemela. Solo aquellas que acabasen por encontrarse acabarían formando el todo original, la unidad. Desgraciadamente, o no, dependiendo de cómo lo veas, el mundo es enorme. Algunas mueren emparejándose con otras.

—No entiendo a qué quieres llegar con esto. —Sin lugar a dudas, se estaba perdiendo en el hilo de pensamientos que su tía tejía. Más que ayudarla, solo le estaba provocando más y más confusión—. ¿Estás diciéndome todo esto por algo o quieres asustarme? Sabes que no comparto del todo tus ideas sobre la otra vida.

—Lo descubrirás más adelante —Se dio la vuelta con rapidez, impidiendo que Alba viese un inusual brillo en sus ojos.

—Pero...

—Siéntate en una mesa, te prepararé algo de cenar.

Esa era la forma que tenía su tía de despedirse de ella. Asintiendo, salió de la cocina y se sentó en una mesa libre, cerca de la ventana. Miró desde ella a las personas, al parque de al lado y pensó en todo lo que le había dicho su tía. ¿Realmente quería tener toda esa imaginación que ella poseía y sumergirse en un mundo imaginario en el que un hombre le pedía ayuda? ¿Era necesario? Recordaba de pequeña vivir en un constante mundo de fantasía que no había hecho más que darle problemas y, por supuesto, llevarse algún que otro varapalo para recordarle que debía tener los pies en el suelo.

Pero, por otra parte... ¿Y si tenía algo que ver con ese hombre? ¿Y si necesitaba su ayuda? Todo sonaba tan... Raro. ¿Cómo podía necesitar su ayuda un hombre que actualmente ya estaba muerto? ¡Más que muerto! Sería polvo, o ya ni siquiera quedaría eso de él. Frustrada, quiso comprobar si por casualidad estaba el papelito dentro del bolsillo de su vestido.

No.

Unos diez minutos más tarde le aparecieron dos platos para comer. El increíble olor que desprendían hizo sonar su estómago. El viejo camarero sonrió, mostrándole una dentadura en muy buen estado.

—Parece que vienes con hambre. ¿Muchas aventuras?

—Muchísimas —contestó con una sonrisa—. Dale las gracias a mi tía por ponerme la comida tan rápido.

Le guiñó un ojo.

—Eso está hecho.



Alba se terminó de beber la cerveza en compañía de sus amigas mientras aguantaba con una sonrisa las pesadas bromas. De todas formas, ¿no se las merecía después de haberles contado su experiencia con el libro? Quizás tendría que haber recordado lo escépticas que eran, sobre todo cuando una de ellas era médica y creía en todo aquello que fuese empíricamente demostrable. Y para ser sincera... hasta a sus oídos le había sonado como una locura.

Con toda seguridad, le estaba afectando demasiado leer libros paranormales y escuchar las viejas historias de su tía. Sus amigas eran ese instante de realidad que le hacía tener los pies en la tierra, alejándola de toda

confusión.

—¡Vaya, así que un atractivo hombre de ojos grises! —Eire se rio—. ¡Dime que tenía un hermano!

—¡Eire! —exclamó su otra amiga, Ruth—. No has preguntado lo más importante, ¿se ha...?

—¡Dejadlo! —Se rio Alba—. No sé para qué os cuento nada, chicas.

—Ya sabes cómo somos. —Eire se encogió de hombros—. ¿Se lo has contado a tu tía? Recuerdo cuando yo le hablé de oír unas voces en el patio de mi casa cada noche. Mis perros ladraban sin parar pero no me atreví a salir a mirar. ¿Sabéis lo que me contestó? Que quizás era una niña que quería jugar conmigo. Finalmente un día salí y me encontré a un par de adolescentes que habían tomado mi patio como lugar perfecto para meterse mano. —Alzó la cabeza, con cierto orgullo—. Nada de fantasmas. No existen.

Ruth se rio.

—Con todo el cariño del mundo, Carmen siempre saca un lado paranormal a todo.

—Lo sé —contestó curvando las comisuras de la boca hacia arriba—. Tengo que irme ya, chicas. Mañana es lunes, ¡y para vosotras también! ¿Es que los médicos y los sexólogos no hacen nada en su vida?

—¡Pero vaya golpe que nos ha dado! —Ruth soltó una carcajada—. ¿Te llevo en coche?

—No, estoy a cinco minutos y me apetece dar una vuelta. Quizás el paseo me aclare las ideas.

—¡Ten cuidado! —gritó Eire cuando ya se había alejado—. ¡Quizás aparezca el hombre de ojos grises y te lleve a su *enorme* castillo!

Entendió la connotación que había hecho a «enorme».

Sonrojándose ante la curiosa mirada de los demás, se fue sin decir nada oyendo a lo lejos las carcajadas de las dos achispadas mujeres. En el corto trayecto de vuelta se permitió contemplar las farolas, bares y restaurantes, donde todavía había gente trabajando y algún que otro turista con ganas de acabar con toda la cerveza del local.

Al llegar a su casa, encontró a su tía viendo una de sus series favoritas mientras jugaba al *Candy Crush* con la *tablet*, aporreando los dedos contra el pobre cristal.

Al sentir sus ojos sobre ella, sonrió.

—Qué pronto has llegado, ¿estás cansada?

Miró a su tía antes de acercarse y sentarse en el reposabrazos del sillón. Apoyó la cabeza en su menudo hombro.

—Sí, mañana tengo que trabajar.

—Tienes razón, descansa cariño.

Alba se levantó y fue hasta la estantería donde había una foto de sus padres. Acarició los rostros de ambos, felices, efímeros, como si el tiempo no pasara sobre ellos. Inmortales cuales recuerdos aprisionados en la mente de una huérfana. Seguía doliéndole muchísimo no tenerlos día a día a pesar de llevar sin ellos la mayor parte de su vida. A veces se preguntaba qué le esperaba, qué sería de ella. Sus días solían ser monótonos, lo de ese día había sido una excepción en toda regla. A veces se había preguntado si esa pequeña de locura y fantasía que su tía le ofrecía no era sino una forma de escapar de la realidad y de los tristes recuerdos de ésta.

—Ellos estarían muy orgullosos de ti, cariño.

Se sintió avergonzada.

—Gracias —musitó.

—Te pareces muchísimo a tu abuela. Tu madre lo decía.

Asintiendo, se fue hacia su pequeña pero entrañable habitación. Totalmente decorada por Alba, pensó lo mucho que ésta hablaba de su personalidad: las paredes eran de un color verde lima, cortinas blancas y lisas que dejaban pasar la luz del día a través de ella casi en toda su totalidad, dando luz. Alba odiaba la oscuridad y no ver con claridad dónde se encontraba. La colcha marrón de su cama había sido un regalo de cumpleaños de su tía. Recordaba los berrinches que cogía de pequeña cuando tenían que lavarla y sustituirla por otra.

Había un escritorio con un ordenador portátil y unos cuadernos. Todo era bastante simple, no le gustaba estar rodeada de demasiados objetos, sobre todo cuando su cuarto no era tan grande.

Volvió a mirar a las paredes, recordando el espanto de Eire al verlas. Ella habría optado por un color blanco, pensó con una sonrisa. Había cuadros colgados que había dibujado de pequeña, uno de sus mayores pasatiempos. Apenas alguno era bonito, pero los tenía por cariño a la niña que había sido. En su mayoría reflejaban paisajes inexistentes, sacados de la imaginación de una cría que se mantenía alejada de la realidad.

Encendió el aire acondicionado para bajar los asfixiantes treinta y cinco grados que marcaba el mando.

Se quitó el vestido y lo dejó sobre la cama para ponerlo luego a lavar, soltando un suspiro de alivio al sentir el aire frío en la espalda. Fue hacia el armario de madera para sacar la ropa del día siguiente mientras sentía el frío mármol aliviando sus hinchados pies. Bajo uno de ellos sintió algo.

Levantando el pie en el que sentía la presión, jadeó.

—Oh...Oh...

Era un papel. ¿Acaso sería... el papel que había cogido de la casa del señor O'Neill?

Sus piernas comenzaron a temblar, amenazando con desestabilizarla y dejarla caer al suelo de bruces.

¿Cómo había llegado eso hasta allí?

Su corazón latía desbocadamente mientras un olor a lluvia llegaba hasta su nariz. Un frescor natural le removi6 el cabello de la nuca, haciendo que sintiese frío por las gotas de sudor. Pino, tierra, lluvia... una exquisita fragancia de olores se había instalado en su cuarto.

Sin saber qué hacer, miró el papel como si se tratara de una serpiente venenosa. Aquello no era normal. No. Para nada. ¿Y si estaba dormida? ¿Y si acababa levantándose y todo fuese un sueño? Quizás, en la vida real, no había entrado todavía en la casa del irlandés.

Las emociones la arrollaron como una enorme ola que choca contra las paredes del acantilado, con fuerza, queriendo derribar todo a su alrededor hasta asegurarse de hacerlo añicos.

Cogió el papel entre sus dedos y lo desdobló.

Estaba en blanco.

La decepción volvió a invadirla sin contemplación.

—Me estoy volviendo loca. —Sacudió la cabeza—. Debería dejarme de tantas tonterías e irme a dormir. Nunca he creído en estas cosas.

Sin embargo, cuando quiso tirar el papel a la basura, acabó por dejarlo en la mesita de noche. Una fuerza le impedía hacerlo. Y aquello solo le confirmó lo que ya sabía: estaba actuando de una forma totalmente inmadura e irracional. Ansiaba tanto que algo cambiase en su monótona vida que se aferraba a un trozo de papel de forma desesperada.

Salió de la habitación para ir al baño y prepararse para dormir. Era una de esas personas incapaces de trabajar con claridad sin haber dormido un mínimo de siete u ocho horas. Cuando acabó, se metió entre las sábanas y encendió la luz con forma de campana que colgaba de la pared de la cama. Echó una

mirada al papel y acabó por cogerlo entre sus manos, abriéndolo.

No había nada.

—Voy a tirarte a la basura. No puedo perder más el tiempo con esto — pensó en voz alta.

Se frotó los cansados ojos con una mano libre cuando vio unos pequeños trazos grisáceos en el trozo de papel, cobrando más intensidad cada segundo que pasaba.

Parpadeó varias veces.

—¿Qué... qué demonios...?

Como si estuviesen siendo grabadas por fuego, aparecieron con un pequeño humo negro hasta formar un escueto párrafo.

A la luz de la luna llena en el [Hogmanay](#)

Recorriendo a las tres hermanas de Glen Coe para llegar hasta el misterioso lago Ness

*Se abrirá esa noche el portal por el que el pasado y el presente se unirán
Quedando sellados para siempre jamás.*

Con la boca abierta, Alba se levantó de un salto de la cama y fue corriendo hacia el salón mientras el miedo la rodeaba por completo, seguido por la incredulidad. Temía sufrir un infarto con el ritmo que llevaba su corazón desde aquel encuentro en la casa del señor O'Neill. ¿Qué era aquello?

Al escuchar el ruido de sus tambaleantes pisadas, su tía la miró sin que tuviese que llamarla.

—¡Tía! ¡Este es el papel! ¡El papel que encontré en la casa del señor O'Neill! ¡Ha aparecido en mi bolsillo! —gritó histérica.

—Cariño, no grites, estoy a tu lado. —Le dirigió una tranquilizadora mirada—. ¿Y pone algo en ella?

— ¡Sí, mir....!

Alba observó estupefacta el papel al abrirlo a la vista de ambas. Nada. Estaba en blanco.

—P-pero... Pero... Te prometo que había escrito algo y salía humo. No me mires de esa forma, tía —pidió con desesperación, sintiéndose impotente.

—Cariño...

—¡Tía, había algo escrito! —exclamó enfadada—. ¡Te lo prometo!

—Seguro...

—¿No me crees? —cuestionó sin poder controlarse. Estaba a punto de patalear como una niña de seis años—. ¡Dijiste que creías en estas cosas!

—Y te creo, cielo. —Su dulce voz llegó hasta ella como una balsa para aplacar su ira.

Sintió los ojos húmedos ante la impotencia.

—Estoy quedando como una chiflada y todo por esta mi... mie...

—Alba, —Se levantó y fue hacia ella. Le hizo cerrar las manos alrededor del papel—, quizás sólo quería que tú lo supieses, nadie más.

—Pero...

—¿Por qué no te duermes un rato y vuelves a casa del señor O’Neill mañana? Hablaré con él y...

—Pero... —Sacudió la cabeza—. Es que todo esto...

—Duérmete y hablaremos mañana, ¿de acuerdo? Quédate con el papel por si te aparece algo más. Quizás está escrito que yo no sepa nada. Sólo tú. —Sus cálidos ojos castaños la miraban con cariño y comprensión—. Te creo, cielo.

Asintió varias veces, derrotada.

—Vale. De acuerdo. —Suspiró.

Su tía la besó en la temblorosa mejilla antes de que Alba diese media vuelta, como si fuera un espectro sin dirección, a su habitación. Antes de entrar, miró a su tía una última vez, deseando una mirada de fuerza y consuelo, para saber que no se estaba volviendo loca, que ella también era consciente de lo que sucedía.

Su tía sonreía.

Sonreía con complicidad.

En su habitación, no dudó ni un segundo en coger el portátil y comenzó a buscar información de Escocia, famosos *lairds* y castillos. También dedicó tiempo a alguna que otra pregunta sobre «viajes en el tiempo» y leyendas, hasta que acabó por quedarse dormida sobre el colchón, dejando que el ordenador cayera al suelo. Había sido suficiente por esa noche.

Capítulo 2

Al día siguiente, con unas tremendas ojeras y mucho sueño, Alba aguantó rígidamente la mirada de sus amigas con la cabeza alzada, sabiendo lo que estarían pensando.

No podía culparlas, ella no habría actuado de manera diferente.

—¿De qué estás hablando, Alba? —Eire alzó una oscura ceja—. ¿Tengo que concertarte cita para un examen psicológico?

—¿Estás bien? —Ruth le acarició la mano por encima de la mesa—. Creo que no has pegado ojo, tienes unas ojeras enormes.

A punto de perder los nervios, cogió su batido de chocolate.

—¿Habéis oído la historia? —preguntó lentamente. Sus amigas asintieron a la misma vez. Si no hubiese sido por la gravedad de la situación, se habría reído—. ¡Un maldito papel me ha mostrado un párrafo mientras salía humo! ¡Un libro me ha transportado a la Escocia medieval y vosotras solo os preocupáis de mis ojeras! —estalló.

—¡Eh, esa fue Ruth! —Eire suspiró—. Es que... Vale, supongamos que te creo. ¡Demonios, Alba! No me mires así, ponte en mi lugar. Es una locura.

—¿Para qué os lo contaría si no? No gano nada con ello. —Cerró los ojos. Por primera vez, su voz sonó debilitada, como si ya no pudiese continuar con aquello—. O me estoy volviendo loca o... O es cierto. Me conocéis, a pesar de que mi tía sea dada a... hechos paranormales, sabéis que yo siempre me he mantenido al margen.

—Pero tu tía tiene... Algo. —Ruth clavó sus castaños ojos en ella.

—¿Y si yo he heredado esa aura de ella?

Eire se echó para atrás, alarmada por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Alba, ¿puedes pararte a pensar en lo que estás diciendo?

—¡Necesito que me ayudéis! —gritó golpeando la mesa con los puños.

La cafetería en la que se encontraban se sumió en un profundo silencio. No le hizo falta alzar la vista para saber que todos la estaban mirando. Tenía que controlarse o la echarían.

Se pasó una mano por el pelo, echándoselo hacia atrás y cerró la boca.

—Mira, tengo una idea —habló Ruth al verla tan desesperada—. Esa nota

parece querer que vayas a Escocia, ¿no es cierto?

Alba asintió, con la cabeza apoyada en una mano.

—Ruth...

—Déjame terminar, Eire. —dijo serenamente, adoptando el tono de voz que solía tener con sus pacientes—. ¿Te dijo cuándo?

—En el Hogmanay.

—¿Y eso es...?

—El último día del año en Escocia, es una fiesta que dura unos cuantos días —explicó tras haberlo leído la noche anterior. Había sido una de las pocas cosas con las que se había quedado antes de sumirse en un profundo sueño.

—De acuerdo, todavía quedan unos meses para diciembre. ¿Por qué no te olvidas de todo esto y esperas a tres días antes de año nuevo para irte a Escocia? Sigue las indicaciones del papel...

—¿Qué? ¡Ruth, podría ser un loco que con unos cuantos trucos químicos quisiese algo de ella! ¿Y si es un violador? No puedes decir eso.

—¿Un violador que ha salido de la casa O'Neill? —Ruth puso los ojos en blanco—. ¿Y qué propones? ¿Qué no haga nada mientras le llegan señales, continuamente? —Ruth bufó—. Esa no es la solución. ¿Has hablado con tu tía, Alba?

La aludida asintió varias veces.

—Opina lo mismo que tú.

Eire, la más escéptica, hizo gala de su fuerte carácter.

—Esto es una estupidez...

—No irá sola. —Ambas miraron a Ruth—. Podríamos acompañarla nosotras. Al menos, estaría segura. Nosotras podríamos tomárnoslo como unas mini vacaciones.

Alba estuvo a punto de saltar a los brazos de su tierna amiga y besarla.

—Esperad, esto es ridículo. Antes de planear nada, ¿no debería Alba volver a esa biblioteca? No te ofendas, cariño, pero quizá sea solo producto de tu imaginación. Propongo que vaya por segunda vez y si sigue recibiendo esas... señales, —Hizo comillas en el aire—, bueno... Pues de acuerdo, admito que Escocia me llama bastante la atención. Lo planearíamos. Eso sí, hagamos una apuesta. —Eire mostró sus blancos y grandes dientes—. Si finalmente yo tengo razón y todo esto es una broma de algún cretino, tendréis que invitarme cada una a una cena. Si por el contrario tenéis razón, os invitaré yo. ¿Trato

hecho?

Ambas aceptaron con una sonrisa, aunque Alba por dentro temblaba. Su vida había dado un giro de más de ciento ochenta grados. Se preguntó si sería verdad, si acabaría en la Escocia medieval, conociendo a aquel magnífico hombre, perdiéndose en aquellas enormes colinas verdes. Y en caso de que fuera así, ¿qué esperaban de ella?

¿Por qué la habrían elegido a ella? Eso era lo que más le inquietaba.

La canción de *Oasis* de *Wonderwall* sonó por los altavoces de la cafetería, sumiéndola aún más en sus pensamientos, divagando sin rumbo fijo.

Ojos grises, fríos, feroces, tristes...

Su tía solía acertar con sus predicciones, quizás la gran aventura de su vida estuviese en Escocia, en las Highlands. Y, en caso de que no sucediera nada, siempre le quedaría disfrutar de aquellos días como unas vacaciones. Cierta anticipación se instaló en su estómago, estremeciéndola.

Se despidió de sus amigas y se fue al restaurante de su tía para echar una mano, aunque no toda su fuente de ingresos provenía de allí. Alba trabajaba en una librería cerca de San Bernardo desde hacía cinco años. Había dejado su carrera en biología al ofrecerle trabajo en la librería. Una de sus grandes pasiones era tratar con libros. Todos los veía perfectos y los mimaba con mucho esmero.

Al ser una de las librerías más famosas de la ciudad, la demanda era enorme. Su sueldo no estaba nada mal para la época de crisis en la que España se encontraba, y trabajando en aquella tienda podía pagarse casi todos sus gastos. Sabía que tarde o temprano tendría que independizarse, pero eso era algo que decidiría en un futuro.

Entró en el restaurante, soltando un silbido al ver tantos clientes, y fue hacia la cocina para ponerse el delantal. Abrazó por detrás a su tía, silenciosamente, asustándola.

—¡Cariño, me has asustado! —Sonrió y siguió haciendo las patatas—. Ponte con la carne, por favor.

—¿La ternera que hay aquí?

—Esa. ¿Qué tal con tus amigas?

—Bien, se han ofrecido a acompañarme a Escocia... siempre y cuando regrese otra vez a la casa del señor O'Neill.

—¿Otra vez?

—Eire cree que es maniobra de algún chiflado. No piensa mover el culo

hasta que me asegure de que todo es... ¿qué dijo? Ah, sí, «producto de mi imaginación».

—Son buenas chicas, aunque me temo que tendrás que decirles que no. — Miró a su tía con una ceja alzada. Ella le guiñó un ojo—. El señor O’Neill tiene que ir a Escocia la semana del veintiocho de diciembre, por lo que le pregunté si no le importaría que fueses con él. Tiene una pequeña casita en Inverness. Te ahorrarías el hotel y la comida. A mí también me ha invitado, pero me temo que no puedo dejar el restaurante en temporada alta.

Alba colocó los filetes hechos en un gran plato y se puso de jarras.

—¿Él también tiene que ir a Escocia?

—Dice que celebra el fin de año allí en recuerdo de sus antepasados.

—Pensé que era irlandés. —Colocó más filetes en la plancha.

—Y lo es, pero también tiene ascendentes escoceses. ¿No te parece un hombre muy interesante? Cada vez que lo miro a los ojos me parece estar viendo todas sus aventuras. Hoy ha venido a cenar al restaurante.

Miró rápidamente a su tía.

—¿Está aquí? No lo he visto.

—Está en una esquina leyendo un libro. Quería intimidad. —Su tía cogió uno de los grandes filetes que Alba había hecho y lo puso junto a un revuelto de patatas que desprendía un magnífico olor—. Llévale tú el plato. Quizás te deje ver de nuevo su biblioteca.

Frunció el ceño mientras cogía el plato.

—Ruth y tú tenéis el mismo interés en que vuelva.

—Trabajas en una librería, sientes pasión por los libros, los cuidas todos con mucho mimo y O’Neill nunca deja entrar a nadie. Si tú puedes, ¿por qué no aprovecharlo? —murmuró sin mirarla, concentrada en otro plato.

Dicho así, tenía razón. Nadie más que ella tendría tanto cuidado.

—Llévale el plato antes de que se enfríe.

Salió de la cocina y saludó al camarero de la barra con una sonrisa, buscando al irlandés por todo el enorme comedor. Siempre se había preguntado cómo su tía era capaz de llevar sola todo el trabajo que suponía el restaurante sin retraso. Sí, tenía trabajadores, pero ella era la cabeza de aquel negocio que, fácilmente, podía llegar a poner más de doscientos desayunos en un mismo día. Admiraba su capacidad de organización y coordinación con todos los trabajadores.

Encontró al señor O’Neill junto a una ventana, leyendo un viejo libro

mientras mantenía en la otra mano una copa de vino.

Se acercó a él con el corazón latiéndole deprisa. Inclinandose para observar el interior, vio que se trataba nuevamente de gaélico.

—Buenas noches, señor O’Neill.

—Buenas noches, querida, ¿ya está la comida? —Miró el succulento plato que le puso delante y sonrió—. No hay nadie que cocine como tu tía.

—En eso estoy de acuerdo con usted. —Sonrió y unió las manos sobre el regazo. Cuando el señor O’Neill cogió los cubiertos, bajo su atenta mirada, Alba apretó los puños e hizo acopio de todo el valor que pudo—. Me preguntaba si podría dejarme ir de nuevo a su biblioteca.

El irlandés masticó la comida con lentitud, manteniéndola en vilo sin ser consciente de la fuerza con que golpeaba el corazón de Alba contra sus costillas, acelerado. Él soltó un gemido, perdido entre los intensos y deliciosos sabores de su plato. Los ojos de él no se separaban de la comida.

—Muchacha, ¿me lo preguntas delante de mi plato favorito recién hecho? Eso es jugar con trampas.

Asintió, comprensivamente, pero era consciente de que no volvería a tener una oportunidad como aquella. Además, por su tono de voz, no parecía demasiado molesto. Digiriéndole una mirada culpable, continuó:

—Yo... —Alba se aclaró la garganta y dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo—. Bueno, ya conoce mi pasión por los libros. Digamos que en mi última visita encontré uno que llamó mi atención.

—¿Qué libro era?

—Sobre Escocia. —Aquella conversación le recordó algo—. Por cierto, mi tía me ha hablado de su viaje en navidades. Le agradezco que me deje acompañarlo a Inverness.

El anciano asintió.

—Tu tía me dijo las ganas que tenías de pisar tierras escocesas. —Cortó otro trozo de ternera—. Pero debes saber que no estaré contigo. Tengo que hacer tareas y solo te veré a las horas de las comidas. Estarás con mi sobrina, ella te guiará y te enseñará todo aquello.

Alba asintió repetidas veces. Le ofrecían mucho más de lo que ella podría haber pedido. Eran unas vacaciones a Escocia por cortesía del señor O’Neill. Y, por supuesto, una vez llegase y realizara el ritual que le había marcado el papel y demostrara que no era nada de mayor importancia, podría volver a retomar su vida.

Un calambre en la parte baja de la espalda la sacó de sus pensamientos. Se frotó con la mano la palpitante zona.

—Por supuesto. Se lo agradezco muchísimo.

—Nada, nada —Le hizo un gesto con el tenedor para que se fuese, pero ella se quedó donde estaba, expectante. Alba alzó una oscura ceja. El señor O’Neill suspiró—. De acuerdo, muchacha. Ven esta noche a partir de las nueve y media; mañana y pasado no estaré.

Dio un pequeño salto que atrajo la atención de los clientes y camareros.

—¡Muchísimas gracias! Le traeré una copa de vino, cortesía de la casa.

El viejo irlandés soltó una ronca carcajada y murmuró algo en irlandés antes de verla corretear camino a la cocina.



Tras llegar a la casa del señor O’Neill, con un recipiente de helado casero hecho por su tía, el anciano la recibió con una gran sonrisa, dejándola estar el tiempo que quisiera. Esperaba que el helado le durase lo suficiente como para

que ella pudiese buscar más respuestas a todas las preguntas que rondaban su cabeza.

Abrió la puerta que había al final del pequeño salón para bajar las escaleras que la conducirían por el pasillo que comunicaba con la habitación de los libros. Tras subir otras escaleras, abrió la pesada puerta de madera con grabados en metal y entró, escuchándose el chasquido de la vieja madera.

Alba se adentró en el laberinto que formaban las columnas de las altas y robustas estanterías, sabiéndose de memoria a cuál iba a parar cada una. Unas lámparas colgadas de las paredes iluminaban todo, ayudándola a llegar hasta su destino.

Vio la característica mesa con el libro de tapas oscuras. Dejó caer su mochila de cuero al suelo, cogió el libro entre sus manos y se sentó en el banco que sobresalía de la ventana, colocando los pies encima y poniendo el libro en sus temblorosos muslos.

Acarició las malgastadas pastas con las manos, sonriendo ampliamente.

—Parece haber pasado una eternidad desde que te toqué por última vez — musitó con el corazón lleno de dicha.

Abrió el libro y pasó las páginas, buscando el retrato del guerrero. Detrás del dibujo había algo escrito. Pasó la página. Para desilusión suya, estaba en gaélico. No lo entendía.

Puso los ojos en blanco. ¿Debería de haber comprado un diccionario español-gaélico? ¿Existía acaso? Poco a poco, la alegría con la que había llegado comenzó a desaparecer. Tenía la sensación de que acabaría yéndose con las manos vacías.

Alba suspiró cuando un movimiento captó su atención.

Ante ella, las palabras se fueron cambiando de posición, formando frases en español. Atónita, cerró los ojos durante unos segundos y los volvió a abrir, enfocando la vista una vez más en las viejas páginas. Ahí seguían, escritas de forma que en ese mismo momento eran completamente comprensibles para Alba.

Leyó en susurros:

—*Cameron MacLeod, laird de los MacLeod, era conocido en toda Escocia por su impecable destreza con la espada, participando en varias batallas y llevando siempre consigo la victoria a su clan. Su nombre era susurrado por sus enemigos, temeroso de ser oídos por aquel que poseía el nombre, suspirado por las mujeres, quienes deseaban tomarlo como amante*

por las leyendas que corrían. Fue envenenado, muriendo con apenas treinta y dos años, tomando su puesto su hermanastro Aedan MacLeod.

Alba dio un respingo.

—¿Envenenado? —Leyó por segunda vez el párrafo—. ¡¿Cómo voy a ayudar a un hombre que está muerto?!

Deseosa de ser transportada otra vez a Escocia, comenzó a pasar las páginas con ínfimo cuidado, tocando lo gruesas que eran y a la vez, débiles, casi quebradizas. Apenas sintió cuando se cortó el índice con el afilado borde de una.

A medida que avanzaba en el libro, sintió un calor vaporoso en las palmas de las manos. Su corazón dio un vuelco. Una voz susurró su nombre con acento duro, casi deformándolo por completo, haciéndolo sonar... salvaje.

Se humedeció los labios.

Alba sintió la imperiosa necesidad de cerrar los ojos al sentir los párpados muy pesados. Poco a poco, ante ella se fue formando una clara imagen: el castillo. Sonrió. Dentro de las murallas había vida, campesinos, caballos, vacas de las Highlands, guerreros fornidos entrenándose en un campo con las espadas en lo alto mientras... Espera.

La imagen se detuvo en un fornido hombre que observaba el entrenamiento, cruzado de brazos. ¡Era él! El dueño de los ojos grises, alto, musculoso, con el torso al aire húmedo por el sudor, y vestido únicamente con el *kilt*. Su rostro, de frente, era mucho más atractivo de lo que le había parecido en un primer momento, pensó Alba. Nariz recta, labios carnosos, mandíbula cuadrada cubierta de aquel vello fino cobrizo rubio, anchos hombros, fuertes brazos con alguna que otra cicatriz...

Por todos los santos, ¡qué guapo era!

Fue hasta el grupo de luchadores y, diciendo unas palabras en un idioma que no entendía, comenzó a pelear con un guerrero alto y rubio.

La imagen se fue volviendo borrosa, como si ella estuviese viendo a través de una niebla o un charco, hasta aparecer un cielo oscuro lleno de estrellas desde el cual podía ver un lago oscuro y limpio que dejaba ver el reflejo de la luna y el firmamento.

De repente se encontró dentro de una habitación. La chimenea estaba encendida, calentando el hogar que se había vuelto bruscamente frío. Enfrente había una enorme cama de dosel, cuyos postes de madera tenían unos dibujos entrelazados. La cama estaba tapada con lana y piel, supuso que sería el

material que utilizarían en aquella época.

¿En qué época estaría? ¿Edad Media?

Asustada, la puerta de madera se abrió y apareció el hombre. Desnudándose con una elegancia innata, Alba se preguntó si tenía que taparse los ojos o no cuando, al llegar al *kilt*, sus manos se paralizaron.

Oh... Oh...

Su rostro, bañado por el reflejo de las llamas, hizo brillar sus ojos como dos cuentas metálicas, grises. Alba se humedeció los labios y estiró la mano, deseando tocar los mechones de su cabello.

Sin embargo, el *highlander* la sorprendió estirando su mano. Antes de que ambas hicieran contacto, la imagen cambió.

—¡No, no, espera! ¡Tengo algo que decirte algo! —gritó demasiado tarde.

De repente, se encontraba en las cocinas, vacías, desprovistas de vida.

Una figura oscura entró silenciosamente. Cogió dos botellas cuyo contenido ella desconocía y, desconcertada, vio cómo se sacaba del *sporrán* un pequeño saquito verde. Abriéndolo, miró a sus espaldas.

No la vio.

Sus anchas espaldas impidieron que Alba viese la hazaña.

Aunque no hacía falta.

Estaba echando algo a las copas.

Veneno.

Alarmada, se preguntó qué debía de hacer. No veía el rostro del hombre, solo su espalda, y le sería imposible reconocerlo. Antes de tomar una decisión, todo se volvió negro. «¡No, no!». No podía irse en ese momento, cuando estaba a punto de ver quién era el asesino. ¿Qué se suponía que iba a hacer ella? No era más que una mujer del siglo veintiuno que se había encontrado con un libro mágico y, en cierta forma, la obligación de salvarle la vida a un hombre que vivía en otra época.

Cerró el libro y echó la cabeza hacia atrás.

—Dios mío... ¿Y si todo esto no es más que mi imaginación? —murmuró revelando su mayor temor.

Miró el cielo por la ventana, ¿qué hora sería? Estaba segura de que no pasaría mucho tiempo antes de que el señor O'Neill apareciera y la echara de allí.

Alba dejó con pesar el libro en la mesita, echándole una última mirada.

Cogió su mochila del suelo y se fue, despidiéndose escuetamente del señor O'Neill, dormido en su sillón con un gran bol vacío de helado y la cuchara en el suelo. Un hilillo de saliva corría por la comisura de su boca.

El corto trayecto a su casa fue ameno, sumida en sus pensamientos y en las nuevas preguntas que flotaban en su cabeza. Demasiado cansada para continuar con toda aquella locura y buscar alguna razón lógica, se alegró cuando fue consciente de que ya estaba en casa. Todo estaba oscuro excepto la luz del pasillo. Se preguntó qué hora sería. Bastante tarde para que su tía no la esperara, pensó preocupada.

Tras ponerse cómoda, se tumbó en la cama y miró el techo.

—Tengo tiempo para pensar en todo esto, el verano casi entero y meses hasta diciembre —reflexionó—. No... Todo esto no puede ser producto de mi imaginación.

Alba apagó la luz y cerró los ojos. Su cuerpo agradeció el confortante contacto del colchón, pero su mente... Iba por otro camino. Tardó bastante tiempo en conciliar el sueño, no sin antes preguntarse si en verdad dependía de ella salvar la vida de aquel apuesto hombre. Recordaba su nombre, quizás al día siguiente pudiera buscar información de aquel escocés y al menos situarse cronológicamente en los hechos que, a su vez, le darían más información. Necesitaba dar luz y orden a sus pensamientos.

Dos días más tarde, 24:00h.

Alba suspiró y dejó caer el bolígrafo en el cuaderno de hojas blancas sobre el que había estado escribiendo. Había encontrado poca información sobre los MacLeod. Se trataba de un clan asociado a la Isla de Skye, una isla escocesa perteneciente a las Highlands. Los MacLeod habían mantenido una larga enemistad con los MacDonald de Sleat. Pero eso era todo, Cameron MacLeod no aparecía por ninguna parte o al menos a Alba le había resultado imposible recopilar más información sobre él. No le hacía ninguna gracia todo aquello, pero era lo que tenía.

Sus amigas Eire y Ruth la habían ayudado, aunque se habían centrado más en costumbres, comidas y asentamientos, cosas que no le eran del todo útiles. Con respecto a los asentamientos, se encontraba el más reconocido de todos, el castillo de Dunvegan. Había pertenecido a los MacLeod durante un periodo

de más de setecientos años, y a juzgar por las imágenes que había visto en Internet, el *highlander* del libro se encontraba en aquel castillo. Las más antiguas fechas databan al castillo del siglo trece, dato que ayudaba a acortar en cierta forma la fecha cronológica del escocés.

Cansada, Alba cerró su ordenador y el cuaderno, incorporándose de la silla. Estiró los brazos y el cuello, dejando soltar un pequeño gemido cuando un bostezo escapó de su boca. Encendió el móvil para mirar la hora y concluyó que ya había hecho suficiente. A pesar de que todo aquello no era más que una locura y estaba construyendo sus esperanzas en algo totalmente ilusorio, investigar e imaginarse en Escocia muchos años atrás la distraía, le ofrecía una excusa para que sus días pasaran con rapidez y se encerrara en su cuarto con nuevos libros de Escocia.

Su tía siempre la contemplaba con una sonrisa y la animaba a ir a la biblioteca del señor O'Neill, aunque siempre era lo mismo: visiones y voces ininteligibles que la instaban a continuar, a saber más, hasta que el hambre o el cansancio terminaban por sacarla del libro.

Tenía que esperar hasta el Hogmanay, se dijo, tumbándose en la cama. Su cuerpo agradeció aquel descanso, aquella parada que le permitiría coger fuerzas para continuar con su búsqueda. Después de todo, para salvar la vida de Cameron MacLeod necesitaría recopilar toda la información posible, esperando que algunos de sus datos encajaran con aquel misterioso y desconocido periodo en el que se encontraba él.

Alba soltó un suspiro, hondo y profundo, que delataba sus miedos y dudas con respecto a todo aquello.

Desde luego, no pintaba nada bien.

Capítulo 3

27 de diciembre, Sevilla.

—¿Te has guardado un libro? El viaje dura más de tres horas en avión y te vas a aburrir.

Alba puso los ojos en blanco mientras cogía al azar un libro y lo metía en la mochila de mano. Al mirar el título, *La Bestia* de Emily Delevigne, sonrió. Una de vampiros siempre venía bien. Sobre todo cuando querías que el trayecto pasara lo más rápido posible. No le hacían mucha gracia las alturas.

—Listo.

—¿Llevas tu móvil, cargador, ropa abrigada...?

—Lo llevo todo —dijo interrumpiéndola con una sonrisa—. Solo serán unos días. No me va a dar tiempo de echar nada de menos.

Algo brilló en los dorados castaños ojos de su tía, pero no añadió nada más.

—¿Llevas DNI, pasaporte...?

—Te compraré, en caso de que exista, un *kilt* para mujeres, ¿qué te parece? ¡Aún mejor! Te traeré un escocés con *kilt*. Aunque ya he visto la complicidad que existe entre tú y el señor O'Neill —murmuró, alzando una ceja.

Su tía soltó una carcajada tan fuerte que mechones de su pelo rubio salieron despedidos del recogido.

—Cariño, qué de tonterías dices. Por cierto, ¿qué tal está Felicity?

Felicity era la sobrina del señor O'Neill, una escocesa de cabellos rubios y ojos verdes con la que había entablado una estrecha relación. Ella sería con quien pasaría sus días en Escocia. Llevaban en contacto desde el verano.

—Muy bien —respondió Alba—. Dice que nos esperará en el aeropuerto con el coche. Hace poco que se ha sacado el carné de conducir.

Su tía mostró su preocupación al fruncir el ceño.

—¿Y es seguro viajar con ella?

Riéndose, abrazó a su tía por el cuello y soltó un beso en su mejilla.

—No te preocupes, te llamaré nada más llegue a Inverness. Pero ten paciencia, ¿vale? Son unas cuantas horas desde Edimburgo.

—De acuerdo. —Soltó un suspiro—. ¿Has hablado con Eire y Ruth?

Asintiendo, contempló con ojo crítico la lista en la que había apuntado todas aquellas cosas que no se le podían olvidar.

—Eire me ha mandado muchos besos y me ha pedido que le traiga un detalle. No puede verme hoy porque tiene turno completo en el hospital. —Tachó las dos últimas palabras, satisfecha. Lo tenía todo—. He quedado con Ruth a las cinco y media para tomar algo en la cafetería Hannah.

—De acuerdo, voy a hacerte una buena comida como despedida.

La siguió hasta la cocina sin dejar de protestar.

—Te has tomado hoy el día de descanso para estar conmigo, tía. —Ella la miró—. Y aunque admito morirme de ganas por probar tu comida, he pensado que podríamos pedir algo y disfrutar juntas. No trabajes en tu día libre.

Después de pensárselo unos segundos, su tía Carmen asintió.

—De acuerdo, miremos las páginas amarillas y elijamos uno.

Alba aguantó la risa mientras veía cómo iba hacia su mesa del recibidor y sacaba las páginas amarillas. Su tía mostraba cierto abandono a la tecnología, ni siquiera su móvil disponía de datos, solo tenía Internet cuando estaba en casa. Manejaba con bastante soltura el *candy crush*, lo que ella consideraba ya un gran paso.

Había pensado en utilizar su móvil para buscar un buen restaurante y encargar comida, pero ¡qué demonios! Si a su encantadora tía le gustaba utilizar esa guía, ¿quién era ella para contradecirle?

De todas formas, quizás ya no volviese a verla nunca más... Negando con la cabeza, se rio interiormente. Estaba dejándose llevar por las ilusiones que un viejo libro había creado en su cabeza. Aunque... sin querer admitirlo en voz alta, temía que todo aquello no fuese nada más que una mala pasada de su enorme imaginación. Regresar a Sevilla con las manos vacías iba a ser mucho más duro de lo que había supuesto en un principio. Y, por supuesto, tendría que darle la razón a Eire.



—Hola cariño —dijo Ruth con ternura, abrazándola—. ¿Qué te parece si nos sentamos en esa mesa que hay justo a la ventana?

—Claro.

Mientras tomaban asiento, una camarera joven de ojos claros se acercó a ellas. Un intenso olor a canela las rodeó.

—Buenas tardes chicas, ¿qué queréis?

—Ponme un chocolate caliente.

—Que sean dos —añadió Alba—. Y tráete un donut, ¿quieres compartirlo?

Ruth se mordió el labio inferior.

—Estoy a dieta —murmuró con voz apenada y débil, seguramente debatiéndose entre si debería o no.

Y Alba pensaba animarla. Los donuts de aquella cafetería tenían muy buena fama y casi siempre estaban agotados. Alzándose un poco sobre su asiento, vio que todavía quedaban unos cuantos. Era una señal.

—Oh, vamos, mañana me voy por la mañana, ¡a saber si hay donuts en Escocia!

La camarera intentaba aguantar la sonrisa.

—Bueno, venga, compartamos un maldito donuts —dijo, moviendo la mano en un despreocupado gesto.

Cuando la camarera se fue, Ruth la miró con una ceja alzada. En ese momento era cuando comenzaría con su batería de preguntas sobre cómo se encontraba y si había vuelto a ver algo más. En cierta forma, aquel tema le cansaba tanto como le fascinaba. Era abstracto, no tenía pruebas de nada y aun así su tía y Ruth la trataban como si no estuviese perdiendo el norte.

—¿Cómo estás?

—¿Aparte de nerviosa? —Alba se encogió de hombros—. Bien, intento no analizar demasiado la situación. Llegaría a la conclusión de que estoy totalmente ida. —Se llevó un dedo a la sien como si fuera una pistola.

Ruth colocó sus dos finas y largas manos encima de la mesa.

—Hm... ¿Sabes? Yo siempre he sido bastante supersticiosa, incluso sabes que oía las historias de tu tía con muchísimo interés. Si el destino ha hecho esto y ha unido tu camino con el escocés, por algo será.

Alba se quitó la bufanda y la guardó en el bolso blanco que se había comprado en uno de sus viajes a Copenhague.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te das cuenta de que estás a punto de vivir la mayor aventura de tu vida? —susurró con los ojos completamente abiertos.

La parte más oscura e interna de Alba se agitó en su interior, con ganas de compartir ese entusiasmo que su amiga parecía tener.

—Ruth, ¡todo es una locura! No sé por qué me estoy dejando llevar por esto, puede ser una broma o producto de mi imaginación...

—No estás tan loca como para eso, Alba —dijo escépticamente—. Eire no puede decirte otra cosa, pues es médico, ¡le chiflan las ciencias! Pero yo soy más imparcial en este asunto.

—Eres sexóloga.

—Y me encanta, si supieses lo que tengo que oír... —Bufó. Su rostro se volvió serio, aunque seguía siendo cálido y reconfortante. Ruth era capaz de relajar a cualquier persona solo con su voz y sus cálidos ojos—. Lo que quiero decirte es que disfrutes, déjate llevar. Pocas veces en la vida tenemos la oportunidad de vivir experiencias semejantes. Pase lo que pase, acuérdate: vive.

Puso los ojos en blanco.

—Yo siempre...

—No, mientes. Siempre estás trabajando, ayudando a tu tía o pasando tu tiempo libre con Eire y conmigo, apenas conoces a hombres excepto cuando tienes ganas de salir de tu monótona vida. Tienes veinticinco años, Alba. Estás en tu máximo apogeo sexual.

—Así que apogeo sexual, ¿eh? —Rodó los ojos—. Por Dios.

Ruth repiqueteó los dedos sobre la mesa, volviendo a atraer su atención.

—Vive, ¿quieres? Pásalo de muerte, ríe, llora, ama y ten una noche loca con algún escocés que te hable o te invite a una copa. —Le guiñó un ojo—. Dios sabe que yo lo haría si pudiese.

Alba se rio.

—Lo sé, amiga. Pero yo, —Se señaló a sí misma—, a diferencia de ti, soy bastante asocial, tímida en ciertos aspectos y me cuesta hacer amigos. Ya sin mencionar *follamigos* o rollos. —Al ver el rostro de Ruth, suspiró—. Intentaré pasarlo lo mejor posible.

—¿Puedo serte sincera? —La sinceridad tiñó la voz de su mejor amiga. Limpiándose los ojos, asintió lentamente—. Cuando... Cuando nos contaste tu pequeña experiencia con el más allá, —Alba estuvo a punto de protestar—, quise ser yo. —Vaya, aquello la sorprendió por completo. Fue a comentar algo cuando Ruth prosiguió—. Es... Es todo lo que siempre quise. Es decir, ¡mírame! Soy sexóloga, tengo veinticinco años y soy virgen, ¿hacia dónde estoy dirigiendo mi vida? No tengo ni la más remota idea. —Una sonrisa triste cruzó su rostro.

—Ruth...

—Hazlo, ¿quieres? Por una vez en tu vida, piensa en ti. Prométemelo.

Alba se humedeció los labios y miró los castaños ojos de su amiga, del mismo color de las hojas que caían al suelo del parque María Luisa en pleno otoño. Eran tan bonitos, pensó, de forma atigrada, dándole un aspecto bastante latino. Viendo la seriedad con la que se tomaba el asunto, asintió varias veces al final.

—Está bien, de acuerdo. —Alzó las manos—. Si de verdad viajo en el tiempo, tras salvarle la vida a ese *highlander*, aprovecharé el tiempo que me quede allí. ¿Contenta?

Su amiga asintió con una espléndida sonrisa.

—Muy contenta. Ahora dime, ¿piensas llevar condones? Tengo algunos, por si los quieres. He estado colaborando con varios colegios y proyectos de la

Junta. —Abriendo su bolso, rebuscó con una mano, sacando seis pequeños paquetitos—. Todo tuyo. Más te vale volver sin ninguno.



—Despierta, muchacha. Estamos a punto de aterrizar. —El señor O’Neill le movió el brazo con suavidad, sacándola de su apetecible y misterioso sueño.

Parpadeando varias veces, Alba se frotó la cara con ambas manos y miró por la ventana, viendo casas iguales y alineadas, mucho verde, carreteras y llovizna, además de las nubes grises. Vio algún que otro lago por las zonas más alejadas del centro.

Sonrió.

Tiempo escocés.

Y ahí estaba, en Escocia, uno de los países más misteriosos y llenos de aventuras. Se frotó las manos y aguantó las náuseas mientras el avión bajaba a pista. Había olvidado cuánto le desagradaban las alturas, pensó al ojear la ventanilla. Ni el libro ni la música habían ayudado a que el tiempo pasara con

más rapidez. Siendo sincera, había sido horrible.

Una vez bajaron del avión y recogieron sus maletas, esperaron en una parada hasta que llegasen unos autobuses del aeropuerto que los llevarían a la puerta central. A partir de allí, irían con Felicity, quien ya debería estar esperándolos.

Inconscientemente, las comisuras de su boca se alzaron hacia arriba.

Todo era tan verde y tan distinto a Sevilla... Una poderosa brisa fresca había impactado contra su rostro nada más bajarse del avión. Sus pulmones se habían llenado de un aire húmedo y frío que había recorrido su cálido y cansado cuerpo. El señor O'Neill la había mirado con satisfacción, diciéndole que aquel cambio de aires le vendría bastante bien.

Al bajarse el autobús con cuidado, ayudando al irlandés que protestaba por la enorme distancia entre los escalones, se encontraron a Felicity.

Su largo pelo rubio llegaba hasta debajo de sus pechos, como cascadas de oro fundido que caían con total delicadeza. Sus ojos verdes brillaron al verlos y fue hacia ellos con rapidez. Estrechó a su tío en un fuerte abrazo, intercambiando unas palabras en gaélico, antes de ir hacia ella y envolverla también entre sus brazos.

—Bienvenida *Alba*.

—Gracias —respondió con una sonrisa.

Felicity parecía bastante emocionada, apenas podía parar de moverse de un lado a otro. Agarró a Alba del brazo, pegándola a su costado. Desde aquella corta distancia, sus ojos parecían del mismo color del césped con destellos dorados, rodeados por unas pestañas bastante claras.

—¿Sabes lo que significa tu nombre en gaélico?

Alba abrió los ojos por completo, sin saber muy bien a qué se refería. Cuando fue a responder, el señor O'Neill se adelantó.

—Después, muchacha —bramó su tío, con pocas ganas de permanecer de pie—. Ahora llévanos al coche antes de que llueva más fuerte.

Guardaron las maletas con rapidez en el maletero cuando la lluvia comenzó a intensificarse. El relajante sonido que hacía al golpear contra el coche consiguió de cierta forma, calmar a Alba.

Felicity la miró por el espejo retrovisor. Al no captar su atención, chasqueó la lengua.

—¿Sabes? Para el jueves treinta y uno he comprado dos entradas para montarnos en un barco que va sobre el lago Ness, ¿qué te parece? Mi abuelo

tiene que estar fuera hasta tarde y he pensado que era una buena idea para aprovechar el día. De Inverness a Fort Augustus hay unos treinta minutos de camino en coche, más o menos.

—¡Me encantaría! —exclamó con el entusiasmo propio de un niño al que acababan de darle una buena noticia—. Te lo agradezco muchísimo. He estado informándome por Internet, viendo fotos y demás. Me muero de ganas por verlo.

—Quizás veáis al monstruo Ness. —O'Neill sonrió—. Hay buenos restaurantes cercanos para que comáis después y no volváis a casa tan temprano.

—Eso haremos, tío, no te preocupes. —Mientras conducía, clavó la mirada en Alba—. ¿Es la primera vez que vienes a Escocia?

—Sí —respondió absorta, con los ojos puestos en el hermoso paisaje verde y las casas que poco a poco iban apareciendo por la ventana del coche—. Tenía muchas ganas de venir.

—Suele haber bastantes turistas en verano, aunque en esta época tampoco se salva. —Felicity tomó una curva con demasiada velocidad, haciendo gruñir a su tío—. Perdón. Hablas muy bien inglés, ¿has estado apuntada en una academia?

—Tu tío me enseñó cuando era pequeña. Fue un favor que le hizo a mi tía. —Alba respondió sin prestar mucha atención.

—Por su comida, ¿verdad? Me ha hablado maravillas de ella.

—Traemos en la maleta un bizcocho, así que podrás probarlo, muchacha. —O'Neill bostezó—. Dormiré un rato. Hoy no nos ha tocado un vuelo precisamente tranquilo, Felicity.

—Claro, tío. Descansa, yo te avisaré cuando lleguemos.

Pasados unos minutos en completo silencio, Alba suspiró y empañó el cristal del coche. Con una sonrisa, intentó dibujar algo.

—¿Qué trayecto hay de Edimburgo a Inverness?

—Unas tres horas. Se te pasará rápido mirando por la ventana con los lagos, el paisaje y demás.

Asintiendo, eso hizo.

Esas tres horas que solían hacérsele interminables en avión, se pasaron volando mientras contemplaba los verdes paisajes tan parecidos que había visto en el libro. Le habría gustado llevárselo, pero no tenía la suficiente confianza con el señor O'Neill para pedirselo prestado.

Entre las nubes, un haz de luz impactó contra su rostro, sacándole una enorme sonrisa.

Apoyó la cabeza en el cristal y contempló cómo los campos y montes eran bañados por los rayos del sol, que poco a poco se abrían paso entre las espesas y grises nubes. Contrario a la mayoría de sus amigos, a Alba le encantaba la lluvia. Sentir cómo caía sobre ella, la frescura que dejaba en la calle tras su paso y la limpieza del aire, no tenían precio.

Como una niña, soltó un pequeño grito al ver durante el trayecto algunos lagos, como Loki. Se imaginó bañándose en sus aguas, con la cara puesta al cielo mientras su piel era lamida por sus frías aguas. Aquello podría haber sido posible si no estuviese en diciembre, se dijo Alba. La idea de volver a España con un fuerte resfriado no le acababa de convencer, y aún menos con el frío que hacía allí.

Sacudió la cabeza. Cansada de sentir el cabello sobre el rostro, se lo recogió en un moño. Recordó lo relativamente fácil que le había resultado pedirse unos días libres. Era solo una semana de vacaciones, pero... ¿y si su viaje al pasado, si es que al final era cierto, duraba más? ¿Y si el tiempo que estuviese allí también afectaba al tiempo del presente, donde ella se encontraba? No solo podrían despedirla, sino que no podría comunicarse de ninguna manera con su familia y amigas.

Y, aparte, ¿cómo podía ir al pasado cuando ella no pertenecía a aquella época? ¿Se dormiría y despertaría siglos atrás?

Sintiendo los primeros dolores de cabeza, cerró los ojos y bufó.

—Te encantará el Hogmanay —añadió de repente Felicity con una sonrisa dibujada en su rostro con forma de corazón—. Es una fiesta increíble, hay personas de todos los lugares del mundo. Atrae al año a más de cien mil participantes, ¿no es increíble?

—Sí —asintió.

—Se extiende a lo largo de cuatro maravillosos días y cuatro noches. Nuestras costumbres y tradiciones más ancestrales salen a la luz. Te encuentras desde un desfile de antorchas, fiesta al aire libre, actuaciones y hogueras hasta música en directo.

Alba asintió, fascinada.

—Parece que he venido en la mejor época.

—Todas son buenas para venir, pero ver el lago Ness en invierno es una maravilla. Ves la niebla cubriéndolo todo, absolutamente todo. Algunas ramas

y plantas consiguen salir de ella, viéndose sombras y figuras que muchas personas han confundido con Ness. —Felicity negó con la cabeza—. Ness es mucho más grande que una simple sombra de hoja y rama.

Fue el turno de Alba se sonreír.

—¿Lo has visto?

—Creo haberlo visto de pequeña.

Al no decir nada más, permanecieron calladas durante el resto del viaje. Al llegar a Inverness, Alba contuvo el aliento. ¡Qué de belleza había en la capital de las Highlands! Desde sus regulares casas hasta sus más preciados monumentos. Alba tenía la sensación de que la temperatura había bajado considerablemente, aun estando la calefacción puesta en el coche.

Cuando Felicity aparcó dentro de una casa adosada de ladrillo oscuro con dos jardines, uno delante y otro atrás más pequeño repleto de macetas y un huerto, Alba salió con rapidez para ayudar al señor O'Neill, que se despertó con cierta brusquedad.

Al entrar en la casa, de suelo de parqué, paredes blancas y muebles marrones oscuros con numerosos cuadros, supuso que Felicity pintaba. Se acercó a uno que mostraba un castillo rodeado de agua, accediendo por él a través de un puente de piedra.

Ese no era el castillo que ella había visto, aunque se parecía bastante.

—Ese es el castillo Eilean Donan. —Felicity sonrió—. En la isla de Skye hay bastantes, quizás podamos coger algún tour para verlo.

—Me encantaría —murmuró embelesada, sin poder apartar sus ojos del cuadro—. Escocia es... preciosa. Las buenas críticas en Internet y libros no le hacen justicia.

—Espera a vivir unos días aquí —respondió Felicity con felicidad, quizás contagiada por la ilusión de Alba—. Ven, te llevaré a tu cuarto. Cuando termines de recoger, daremos una vuelta. Mi abuelo tiene que ir al banco y saludar a unos viejos amigos.



Alba dio un buen sorbo a su bebida y gimió de placer. El cálido líquido recorrió su fría garganta, envolviéndola en un húmedo y acolchonado abrazo antes de dar paso a una suave irritación. Se le saltaron las lágrimas ante el fuerte sabor de la bebida. Fue a decir algo cuando se detuvo de forma inmediata.

La escocesa no la estaba mirando.

Miraba por la ventana. Sus ojos brillaban como dos bombillas fluorescentes.

Preguntándose qué captaría su atención de esa forma, se asomó e hipó.

Un hombre alto, de pelo castaño y ojos azules hablaba con un hombre mayor animadamente. Guapo y con porte fuerte, no le extrañó que hubiese robado el corazón de Felicity.

—¿Quién es?

Felicity dio un salto, asustada, como si no se hubiese esperado su pregunta.

—¿Q-quién? —tartamudeó.

—Ese hombre tan guapo de ojos azules —la picó, alzando una ceja.

—E-es Liam MacKenzie. —Se humedeció los finos labios.

—Vaya... ¿Te gusta?

Felicity negó demasiado rápido con la cabeza.

—¡No, no! ¿Por qué dices eso?

—Por la mirada que le echas. —Le guiñó un ojo—. Quizás deberías acercarte y saludarlo, ¿no te parece?

—No, Liam pasa de mí —murmuró negando con la cabeza—. Para él no existo excepto cuando estoy con mi tío, que es cuando me saluda cortésmente. En Escocia hay muchos hombres guapos, como verás a medida que pasen los días, pero me cuesta encontrar uno mejor que Liam.

Alba sonrió con ternura.

—Quizás no se ha dado cuenta de nada. Los hombres pueden ser muy despistados y...

—Creo que he sido muy clara con mis sentimientos. —Felicity hizo una mueca. Luego suspiró y se encogió de hombros—. Da igual, terminemos esto y demos otra vuelta.

A lo largo del día Alba se fue familiarizando con Inverness. Habló con su tía después de acordarse de que no le había enviado un mensaje nada más llegar. Le contó todo, desde lo magnífico que era el paisaje hasta la cantidad de atractivos hombres que había allí.

Comprobó de buena gana lo hospitalarios que eran y, sin haberse ido aún, se prometió volver... Aunque una voz le susurró que quizás a dónde no regresaría sería a España. Decidió guardar todas sus dudas en el rincón más lejano de su mente. Sólo quería disfrutar, relajarse.

Felicity le había preguntado varias veces a lo largo del día qué la inquietaba, pero evadía su pregunta con otra, y cuando ya no era posible, sacaba el tema de Liam. Jugaba sucio, lo sabía, pero no tenía suficiente confianza con ella como para decirle que un libro la había transportado a la Edad Media en Escocia y que había recibido una especie de mensaje que, al parecer, le pedía que salvase la vida de Cameron MacLeod.

Sí, sonaba como si estuviese loca y, estando en Escocia, no había sentido nada distinto. Ni brisas mágicas, ni visiones, ni voces... Nada de nada. Ni el papel le había mostrado otro mensaje.

A medida que pasaban las horas, la hipótesis de Eire cobraba más fuerza. Pero, ¿quién le querría tomar el pelo? ¿Podría ser el mismo señor O'Neill? Su lista de sospechosos era bastante corta, y en primer lugar se encontraba su

peligrosa imaginación.

Por la noche, tras hacer ella misma la cena como agradecimiento, subió a su habitación para descansar, despidiéndose de todos. Encontró un abrigado pijama en la maleta. Definitivamente le ayudaría a pasar una buena noche. A medida que había oscurecido, la temperatura en las Highlands había bajado con brusquedad, cogiéndola por sorpresa.

Cuando acabó, se sentó en la mullida cama con aquella colcha celeste y cogió su mochila de cuero.

Pesaba mucho más que de costumbre. Intentó recordar qué llevaba metido dentro cuando su mano rozó algo duro.

Su corazón dio un vuelco.

—¿P-pe... pe... Pero cómo es posible? —musitó sin voz al sacar el misterioso libro con el cardo en la portada.

Dejó caer la mochila al suelo con un sonido seco y se echó hacia atrás en la cama mientras miraba el libro fijamente. Vale, no se lo había esperado y se dividía entre el miedo que le producía el hecho de que estuviese allí y fascinación ante una gran aventura.

—Una de dos, o me estás tomando el pelo o... o quieres algo de mí. —Murmuró con un nudo en el pecho que le impedía respirar con normalidad.

Sintiendo un cosquilleo de anticipación en la yema de los dedos, sus labios dibujaron una sonrisa. Apenas podía imaginarse la cara de sus amigas y su tía cuando les contara lo que había pasado. Sobre todo a Eire, pensó con satisfacción.

—Pronto. —Abrazó el libro contra el pecho y apoyó la cabeza en las rodillas—. Muy pronto.

Sus ojos se cerraron ante el cansancio y la excitación del día. Bostezó y dejó el libro a un lado, apagando la luz. Poco a poco, se fue relajando hasta que el sueño la invadió por completo. Se preguntó, segundos antes de caer en los brazos de Morfeo, si volvería a soñar con el *laird* de los MacLeod.

Cameron MacLeod contempló con una enorme sonrisa a su mujer y a su hijo. Ella, descansando, reposaba sobre la enorme cama de matrimonio. Daba de amamantar a su primer hijo mientras lo contemplaba con unos hermosos y enormes ojos marrones. Mechones dorados de su melena tapaban parte de su rostro y del bebé.

La felicidad que sentía en ese momento lo abordaba sin piedad.

Su descendencia.

El laird de los MacLeod había tenido a un varón como primer hijo. Nada conseguía llenarle de más dicha, excepto tener a su lado a la mujer de su vida, su alma gemela Fiona MacLeod.

Yendo hacia ella, le acarició una de las pálidas manos y entrelazó sus dedos con los de ella.

—¿Te encuentras bien?

—Aye. —Asintió—. Solo necesito descansar. Ve con tus hombres, Cameron. Te están esperando. El rey te ha llamado.

Por una vez en su vida, Cameron anhelaba desobedecer al rey y quedarse con su mujer e hijo. Apenas habían pasado cuarenta y ocho horas y ya tenía que alejarse de ellos. ¿Acaso no había dado demasiado a su causa para que le concediesen unos días y festejar el nacimiento de su hijo Broderick?

Recordar a su padre, cuyo nombre había sido ese mismo, lo sobrecogió durante unos segundos.

Apretó la frente contra la de su esposa. Ella cerró los ojos, confortada.

*—No quiero irme, **a ghràidh**. —Le acarició los carnosos labios con el pulgar y suspiró pesadamente. Obligando a sus piernas a moverse, sintiéndolas como si fuesen de piedra, acarició la mejilla de su hijo, contemplando su pelo oscuro—. Volveré lo más rápido que pueda.*

—Que Dios te proteja, Cameron MacLeod. Nosotros te estaremos esperando.

Una fría corriente de aire despertó a Alba. Soltó un suspiro y se colocó el brazo encima de los ojos, maldiciendo en voz baja. Así que el hombre tan atractivo que había visto en el libro estaba casado y tenía, al menos, un hijo.

Se dio la vuelta en la cama y miró el despertador digital.

Las siete y media. Tenía un rato más para holgazanear antes de arreglarse e irse con Felicity a desayunar.

¿Por qué el libro le enseñaba todas aquellas cosas? ¿Qué necesidad tenía de saber que Cameron MacLeod estaba casado? En un inútil intento por aclarar su mente, Alba se dijo que quizás le sería útil cuando viajara al pasado. Siendo sincera consigo misma, deseaba parar aquellas visiones.

Pero desconocía cómo.

Y el libro la seguía a todas partes.

Unos golpes en su puerta la asustaron.

—¿Alba? ¿Alba, estás despierta?

—Sí. —Se aclaró la garganta al sentir las cuerdas vocales tensas.

—Mi tío va a ir a la casa de un amigo suyo que tiene unas bibliotecas espectaculares. Me ha dicho que te encantan los libros, así que... si te arreglas en diez minutos, puedes venir.

Alba no necesitó más para salir de un salto de la cama y arreglarse en tres minutos.



Los días transcurrieron con rapidez y sin ninguna alteración. A medida que se acercaba el final del Hogmanay, Alba barajaba diferentes posibilidades de viajar al pasado. ¿Se quedaría dormida y desaparecería? O por el contrario, ¿se golpearía la cabeza y despertaría allí?

Soltó una risa nerviosa.

—Me estoy volviendo loca, estoy llevando todo esto demasiado lejos — pensó en voz alta.

—¿Con quién hablas, muchacha?

Ante la repentina y desconocida voz, Alba se incorporó.

Felicity se había ido a comprar algunas provisiones al supermercado más cercano. Su tío, quien se encontraba en casa de uno de sus amigos, le había pedido un par de cosas antes de marcharse. Alba la había estado esperando sentada en un banco de un parque, disfrutando de unos tibios rayos de sol que impactaban en su soñoliento rostro cuando había escuchado una voz masculina.

Se trataba de Liam. Sus impactantes ojos azules la miraban con curiosidad. Eran bastante bonitos, casi seductores.

Al ver que no respondía, él extendió la mano.

—Soy Liam...

—Sí, te conozco —le interrumpió. Al darse cuenta de su error, se sonrojó. Él alzó una ceja—. El señor O’Neill me ha hablado de ti.

—Ah, claro. —Asintió—. ¿Eres pariente suya?

—No, una amiga.

Felicity iba en ese momento hacia ellos con una bolsa repleta de comida. Al ver a Liam, sus ojos se abrieron por completo y frenó bruscamente. Sus pies se enredaron y acabó por caer al suelo, rodando hasta bajar la pequeña cuesta.

La comida acabó repartida por todo el césped.

Alba fue hacia ella seguida de Liam, quien la adelantó en un par de zancadas. La camiseta blanca de su amiga estaba manchada por la humedad del suelo y la verdina. En una de sus mejillas, tenía un arañón rojizo.

Liam la cogió de las axilas y la levantó.

—¿Te encuentras bien, Felicity?

Inspeccionándola con la mirada, Alba supo que se encontraba bien. Comenzó a recoger la comida del suelo, dándoles a ambos algo de espacio.

—Sí, sí, claro. He debido de tropezar con alguna raíz...

No había ninguna raíz visible en el parque, y los tres lo sabían.

Él le siguió la corriente.

—Sí, por supuesto. —Se echó el pelo para atrás—. Este parque necesita unos arreglos. Ten cuidado.

—Vale, y gracias.

Al irse, Felicity clavó sus ojos en el trasero masculino. Tenía los labios entreabiertos, sus manos caían a ambos lados de su cuerpo. A Alba le parecía que Felicity se encontraba a kilómetros de allí.

—Dios mío, vaya payasa...

—¿Cómo te has podido enredar con tus propios pies? —Soltó Alba con una carcajada, recordando justo el momento en el que había visto un bulto rodando cuesta abajo.

—¿Qué te decía? —Felicity cambió de tema y frunció el ceño, olvidándose de Liam y centrándose en ella.

—Me pilló hablando conmigo misma. —Rodó los ojos—. Nada nuevo.

—Oh, Dios mío... me late el corazón a mil. Es... Me ha tocado. Me ha cogido.

Alba uso los ojos en blanco.

—Hubiese sido descortés por su parte dejarte tirada. Eres más alta que yo, no hubiese podido contigo. —Alba se cargó la bolsa en la cadera, sorprendida de lo mucho que pesaba para lo poco que había recogido.

—¡Felicity, Alba! —O’Neill se encontraba saliendo de la casa de su regordete y pelirrojo amigo—. Volvamos a casa. Tengo que ir al banco a hacer unos ingresos antes de que cierren.

—Ahora vamos, tío. —Felicity se sacudió las rodillas con las manos.

Alba miró a Felicity con curiosidad, mordiéndose el labio inferior. La verdad es que el pequeño tira y afloja que su amiga tenía con aquel hombre, Liam, le resultaba de lo más tierno. Quizás solo necesitaba que alguien le diera un empujón.

—Si tanto te gusta, ¿por qué no te acercas con él y hablas? Manteniéndote en la distancia no vas a conseguir nada.

Ella volvió a sonrojarse y la miró a través de sus densas pestañas.

—Apenas puedo pronunciar algo como para encima entablar una conversación.

Aquello era cierto, admitió para sí misma antes de seguir al señor O’Neill.

Capítulo 4

31 de diciembre, Fort Augustus.

9:30 de la mañana.

Alba se terminó con rapidez el desayuno mientras Felicity se peinaba, mirándose en el espejo del salón. Se recogió el pelo en una coleta alta y dio una vuelta alrededor de sí misma, asegurándose de que todo estaba en su sitio correcto.

Negando con la cabeza, guardó el plato en el lavavajillas y apareció detrás de ella para echarse un rápido vistazo.

Frunció el ceño, no muy feliz por la imagen que le devolvía. Sus ojos verdes grisáceos, a pesar de estar maquillados con negro para aumentarlos, seguían viéndose demasiado chicos. No, sus ojos nunca habían sido grandes, ¿para qué mentir? Pero tener aquellos constantes sueños donde veía la vida de Cameron MacLeod empeoraba la situación, le restaba horas de descanso.

Tampoco ayudaba que se levantase tan temprano.

Su pelo castaño oscuro había quedado más domado tras alisárselo con la plancha. Por unos instantes, Alba se preguntó qué haría ella, una mujer tan cosmopolita, en la Edad Media. Ni pinturas, ni planchas, ni cepillo de dientes, retretes o estufas que calentaran de forma inmediata una fría habitación escocesa.

Se estremeció.

—Me encanta ese vestido blanco de lana que llevas. —Felicity sonrió—. Contrasta mucho con tu bronceada piel. Pareces un hada.

—Gracias. —Alba sonrió—. Pertenece a mi madre.

Salieron de la casa en silencio, ya que su tío seguía durmiendo. Aquel día era uno de esos en los que no haría nada. Nada de bancos, papeleo y recados. Había dejado muy claro la noche anterior que descansaría hasta las tantas para disfrutar del resto del Hogmanay.

Alba se preguntó si podría disfrutar del espectáculo antes de irse.

Se montaron en el coche. Felicity encendió la radio.

—Llegaremos en treinta minutos, dependiendo del tráfico. Nuestro paseo en barco es a las diez y media, solo quedaban dos plazas libres.

Emocionada, apretó las manos contra el estómago.

—Genial —dijo con voz temblorosa por la emoción, aunque no sabía si era por lo que sucedería aquella noche o por montarse en un barco sobre el lago Ness. O ambas cosas.

— ¿Has hablado con tu tía?

—Sí, dice que lo pasemos muy bien y tomemos fotos. —Alba se guardó la parte en la que su tía le había pedido que se pusieran protección a la hora de montarse en el barco.

—Te va a encantar, muchos vecinos se animan y se montan en estas fechas. Es más barato.

Avergonzada, Alba se dio cuenta en ese momento de que no le había pagado la entrada.

—¿Cuánto te ha costado? Con el jaleo de estos días, se me ha olvidado pagarte —admitió.

—¡Nada, nada! Ya me invitarás a una cerveza. —Sonrió al mismo tiempo que pasaban por un tramo de carretera rodeada de árboles.

Alba disfrutó del paisaje mientras desconocidos sentimientos se iban apropiando de ella. ¿Cómo era posible haberse enamorado tan rápido de Escocia cuando apenas llevaba cuatro días allí? Estaba segura de que, al volver a España, echaría muchísimo de menos todo aquello. Intentaría volver todos los años y, si le era posible, acabaría comprándose un piso no muy caro a las afueras de la ciudad... aunque para ello necesitaría otro trabajo donde ganase más dinero.

Apoyó la frente en el cristal y recordó las frases del papel.

A la luz de la luna llena en el Hogmanay

Recorriendo a las tres hermanas de Glen Coe para llegar hasta el misterioso lago Ness

Se abrirá esa noche el portal por el que el pasado y el presente se unirán

Quedando sellados para siempre jamás.

Algo se encendió en la cabeza de Alba. «Espera, espera... Luna llena. Hogmanay. Tres hermanas. Lago Ness».

Desde que llegó era el Hogmanay. Esa misma mañana estaría en el lago Ness. ¿Luna llena? Se había olvidado por completo del ciclo lunar, por lo que... O bien había pasado el día o bien era por la noche.

Su corazón dio un vuelco.

¿Y las tres hermanas? ¿Había pasado por aquellas tres mesetas juntas? De

repente, el malestar hizo acto de presencia. ¿Y si Cameron MacLeod acababa muriendo por su culpa? Aquellos días en Escocia habían sido como una fantasía, un sueño. Sí, había tenido todo el tiempo presente al libro y el misterio que lo envolvía... Excepto el papel.

¿Y si no podía volver?

El peso de la culpabilidad cayó sobre ella.

—Oh... Dios mío... —murmuró en español, cerrando los ojos.

Era su culpa. Aquel hombre acabaría muriendo. Ya estaba muerto, de hecho. Su esposa se habría quedado viuda, llorando mientras era maltratada por las malas situaciones de aquella inhóspita época. Y su hijo, aquel indefenso bebé, se criaría en una familia desestructurada.

¿Cómo podía haber sido tan inconsciente? Había ido con un propósito y se había dedicado a disfrutar como si no hubiera un mañana, olvidándose de sus obligaciones. Su tía no se sentiría muy orgullosa de ella, ni ella misma lo estaba.

—¿Sucede algo, Alba?

Negando con la cabeza, suspiró.

—No, nada. Me acabo de acordar de algo.

Sin añadir nada más, no volvieron a hablar hasta que llegaron a Fort Augustus.

Tras conseguir aparcamiento, llegaron justo a tiempo. El hombre aceptó los tickets y Alba se sintió culpable por olvidarse momentáneamente de la razón que la retenía allí.

Entrando de las primeras e ignorando las quejas de los turistas, Felicity la condujo hasta la parte de arriba del pequeño barco, subiendo unas escaleras blancas algo inclinadas que crujieron por el peso. El aire impactó contra ella al estar arriba, haciéndola jadear de gozo. La brisa que corría movía sus oscuros cabellos, haciéndola reír. Se dijo que después del trayecto, se volvería a centrar en la razón por la que estaba en Escocia.

Pero eso sería más tarde.

Se sentaron en el lado izquierdo, teniendo de vista una de las orillas repletas de vegetación.

—¿Te gusta? —preguntó la rubia contemplando la cara de felicidad de la española.

—¡Me encanta!

Felicity sonrió.

—Te voy a tomar una foto. A tu tía le encantará verte aquí.

Unos cinco minutos más tarde, el barco se puso en marcha. Recorrieron gran parte del ancho canal.

Alba estaba agarrada a la barandilla, observando las oscuras aguas impactar contra el barco. Aquello era tan relajante, bonito... Ni siquiera encontraba las palabras adecuadas para describirlo. Sentía que el pecho iba a explotarle de dicha ante tanta belleza y magia. Tenía la piel de gallina mientras disfrutaba del trayecto y de los olores que llegaban hasta su nariz, desde el de la vegetación hasta el de comidas de restaurantes no muy lejanos. Se levantó y alzó la cabeza.

El viento echó hacia atrás su pelo e inspiró profundamente, llenándose los pulmones de aire puro. Cada vez estaba más lejos del pequeño puerto y de las casitas, quedando a merced de los bosques y de los pequeños animales que veían.

Todos los turistas tomaban fotos y ella agradeció que Felicity lo hiciera por ella.

No quería perderse nada.

Una turista asiática con gafas de sol y gorra la empujó con suavidad para colocarse también en la barandilla y disfrutar en primera fila de las vistas. A sus espaldas llevaba una enorme mochila de montañés que debía pesar una barbaridad.

Ignorándola para seguir disfrutando del paisaje, cerró los ojos y palpó el libro a través de su mochila de cuero, aliviada de que permaneciera allí. Si aquel día no sucedía nada... Decepcionada, acabaría admitiendo que todo aquello había sido una estratagema de alguien e invitaría a Eire a una cena. Y, aunque le había encantado Escocia, aquella pequeña aventura al pasado le habría entusiasmado.

Pero pensándolo con la cabeza fría... Era imposible, sobre todo....

—¡Cuidado, Alba!

Se giró con rapidez cuando, demasiado tarde, la mujer asiática se resbaló a causa de un charco de agua que había en el suelo de madera. La golpeó con la enorme mochila en el rostro, aturdiéndola durante unos segundos. Agitó las manos para agarrarse a algo y no caer de bruces cuando otro empujón terminó por hacerle perder el equilibrio por completo.

Alba salió despedida del barco, resbalándose sobre la barandilla y recibiendo un golpe la sien.

Cayó con violencia a las aguas del lago Ness, hundiéndose poco a poco mientras era engullida, viendo el asustado rostro de Felicity hasta no ser más que un borrón dorado.

Fue sumergiéndose más y más hasta que sus pies respondieron para comenzar a moverse. Pero algo había pasado.

De repente, el tiempo se había parado.

Alba, paralizada, frunció el ceño, con los ojos abiertos bajo las oscuras aguas sin conseguir ver apenas nada excepto los haces de luz que penetraban en el lago. Veía las burbujas ocasionadas por su caída, subiendo a cámara lenta hacia la superficie hasta formar parte de ella. El movimiento de su alrededor era cada vez más despacio, como si... todo se hubiese detenido.

Su pelo le tapó por un segundo lo que había a su alrededor. Dejó de prestar atención al lento y extraño movimiento del agua cuando sus pulmones protestaron ante la falta de oxígeno. Tenía que subir a la superficie cuanto antes.

A la izquierda vio la mochila de cuero mojada y buceó hacia ella, estirando el brazo.

Una vez más se vio rodeada de burbujas que supuso que eran causadas por el motor del barco.

Asustada ante la probabilidad de ahogarse, intentó subir hacia la superficie, viéndola cada vez más y más lejos. ¿Cómo podía haberse hundido tanto? Se preguntó mientras obligaba a sus pies a moverse con más rapidez y una sensación de intranquilidad instalada en el pecho. El aire poco a poco abandonaba sus cansados pulmones, sintiendo un escozor nada agradable seguido de los golpes de los latidos de su asustado corazón.

Movió las manos para despejar todas aquellas burbujas y salió a la superficie, sacando los brazos y esperando agarrarse a algo.

Cogió aire con fuerza y se mantuvo a duras penas a flote.

Abrió los ojos.

No había nadie.

Capítulo 5

31 de diciembre de 1440.

Fort Augustus, Las Highlands, Escocia.

—De acuerdo, Cameron MacLeod. Tú ganas, acepto el trato. —Jack Lenox estrechó su mano—. Espero la semana que viene la carreta con la lana de esa tan buena calidad que tanto alabas.

—Volverás a verme la semana que viene, Jack.

Dándose la vuelta, Cameron sonrió ante el gran negocio que acababa de hacer para su clan. Los hombres que lo habían acompañado esperaron a salir de la tienda de Jack Lenox para darle una palmada en la espalda.

—¡Bien hecho, Cameron! ¿Cómo demonios has conseguido vender la lana por tan alto precio a un rufián como Lenox?

—Inteligencia, Broc. —Le golpeó el gran pecho con el puño—. Algo que ninguno de vosotros habríais conseguido.

Robert, uno de sus hombres, sonrió.

—Sigues siendo igual de engreído que cuando tenías diez años, amigo mío.

Compartiendo la alegría del momento con ellos, les hizo un gesto hacia donde descansaban los caballos.

—Cojamos los caballos hasta Mallaig y de allí tomaremos un barco a Skye. —Miró a Broc—. Tenemos el barco listo, ¿verdad?

El aludido asintió.

—Me encargué de todo, el viejo Smith nos estará esperando para cuando lleguemos.

Cameron asintió y cogió las riendas de su semental negro. Se subió y les hizo un gesto.

—Bordearemos por la izquierda el lago Ness. Quizás nos retrasemos un poco pero es preferible a encontrarnos con compañías desagradables.

Sus hombres asintieron y lo siguieron durante todo el trayecto. Como último día del año, en el Castillo de Dunvegan se haría una gran fiesta que alejaría la tensión de los últimos días. Cada día, la competencia con respecto al ganado y la lana era más alta y conseguir aquel trato con un comerciante como Jack Lenox no había sido nada fácil.

Había jurado a su padre que alzaría el clan de los MacLeod como ningún otro en las Highlands. Y eso haría hasta que llegara su muerte.

El cielo poco a poco comenzó a nublarse, nada nuevo para ellos. Las nubes, espesas y oscuras, mostraban su reflejo en el lago Ness, señal de que dentro de poco caería una buena tormenta. Animó a su montura a ir con más rapidez. Unos minutos más tarde, alejados de Fort Augustus, estaban bordeando el lago cuando escuchó un gemido seguido de un chapoteo.

Levantó la mano para que sus hombres pararan.

Los miró de reojo y asintieron. Todos lo habían oído.

¿Les seguían? No era el único *laird* que había querido apropiarse de un contrato tan exquisito como el que él había conseguido.

Les hizo un gesto para que vigilaran mientras se acercaba poco a poco a la orilla, con la espada preparada y el cuerpo tenso. Sus pasos no hicieron crujir ninguna hoja seca ni tampoco las raíces y trozos de corteza que yacían en la tierra, pasando totalmente desapercibido para la persona.

Casi rozando las aguas con los pies, retiró unas espesas ramas que le impedían ver a quién se encontraba en las aguas.

Una delgada mano salió del agua seguida por una cabeza oscura.

Una mujer.

Era una mujer.

Frunciendo el ceño pero sin guardar la espada, se acercó todo lo que pudo sin mojarse y contempló la situación, evaluando si era o no peligroso ayudarla. Ella daba vueltas alrededor de sí misma, mirando hacia todos los lados y agitando más fuerte sus brazos y piernas bajo el agua. ¿Estaría desorientada?

Como si se hubiese dado por vencida, fue nadando hacia la orilla en la que él se encontraba, sin dejar de murmurar en un idioma que él desconocía. La mujer se deshizo de parte de su ropa, quizás le resultaba demasiado pesada, aunque no pudo ver de qué se trataba.

A medida que se acercaba más, pudo distinguir unos ojos verdes grisáceos llenos de preocupación e inseguridad rodeados por unas espesas pestañas negras. Su pelo oscuro reveló su longitud cuando hizo pie, estabilizándose con las manos. Perdió el equilibrio durante unos segundos, cayendo al barro y manchándose la prenda blanca que llevaba. Unas torneadas piernas llamaron su atención.

¿Quién demonios era esa mujer?

—¿Cameron? —llamó uno de sus hombres.

—Shhh... Esperad.

La mujer consiguió salir, sin verlo todavía, y volvió a mirar a su alrededor, perdida. Su mirada revelaba lo angustiada que estaba.

—¿Inglesa? —Masculló Broc.

—No lo parece —contestó Robert por él al ver que su *laird* no hablaba, concentrado por completo en la mujer—. Su piel está demasiado tostada para ser *sassenach*.

La mujer se cogió el pelo oscuro y lo escurrió para quitarse toda el agua posible. Sus curvas, tapadas hasta ese momento, quedaron a la vista de ellos. Aquel vestido de lana blanco que llevaba se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. ¿No era consciente de lo peligroso que era estar medio desnuda por allí?

Ella se colocó la mochila sobre los delgados hombros y suspiró antes de percibirlo.

Lo miraba de la misma forma que lo haría un pequeño animal antes de ser devorado. Sus ojos se clavaron en él y se abrieron por completo. Murmuró algo en ese idioma desconocido antes de llevarse una mano al pecho.

No, no era inglesa.



Alba, desorientada y empapada, se preguntó cómo había pasado todo aquello. No solo estaba en una época remota en Escocia, sino que además había sido vigilada por el hombre que había visto en sus visiones desde el verano pasado. Era bueno, admitió, se camuflaba como un animal salvaje.

Y no se había dado cuenta. Sus despistes acabarían metiéndola en problemas.

Tan atractivo como el mismo dios Apolo, soltó todo el aire de sus pulmones mientras pensaba qué debía hacer en aquella situación, observada por un par de fríos y tormentosos ojos grises.

Sabía que no era un buen momento para quedarse allí embobada mirando al *highlander* pero... Por todos los Santos, nunca había visto un hombre cuyo conjunto fuese tan impecable. Salvaje. Masculino.

Inusual.

Debía de medir cerca del metro noventa, de hombros anchos y piernas fuertes. Sus rasgos eran como los recordaba, solo que un poco más duros y ásperos. ¿Cuántos años habrían pasado desde el hombre que vio hasta el que

tenía delante? Su pelo cobrizo oscuro era corto, excepto por algunos mechones que caían por su frente. Su mandíbula suavemente cuadrada y pronunciada estaba cubierta por un vello incipiente más claro; el resto del rostro lo adornaban una nariz recta y labios carnosos.

Llevaba una camisa blanca por dentro del *kilt* y unas botas de piel.

Era tan grande que hipó.

Se humedeció los labios y alzó las manos para que viese que estaba indefensa.

—No soy peligrosa —dijo en inglés.

—No sé si creeros, muchacha —habló Cameron MacLeod. Su voz, masculina y grave, la recorrió de pies a cabeza. Escucharla en persona era diferente a la de las visiones, mucho más profunda—. ¿Cuál es vuestro nombre?

Alba barajó la posibilidad de mentir pero, ¿de qué serviría? Allí nadie la conocía. Y tampoco es que se pudiese hacer pasar por una inglesa o escocesa. Era imposible tanto física como lingüísticamente.

—Alba.

—¿Sólo Alba? Debéis tener apellidos. —Alzó una ceja y avanzó un paso hacia ella.

Oh, querían identificarla. Metiéndose un mechón detrás de la oreja, se cruzó de brazos al sentir los pezones erectos por la humedad y el aire que había. Tenía mucho frío. Necesitaba ropa nueva si no quería que su aventura acabara en las próximas horas.

Juntó las piernas.

—Alba Duque, señor...

Él no dijo su nombre y, aunque ella lo supiese, esperó. De otra forma, habría desconfiado de ella por completo.

Esperó unos segundos antes de que él hablase otra vez.

—Cameron MacLeod. —Ella suspiró—. ¿Me conocéis?

Alzó la cabeza con brusquedad.

—Me temo que no, señor.

—No deberíais nadar medio desnuda, Alba Duque. —Sonrió al oír cómo pronunciaba su nombre y apellido—. No es aconsejable para las mujeres.

Sabiendo que se encontraba muchos años atrás en el pasado, contuvo su lengua cuando quiso responderle mordazmente.

—Me temo que no sé dónde estoy, señor. No recuerdo nada más que nadar

hacia la orilla para salvar mi vida.

El *laird* fue hacia ella aguantando la risa y la inspeccionó con la mirada. Casi tocándola, Alba captó un olor a jabón limpio que provenía de su piel, algo más pálida que la suya. La enorme dimensión de su cuerpo la desorientó. Era como un toro, solo que disponía de la elegancia de un león.

—Es poco probable que os ahoguéis en un lago con aguas calmadas, mi señora.

Alba parpadeó por el trato. ¿Mi señora? Estuvo a punto de soltar una carcajada. Su breve diversión se vio interrumpida cuando una pregunta cruzó su mente. ¿Qué año sería? Necesitaba saberlo cuanto antes.

—¿Podrías decirme en qué año nos encontramos, señor MacLeod?

Cameron frunció el ceño, como si por primera vez se estuviese planteando que estuviese mal de la cabeza.

—Mil cuatrocientos cuarenta de nuestro señor. ¿Habéis recibido un golpe en la cabeza? Parecéis tener rojo ese lado de la sien —dijo antes de estirar la mano y señalar dónde se encontraba la golpeada zona. Un hormiguelo recorrió la zona herida, estremeciéndola. Comenzó a latirle con intensidad, siendo consciente del golpe.

Pero el frío volvió a recordarle que debía de buscar algo de ropa. El martilleo de su pecho era constante.

—¿De dónde sois? —preguntó Cameron, entrecerrando los ojos hasta no ser más que dos rendijas plateadas.

En ese momento, un hombre de ojos azules y pelo rojo se colocó al lado de Cameron.

—Cameron, deberíamos irnos ya. Tenemos que llegar a Mallaig pronto.

Asintiendo en dirección a su amigo, miró a la atractiva mujer una vez más.

—¿De dónde sois, muchacha? —volvió a preguntar.

—España. —Alba se aclaró la garganta—. España, el sur.

Cameron hizo un gesto afirmativo, mientras que los demás hombres se sorprendieron.

—Eso está lejos.

—Bastante, y no sé cómo he llegado hasta aquí. ¿Podéis ayudarme? —preguntó Alba, mirando los caballos que se encontraban a sus espaldas.

—¿Cómo, muchacha? —Un *highlander* moreno de ojos oscuros sonreía. Su acento era mucho más marcado que el de Cameron—. No os podemos ayudar si no recordáis nada.

Alba estaba a punto de darse por vencida, tirarse al agua y esperar a que las burbujas la rodearan para llevarla de vuelta al dos mil quince. ¡Pero qué hombres tan necios! ¿Qué hacía falta para que la dejaran ir con ellos? Por supuesto, la idea de contarle la razón por la que se encontraba allí estaba más que descartada: podrían acusarla de brujería o quizás de espía. Conocía la enemistad que tenían con los ingleses.

Como si Cameron hubiese seguido el hilo de sus pensamientos, se llevó una mano grande y fuerte hacia la mandíbula, frotándosela.

—Deberíamos dejarla aquí. —Alba abrió los ojos por completo. ¿Le estarían tomando el pelo o de verdad pensaban dejarla allí? Cameron parecía bastante serio.

—¡No, por favor! No tengo nada de valor, nada de dinero. —Alzó las manos, completamente vacías—. No puedo comer ni dormir en ningún sitio.

—¿Qué me daríais a cambio, Alba? No puedo ofrecerlos tanto sin nada a cambio.

Sus mejillas se sonrojaron con rapidez. ¡Sería desgraciado! Encima que iba a salvarle la vida y evitar que dejara a su mujer viuda... Intentó contener la calma, repitiéndose que él no la conocía de nada y sus sospechas estaban más que justificadas.

—Como ya he dicho, no tengo nada —graznó Alba, con la voz un poco ronca. El sonido de un cuervo la sorprendió, estando a punto de volver a perder el equilibrio.

Los escoceses la miraron como extrañeza.

—Soléis repetir las cosas varias veces, muchacha —habló el pelirrojo.

—¡Porque no me escucháis! —Cogiendo aire, se repitió que no podía hablarles así si quería conseguir algo.

Necesitaba encontrar alguna razón que les convenciese de llevarla con ellos. La pregunta era el qué.

Contempló con desesperación los hermosos y duros ojos del *laird*, clavados en ella. Si no fuese por lo precaria que era su situación, se habría parado a mirarlo con minuciosidad. Desde su forma de caminar, elegante y peligrosa como un animal salvaje, hasta la firmeza de sus músculos y lo bien que le sentaba el *kilt*.

Y su boca. Su seductora boca, en un amago de sonrisa.

Era pálido de piel, apenas soleado, aunque eso no quitaba lo trabajadas que tenía las manos. Grandes, cubiertas de un suave vello rubio que subía por los

fuertes y formados brazos.

Dios, vaya hombre... Y allí estaba ella, hecha un desastre. Era posiblemente uno de peores y más excitantes días de su vida. Por no añadir uno de los más fríos.

Apenas podía creerse todo lo que le estaba sucediendo. En un segundo disfrutaba del barco junto a Felicity y, uno más tarde, era tragada por las aguas y llevada al pasado. Con aquel *highlander* que, en su época, no había sido más que un recuerdo y polvo.

—Soy una experta cocinera —soltó de repente. Todos la miraron con curiosidad. ¡Bingo! Tenía su atención—. Soy... Muy buena cocinera.

—¿Cómo os habéis acordado de eso, muchacha? —cuestionó Cameron.

—Lo llevo siendo toda mi vida —replicó Alba con suavidad—. No es algo de lo que me pueda olvidar con facilidad.

—Apenas debéis pasar los veinte —murmuró el pelirrojo, escéptico.

—Tengo veinticinco. —Alzó la cabeza—. Si me lleváis con vos, milord —dijo refiriéndose al *laird*—, prometo serviros. No os arrepentiréis. Por favor, tened misericordia. Estoy muy lejos de mi hogar y no sé qué será de mí. Solo os pido tiempo hasta que sea capaz de regresar a mi tierra.

Unos segundos de silencio llenaron el tenso vacío que los rodeaba.

Luego, para exasperación de Alba, los hombres se echaron a reír, golpeándose entre ellos. Los fulminó con la mirada mientras Cameron la observaba con diversión pero sin borrar la seriedad de su semblante.

Todo aquello se le estaba antojando a Alba de lo más incómodo, sobre todo porque no entendía nada de lo que decían. Con toda certeza sería gaélico. Felicity se había ofrecido a enseñarle algo, pero todos los planes que habían hecho en aquellos días lo habían impedido.

A Cameron se le parecía antojar la situación divertida y amena. Estaba serio, pero aguantaba la risa. Definitivamente, él era capaz de mostrar una máscara para que la otra persona no fuese capaz de saber qué pasaba por su cabeza.

—Está bien. Podéis venir con nosotros. —Sus hombres lo miraron, estupefactos—. Nos dirigimos hacia Skye, ¿sabéis dónde se encuentra?

Alba negó con la cabeza.

—No.

Cameron le dio la espalda para montarse en un enorme semental negro cuyas rollizas patas asustaron a Alba. De un elegante salto, se montó. El

caballo se movió un poco antes de quedarse tranquilo bajo las tranquilizantes palmadas de su dueño.

El resto de los hombres se montaron en sus respectivos caballos. Desde su posición, parecían aún más grandes. Ella, en cambio, minúscula, como si no fuera más que una piedra en sus caminos. Alzó la cabeza.

Los hombres siguieron el trayecto tras recibir una mirada de su *laird*. Quedándose a solas, Alba cogió el dobladillo de su vestido y lo apretó entre los dedos, todo bajo la grisácea mirada de Cameron.

Él acercó su caballo a ella hasta que el animal le rozó la cara con el húmedo hocico, sobresaltándola. Aquel animal era enorme, como su jinete. Los oscuros ojos del semental estaban puestos en ella con curiosidad y recelo.

Cameron MacLeod estiró una mano.

—Montad conmigo, muchacha. Iréis resolviendo mis preguntas a lo largo del camino.

Entrelazando sus dedos con los de él, sintió una pequeña descarga que le recorrió todo el cuerpo de pies a cabeza, entumeciéndola. Sacudió la cabeza para despejar aquella pequeña niebla de pasión y fue alzada del suelo para estar entre el caballo y el *highlander*. Mirándolo de reojo, se humedeció los labios. Sentía su calor en la espalda, totalmente eclipsada por él. Los dientes comenzaron a castañearle hasta que él cogió una manta doblada bastante vieja, colocada en la parte trasera, y la envolvió. Alba juraría que había dejado de sentir los dedos de las manos y de los pies.

Parte del frío que se había instalado en su interior se disipó gracias al calor que desprendían el escocés y la prenda.

—Gracias-s —murmuró.

—En caso de que no me satisfagan vuestras respuestas o mintáis, os dejaré a merced de Dios. ¿Entendéis? —habló Cameron, ignorando su agradecimiento.

Sintió su aliento contra el cuello y se removió inquieta.

—Lo-o entiendo.

Inesperadamente, Alba se mordió los labios para sofocar un gemido cuando la estrechó con un brazo.

—Bien.



Durante el trayecto, Alba maldijo no conocer el gaélico. No entendía nada de lo que decían los tres hombres, acabando apartada del grupo. Aunque, eso sí, tenía que admitir que era una lengua que le resultaba atractiva a los oídos, sobre todo al oír a Cameron.

Tenía la voz de esos actores de películas americanas en castellano, pero con un acento fuerte. Sentía las vibraciones de su risa al hablar con sus hombres y el contacto de su cuerpo con el de ella... Desde su mano sobre el centro del abdomen hasta sus piernas. Las caderas masculinas mantenían una distancia de respeto que le agradó.

A veces, y solo a veces, con el viento en contra, llegaba hasta ella el olor masculino almizclado y fresco.

Poco a poco, el cielo se fue despejando hasta que un haz de sol impactó contra su helado rostro, calentándolo. El resto de su cuerpo era tapado por la manta que Cameron le había dado más otra vieja de cuadros que le había prestado Robert, el pelirrojo de ojos azules. Se habían presentado a ella de forma breve antes de sumirse otra vez en una conversación en gaélico. Eso sí,

Alba se lo había agradecido, aunque sabía que se la había prestado para que dejase de hacer el desagradable sonido de los dientes chasqueando. No solo no estaba acostumbrada al frío, sino que su ropa estaba empapada. Tenía el pelo pegado al rostro, sobre todo en torno a las mejillas.

Además, necesitaba cambiar de postura cuanto antes.

Estar montada a caballo con las dos piernas a un lado era una tortura.

Probó a agitarse en la montura, consiguiendo que Cameron dejara de hablar y la apretase aún más.

—¿Por qué no paráis de moveros? —le espetó enfadado.

—¡Me duelen el culo y las piernas! —gimió y se arqueó, sintiendo un tirón en la espalda—. Necesito ponerme a horcajadas sobre el caballo.

Cameron la sujetó con más fuerza.

—Eso es indecoroso.

—¡Me importa un bledo que sea indecoroso! —murmuró derrotada—. Me duele todo el cuerpo.

—¿Nunca habéis montado a caballo? —preguntó ignorando la palabrota.

—Nunca, siempre he ido a pie o en coch... Burro. —Alba suspiró, aliviada. Debía tener más cuidado con lo que decía, se reprendió—. Y por poco tiempo.

Cameron suspiró.

—De acuerdo. No os mováis, os levantaré por la cintura y pasaréis una pierna al otro lado. ¿Lista? —Ella asintió, concentrada mientras se iban quedando un poco atrás del grupo.

Al levantarla por la cintura, Alba perdió un punto de apoyo y al moverse, acabó dándose la vuelta. Estaba a horcajadas pero mirando de frente a Cameron, dando la espalda al caballo. Apenas había unos centímetros entre el rostro de él y el de ella.

Él la miró con una ceja alzada.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Cómo podéis ser tan torpe?

El caballo dio un traspié, desequilibrándola. Agitó los brazos y se agarró a su cuello.

—¡Este caballo es un demonio!

Al no recibir respuesta, sin quitar sus brazos de él, se echó para atrás un poco y lo miró. A dos centímetros de sus ojos, Alba contempló las hermosas cuencas grises. Era uno de sus rasgos más bonitos y misteriosos, pensó, en

conjunto con su rostro y su cuerpo. Sentía el cabello de la nuca rozándole los dedos que se agarraban a él.

Boom. Boom.

Era su corazón. Se aceleraba solo, pensó. Sin motivo aparente... O quizás fuese Cameron. Fuera lo que fuera, ya no tenía nada de frío.

Humedeciéndose los labios, vio cómo él clavaba la mirada en su boca.

—Tened cuidado, muchacha.

Sonrojándose, se retiró todo lo que pudo de él.

—Lo siento, ayudadme a ponerme bien, por favor —dijo sin mirarle.

Él le agarró la barbilla, obligando a que sus miradas se encontrasen.

—¿Por qué? No lo veo mal, después de todo. —Las comisuras de su boca se elevaron hacia arriba, haciéndole parecer más joven.

—Pues lamento decirlos que no pienso quedarme así. —Cruzó una pierna para un lado y luego terminó de dar el giro para acabar como, en un principio, había sido su objetivo. A horcajadas de frente. Una mano masculina la agarró de la cintura—. Mejor.

—¿Segura? —susurró en su oído, haciéndole cosquillas.

—T-totalmente, MacLeod.

Cameron aceleró el ritmo para ir con sus hombres, que los miraban con curiosidad. Los enormes bosques que los rodeaban eran de miles tonos verdosos, incontables a pesar de haberlo intentado. Los árboles eran inmensos y altos con grandes copas, las ramas parecían extenderse sin fin hasta tocar el cielo.

Se encontraron con algunas personas durante el camino, algunas los saludaron, otras simplemente los ignoraban.

Aburrida, se dispuso a dormir un rato cuando Broc, uno de los *highlander*, el moreno, se dirigió a ella. La frialdad que habían tenido hacia Alba había menguado en cierta medida.

—*Lass*, ¿qué sabéis cocinar?

Alba dio un pequeño salto sobre la montura. Cameron la agarró con firmeza.

—¿Co-cocinar? —tartamudeó.

—Sí, comida. Quizás podríamos cazar algo para que nos lo preparéis.

Ella se estremeció. ¿Destripar animales y quitarles la piel? Dios, no. Entre todo lo que podía haber dicho, cocinera había sido una opción muy poco

acertada. Alba barajó todas las posibilidades en su mente sin encontrar ninguna que consiguiera sacarla de aquel atolladero.

Tragó saliva.

—Oh... Creo que deberíamos seguir el camino.

El pecho de Cameron tembló por la risa contenida.

—Pensé que estábais cansada.

—Ya no —replicó.

Broc soltó una carcajada, contento por su respuesta.

—Tranquila, muchacha. No hace falta que cocinéis... por ahora. Hemos traído comida de Skye.

Poniéndose recta, alzó la cabeza y lo miró.

—Una pena, cocino demasiado bien.

—Podemos guardarla para otro día y...

—Demasiado tarde. Si hay, no debemos desperdiciar los recursos; menos aún en pleno invierno —le interrumpió enérgicamente.

Los hombres se rieron y volvieron a hablar en gaélico. Cameron se acercó a su oído. Se tensó al sentir el torso masculino rozando su espalda.

—Tranquila, *lass*. No voy a dejarte tirada, pero al menos responderás a mis preguntas, ¿verdad? Como *laird*, tengo que asegurarme de que no eres un peligro para mi clan. —Alba asintió con lentitud. Él parecía haber dejado a un lado las formalidades, pero ella era lo suficiente desconfiada

—Os agradezco que me llevéis con vosotros.

—¿No has estado antes con ningún clan?

Ella negó con la cabeza.

—No sé cómo he llegado hasta aquí, señor MacLeod...

—Llámame Cameron —la interrumpió inesperadamente.

—Cameron... —Vio cómo tensaba las riendas del caballo. Sus nudillos se volvieron blancos. Se preguntó si debía inventarse una historia sobre su origen y llegada. Lo malo era recordarla, se dijo con tristeza. Su mala memoria a corto plazo jugaba un papel fundamental—. Mi familia murió hace muchos años y desde entonces me ha cuidado mi tía Carmen.

—¿*Car-rr-men*?

Su dificultad para pronunciar dicho nombre la hizo reír.

—Sí, Carmen. Un amigo suyo venía a Escocia por unos negocios...

—¿Desde España?

¿Por qué no paraba de interrumpirla? Apretó los dientes. ¿Tan descabellada

sonaba su historia? ¿Es que España y Escocia no tenían relaciones comerciales en aquella época? Desconocía por completo el marco histórico, aunque esperaba no estar soltando disparates.

—Sí, desde España. Pero me temo que algo habrá pasado, pues me he encontrado en medio de ese lago oscuro sin ver a nadie a mí alrededor. No puedo decir más de mi viaje aquí, os estaría mintiendo. Recuerdo fugazmente Edimburgo. Poco más.

Asintiendo, dando la respuesta por válida con cierta reticencia, prosiguió.

—Tienes veinticinco años, ¿no estás casada? Ya estás edad de tener varios críos a tu cargo —dejó caer.

Alba agradeció que no pudiese ver su gesto. Sin lugar a dudas, no se veía aún con críos. En Sevilla le había resultado imposible encontrar en ninguna de sus exparejas a alguien con quien establecerse. Tampoco había tenido suerte: algunos la habían engañado, otros no habían querido esforzarse,... Y otras veces, había sido ella quien había estado demasiado cansada para ofrecer nada más que su tiempo.

Ella se aclaró la garganta.

—No, no estoy casada.

—¿Y quieres casarte, muchacha? —preguntó Cameron. Parecía interesado en su vida, como si fuese la primera vez que hablaba con una mujer. O quizás estaba pendiente del hilo de la conversación como para pillar sus mentiras y tirarla al lago Ness de vuelta.

—Pues... No lo sé —respondió Alba con sinceridad.

—¿Las españolas sois así? —Cogió un mechón de su pelo oscuro.

—¿A qué te refieres?

—Tan evasivas.

Alzó una ceja, sintiendo su risa. El *highlander* le estaba tomando el pelo.

—Supongo... No lo sé. Hay de todo —murmuró, extrañada por el giro de la conversación.

Un sonido de tormenta a lo lejos llegó hasta ellos. El intenso olor a lluvia la rodeó, moviendo algunos de los mechones de su rostro.

—Nadie vendrá a buscarte, *lass*.

La frase le resultó tan fría como el hielo. No, nadie iría a buscarla. No, estaba sola en todo aquel extraño asunto, y aunque admitía sentirse afortunada de tener tal experiencia, había accedido a ir por salvar la vida de un hombre. Alba no habría podido seguir con su camino a sabiendas de que en su mano

estaba que él hubiera podido tener una larga y feliz vida. De ninguna manera habría querido vivir con tal peso sobre sus hombros.

Y no se trataba de cualquiera, sino de Cameron MacLeod. Que al parecer, acabaría bajo tierra envenenado.

Si ella no lo evitaba.

—Nadie, me temo —dijo en un largo suspiro.

—Eres bienvenida a nuestras tierras, *lass*. Serás una más de nuestro clan.

Sonrió para agradecerle el gesto y contempló un lago que dejaban a mano izquierda. Robert volvió cabalgando y se acercó a ellos.

—Aquí podemos descansar para comer algo, no hay peligro.

Asintiendo, Cameron bajó del caballo y se puso enfrente de ella. Alzó una ceja. Alba aguantó la risa ante el gesto tan inesperado y estiró los brazos para agarrarse a sus hombros. Las manos masculinas la tomaron por la estrecha cintura, deslizándola hasta el suelo sin apartar sus ojos de ella.

Azorada, se echó el pelo húmedo, ya casi seco, para atrás. Al ver una roca, se sentó en la dura superficie, cubriéndose con las dos mantas y sintiéndose por primera vez incómoda.

En aquella época no era normal que las mujeres vistiesen así, y aunque había pensado que le daría igual, las miradas que le echaban los hombres la incomodaban. No eran miradas de deseo, sino más bien de confusión, como si Alba no encajara en todo aquello.

Mientras los hombres se preparaban, podía escuchar sus palabras en gaélico. Estaban hablando de ella, de eso estaba segura. Cameron oía todo lo que sus hombres le decían al mismo tiempo que estiraba la mano para darle un pañuelo que, supuso, llevaba comida.

—Come muchacha, no haremos más descansos hasta la noche.

—Gracias.

Colocó el pañuelo abierto sobre sus rodillas y comió con avidez. Su estómago sonó, haciéndola sonrojar. No miró a los hombres, sino que terminó de comer el queso y el pan que le ofrecieron. Cameron le dio una bota con vino. Bebió un pequeño buche, pero no calmó su sed. Quería agua.

De repente, le entraron ganas de orinar. Llevaba demasiadas horas sin atender sus necesidades.

—Necesito... Hacer mis necesidades. ¿Puedo dirigirme hacia el lago?

—No te alejes mucho. —Tras soltar la orden, Cameron asintió.



—Grita si ves una serpiente, muchacha —prosiguió Broc, quien cruzó sus grandes brazos sobre su fornido pecho. Sus seductores ojos oscuros la seguían mientras andaba—. O cualquier otro animal.

—No la asustes, Broc. —Cameron sonrió, terminándose su comida. Contempló como poco a poco la figura de la española se perdía por la bruma. Sus largos cabellos oscuros como la noche eran movidos por la brisa.

—¿Estás seguro de querer llevártela, Cameron? —Robert se frotó el cuello agarrotado.

—No puedo dejarla tirada, aún menos con esas ropas. Lo que me ha dicho tiene pinta de ser verdad. Su acento y su aspecto físico no son de aquí. No entiende nada de gaélico, o nos habría mirado varias veces después de todo lo que habéis dicho sobre ella. No se ha alterado en absoluto.

—Es una mujer indefensa y nuestro *laird* un auténtico caballero. — Ignorando la mirada del susodicho, Broc se crujió los dedos antes de tomar un buen buche de su bota—. Es... bastante simple. Aunque tiene algo que gusta. Quizás... es lo exótica que se ve.

Cameron alzó una ceja pero no añadió nada, a sabiendas de que su antiguo amigo continuaría.

—Sus ojos no son grandes a pesar de tenerlos llamativos, sus labios no son carnosos aunque lo que esconde su interior sí que lo es. —Ajeno a las miradas de Cameron y Robert, continuó—. Tiene una gran sonrisa llena de dientes blancos, grandes y perfectos, sanos, algo que no abunda por aquí. Diría que es el rasgo que más destaca de su rostro. —Cameron no estaba de acuerdo, pero le dejó terminar, contemplando el rostro expresivo de él—. Sus pechos son bastante pequeños, aunque tiene curvas.

—¿Te has fijado en todas esas cosas, amigo mío? —preguntó Robert conteniendo una carcajada.

—Y muchas más. —Sonrió, rascándose la barba incipiente.—. Como dije, aparte de su sonrisa no tiene nada más que destaque, pero aun así es una mujer muy atractiva y orgullosa. El pelo largo y oscuro ayuda, y además, su piel tostada le da la apariencia de una mujer fuerte. Tiene un aire que las mujeres de aquí no poseen. Eso no quiere decir...

—Es española, Broc. Claro que es distinta.

Cameron no iba a meterse en la conversación y, aunque Broc llevaba parte de razón, a él le parecía simplemente irresistible. Sus ojos no eran grandes, pero sí rasgados, rodeados por densas pestañas negras y adornados por unas cejas oscuras, alargadas y finas.

Era exótica, distinta. Sus ojos claros en combinación con su piel olivácea hacían de ella una mujer misteriosa, fuera de lo común.

Sintiendo que parte de la sangre corría hacia la zona de la ingle, sacudió la cabeza y cogió su bota.

—Iré a ver cómo está. Cuidad de los caballos.

Sus hombres asintieron mientras discutían sobre Alba Duque.

Negando con la cabeza, pensó en la casualidad de haberla encontrado. ¿Y si no hubiese ido por la izquierda del sendero? ¿Y si hubiese cogido la derecha? Acaso... ¿acaso le habían puesto a esa muchacha de lengua soez en su camino por alguna razón? ¿La habrían raptado o violado? Las cosas por Escocia no estaban tan tranquilas como para que una mujer medio desnuda deambulara sola.

Subió una pequeña pendiente para llegar a una zona plana donde estaba el lago; esperaba que no hubiese huido, y no solo porque no volvería a verla y quisiese sonsacarle más información.

A medida que oscurecía, los peligros salían de sus escondites para matar, violar y robar a los viajeros extraviados.

Aceleró el paso.



Alba se aclaró la boca con agua y escupió en la hierba. Mojó sus adormecidos pies en las orillas del lago y se recogió el pelo con la gomilla que tenía en la muñeca, haciéndose un mal recogido. Se inclinó sobre una roca y miró su reflejo.

Hizo una mueca con los labios.

Podría ser peor.

Contempló las altas colinas verdes, las rocas que había dispersas por los valles y se preguntó si todo aquello no sería producto de su imaginación. ¿Cómo si no se encontraría allí? Se abrazó las rodillas al pecho y echó la cabeza hacia atrás, dejando que el viento la despejase.

Magnífico y...

—¿Quién eres, muchacha? —preguntó en gaélico.

Incorporándose con la mayor brevedad posible, encima de la roca vio a un enorme hombre de cabellos rubios y ojos turquesas que la miraba fijamente. Llevaba una camiseta blanca y un *plaid* alrededor de la cintura y sobre el hombro, sujeto con un broche. Llevaba unas botas parecidas a las de Cameron y sus hombres, de piel y sujetas con correas.

Sus rasgos eran atractivos y sensuales, como los de las estatuas griegas. La palabra para ser exacta sería: clásica. Poseía una belleza clásica. Cuando sonrió para tranquilizarla, hipó.

—¿Quién eres?

Alba negó con la cabeza mientras se acercaba. Miró a todos lados, deseosa de ver a Cameron o sus hombres aparecer por un lado u otro.

Pero no. No había rastro de ellos. Quizás le habían tomado el pelo y se habían ido. ¿Para qué iban a perder el tiempo con ella? Desde un primer momento le había resultado extraño que la acogiesen en su clan tan fácilmente.

—No os entiendo, mi señor —pronunció en inglés.

El escocés arrugó el rostro.

—¿Eres inglesa?

—No, pero me temo que no sé hablar vuestra lengua.

—*Och*, no te preocupes, muchacha. —Incluso sin subirse en la roca en la que estaba ella, era más alto. Estiró un brazo—. Alisdair MacLean, y tengo el placer de conocer a...

—Alba. —Puso su mano encima de la robusta de él—. Alba Duque.

Parpadeó sorprendida cuando le dio la vuelta y soltó un beso húmedo y cálido en la palma de su mano.

Fue incapaz de no sonreír. Él se la devolvió.

—Sois un descarado por lo que veo, señor MacLean.

El *highlander* le guiñó un ojo.

—Solo cuando veo algo que me gusta. Insisto en que me llames Alasdair.

—Te llamaré Alasdair MacLean, truhan —dijo una voz conocida a sus espaldas. Miró de reojo y vio a Cameron, en cuyo rostro había una sonrisa torcida—. Y ella está con nosotros.

—¡Cameron! —Alasdair fue hacia él y se dieron un abrazo, palmeándose la espalda—. Pensaba que estarías ya en Skye.

—Partimos hacia allá, solo estábamos descansando.

El rubio la señaló con la cabeza.

—*¿Quién es esa muchacha tan guapa, amigo?* —preguntó en gaélico.

Alba frunció el ceño. ¿Por qué cada vez que querían hablar de ella lo hacían en otro idioma?

—*La encontramos en el lago Ness, nadando a plena luz del día sin nada.*

Alasdair la miró de arriba abajo con seriedad.

—*¿Una [selkie](#)?*

—*No, amigo, no es una selkie.*

Aunque él mismo lo había pensado en un primer momento. En el agua, con el largo pelo oscuro, había parecido una pequeña foca negra. Luego al darse la vuelta y ver su rostro, la hipótesis había cobrado más fuerza. Miró a la muchacha, cuyos ojos echaban chispas, probablemente por no entender nada de lo que hablaban. Parecían ser del color de los bosques escoceses. Quizás guardaba su piel por algún recóndito lugar y por eso no quería contarle nada más de su vida. Sacudió la cabeza. Él no creía en historias sobrenaturales. Al menos no todas.

—*¡Ya basta!* —Alba dio un traspié en la roca, pero recuperó el equilibrio con rapidez—. Odio cuando hacéis eso —murmuró mientras bajaba de la roca para ponerse al lado de ellos y alzaba la cabeza.

Era tan pequeña y menuda a su lado.

—*¿Qué odias, muchacha?* —Alasdair la miró con auténtica curiosidad antes de poner una mano en su pequeño hombro—. Dilo y no volveré a hacerlo.

—*Habláis en gaélico y no entiendo nada de nada. Sé que estáis orgullosos de vuestra lengua, suena muy bonita a los oídos, ¡pero no me entero de nada! ¿Y si me pongo yo a hablar español aquí en medio?*

Sin retirar la mirada de la mano de su amigo, aún en el hombro femenino, frunció el ceño. Se sentía algo incómodo.

—*No te entendería nadie, lass.*

—*Yo haría un esfuerzo.* —El rubio le guiñó un ojo.

Sonrojándose ante tal descaro, y no obstante no acostumbrada, se humedeció los labios y se calló. El *highlander* la inspeccionó de pies a cabeza,

—*¡Por todos los Santos, Cameron!* —Volvió a hablar en gaélico—. *¿Tienes intención de cortejarla?*

—*Deja de enamorarte de la primera mujer que veas, Alasdair. Te ahorrarás mucho sufrimiento. Tenemos que seguir nuestro camino. Supongo*

que te veré en unos días.

—*Nos veremos en cuatro o cinco días. Tengo que resolver unos problemas.*

—*¿Ha pasado algo importante?* —preguntó Cameron al ver el serio semblante del *laird*, que había desviado la mirada.

—Nos han robado diez vacas. —Apretó los puños hasta dejarlos blancos; sus ojos se oscurecieron por la rabia—. Llevan semanas robándonos y creo saber quién es. A este paso mi clan y yo no tendremos reservas.

—*Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.*

Asintiendo con agradecimiento y confianza, Alasdair centró toda su atención en la mujer. Alba alzó una ceja, a espera de su siguiente cumplido.

—Ha sido un placer encontrarme contigo, bella Alba. —Le cogió la mano y se la besó otra vez—. Verte mojándote en el lago ha sido todo un deleite.

Sin saber qué decir, parpadeó.

—Eh... Gracias. Que tengáis un buen viaje señor...

—Alasdair —la corrigió.

—Alasdair —repitió Alba.

El escocés volvió sobre sus pies hasta su montura. Supuso que habría parado allí para descansar, al igual que ellos. Hizo un gesto con las manos antes de ponerse a trote y desaparecer colina arriba, donde esperaban algunos de sus hombres.

No se había dado cuenta de que Cameron había iniciado la marcha hasta que se dio la vuelta y lo encontró a unos metros de ella.

—¡Eh, espera!

Fue corriendo hacia él, preguntándose cómo demonios había recorrido tanta distancia en tan poco tiempo. La respuesta estaba en las largas y fuertes piernas que tenía.

—*¿Tienes que pasearte con esas ropas, Alba Duque? Tus padres se avergonzarían. ¿Acaso quieres llamar la atención de todos los escoceses, lass?*

Parándose sobre sus pies, lo agarró de la camiseta y tiró de él con toda la fuerza que tenía. Cameron se encaró a ella, rozando sus pechos con su torso. A pesar de sentirse intimidada por lo pequeña que era a su lado, se obligó a sacar todo el coraje que llevaba dentro. Lo de sus padres le había dolido.

—*¿De qué estás hablando?* —bramó.

—*Deberías ponerte otra cosa, Alba.* —La miró de arriba abajo—. No

haces más que llamar la atención.

—¡No tengo nada más que ponerme!

—¿Y las mantas?

—¡Iba a hacer mis necesidades y refrescarme! —Intentando controlar su temperamento, miró sus increíbles ojos grises y le dio con el dedo en el pecho, arrepintiéndose cuando él le agarró la mano y la sostuvo allí—. ¡Estoy lejos de mi país, perdida, agradecería un poco de compasión por tu parte, MacLeod! Te agradezco tu hospitalidad y tu... ayuda, pero te estás equivocando con tus acusaciones.

Cameron abrió sus ojos por completo y la agarró de los hombros, alzándola del suelo.

—El problema es que quieres la ayuda de todos, *lass* —dijo casi contra sus labios. Él también parecía bastante enfadado.

Adivinando por donde iba, abrió la boca.

—¡No acabas de decir eso! —¡Pero qué retrógrados eran los hombres en esa época! Intentó darle una patada en la espinilla, encontrando solo el aire.

—¿Quieres que te lo repita? —murmuró.

Al ver que Cameron miraba sus labios, esta vez acertó al mover el pie.

—¡Eres un maleducado! —Pataleó, loca de rabia por no conseguir soltarse de su fuerte agarre—. ¡No debería de haber venido a esta condenada tierra!

Sin entender a qué se refería, a Cameron pareció hacerle gracia su actitud, ya que sonrió con ternura y le revolvió el pelo como si fuera un niño. Dejándola en el suelo, Alba se enrolló el cuerpo en las mantas, arrastrándolas como una larga cola de novia.

Comenzó a andar cuesta abajo mientras él la miraba con diversión.

—No vuelvas a...

—¡Cuidado, muchacha! —gritó Cameron, estirando un brazo para atraparla. Pero fue demasiado tarde.

—¡Ah!

De forma inesperada, Alba pisó el dobladillo de una de las mantas y cayó al suelo. Comenzó a rodar cuesta abajo, mareándose, con los brazos y las piernas atrapadas dentro de las pesadas telas, cuyo abrazo se hacía cada vez más fuerte en torno a su cuerpo.

Oía la voz del *highlander*, gritando:

—¡Protégete la cabeza! ¡La cabeza, muchacha!

Parecía estar corriendo tras ella, pensó al ver un borrón en una de sus

muchas vueltas.

Se protegió como pudo la cabeza con las manos entretanto algunas raíces y pequeñas piedras le arañaban las pantorrillas. Finalmente, chocó contra una roca, parándola en seco.

Soltó todo el aire contenido ante el dolor que la atravesó y dio gracias a Dios de haber hecho caso a Cameron y protegerse la cabeza. Se había golpeado contra las manos, raspándose las.

Unos segundos más tarde, escuchó la respiración y las pisadas del *highlander*. Se agachó a su lado sin parar de murmurar en gaélico. Le destapó la cara y la cogió entre sus manos con delicadeza para luego palpear su cuerpo, quizás en busca de lesiones o huesos rotos. Alba frunció el ceño mientras unos tímidos rayos de sol impactaban en la espalda masculina. Su pelo cobrizo oscuro tenía reflejos rubios, pensó hechizada ante tanta belleza.

Sus ojos grises la miraban con preocupación y no pudo evitar sonreír.

—¿Por qué sonríes, loca? Has estado a punto de matarte.

Su desagradable tono le molestó. Alba frunció el ceño.

—Esto es una mierda... —dijo en español con voz débil.

—Alba, ¿te encuentras bien? —La cogió en brazos, pegándola a su pecho—. No me ha dado tiempo a agarrarte, rodabas con mucha velocidad. ¿Te duele algo? Puedo desenrollarte las mantas...

Sacudió la cabeza y gimió al sentir dolor por todas partes.

—Agh, no, no, estoy bien. —Cerró los ojos con fuerza—. Esto no puede ir peor. No solo aguanto tus acusaciones, sino que...

Cameron suspiró y fue andando hacia los caballos. Broc y Robert los miraban con burla en los ojos, aunque también con sorpresa.

—Lamento lo que te he dicho, *lass*. Ha sido sin pensar.

—Te perdonaré esta vez, *highlander* —murmuró.

Al colocarla lo más delicadamente que pudo en el caballo, soltó un grito. Cameron se puso detrás de ella y la apoyó en su cuerpo.

—Descansa, duerme un rato. No nos queda mucho.

—Muchacha, sin lugar a dudas todo te pasa a ti —dijo Broc, mirándola con atención, incluso con algo de empatía—. Te has dado una buena.

Asintiendo, colocó la cabeza justo donde latía su corazón. Se sorprendió por lo cálida y reconfortada que se sentía. Colocó una mano justo al lado, aprovechándose. Notó músculos duros y tersos bajo su palma, envueltos por la piel. Caliente. Vivo. La camisa blanca que llevaba dejaba ver un suave vello

en su pálido pecho, casi imperceptible.

Alba suspiró con lentitud.

Cameron se tensó aún más.

Y de repente, Alba recordó que él estaba casado. Con hijo.

Cortándose completamente, se separó.

—Alba, apóyate y duerme —dijo colocando una mano grande en su cabeza y apoyándola de nuevo—. Te avisaré cuando lleguemos.

Debería quitarse, pero se sentía demasiado bien entre sus brazos. Guardó en lo más recóndito de su ser aquellos pensamientos que le susurraban una y otra vez que él tenía una familia. Que todo el tiempo que estaba pasando con él era únicamente por designios del destino y así salvar su vida. Aunque Alba admitía que seguía sin saber muy bien por qué le había elegido a ella.

Cerrando los ojos, decidió que en unas horas, cuando se recuperase, mantendría una distancia con Cameron. Y no porque quisiera, sino por respeto a su mujer y a su hijo.

Sí, eso haría.



Cameron notó cuando la tensión abandonó el cuerpo de la mujer para quedarse dormida. Su tacto y su respiración caliente en el pecho lo estaban volviendo loco de deseo. Sus continuos movimientos sobre la montura, rozándose contra él, ocasionaron que gran parte de su sangre se acumulase en su verga, sintiéndose un desgraciado.

Apretó los dientes y aguantó las miradas de sus compañeros, que parecían imaginarse el sufrimiento por el que estaba pasando.

—Teníais que haberos visto. —Broc sonrió—. Alba rodando y tú corriendo tras ella sin dejar de blasfemar.

—O cuando pisó la manta y dio una voltereta. ¡Podía haberse roto el cuello! —Señaló Robert.

—No le ha pasado nada —murmuró Cameron entre dientes.

—Esa muchacha es un peligro. Apenas lleva unas horas con nosotros y ya ha puesto en peligro su vida. ¿A quién te has encontrado? Tardabas en bajar — preguntó su compañero pelirrojo, mirando a todos lados y atento.

—A Alasdair MacLean.

—¿A MacLean? Creía que lo veríamos en Skye en unos días —pensó Broc en voz alta.

—Tiene unos problemas con el ganado.

Alguien murmuró algo. Miró a todos lados, preparado por si los atacaban o se encontraban con algún clan enemistado. Robert negó con la cabeza y le hizo un gesto a Alba, que murmuraba cosas incoherentes, dormida.

Asintió.

Recordó cómo había perdido los papeles al ver el interés de su amigo MacLean por la chica. No podía culparlo, él la encontraba irresistible. Su rostro era angelical y exótico. No era una de esas bellezas clásicas ni explosivas, pero aun así...

La deseaba.

Eso había quedado claro desde que la vio saliendo de las aguas del lado cual *selkie*. No estaba casada ni había rastro de su familia. ¿Cómo demonios había llegado hasta el lago Ness? Se preguntó observándola mientras caían las primeras gotitas de lluvia, mojando la frente femenina como si fueran pequeños diamantes decorándole la piel. Parecía ser una mujer fuerte que no se dejaba asustar por nadie, pero a pesar de ello, en sus ojos brillaba la vulnerabilidad.

Bien escondida, pero ahí estaba.

Llevaba tanto tiempo sin sentir un deseo tan fuerte, tan vivo por una mujer... Desde su soez vocabulario hasta sus pequeños puntos de timidez.

Vio el tope de su cabeza, su cabello oscuro. Parecía ser de un castaño oscuro o negro, a medida que baja hasta las puntas el color era más claro hasta llegar a un castaño. ¿Cómo era posible?

Todo lo que rodeaba a Alba Duque era un misterio.

Al igual que ella.

Capítulo 6

Con el cielo ya oscurecido y las nubes escondidas, llegaron a Mallaig. Sin descanso, fueron hasta la pequeña cabaña de un hombre que se encontraba de cara a la costa del mar para llegar hasta Skye, que no se encontraba muy lejos.

Esperando sentada en la orilla con los pies metidos en el agua y Broc haciendo guardia, Cameron y Robert entraron en la pequeña cabaña cuando el hombre abrió.

De pelo canoso y ojos azules, le había recordado a un marinero esperando a su eterna sirena a sabiendas de que nunca llegaría. Al verla, se había acercado a ella y le había ofrecido agua mientras la piropeaba bajo la impaciente mirada del *laird* Cameron.

Con una sonrisa, finalmente había salido de allí para disfrutar de la magnífica noche fría y las vistas.

La noche estrellada parecía estar iluminada por las pequeñas luces que tenía. El mar rompía con pasividad contra la orilla, mojándole las rodillas y cayendo alguna que otra gota en su rostro.

Hasta donde su vista alcanzaba por la oscuridad, todo a su alrededor era verde. Un paraíso. Se preguntó cómo los escoceses podían vivir allí sin estar suspirando todo el día. El ambiente era tan mágico y afectuoso... No le extrañaba que hubiese tantos mitos, era casi imposible no inventarse alguna que otra historia con la cantidad de sombras que proyectaban la luna y la vegetación.

Unos minutos más tarde, Cameron salió de la cabaña.

—Le dejaremos los caballos y él los llevará en unos días.

Sus hombres asintieron. Fue hasta ella y le ofreció una mano para levantarse. Le agradeció el gesto con una sonrisa.

—Nuestro barco es ese —dijo señalando uno de madera oscura.

Se acercaron al pequeño barco y, tras montarse Broc y Robert, Camero cogió su mano para ayudarla a subir. Un cosquilleo le erizó el vello de la nuca. Recogiéndose las mantas con una mano para no mojárselas, intentó que sus piernas no se viesan demasiado cuando el viejo *highlander* silbó, sonrojándola.

Tras montarse, Cameron empujó un poco el barco mientras los otros dos

comenzaban a remar para moverlo. Metiéndose con rapidez, a su lado, agitó el brazo.

El hombre le respondió diciendo algo en gaélico.

Vio la sonrisa brillante del *laird* en la noche y se preguntó qué le habría dicho.

Tras pasar unos segundos, el frío fue metiéndose dentro de sus huesos. Sus dientes rechinaron y se abrazó a sí misma, maldiciendo su inadecuada indumentaria, pensando que haberse puesto unos pantalones habría sido una buena idea. De todas formas, ¡qué sabía de ella que aquel día iba a viajar al pasado!

Estuvo a punto de dar un salto cuando Cameron la colocó junto a él, en uno de sus costados. Agradecía aquel gesto, pero necesitaba mucho más calor.

—Hasta que me toque remar, te daré calor, *lass*. Duerme.

Ignorando la orden, estiró el cuello para mirarlo a los ojos. Bajo la pálida luna llena, su mirada grisácea mostró ciertas motas celestes. Cameron parecía tener el mismo cielo en su mirada.

—Luego yo, muchacha. —Broc soltó una carcajada—. Yo doy más calor que mi *laird*.

Robert se rio mientras ella negaba con la cabeza, viendo la fulminante mirada que le dedicaba Cameron al moreno.

—Sigue remando, Broc. No me hagas tirarte al agua e ir nadando.

El sonido del agua moviéndose junto al de algún que otro animal, escuchándose a veces un pez saltando a la superficie para luego caer, la relajó por completo. Las aguas oscuras parecían tan profundas que temió que alguna criatura marina hiciera acto de presencia al confundirlos con comida.

—No te preocupes, hemos hecho este camino un montón de veces y nunca nos ha pasado nada.

Sorprendida de que supiese qué había estado pensando, lo miró con una ceja alzada.

—¿Tan transparente soy?

—Has mirado el agua como si fuese tu peor enemigo —aclaró el *laird* mirando a lo lejos.

—¿Cómo puedes verlo con tanta oscuridad?

—El reflejo de la luna ilumina la mitad de tu rostro, *lass*.

Su corazón dio un vuelco. Las manos de Cameron, en su cintura, ocupaban casi todo su abdomen de lo grandes que eran. El calor que emanaba de ellas le

hizo olvidar todo lo relacionado con el frío... Pero no con el deseo.

Tragando saliva al sentir la garganta seca, giró la cabeza hasta dar con su cuello. El olor almizclado y fresco que llegaba hasta ella causó que sus latidos aumentasen. Tenía sus manos encima de las de él y se preguntó cuándo las habría puesto allí.

¿La desearía? Su contacto era totalmente con el propósito de paliar el frío, en ningún momento la había tocado de otra forma. Era un hombre joven, casado, y por lo que ella había visto en las visiones, bastante enamorado de su mujer. Recordándose que no era la forma más apropiada de comportarse, Alba se aclaró la garganta. Estaba pegada a él, pero había dejado a un lado sus pensamientos y deseos más oscuros.

—¿Estás bien, Alba? Siento los latidos de tu corazón a pesar de tener las manos sobre tu abdomen —susurró en su oído.

Apretando los dientes ante la vergüenza, cerró los ojos, haciéndose la dormida.

—No te hagas la dormida, *lass*. Acabo de verte con los ojos abiertos.

Genial, ya sí que no podía ponerse más roja. Miró a los otros dos *highlanders*, que hablaban entre ellos en gaélico, ajenos a ellos.

Se relajó y pensó en una respuesta que sonase a excusa.

—Sigo teniendo cierto miedo a que nos ataque alguna criatura.

—¿Seguro que es eso?

Decidió darle la vuelta al juego y alzó una ceja. Vio que sonreía.

—Si no es eso, ¿qué crees que es?

Un escalofrío recorrió su cuerpo por completo al sentir sus labios cerca de la oreja, rozándola con suavidad y retirando un mechón de cabello.

—Creo que es por mí.

Pues sí. Era por él, pero no pensaba admitirlo. No cuando tenía una mujer y un hijo, como mínimo, esperándolo en Skye.

De repente, pensó que sería una tortura verlo con su mujer por sus tierras mientras ella estaba allí únicamente para salvarle la vida. Y no, no era ni mucho menos por sentimientos, sino por la química tan explosiva que había entre ellos. Si no, ¿cómo podía tener los pezones erectos cuando no sentía frío en esa zona? Otro de los muchos defectos que poseía era ilusionarse por lo imposible. Y Cameron MacLeod era un imposible en toda regla.

—Entonces es que eres muy presuntuoso, *laird* MacLeod.

—No tengo motivos para no serlo.

A pesar de ver su sonrisa, estaba disfrutando, picándola; se removió entre sus brazos hasta mirarlo de frente.

—¡Dios mío, tu vanidad es enorme!

—Y no sólo eso. —Le guiñó un ojo antes de colocarla de nuevo en la misma posición de antes—. Te vas a resfriar, deja de moverte.

No puso objeciones, estaba con la boca abierta mientras la sangre subía con rapidez a su rostro, y para qué negarlo, a otras partes de su cuerpo. Humedeciéndose los labios, se lo imaginó.

Grande. Desnudo. Pálido. Con su mirada fría sobre ella...

—Duerme, española. Has tenido demasiadas diversiones por hoy.

Y mandón.

Capítulo 7

Fueron casi dos días más tarde cuando desde lejos Alba pudo ver el enorme castillo de Dunvegan. No solo lo miró con los ojos completamente abiertos, sino también al lago que había en uno de sus laterales. Al removerse para ver con mayor claridad, una brisa fría entró entre las mantas, estremeciéndola.

Sobre una pequeña colina, permitía una buena visibilidad. Rodeado de vegetación, había vida tanto dentro como fuera de sus resistentes murallas. Al verlos, algunos campesinos se acercaron para saludarlos, mirándola con interés y curiosidad.

Hablaban en gaélico, por lo que supuso que su tortura apenas acababa de empezar. Al entrar dentro de la muralla, Robert y Broc se encargaron del pequeño barco, y a ella le extrañó que ni su esposa ni su hijo lo recibiesen. ¿Acaso podían estar en otro lado, con su familia materna? ¿O quizás hubiesen salido a dar un paseo? ¿Tendrían tareas que hacer? Fuese como fuese, Alba se permitió disfrutar de todo aquello a la misma vez que miraba los puestos.

Vendían desde queso y ropa hasta bisutería. La mayoría de los hombres llevaban el *kilt* con el mismo tartán que el *laird*. Por su parte, las mujeres llevaban sencillos vestidos de lana. De repente, recordó su vestimenta y entendió por qué despertaba tanto la atención del pueblo: no iba vestida acorde a la época.

Cameron la agarró del brazo.

—Vamos, muchacha.

—¿No tienes un vestido que dejarme? —musitó en voz baja al mismo tiempo que un corpulento hombre pelirrojo la miraba—. No me siento cómoda así.

—Entraremos dentro, te bañarás y te pondrás... —Alba dejó de escucharlo al oír tantas órdenes. Puso los ojos en blanco—. ¿Entendido?

Alzó una ceja y lo siguió mientras un hombre de pelo castaño claro iba hacia él.

—¿*Laird*, qué rápido habéis llegado! ¿Todo ha ido bien?

—Sí —asintió con una enorme sonrisa—. He conseguido un acuerdo con Jack Lenox de lo más satisfactorio para nuestro clan.

El hombre sonrió.

—Eso es estupendo, *laird*.

La señaló a ella.

—Asegúrate de que le preparen un baño y le den un vestido. Esperaremos a comer hasta que esté lista. Habla en inglés, no entiende el gaélico. —La miró con curiosidad y le dijo algo en gaélico sin retirar la mirada de la suya.

Los ojos del hombre perdieron calidez y, aunque parecía desear saber de dónde era, al ver la mirada de su *laird* asintió recelosamente.

—Por supuesto, me encargaré...

—Yo haré saber que el *laird* ha llegado —habló Robert.

El hombre, que parecía ser un administrador, le hizo un gesto para que lo siguiera. Miró a Cameron y tiró de su camisa al ver que le estaba dando la espalda. Estaba asustada.

—Cameron. —Él la miró—. ¿No deberías decirle que no soy *sassenach*?

Él la miró con una enorme sonrisa, cruzando los brazos sobre el pecho. Tenía toda su atención puesta sobre ella.

—¿Y tú cómo sabes esa palabra?

Recurrió a otra pequeña mentira para salir de esa situación cuanto antes.

—En España se sabe que no tenéis una buena relación con los ingleses... ¿Te importaría decirle...?

—Díselo tú.

—¿Cómo? —Frunció el ceño—. ¿No vas a ayudarme?

Suspirando, Cameron la agarró de los hombros y la acercó a él.

—*Lass*, la vida no es fácil en las Highlands, y con esto solo quiero que te adaptes. Vas a vivir con mi clan. En mis tierras. Hablaré con el resto del clan y el consejo.

Cameron le guiñó un ojo antes de darse la vuelta y concentrarse en el resto de hombres y mujeres que parecían ansiosos por tener su atención. Sin lugar a dudas, era muy querido en su clan.

Alguien se aclaró la garganta. Miró al hombre que la esperaba.

—¿Señorita...?

Asintiendo, lo siguió.

El interior del castillo era aún más impresionante. Ventanas grandes con marcos de madera dejaban que la luz de la mañana iluminase los pasillos y las habitaciones. Por las paredes había candelas de junco y velas que supuso que se encenderían por la noche para no agotarlas y suponer otro gasto más.

De piedra, tocó las paredes mientras el hombre iba delante de ella sin decir

ni una sola palabra. Mejor, así no tendría que fingir lo poco que le gustaba estar a solas con él.

¡Y todo aquello por salvarle la vida a Cameron MacLeod! Solo esperaba salir con vida y volver a su época cuando acabara.

El escocés le abrió una puerta de madera oscura con decorados en metal.

Parpadeó ante el haz de luz que impactó contra ella, llevándose la mano a los ojos.

Poco a poco se acostumbró a la claridad, viendo una sencilla cama cubierta de una gruesa manta de lana de color verde oscura. Entró con lentitud, encontrando un candelabro encima de una mesa de madera delicadamente tallada, con extraños dibujos.

—Mòrag vendrá junto con otras criadas para preparar el baño.

Alba asintió.

—Gracias.

Quedándose a solas, dejó caer su mochila, se tiró a la cama y gimió de placer. ¡Qué maravilla! Había echado de menos tener cierta intimidad durante el trayecto. Dormir sola le ayudaría a tener los pensamientos a raya. Teniendo a Cameron tan cerca, era imposible. Alteraba su cuerpo de forma inexplicable.

Estiró los brazos sobre la cama y dio vueltas hasta llegar al borde, sin importarle que se les viese las piernas o...

Alguien llamó a la puerta.

—¿Señorita? ¿Podemos entrar? Somos Mòrag y...

—Claro, por supuesto. —Su voz se quebró.

Se envolvió en la manta, aunque no con la suficiente rapidez para que las criadas no la mirasen como si le hubiese salido un cuerno en la frente.

Colocaron una pequeña bañera de madera y la llenaron con cubos de agua caliente de las cuales salían hilos de vapor. Estremeciéndose ante tal placer, otra criada dejó encima de la cama un vestido de lana de color verde oscuro. La zona de las muñecas era de cuero, mientras que en el pecho había unos bordados dorados que supuso que servirían para ajustárselo al pecho.

—¿Necesitáis ayuda para desnudaros? —habló una pelirroja de grandes pechos.

Alba apretó los labios.

—No, no, gracias.

—Estaremos esperando fuera a que terminéis para recoger los cubos.

Salieron y, al irse la última, Alba dejó caer la manta al suelo, se quitó el

vestido blanco junto con la ropa interior y se metió en la bañera, soltando un gemido de placer.

Caliente. Estaba deliciosamente caliente.

Permaneció unos minutos en remojo, lavándose el cabello lo mejor que pudo para desprenderse del olor desagradable que tenía. Se secó con un trozo de tela que habían dejado allí las mujeres, sintiéndola rasposa al tacto.

Luego se dio cuenta de que no tenía ropa interior.

Nada de nada. Solo encontró unas calzas que le llegaban hasta la rodilla. Poniéndoselas y luego el vestido, encontró debajo unas cortas botas de cuero. Tras atar los cordones, abrió la puerta para encontrarse a las muchachas murmurando entre ellas en gaélico.

Si supiesen que no entendía ese idioma...

—¿Todo bien, señorita? —habló la pelirroja. Las dos rubias permanecieron calladas.

—Sí, todo muy bien, gracias. ¿Hay... algo más de ropa?

—¿Más?

—Para... debajo del vestido. —Alba sintió cierto calor en las mejillas.

—Las calzas, señoras —respondió con una sonrisa.

Así que nada... Al aire. Se quedó en silencio, pensando si estaría pareciendo demasiado rara.

—¿Me permitís peinaros? —preguntó una rubia de bonitos ojos azules.

—Oh, no se pre...

—Hace unas trenzas preciosas —dijo la otra rubia—. La dejará muy bien.

—De acuerdo —aceptó Alba con reticencia.

Se sentó en el tocador mientras la rubia cogía mechones para hacer una trenza, tirando a veces con demasiada brusquedad.

—¡No me recojas el pelo, por favor! —exclamó al ver su propósito—. Solo despéjame el rostro.

Asintiendo, le echó el pelo hacia atrás, recogéndolo en una larga y bonita trenza. Intentó no quejarse, ignorando las miradas de las otras mujeres. Aunque más que mujeres parecían niñas, de unos diecisiete años.

—Listo, señorita. El *laird* os está esperando en el salón para comer algo. ¿Sabéis ir?

—No te preocupes —musitó con una sonrisa—. Me las apañaré.

Saliendo del cuarto, oyendo nuevamente los cuchicheos de las chicas, acabó por perderse en el propio castillo, maldiciendo no haber pedido

indicaciones a las criadas.

Dando vueltas y vueltas y no encontrando unas escaleras que condujeran hacia la planta inferior, donde estarían esperándola, decidió llamar a una puerta para pedir ayuda. Estaba segura de que acabaría encontrando a alguien que pudiese ayudarla.

Al escuchar una voz en gaélico, lo tomó como saludo para entrar.

Nada más abrir, se llevó las manos a los ojos.

Un enorme guerrero desnudo y de anchas espaldas estaba colocándose el *plaid* mientras una sirvienta de grandes pechos se cubría con rapidez, sonrojándose furiosamente y largándose de la habitación sin dejar de murmurar excusas.

Al estar con las piernas abiertas, pudo ver una sombra de su pene. El hombre la miró de reojo con una sonrisa y le habló en gaélico.

Aclarándose la voz, miró al suelo.

—Disculpad, señor. Me he perdido por el castillo y necesito ir al salón. El *laird* me espera.

—Ah, así que tú eres la española. —Unos ojos azules se clavaron en ella.

—Me temo que sí. ¿Podrías...?

—¿Cuál es tu nombre? —Su voz ronca la sobresaltó.

—Alba Duque.

—Alba —musitó y asintió—. Yo soy Aedan. Te llevaré hasta mi hermanastro.

—De acuerdo, gracias. —Tragó saliva, incómoda—. Lamento la...

—Tenía que irse ya —volvió a interrumpirla. Alba apretó los dientes, conteniéndose todo lo que podía para no contestarle—. Las mujeres os volvéis muy pesadas tras copular.

Ignorando el horrible comentario, esperó fuera de la habitación, cruzada de brazos. Era increíble la naturalidad que tenía aquel hombre con respecto al sexo.

Cuando salió, al ver sus rasgos, Alba vio el parecido con Cameron. Tenían el mismo color de pelo. Mientras que Cameron era más alto, su hermanastro era más grande y fuerte, más corpulento.

Le hizo un gesto para que lo siguiese. Durante el trayecto no dijo nada, se dedicó a murmurar en gaélico, dirigiéndole miradas cargadas de significado que Alba no pudo descifrar.

Era bastante atractivo, rudo de rasgos, dándole un matiz oscuro a su mirada

y cuerpo que probablemente calificaría de sensual y... fría. Había visto el brillo en los ojos de la sirvienta. Se alegraba de haber llegado justo al acabar.

Bajaron unas estrechas escaleras y entraron en el enorme salón, donde habían algunos hombres sentados en la gran mesa, entre ellos Broc, Robert y... Cameron. Otros que desconocía estaban en mesas más pequeñas.

Sus fríos ojos grises impactaron en ella con calidez, hasta que vio quién estaba a sus espaldas. Luego se volvieron tan fríos como un iceberg.

Tensándose, se cruzó de brazos y esperó a que le hiciera un gesto.

—Aquí te traigo a tu española, hermano. —Aedan le dio un suave empujoncito en la espalda que la hizo trastabillar—. Se había perdido.

El *laird* se levantó.

—Pensé haber dado la orden de que Mòrag te acompañase.

—Sí. —Su voz sonó como un graznido—. Pero llegué a la conclusión de que sería capaz de llegar sola.

Broc sonrió pero no añadió nada.

—Ya que te he traído a tu *lass*, me voy hermano. Nos veremos esta noche.

Cameron apretó la mandíbula pero asintió. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué aquel cambio de comportamiento? Estaba serio, frío, y la miraba con desconfianza. Alba se sintió inmediatamente incómoda y rechazada.

Dio un pequeño salto cuando Aedan cogió un mechón de su pelo.

—De nada, muchacha.

Oh, sus modales. Su tía le habría echado una regañina...

—Gracias.

Contempló con deleite que las mesas estaban repletas de comida y transmitían un olor bastante apetecible. Se humedeció los labios e ignoró las curiosas miradas de los *highlanders* mientras pensaba qué podría comer de todo aquello...

Miró a Cameron.

—¿Puedo sentarme?

Cameron no añadió nada, seguía fulminándola con la mirada. Sus puños estaban apretados a ambos lados de su cuerpo. La tensión del ambiente aumentó. Escuchó la risa de un hombre y se sonrojó. Ella no era el payado de nadie.

No pensaba aguantar aquello.

—Bien, si no soy bienvenida a tu mesa, me iré a dar una vuelta —añadió con la cabeza alta antes de darse la vuelta.

—Espera, *lass*. —Sin darse la vuelta, esperó—. Siéntate a mi lado. Tenemos que hablar de ti.

Más preguntas. Más mentiras. Y lo malo era que no se acordaría de todas y... la descubrirían. Estaba perfectamente claro que nunca llegarían a la conclusión de que no pertenecía a esa época, de que era una mujer del futuro, pero... Podrían pensar que era una bruja, una espía... Y matarla.

Los latidos de su corazón se aceleraron.

Cameron suspiró.

—Vamos, muchacha. No voy a hacerte daño. —Ella siguió en tensión. Luego enfatizó—: Nadie.

Apretando las manos en el regazo, fue hasta el *laird*, intentando no sucumbir ante la mirada del *highlander*... algo que le costaba más cada segundo que pasaba.

Sentándose a su lado, agradeció cuando le ofreció una jarra.

—Come antes, luego volveré a hacerte preguntas de tu origen.

—¿Es necesario? —Agradeció que fuese leche y bebió con rapidez.

—Vas a ser una más de mi clan, Alba. Tendrás una pequeña casa, trabajarás, harás amigos y... te casarás. Pero todo eso cuando se demuestre que no eres un peligro.

Alba bufó y puso los ojos en blanco, aunque aceptó el trozo de pan que le ofrecía Cameron, rozando sus dedos.

—Claro, soy una espía o una bruja. Matadme —murmuró con fingida tristeza.

—Ni lo menciones, muchacha. Solo alimentarás los rumores.

Lo miró de reojo. Él tenía los codos apoyados en la mesa.

—¿Rumores? —preguntó Alba, alzando una ceja.

—Creen que eres una *selkie*.

—¿Y eso qué es?

Cameron se acercó más a ella, como si fuera a contarle un secreto. Se pegó a su hombro y lo miró al mismo tiempo que masticaba unas bayas.

—Se dicen que las *selkies* son mujeres que se quitan la piel de foca para adoptar forma humana. —Alzó una de las comisuras de su boca—. Las *selkies* no podrán recuperar su forma de foca ni volver al mar hasta recuperar su piel.

—¿Y dónde está?

—La tiene guardadas los hombres. Son tan hermosas que todos quieren casarse con ellas. Pero si un día encuentran su piel, abandonarán a su familia y

volverán al mar.

Alba parpadeó.

—Vaya... ¿Y dicen que soy una de esas cosas?

—*Selkie* —insistió Cameron.

—¿Por qué creen que soy eso? —musitó mirándole a los ojos firmemente.

—Porque te encontramos medio desnuda...

—Iba vestida —gruñó.

—... nadando en las aguas del lago.

Ah, así que no era porque fuese muy guapa... Alzando la cabeza, y viendo un brillo de niño en sus ojos, decidió picarle.

—Tu hermano es muy guapo y viril. —Hizo todo lo posible por no reírse al verle apretar la mandíbula—. ¿Está casado?

Cogió el vaso para beber otro buche y lo miró con inocencia.

Sus ojos desprendían calor.

—No, *lass*. No está casado y no lo estará. Le gusta demasiado estar entre los muslos de las criadas para aguantar a una esposa.

Sorprendida por sus palabras y con deje despectivo, se concentró en la comida. Su plato era llenado por Cameron, que hablaba con sus hombres y estaba pendiente de ella a la vez.

Algo tan tierno y acogedor que estuvo tentada a darle las gracias... Hasta que se preguntó si todos los demás no verían raro que su *laird* se comportase de aquella manera con una extraña teniendo esposa.

Mientras los demás hablaban en gaélico, Alba decidió contemplar el magnífico salón a la par que saciaba su apetito. Se había saltado aquellos platos de carne porque pensó que no serían de su gusto, además de que era por la mañana. Comidas tan fuertes no pegaban tan temprano.

Al terminar, tocó la mano de Cameron.

Seguía sin acostumbrarse a tener toda su atención sobre ella. A su lado era tan pequeña... Él lo acaparaba todo, incluso sentía la respiración en sus labios. Estaban demasiado cerca, pero no quería alejarse.

—Ya que me ofreces tu hospitalidad, me gustaría trabajar, hacer algo a cambio.

Él alzó una ceja.

—¿Te refieres en las tareas? Recuerdo que dijiste que eras una buena cocinera.

—Eh... Creo que podría hacer las camas, recoger la leche o aprender a

hacer queso.

—Eres mi invitada.

—Pero no lo voy a ser eternamente y, si como dices, voy a vivir en tu clan, tengo que aprender a mantenerme. —Al ver que iba a decir que no, colocó su mano encima de la de él. El gesto les sorprendió tanto a ella como a él—. Mi tía me enseñó que no es adecuado quedarse en la casa de alguien sin hacer nada, aunque sea una invitada.

Cameron asintió, convencido, aunque no parecía estar del todo de acuerdo.

—De acuerdo, muchacha. Desayuna y le diré a Fiona que te asigne alguna tarea. Esta noche hablaremos. Tengo asuntos que atender durante todo el día. Ya me responderás a esas preguntas más adelante.



A lo largo del día, Alba aprendió a hacer queso, quitar las malas hierbas del huerto sin resquebrajarse las uñas y a hacer pan. Todo aquello con la ayuda de Fiona, una escocesa de ojos marrones que mostraba con ella una enorme

paciencia digna de una madre. A sus cuarenta años, era viuda y tenía dos hijos que servían al *laird*.

Le había hablado de su esposo con nostalgia, contándole cómo se habían conocido mientras tendían las sábanas en el lado del patio del castillo donde daba el sol de lleno, aunque no era suficiente. Las temperaturas eran frías, según le había dicho Fiona, pero no tan heladas como otros años.

Además, había conseguido saber que la madre de Cameron falleció al darle a luz, y que su padre, que se había casado con otra mujer, murió tras caerse del caballo y romperse la nuca. La mujer del anterior *laird* estaba en casa de su hermana ya fallecida, alejada del castillo y comprometida con otro escocés.

Por la tarde, apenas se estaba escondiendo el sol, Alba fue a ver a los caballos junto a Fiona.

Le encantaban aquellos enormes animales, y a pesar de que había estado montada en uno, el shock de haber viajado del futuro al pasado todavía la alteraba, produciéndole algunos mareos.

Entrando en las caballerizas, gimió de placer al ver una yegua blanca.

—Dios mío, ¡qué preciosidad!

—Se llama *Ròs*. En inglés es la flor de la rosa.

Acarició al animal mientras se perdía en sus oscuros ojos.

—Siempre me han encantado los caballos, pero eran demasiado caros en España como para que tuviésemos uno. —Tocó el pelo blanco del animal y le hizo una pequeña trenza, sonriendo.

—Desde luego son animales que requieren muchos cuidados —coincidió Fiona con una sonrisa—. Deberías cambiarte, Alba. Vas a cenar con el *laird* y no puedes presentarte con el vestido y la cara sucia. ¡Corre, vas a llegar tarde!

Asintiendo, se despidió de la yegua y de su nueva amiga y entró en el castillo por una de las entradas traseras.

Se agarró el vestido para correr más y no tropezar. Sin saber del todo bien dónde estaba su habitación, Mòrag la esperaba con una sonrisa tensa al lado de las escaleras.

Tras acompañarla y bañarse a regañadientes con su ayuda, se cambió de vestido con rapidez y se puso uno azul oscuro que se pegaba a sus caderas, aunque de pecho le quedaba grande. Ajustándose los cordones, suspiró.

—¿Es que todas las mujeres de Escocia tienen tanto pecho? —murmuró en español.

Cogió su bolsa de cuero y metió la mano dentro de ella para asegurarse de

que sus pertenencias seguían donde las había colocado. Alba sintió que se le congelaba la sangre.

No estaba el libro. Volcó la mochila, apareciendo su teléfono estropeado, pintura, algo de chocolate y su cartera.

Nada más.

Alarmada, se puso de rodillas y buscó debajo de la cama, en el tocador y en todos los rincones, sin resultado.

—Mierda, no está.

Dejándose caer de culo al suelo, intentó ordenar sus pensamientos y todo lo que había hecho a lo largo del día. No había tocado la mochila para nada, y dudaba que Mòrag o alguna hubiese rebuscado entre sus pertenencias... No, no era posible. Apenas habían entrado en sus aposentos sin estar ella misma delante.

¿Y si por casualidad el libro había vuelto a Sevilla? Ya estaba en Escocia y en la época en la que se encontraba ya no lo necesitaba, ¿verdad?

Repqueteó con los dedos en el suelo mientras se mordía los labios.

—Más me vale que esté en Sevilla sano y salvo o creo que no podré volver a pisar...

—¿Señorita? —Era Mòrag—. ¿Estáis lista? ¿Tenéis dificultades con el vestido? ¿Necesitáis mi ayuda?

Alba se preguntó si la habrían designado como doncella, ya que la chica no paraba de seguirla por todas partes. Tras bañarse, le había pedido amablemente que la esperara fuera... No le hacía nada de gracia que una desconocida la viera desnuda.

—Sí, ya estoy lista.

Bajando al salón, Alba siguió pensando en el dichoso libro y en la angustia que le producía la idea de no volver a ver a su tía, su única familia. Sumida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que llegó al salón hasta que oyó todas esas roncadas voces llenas de alegría en un idioma ininteligible para ella.

Alzó la cabeza y lo vio.

Aquellos ojos grises eran imposibles de confundir.



Cuando finalmente vio a Alba en las grandes puertas del salón, con la mirada perdida y cruzada de brazos, se preguntó qué le habría pasado. Sus bonitos ojos brillaban, sus angelicales y exóticos rasgos parecían apenados, tensos.

Al escuchar las sonoras carcajadas de sus hombres, sacudió la cabeza y la miró.

Los pómulos se marcaron al sonreír, mostrando unos grandes y blancos dientes.

Le devolvió la sonrisa sin poder evitarlo.

Broc le dio un codazo, sobresaltándolo. Aunque hizo todo lo posible por disimularlo.

—Te gusta la muchacha, ¿verdad? —Cogió su jarra—. No te culpo, tiene un espíritu muy vivaz. Y no lo niegues, le has sonreído como un niño al ver a su primera moza desnuda.

Alzando una ceja, se echó para atrás en la silla y se cruzó de brazos.

—No he negado nada...

—Quizás deberías ofrecerle asiento a tu lado, *laird*. Tu hermano Aedan la

mira.

Buscando a su hermano, lo encontró con algunos hombres comiendo, aunque con la atención puesta en la mujer que acababa de entrar. Al ver la sonrisa que le dirigía, se levantó del asiento.

Ella lo miró otra vez.

Le hizo un gesto con la cabeza y ella, saludando a Aedan, fue hacia él.

Apretó los dientes.

Aquel tentador vestido azul oscuro se ceñía a sus cuervas como una segunda piel. Vio con satisfacción que la zona del pecho estaba tirante, seguramente le quedaría grande y había tirado mucho de los hilos hasta hacer unos lazos con ellos. La verdad era que Alba estaba mucho más delgada que el resto de las mujeres en Escocia. Cameron tenía el objetivo de alimentarla y cubrir todas esas carencias que hubiese podido tener en su país. Sus caderas se movían con cada paso que daba, tentándolo mientras su melena se movía.

Se sentó con rigidez al sentir que el *kilt* no conseguiría esconder la erección que había aparecido por culpa de la muchacha.

El deseo de poseerla, enterrarse entre sus muslos y probar su boca lo tentaban como nunca antes nadie lo había hecho. Parecía tan salvaje, tan guapa a su manera y... especial.

¿Respondería ella a sus caricias? Por todos los santos, esperaba que sí. Le encantaría lamer el arco de su cuello, bajar hasta sus pechos y succionar sus...

—¿Puedo sentarme?

Aclarándose la garganta, asintió.

—Sí, *lass*. Y vas a comer. Estás demasiado delgada. ¿Acaso tus padres no disponían de recursos?

Alba frunció el ceño, aunque parecía divertida.

—¿Cómo? —Soltando una carcajada, lo miró con ternura—. Soy menuda, pero no estoy tan delgada como piensas. Fiona tiene la misma constitución.

—Tonterías —murmuró jocoso, contagiado por su buen humor—. ¿Te ha ido bien con Fiona?

—Es encantadora, me ha enseñado a hacer un montón de cosas —respondió, apareciendo una enorme sonrisa en el rostro de la española—. Me recuerda a mi madre. —Alba se arrimó a él y le dirigió una coqueta sonrisa—. ¿Puedo serte sincera? —Él asintió sin mirarla mientras se metía en la boca un trozo de venado—. Pensé que... estabas casado y tenías hijos. Me extrañó que no nos recibiera tu mujer al llegar de Fort Augustus.

Toda alegría que pudiese haber sentido desapareció en cierta forma. Pensar en su fallecida esposa lo alegraba por los años que había vivido junto a ella, pero a la vez le apenaba recordar su muerte. Parecía tan lejano... Incluso se recordaba a sí mismo siendo apenas un chiquillo, sin tener la madurez ni el conocimiento que poseía en ese momento.

Sintiendo innecesariamente un dolor en el pecho, cogió su jarra con fuerza. Sus nudillos se volvieron blancos.

—Fallecieron.

El rostro de Alba perdió todo el color.

—Joder, lo siento. —Se llevó las manos a la boca—. Y también siento haber dicho esa palabrota.

Asintió con sequedad y miró las largas y finas manos de la mujer.

—Come, *lass*. Come antes de que Broc y los demás lo devoren todo.

El *highlander* moreno se rio.

—Nuestro *laird* ha estado hoy muy malhumorado, muchacha.

Cameron alzó una ceja, aunque no añadió nada.

—¿Y puede saberse el por qué? —preguntó Alba con una sonrisa al coger un trozo de queso.

Broc se encogió de hombros.

—A mí no me ha revelado nada. Quizás, tú que eres mujer, puedas convencerle y me lo cuentes de camino.

Alba se sonrojó ante la descarada mirada, pero mantuvo el tono de voz elevado.

—Broc, no soy una prostituta.

Cameron sonrió y negó con la cabeza al mismo tiempo que el otro soltaba una estruendosa carcajada. El resto de escoceses que estaban en el salón parecían muy atentos a la conversación, divertidos por la lengua afilada de la española.

—Claro, muchacha. Eso ya lo sabía.

Alba cogió un trozo de venado y gimió de placer, masticándolo suavemente mientras dejaba que el sabor a carne le recorriera el cuerpo.

Ansiosa, estiró la mano para llegar hasta el pan recién hecho, luego se centró en el apetitoso queso de cabra, jabalí, urogallo y también juntó un poco de miel en un trozo de pan antes de que Broc lo interceptara. Ya no quedaba ni queso ni pan a no ser que llevaran más.

Le dio un mordisco y cerró los ojos.

—Dios mío, qué bueno... —Abrió un ojo y vio a Cameron observándola. Sus ojos estaban oscurecidos y apretaba las manos en la mesa. Sonriendo, le ofreció—. ¿Quieres dar un mordisco?

—¿Sólo me ofreces eso? —Su voz ronca la sonrojó.

Y aún más la indirecta, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Humedeciéndose los labios, le acercó el panecillo.

—Por ahora —le respondió, sorprendiéndose a sí misma por la respuesta que había dado.

Sintió un escalofrío cuando él le agarró la mano y dio un bocado, sin retirar sus ojos de ella.

Miró sus sensuales labios humedecidos por la miel y no pudo evitar sentirse excitada. Lo que daría por probar sus labios dulcificados... Y su cuerpo. Tan grande y fuerte, podía imaginárselo encima y...

—¿Te gusta? —Interrumpió sus pensamientos. Se aclaró la voz cuando su pregunta sonó demasiado brusca incluso para sus propios oídos.

—Me encanta —murmuró Cameron.

—Pues ya no hay más.

Sonriendo con timidez, por primera vez en su vida se sintió deseada. Y al deseo latiendo por sus venas, despertando cada poro de su piel. Su cuerpo ardía, ansiaba las caricias de Cameron. Sentía los pechos pesados, cosquilleo en las palmas de las manos y un calor que poco a poco bajaba hasta su sexo.

Miró su jarra.

Debería dejar de beber cerveza. Aquello solo conseguía agravar la situación.

Disfrutaron durante la cena, riéndose y hablando sobre su infancia. Le encantaba oír por Broc las trastadas que Cameron había hecho y lo buenos amigos eran. Ellos tres, Cameron, Broc y Robert, le recordaban a sus amigas Ruth y Eire. ¿Qué estarían haciendo ellas? ¿La echarían ya de menos o el tiempo no corría mientras se encontraba en el pasado? Soltó un bufido por lo complicados que comenzaban a volverse sus pensamientos.

Todo iba bien hasta que la atención de todos los hombres se centraron en una bellísima mujer rubia que entraba en el salón. Poseía unas tentadoras curvas que atrajeron la atención y los silbidos de varios hombres.

Los carnosos y rosados labios de la mujer se curvaron.

Su pelo dorado tenía tirabuzones que caían hasta su estrecha cintura, algunos de ellos se escondían en el generoso y pálido escote que llevaba. Sus

caderas, más anchas, tenían un cinturón de cuero que remarcaba lo bien que le sentaba el vestido.

Sus ojos violetas se clavaron en Cameron con interés.

—¿Quién demonios era esa mujer?

Demasiado tarde, se dio cuenta de que había hecho la pregunta en voz alta.

Capítulo 8

Cameron se esforzó por ocultar la sonrisa que le producía ver el desconcierto en el rostro de Alba.

La bella Marianne estaba, como siempre, despampanante. Del clan de los MacLean, sus aliados, tenía como propósito ser su esposa. Alasdair le había ofrecido en mano a su hermana, pero Cameron se había negado de la forma más cortés posible. No estaba preparado todavía para contraer matrimonio.

Yendo hacia él y moviendo sus caderas seductoramente pero con discreción, se apoyó en la mesa, justo enfrente de él.

Se inclinó en una pequeña reverencia que le hizo tener una buena vista de sus magníficos y pálidos pechos.

—*Laird Cameron, espero que no os importe si me uno. Me temo que he estado muy ocupada toda la tarde* —habló con dulzura en gaélico.

—*Por supuesto, Marianne.*

—¿Es ella la chica a la que habéis salvado? —preguntó en inglés, mirando a la española—. Siempre ayudando a los demás, *laird*. Temo pensar que puedan aprovecharse de vos.

Alba apretó los dientes. Broc le dio una palmada en la espalda que estuvo a punto de hacerla caer de la silla.

Lo fulminó con la mirada. Él solo se rio.

—Me sentaré a comer junto a vuestro hermano Aedan esta noche; veo que me han quitado el sitio. —Sonrió a Alba—. Qué disfrutéis.

—Gracias —masculló, escapándosele una patada por debajo de la mesa. Se golpeó la rodilla con una robusta pata de madera. Gimiendo de dolor, aguantó las lágrimas.

Al irse, Broc la miró.

—¿Te encuentras bien, muchacha?

—¿Te ha pasado algo? —Cameron la miró con preocupación.

—No —su voz sonó adolorida—. Me he golpeado con la mesa. Solo eso —graznó—. ¡Deja de reírte, Broc! Eres peor que mi amiga Eire.

—Muchacha, eres muy graciosa. Eso hay que admitirlo.

—¿Quién es ella? —intentó preguntar sin mostrar interés. Falló estrepitosamente.

Cameron hizo una mueca. Los celos teñían su voz.

—Lady Marianne MacLean. La hermana de Alasdair, el...

—¿El grandullón rubio que me tiraba los tejos? —Sonrió—. Cierto, tienen algunos rasgos en común. Aunque encuentro a su hermano mucho más encantador. ¿Cuándo volveremos a verle?

Fue el turno de él de soltar un gruñido.

—Estos días.

—Genial —respondió Alba bastante animada.

Más tarde, comenzó a sonar música. Muchos se animaron a bailar, mientras que otros estaban más atentos de meterles mano a las criadas. Mòrag, sonrojada, tonteaba con un pelirrojo que no hacía más que mirarle los pechos con ansias, casi expuestos por completo. Puso los ojos en blanco. Esa chica acabaría embarazada si no se andaba con cuidado.

Vio cómo un hombre metía la mano bajo las faldas de otra criada. Ella se reía, permitiendo aquel gesto. Otras prefirieron desaparecer e irse a las cocinas por el continuo acoso.

Aquello la mosqueó.

Cameron tocaba las palmas sin dejar de sonreír, ajeno a todo aquel bacanal que sus hombres mostraban públicamente sin reparos.

Iba a quejarse cuando apareció Marianne. Clavó sus fríos ojos en ella antes de colocar sus pálidas manos en los hombros del *laird*.

—*Laird*, ¿os apetecería bailar?

—Por supuesto.

Alba intentó cerrar la boca ante la indignación que sentía. ¡Cómo podía ser tan inconsciente! De repente, alguien le dio unos golpecitos en el muslo.

Miró a Broc. Le ofrecía una mano.

—¿Bailas conmigo?

—No sé. Me lo voy a inventar.

—Ya somos dos. —Le guiñó un ojo.

Salieron al centro del salón a bailar. Riéndose, comprobó el horrible bailarían que era, torpe con sus inmensos miembros y altura. Sus sonoras carcajadas llamaron la atención de todos los presentes mientras se alzaba las faldas hasta las rodillas, moviendo las piernas y dando vueltas alrededor de sí misma y con Broc.

En una de sus muchas vueltas, tuvo suerte de que la agarrara. Mareándose, se tiró a sus brazos. El pelo en la cara le impedía ver con claridad.

—¡Dios mío! —Soltó una risita, todavía en brazos del *highlander*. Abrió los ojos y vio al revés a Cameron. Estaba serio, pero no parecía enfadado. Le guiñó un ojo antes de seguir bailando.

Al terminar la canción, tocaron otra mucho más animada. A ese ritmo, Alba tendría que volver a tomar un baño. Su corazón latía desenfrenadamente, apenas podía respirar por los movimientos que hacía.

Alguien la agarró por la cintura. Girando la cabeza, vio a Aedan y detrás, a Cameron. Su rostro, crispado y mucho más frío que la anterior vez, la hizo disfrutar aún más del momento. Ella también podía disfrutar, pasárselo bien y olvidar por un momento toda la carga que llevaba sobre sus hombros.

—¿Bailas ahora conmigo? —Miró a Broc—. ¿Te importa si te la robo?

Asintiendo, Broc se buscó a otra mujer que muy contenta comenzó a bailar.

—Admito que eres el centro de atención, Alba —dijo sin soltarla—. No se suelen ver muchachas tan... alocadas por estas tierras. Te mueves como si el suelo estuviese cubierto de serpientes venenosas.

Alzando una ceja, le empujó con suavidad.

—¿Vas a bailar o a meterte con la forma en la que bailo?

Le dirigió una sonrisa antes de comenzar. Divirtiéndose como nunca antes, terminó la canción en los brazos Aedan, riéndose por haberle pisado como mínimo tres veces y haberle dado algún que otro empujón cuando había intentado meterle mano. Sus ojos azules habían adquirido un tono oscuro que dejaban entrever sus intenciones.

—Me gustas, muchacha. Eres...

—¿Me concedes un baile a mí o tengo que esperar a que termines de hacer babear a todos mis hombres? —murmuró una voz masculina. La reconoció de inmediato y sonrió, complacida de haber llamado su atención. Marianne estaba cruzada de brazos, con los gruesos labios convertidos en una mueca—. Hermano, baila con Marianne. Es una excelente bailarina. Yo lo haré con nuestra invitada.

Asintiendo sin escapatoria, Cameron la rodeó por la cintura, pegando sus labios a su oído.

—¿Cuál es tu propósito, *lass*? Hacerme arder de deseo, ¿verdad?

Alba dio un respingo. ¿Hablaba el alcohol por él? Esperaba que no. Era la primera vez que Cameron era tan claro y directo. Girándose, lo encaró.

—Te equivocas si crees que bailo para ser el centro de atención.

—Lo eres.

—Pues eso no es cosa mía. —Lo agarró de la camiseta y dio un tirón, acercándolo a ella. Él sonreía descaradamente—. Diferente es que no puedas apartar tus ojos de mí.

Hizo un amago de separarse, pero él se lo impidió.

—Lo admito, *lass*. Haces que sea imposible pensar en otra cosa que no sea en ti.

Sí, había bebido demasiado. El olor a cerveza había llegado hasta ella.

—Estás borracho.

—No, soy consciente de todo lo que digo.

Alzó una ceja.

—Ya, claro.

Cogiéndola de la mano, la arrastró fuera del salón sin que nadie se diera cuenta. Los demás pasillos estaban vacíos, y se preguntó a dónde la llevaría y con qué propósito. Si pensaba que iba a acostarse con él... Estaba equivocado. No porque no le apeteciera, sino porque no estaba lo suficientemente borracha como para dejarse llevar tan rápido.

Sacándola por una de las puertas exteriores, el fresco aire de la noche los recibió.

Se estremeció ante el frío pero al alzar la cabeza, jadeó. El oscuro cielo estaba repleto de estrellas parpadeantes, una densa niebla cubría las mesetas, húmedas por el rocío de la madrugada. De un verde intensó, apenas podía ver más allá de lo que iluminaban las antorchas.

Y aun así, nunca había visto algo tan hermoso.

Le había robado el aliento.

Unas manos le dieron la vuelta. Cameron la miraba, con las manos puestas en sus hombros.

Los erráticos latidos de su corazón no tardaron en aparecer mientras la excitación y los nervios del momento la recorrían de pies a cabeza.

Aun suponiendo la respuesta, le preguntó:

—¿Por qué me has traído aquí?

—¿Acaso no es obvio? —Su voz ligeramente ronca y suave como el terciopelo la estremeció.

Abrió los labios.

—Pe-pero yo-o...

Cameron se inclinó y tomó su boca en un fogoso beso. Gimiendo, lo agarró de la cintura y se pegó a él, olvidándose de Marianne y de todo aquello que no

tuviese que ver con el *highlander*. Solo estaban ellos dos. Un hombre del pasado y una mujer del futuro.

Algo que era imposible de combinar.

Pero el calor que Cameron despertaba en las entrañas de su cuerpo lo desmentían. Era más que consciente de que sí era posible. Allí se encontraban, en los brazos del otro mientras se dejaban llevar por las ganas. Esas ganas que despertaban en Alba sus más oscuros instintos.

Sintiendo la cálida lengua de él en sus labios, abrió la boca. Cameron despertaba un cálido escozor allí donde la besaba. Un rápido movimiento la hizo terminar apoyada contra la pared. Acariciaba su lengua, lamía sus labios y le daba pequeños tirones que aumentaban su excitación. Sentía como si corriese fuego por el interior de sus venas.

Devolviéndole el beso, pegó sus pechos al torso de él en un intento de aliviarse.

Cuando retiró su boca sin más, gimió ofuscada y le agarró del pelo, tirando de él.

Cameron soltó una risa.

—Tranquila, *lass* —murmuró con voz ronca. Parecía sorprendido por algún motivo. Quizás se había dado cuenta de la química que existía entre ambos. Poderosa, fuerte... animal.

Humedeciéndose los labios, los sintió hinchados.

—¿No quieres besarme otra vez?

—Por supuesto que quiero. —Depositó un casto beso en su boca, separándose luego con dificultad—. Pero no quiero aprovecharme de ti.

Alba, sumida en una niebla de pasión y excitación, bajó una mano atrevida hasta el trasero masculino. Descubrió que poseía unos glúteos duros y firmes. Sabía que se estaba aventurando a convencer a Cameron de acostarse con ella, aun si saber si se encontraba del todo lista. Pero le era imposible dejar de tocarlo.

—No soy yo la que se ha tomado casi... ¿Cuatro jarras de cerveza?

—Estoy en todas mis facultades, Alba. —Rozó su nariz con la de ella, haciéndola suspirar ante aquel gesto tan tierno. Llevó una mano hasta su mandíbula y la acarició.

—Entonces...

Se puso de puntillas y alcanzó su objetivo. El gruñido de placer que soltó fue provocado por el sabor de sus labios. Esta vez fue ella quien profundizó el

beso, lamiendo los contornos antes de ir directo a su boca, ansiosa de obtener más y más.

Sorprendida, Cameron la agarró de la cintura y la pegó a él.

Era tan grande, la rodeaba por completo. Sus fuertes brazos la trataban con ternura, como si temiese romperla... Pero anhelaban tocarla más, fundirse bajo la piel femenina.

La sangre se acumuló en sus mejillas al sentir algo duro y grande contra el estómago. Era su erección, sin lugar a dudas. La prueba de que la deseaba estaba allí, contra su cuerpo. Sin saber cómo actuar, se separó de él y lo miró a través de las pestañas.

Sus ojos grises eran metálicos, oscurecidos. El hambre que transmitían era feroz.

El dedo pulgar de él recorrió la silueta de sus finos labios.

—Eres irresistible, *lass*. Quizás deberíamos entrar.

Sonrió al ver lo mucho que le había costado decirlo.

—¿Es necesario? —Tocó el pelo de la nuca, abrazada a él—. Quizás podríamos quedarnos un poco más.

—Un poco. —La mirada estaba puesta en sus labios. Él también parecía estar hechizado.

—Solo un poco...

Iba a besarla de nuevo cuando Robert apareció. Respiraba agitadamente y estaba apoyado en la puerta.

Cameron frunció el ceño.

—¿Qué sucede? —gruñó el *laird*.

—Hay una pelea en el salón.

Alba pestañeó varias veces, sorprendida. Agarrándola de la mano, gesto que le enterneció durante unos largos segundos, fueron hacia el salón de donde provenían varias voces y ruidos de destrozo.

Efectivamente, había una pelea.

Las sillas y mesas estaban tiradas, algunas criadas miraban con placer la pelea de aquellos dos enormes especímenes, mientras que otras habían aprovechado para huir. De puntillas y sin controlar su innata curiosidad, intentó ver quiénes eran cuando oyó un gemido a su lado.

Mirando, vio a una chica de unos veinte años. Tenía las manos en la boca y miraba la pelea con los ojos muy abiertos.

Cameron empujó a todos los que estaban en su camino para poder llegar

hasta los dos guerreros y parar aquella maraña de puñetazos y patadas que podría herir a otros. Se escuchaba el chasquido de los huesos por el impacto de los puños. Alba se estremeció. Nunca había asistido a una.

Agarrando a uno por el brazo, Cameron empujó al otro con fuerza, haciéndolo caer al suelo.

—¡Parad inmediatamente! —Su aterradora voz la sobresaltó. Los rasgos de su cara mostraban ira—. Parad antes de que os destierre del clan.

Alba jadeó al ver a Aedan y... ¡A Alasdair! Cameron también se sorprendió, dejando ver durante unos segundos su incredulidad.

Mientras que el hermano mostraba un ojo hinchado, el *laird* de los MacLean tenía un corte en la ceja a causa de un buen gancho además de otras zonas hinchadas. Alba gimió.

Debía de doler una barbaridad...

—Pero, ¿qué demonios haces aquí? ¿Cuándo has llegado?

Alasdair miró a Aedan con odio. Tenía los puños apretados a ambos lados de su enorme cuerpo. Se escuchó un suspiro.

—Acabo de llegar hace apenas unos minutos cuando he visto las asquerosas manos de tu hermano sobre mi hermana Marianne —gruñó—. Exijo...

— ¡Pero Alasdair...!

—¡Cállate, Marianne! —Miró a su hermana con los dientes apretados—. Vete inmediatamente a tus aposentos antes de que te saque a rastras de aquí.

Los hermosos ojos de Marianne se llenaron de lágrimas antes de abandonar el salón, fulminándola con la mirada al pasar por su lado. Alba estaba segura de que la culpaba de todo. Tendría que andarse con cuidado, la hermana del *laird* de los MacLean era muy peligrosa.

Cameron suspiró.

—Aedan, ¿qué has hecho?

—Ella ha sido quien se ha acercado a mí. —Su hermano se llevó una mano al ojo—. Te ha visto salir a hurtadillas con esa mujer y se ha acercado a mí. —Sonrió, mostrando sangre en su labio inferior—. Las mujeres despechadas son un peligro.

Sonrojándose al ser nuevamente el centro de atención, se negó a amilanarse. Alzó la cabeza y esperó. Unos segundos y murmullos acusadores más tarde, la riña continuó.

—Exijo que tu hermano despose a mi hermana, Cameron. —Los ojos de

Alasdair escupían fuego—. Esto es una ofensa para mi clan.

Aedan gruñó.

—¡No pienso desposarme con la zorra de tu hermana, MacLean! —gritó el hermano de Cameron con acidez.

—¡Voy a matarte maldito...!

—¡Parad! —Cameron se situó en medio de los dos *highlanders*. Su hermano esperaba en posición de defensa, con el cuerpo en tensión. Miró a los dos contrincantes, sopesando las posibilidades que tenía y tomando la decisión que él consideraba que sería mejor para el clan. A Alba no le habría gustado estar en su pellejo—. Aedan, no deberías haber tocado a Marianne. Aún menos cuando es la hermana del *laird*, cuyo clan es aliado nuestro. Por lo tanto, te obligo a que contraigas matrimonio con Marianne. —Aedan apretó tanto los dientes que le sorprendió que no se le rompieran—. Alasdair y yo hablaremos de las condiciones del matrimonio.

—¡Esto es innecesario! —aulló acorralado.

—Lo hubieses pensado antes de poner tus sucias manos sobre ella —bramó Alasdair escupiendo al suelo sangre—. La has mancillado.

—Acompáñame, amigo. —Le hizo un gesto al *laird*—. Hablaremos de ello a solas. Cada uno que se vaya a sus aposentos o a hacer sus tareas. Quiero el salón completamente ordenado para cuando vuelva, ¿habéis entendido?

Poco a poco el salón se fue quedando vacío, a excepción de los sirvientes, que comenzaron a recogerlo todo entre susurros.

Cameron fue hacia ella con el *highlander* rubio. Éste le cogió la mano y depositó un beso en ella.

—Lamento que hayas sido partícipe de esto, muchacha.

—No te preocupes. —Sonrió—. Espero que todo acabe en nada.

—Vete a tu habitación, *lass*. Mòrag estará para cualquier cosa que necesites. —La intensidad de su mirada la abrumó—. Nos veremos mañana.

Asintió mientras los veía marcharse, no sin sentir cierta pena porque el encuentro entre ambos hubiese acabado tan rápido... ¿O debería estar agradecida?

Alba comprobó que su cuerpo estaba tenso, nervioso. No había sido consciente hasta ese momento de que por su cabeza habían pasado un montón de escenarios posibles en caso de que esos dos enormes guerreros no hubiesen parado de pelear. Verlos a punto de matarse había sido... raro. Estaba acostumbrada a las películas y series de época histórica, pero aquello había

sido diferente. Escuchar en primera línea los golpes en la carne del oponente, el crujido de los huesos...

Su corazón bombeaba adrenalina por sus venas y los erráticos latidos de su pecho la hacían jadear. Cogiendo aire, se obligó a tranquilizarse.

Sin saber qué hacer, fue hacia la chica que había visto antes. Su pelo castaño claro y sus ojos verdes como esmeraldas estaban húmedos por la preocupación.

—¿Te encuentras bien?

La chica abrió los ojos por completo. Los tenía verdes con motas doradas que los hacían bastante bonitos y poco corrientes.

—Sí, *milady*...

—Alba, me llamo Alba —dijo con una sonrisa.

—Es un placer. Yo soy Beth.

—¿Por qué estabas tan preocupada? —preguntó mientras ponía derecha una silla.

—*Och*... Yo... —Sus redondeados pómulos se tiñeron de rojo.

—No sientas vergüenza. —Le tocó el nombro con suavidad, pensando que al fin y al cabo, quizás pudiese encontrar una nueva aliada en el castillo—. ¿Sabes? Necesito tener a una amiga aquí. Quizás... Podríamos irnos conociendo, ¿no te parece?

—Por supuesto mil... Alba. —Se mordió el labio, indecisa—. Es... Guardo ciertos sentimientos por el *laird* MacLean.

Vaya... No se lo había esperado.

Le dio pena, sobre todo porque sabía que nunca acabarían juntos. No en aquella época cuando el *laird* estaría buscando con toda seguridad una alianza a través del matrimonio, como había hecho con Marianne. Aunque hubiese sido por casualidad.

—Es muy guapo —admitió. ¿A quién iba a engañar? Incluso ella se había sentido atraída por él.

—No es sólo eso, es... todo. El conjunto. —En sus manos, el mantel estaba lleno de comida que había sido tirada al suelo—. Desde su carácter cálido y pasional hasta sus sonrisas. Desgraciadamente soy consciente de que no poseo nada que le atraiga... Trabajo aquí para ganarme la vida, como lo hizo mi madre. Un *laird* nunca se casaría con una sirvienta.

No podía negarlo cuando llevaba toda la razón.

Suspiró.

—Hay otros hombres en las Highlands que pueden gustarte.

La sonrisa tan apenada que le dirigió le rompió el corazón.

—Seguro que sí.

Un par de horas más tardes y con mucho sueño, terminaron de recoger el salón. Al día siguiente hablaría con Cameron para que asignase a Beth como doncella suya, si es que Mòrag había desempeñado ese papel. No tenía ninguna queja con respecto a la muchacha, pero había cierta tensión entre ellas. Supuso que ser forastera no ayudaba en nada, y mucho menos los rumores sobre su aparición en el lago Ness.

Hasta ese momento no se le había ocurrido que, al igual que muchos otros, desconfiase de ella. Cuáles serían sus propósitos, si sería una espía o una bruja... Esperaba no acabar en una difícil situación, pues ella estaba allí solo para salvarle la vida a Cameron MacLeod.

Y llevarse algunos recuerdos que atesoraría con todo su corazón.

Como sus besos.

Tras despedirse de Beth, fue hacia su habitación sola, creyendo recordarla. Por uno de los pasillos se paró para mirar por la ventana el impactante paisaje. En aquel momento llovía con intensidad. Cada vez que caía un relámpago podía ver la densa vegetación movida por el fuerte viento y los truenos. Se estremeció.

Le encantaban las tormentas, pero no se encontraba en su ciudad. Si caía alguno sobre el castillo o sobre ella... Aun así, suspiró y tocó el frío cristal con las yemas de los dedos.

Escribió su nombre y sonrió.

Alba sintió que alguien cogía un mechón de su cabello y tiraba de él. Girándose, suspiró al ver de quién se trataba.

Cameron estaba mirando por la ventana con una irresistible y masculina sonrisa propia de un galán.

—¿Te gusta?

—Me encanta —contestó ella automáticamente.

—Me refiero al paisaje, *lass*. —Se acercó un poco más, acortando la distancia.

—También.

Su pecho vibró por la carcajada. Necesitaba controlar sus pensamientos, pensó abochornada. No tenía que dejarle claro a Cameron cuánto le gustaba.

—¿Ese es tu nombre?

—Sí, al menos en español. —Lo miró de reojo. Sus ojos brillaban, como si acabase de encontrarse con algo... inédito, espléndido. Un milagro—. ¿Por qué?

—Nada. —Cameron ocultaba algo, Alba estaba segura de ello, pero por el brillo de su mirada no parecía ser malo—. ¿Vas a dormir?

—Sí, esa era la intención. Pero he tenido la necesidad de pararme a mirar por la ventana —susurró, señalándola con la mano—. Es... Por Dios, Cameron, me he enamorado de tu país. Es tan... mágico. Único.

El orgullo que vio en sus rasgos la hizo sonreír.

—Celebro que te sientas como en tu casa, *lass*.

Mordiéndose el labio inferior, Alba se atrevió a sacar a la luz sus más íntimos deseos. Estiró una mano para acariciar la mandíbula masculina. Tenía los sentimientos a flor de piel. No sabía si el hecho de que supiese que no volvería a verlo más tras ayudarlo, o vivir en una época tan oscura como a finales de la Edad Media ayudaba a que se dejase llevar por lo que sentía. Su cabeza jugaba en un segundo plano.

Ella no era así. No se besaba con un hombre por muy atractivo que fuese. Y no porque considerara que no era correcto, sino porque le costaba intimar con los hombres.

Cogiendo aire profundamente, llevó la otra mano hasta su rostro y lo besó.

La respiración de Cameron, entrecortada, le hizo saber lo mucho que la deseaba. Pegó su enorme cuerpo al de ella y rodeándole la cintura con un brazo, la alzó del suelo. Cuando introdujo la lengua en su boca, soltó un gemido casi inaudible. Poco a poco el beso fue encendiendo una chispa de deseo en el cuerpo de Alba que se extendió por todos los rincones de su cuerpo.

—Tengo... —Apoyó la frente en la suya—. Por todos los santos, *lass*. Si no eres una *selkie*, ¿con qué clase de embrujo me has hechizado?

Negando con la cabeza, le dio un mordisco en la barbilla.

—No exageres.

Aunque la verdad era que ella sentía exactamente lo mismo. Una conexión física muy fuerte, para nada comparable a otras experiencias que Alba hubiese podido tener.

Cameron la acompañó hasta sus aposentos, teniendo en todo momento su atención sobre ella mientras el ruido de la tormenta resonaba en el interior del castillo. Al llegar hasta su puerta, lo miró a través de las pestañas, con

timidez. Sabía que era una reacción inútil e infantil, pero ver sus labios y saber que tenía su sabor en los suyos le hizo preguntarse qué estaría pensando de ella en esos momentos.

—¿Qué edad tienes, Alba? ¿Veinticinco?

—Sí, veinticinco. —Unos segundos más tarde, preguntó—: ¿Por qué?

—Me extraña que con tu edad no estés casada o comprometida. —Le acarició el brazo, ascendiendo lentamente.

—Eso ya lo hablamos... Por cierto, ¿me estás llamando vieja? —bromeó—. Puedo darte una patada ahora mismo donde sé que te dolería más. Nunca me subestimes.

Cameron sonrió.

—Disculpa, se me ha olvidado lo preparada que estás siempre para cualquier tipo de asalto. —Él alzó su mano y soltó un cálido y húmedo beso en el interior.

Recordando lo que quería decirle, intentó despejar aquella nube de pasión que la rodeaba, impidiéndole cualquier pensamiento coherente que no llevase encadenado la imagen de ella y Cameron desnudos. ¡Por Dios, no era una adolescente! Tenía que controlarse, estar atenta. ¿Y si lo mataban esa noche?

Tenía que proteger a un hombre muy independiente en una complicada época y no sabía cómo...

—¿Suced algo?

—No, no. Para nada. —Alba negó con la cabeza—. Por cierto, ¿sabes quién es Beth? Es una criada del castillo.

—Sí, creo recordarla, *lass*. ¿Por qué?

—Me gustaría que ella ocupase el puesto de Mòrag. No tengo ninguna queja con su servicio, pero he estado hablando con Beth y creo tener más afinidad. ¿Sería posible?

—Por supuesto. —Se acercó a ella hasta acorralarla contra la puerta. Colocó una mano encima de su cabeza. Su aliento daba en sus labios. Alzó la cabeza y frotó su boca contra la de él—. ¿Qué me darías a cambio de ese favor, *lass*?

—¿Mi gratitud eterna?

—¿Y...?

Colocó las manos en su torso y maldijo en voz baja. Sentía bajo ellas sus músculos contraídos, fuertes del entrenamiento. Y caliente. Estaba muy caliente. Acariciando con las yemas de los dedos sin ser consciente de lo que

hacía, otra ola de deseo la invadió.

—Quizás mañana... se me ocurra otra forma de agradecértelo.

Cameron sonrió y le robó un beso antes de separarse e irse.

—Esperaré ansioso.

Entró en sus aposentos y se apoyó en la puerta tras cerrarla. Apretó los ojos con fuerza y cogió aire.

Vale, de acuerdo, un pequeño coqueteo no le vendría mal. Pero nada más.

Ella acabaría volviendo a España y él se quedaría allí, casándose con otra mujer. No volvería a verlo nunca más. Debería guardar mejor sus sentimientos.

No, no era porque creyese que se fuera a enamorar de Cameron, nunca se le habían dado bien las relaciones íntimas, pero sí cogía cariño demasiado rápido a las personas. Apenas habían intercambiado unas palabras y ya sentía un afecto especial con Fiona, Broc y... Cameron.

Desnudándose, gimió de frío y se puso un camisón gordo de lana que había encima de la cama. De descalzó y, tiritando, se hizo un ovillo en el mullido colchón. ¿Cómo podían dormir los escoceses con aquel frío? A pesar de estar la chimenea encendida, algo que a la vez la asustaba por si saltaba una chispa y ardía todo aquello, apenas la calentaba.

Ni siquiera el sonido de la tormenta la relajaba.

Le esperaba una larga y fría noche por delante...

Capítulo 9

—¿Estáis bien, Alba? —Beth le recogió el pelo en una trenza para luego enroscarla en un moño que habría considerado muy bonito de no ser por las convulsiones que recorrían su cuerpo a causa del frío.

—S-s-sí. —Tiritando, esperó pacientemente a que Beth terminara de arreglarla.

—Bajad a desayunar, os prepararé un buen vaso de leche caliente.

Aquello le sonó a gloria mientras se colocaba un *arisaid* sobre los hombros. Se trataba de un tartán de lana parecido al que llevaba los hombres, excepto por sus colores, que eran menos vivos y de cuadros más grandes. Según Beth le había explicado, las mujeres lo usaban como una especie de chal.

Agradeciendo la fuente de calor, siguió a Beth hasta el salón.

Había amanecido hacía apenas una hora y se sorprendió al encontrarse a Cameron con Broc y Robert comiendo algo y señalando un mapa. Hablaban en gaélico.

Alba estornudó, capturando la atención de los tres *highlanders*.

—Demonios, muchacha, ¿qué te he pasado en la cara?

¿A su cara? Mirando a Beth, lamentó que la muchacha hubiese entrado en la cocina para darle la leche caliente y la dejase allí, con ellos.

Miró a Cameron.

—¿Me pasa algo?

—¿Has pasado una mala noche? —Se levantó de la silla. Los demás hicieron lo mismo, tomándolo como un gesto para acompañarlos—. Estás pálida, tienes los dedos de las manos casi azules y tus ojos...

—Ojeras, muchacha. —Broc sonrió—. ¿No soportas el frío de las Highlands?

Cameron frunció el ceño.

—Ordené que encendieran tu chimenea.

—Me temo que no estoy acostumbrada a estas temperaturas... Con o sin chimenea. —Estornudó—. Hoy dormiré con más ropa.

El gesto del *laird* no cambió. Cuando Beth le dio la jarra con leche caliente, soltó un suspiro de deleite.

—Buscaremos una solución. —Sentenció antes de ordenar con un gesto que tanto Broc como Robert salieran y lo esperaran fuera.

Metiéndose algunas bayas en la boca, se atragantó bajo la intensidad de su mirada. Cameron fue hasta ella y le golpeó suavemente la espalda, terminando por acariciársela con suavidad.

—Tranquila, *lass*.

—Estoy tranquila —gruñó.

Un estremecimiento le recorrió la espalda al sentir que depositaba un beso en el lateral del cuello.

—Buscaré una solución para que no pases frío.

—No te...

—Insisto. —Sentándose a su lado, le cortó un trozo de carne en su plato—. Come. Desde que estás aquí no has hecho más que adelgazar.

—Apenas llevo... ¿Un día? ¿Dos a lo sumo? —Le pegó un puñetazo en el brazo.

Sonriendo, le agarró la mano y abriéndole el puño, depositó un beso en el centro de la palma.

Dios... No debería permitirle esos gestos tan tiernos con ella, no cuando su corazón vivía, desde que lo conocía, en una carrera a fondo. Se sobresaltaba al verlo, al tocarlo o al sentirlo. Necesitaba cuanto antes tranquilizarse y pensar en la situación con la cabeza fría... nunca mejor dicho.

—Mañana partiré a Edimburgo. Tengo que hacer unas transacciones. Apenas estaré unos días.

El miedo hizo acto de aparición. Alba recordó la visión que tuvo: Cameron moriría envenenado. ¿Cómo podía ella protegerlo de aquello? Era un *laird*, estaba continuamente moviéndose de un lado a otro. No podía seguirlo las veinticuatro horas del día.

—Ten cuidado con lo que bebes o comes, *laird*.

—Cameron, llámame Cameron —la corrigió con suavidad—. ¿Temes que me envenenen? No te preocupes. Siempre me ando con cuidado. —Le guiñó un ojo, inclinado sobre ella.

Había sido demasiado clara, otro de sus muchos defectos. Exasperada, bufó.

—Eres *laird*, seguramente muchos codiciarán tu puesto y tendrás enemigos. ¡Claro, no es para preocuparse!

Colocando una mano en su cuello, la atrajo a él.

—¿Quieres cuidarme? —murmuró con una sonrisa pícaro.

Si él fuese consciente de los estragos que causaba en ella aquella sonrisa...

Alba soltó una seca carcajada antes de dar otro trago a la leche que, poco a poco, conseguía encender su adormecido cuerpo.

—Eres muy grande para necesitar que te cuiden, Cameron.

—*Lass*, ser *laird* no es solo tener privilegios y esperar a que acepten tus órdenes —gruñó en protesta cuando la acercó aún más a su cuerpo, arrastrando su silla hasta estar pegada a la de él. Abochornada, le miró con una ceja alzada sin dejar de comer—. Tengo que ser lo suficientemente inteligente como para cuidar a todo mi clan, sentenciar justicia y asegurarnos un futuro. A todos. Mi padre fue el mejor *laird* de todos los MacLeod y yo pretendo seguir su camino.

Sonriendo, asintió con comprensión. Cameron debía de haber tenido un fuerte vínculo con su padre, debería de haber sido su principal modelo a seguir. Para él resultaba muy importante llevar honor y prosperidad al clan.

—Y lo eres. He podido ver el enorme recibimiento que tuviste al llegar a tus tierras. La gente sólo habla maravillas de su *laird*. —Su orgullo se había hinchado tanto que tuvo que darle una palmada en la mano cuando iba a tocarle el tobillo—. Oh, y no nos olvidemos de las muchachas.

—Por supuesto, *lass* —ronroneó con un tono bromista.

—Suspiran con solo nombrarte y se humedecen al verte. —Crispó los labios—. No te quejarás, ¿eh?

—Me sorprendes, Alba. —Pocas veces eran las que decía su nombre, pero cuando lo hacía, disfruta de la forma en que lo pronunciaba. Con musicalidad, un tono áspero y seco—. Hablas con mucha libertad. ¿Las mujeres españolas hacen lo que quieren?

Soltando su jarra vacía en la mesa, le rodeó el cuello con los brazos. Su nariz rozó la de él.

—Yo sí.

Soltando una carcajada, Cameron se las apañó para darle una nalgada. Vaya, no se lo había esperado. La confianza se iba volviendo más fuerte a menudo que pasaban los segundos.

—Prométeme que te andarás con cuidado durante mi ausencia —susurró—. He dado órdenes de que deben dejarte tranquila y echarte un ojo. No debería haber problemas.

—Claro, te lo prometo... ¿Pero no te ibas mañana? —preguntó, extrañada.

—Sí, mañana me iré a hacer unas transacciones que me tomarán algunos días, pero hoy tengo que ir a las tierras de los MacLean. Volveré a la noche. ¿Me esperarás? —Cameron rozó su rostro con la yema de los dedos, acariciando la línea de su mandíbula. Él estudiaba con atención los rasgos del rostro femenino.

Con curiosidad, miró sus ojos grises metálicos.

—Yo... me lo pensaré.

Cameron presionó su cabeza hacia abajo para besarla suavemente, rozando su lengua contra la superficie de sus labios.

—Espérame —le ordenó.

Sin profundizar, algo que la decepcionó enormemente, le dio otro beso. Con las mejillas encendidas, contempló sus anchas espaldas mientras se iba.

Se llevó la mano a la boca, sintiendo los labios algo hinchados. Una vez más, Cameron había despertado a su cuerpo, la había excitado y se había ido siendo consciente de ello. Maldito fuera...

Beth apareció en ese momento con una enorme sonrisa.

—¡Pero qué pareja tan bonita formáis! —dijo recogiendo el desayuno—. Tendríais que ver el hambre que hay en los ojos de mi *laird* cuando os ve.

—¡Tonterías! —Ignorando la acusadora mirada de Beth, se estiró la manga del traje—. ¿En qué puedo ayudar? He olvidado preguntárselo a Cameron...

—¡Oh, no, no! Nada, mirad los puestos, relacionaos con la gente del clan, haceos una más. Esa es vuestra tarea. Os buscaré a la hora de comer mi... Alba.

Sonriendo, asintió apaciblemente.

—De acuerdo, pero mi oferta sigue en pie.

Saliendo del interior del castillo, se sorprendió cuando los guardias la saludaron. Azorada, los saludó de vuelta y fue a mezclarse entre la gente del clan. Había desde puestos de comida, pescado, carne, pan... hasta de telas, joyas o adornos hechos a mano para decorar el hogar.

En más de una ocasión la pararon para hablar con ella, preguntándole de dónde era y si sería la futura mujer del *laird*. Por supuesto, lo había negado reiteradas veces. El cielo, que en un primer momento se había presentado despejado, comenzaba a nublarse poco a poco por pesadas nubes grises que anunciaban lluvia.

El olor de la lluvia fresca le hizo coger aire y sonreír.

Acostumbrada al aire contaminado de las ciudades, aquello era como un

pequeño placer. Al ver el lago que había en uno de los laterales del castillo, se prometió ir algún día... O no.

Qué demonios, pensaba ir en ese mismo momento.

Saliendo de las murallas del castillo, que estaban en ese momento abiertas, bajó la pequeña meseta hasta ver las cristalinas aguas. Hojas y ramas estaban enterradas, algunas flotando. Al agacharse en la orilla y meter un dedo, soltó un grito.

Estaba congelada. Con toda seguridad, en unos días no sería más que hielo.

Vio algunos peces y sonrió, pegando el rostro más a la superficie del agua.

Podía verse. Sus ojos parecían más grandes que de costumbre, y cansados, con unas suaves ojeras grisáceas bajo ellos, esperaba que él tuviese de verdad una solución. No se veía pasando otra gélida noche con unas mantas y la chimenea. Sus labios casi morados por las bajas temperaturas le hicieron recordar el beso de Cameron.

Tocándose los dedos, se fijó en su pelo oscuro.

Beth la había dejado genial. Parecía una de esas actrices que aparecían en las series medievales, se dijo con una sonrisa.

Sumida en sus pensamientos y en el reflejo del agua, no vio a Marianne hasta que sus enfadados ojos también se reflejaron en el lago.

Levantándose poco a poco, se sacudió las rodillas y las manos de la hierba y tierra.

—Marianne.

—No te he dado permiso para que me hables así, sucia española.

Vaya... No se lo había esperado. Experta en aguantar a gente desagradable y exigente por su trabajo en la librería, suspiró. Cuanto antes acabara con todo aquello, mejor.

—¿Queréis hablar de algo conmigo?

—¡Eres una sinvergüenza! —gritó. Algunas personas que estaban en las casas, cerca de la muralla, clavaron sus ojos en ellas—. ¡Me has tendido una trampa!

Parpadeó varias veces y negó con la cabeza.

—Yo no he hecho nada, Marianne.

—¡No te he dado permiso para que me llames por mi nombre, sirvienta! —Dio algunos pasos hasta estar frente a ella—. ¡Te ordeno que repares tu artimaña!

—¿Artimaña? —bufó—. Si hubieseis dejado las manos quietas en vez de

iros a los brazos del hermano de Cameron, no estaríais en esta situación. —Al ver el enojo de la atractiva rubia crecer, volviendo sus pálidas mejillas en granate, decidió retroceder—. Mi... mi señora, ¿por qué os enfadáis? Aedan es un hombre muy atractivo, fuerte, hermano del *laird* y seguro que os puede complacer...

—¡No quiero al mujeriego de Aedan, zorra! —gimoteó dando una patada a una piedrecilla—. Quiero a Cameron y haré lo que sea por tenerlo.

Frunció el ceño, aguantando la risa ante tal comportamiento. Parecía una niña enfadada y consentida dispuesta a todo por conseguir lo que se propusiese. Sin embargo, Marianne debería de haberlo supuesto.

—¡Voy a matarte!

Abriendo los ojos por completo, Marianne se tiró encima de ella. Rodando por la pendiente mientras intentaba quitarse los pequeños puños de la rubia del pelo, acabaron por caer a las frías aguas del lago. Una sensación parecida a mil agujas clavándosele en la piel atravesó a Alba.

Cortándosele la respiración, Alba tardó unos segundos en reaccionar. En cambio, Marianne estaba como nueva, seguramente acostumbrada a las bajas temperaturas.

Teniéndola encima, aprovechó para golpearle el pecho con fuerza y tirarle del pelo.

Soltó un alarido de dolor.

—¡Suéltame antes de que te haga daño, Marianne!

—¡Cállate sucia es...!

Sin permitirle acabar, le dio la vuelta, agarrando sus rodillas, y se sentó ella encima. La agarró por el pelo y alzó su cabeza del agua.

— ¡No vuelvas a insultarme, Marianne! No es mi culpa que hayas jugado mal tus cartas.

—¡Me las pagarás!

Al ver cómo cerraba su mano para darle un puñetazo, agarró la delgada muñeca y la dobló.

Ella gimió y sus ojos se humedecieron, dejando ver durante unos ínfimos segundos una mirada débil y abatida. Preocupada, la sujetó por los hombros, sosteniéndola dentro del agua mientras el frío poco a poco penetraba en sus huesos, haciéndola estornudar. Sin darse cuenta, sus dientes castañeaban. La rubia poco a poco parecía notar el frío.

—M-me has quitado lo que siempre he querido en mi vida —tartamudeó

Marianne.

Mirándola con tristeza, dejó de hacer presión en sus hombros.

—Yo no lo quiero, Marianne. —Apretó los ojos con fuerza antes de abrirlos, triste por revelar la verdad—. No voy a quedarme.

Marianne seguía llorando, pero parte de su rabia desapareció.

—¿Cómo?

—Solo... He venido para ayudar a Cameron. —Al coger una honda respiración, sintió el frío penetrar en sus pulmones como una afilada cuchilla.

—Después... ¿Te irás?

No sabía el por qué, pero decir aquello la estaba matando por dentro. No volvería a ver a Cameron nunca más. Sería un apreciado recuerdo en su memoria, pero eso era todo. Cuando se fuese, no volvería a sentir sus cálidos labios, ni sus manos, ni tampoco oiría la forma en la que pronunciaba su nombre, con orgullo.

—Sí.

Marianne asintió.

—De acuerdo, Alba. ¡Ahora quítate de encima! Por Dios, ¡vas a ahogarme!

—¡Alba, Marianne! ¿Qué diablos pasa?

Alba se intentó incorporar sobre sus temblorosas rodillas para mirar hacia atrás cuando volvió a resbalar, cayendo de espaldas. El frío le había entumecido todos los miembros del cuerpo y no podía levantarse.

—¡Hermano! —gritó Marianne.

—¡Vete corriendo a tu hogar y cámbiate, Marianne!

—Pero...

—¡Inmediatamente! —gruñó Alasdair yendo hacia ella. Solo lo pudo mirar desde abajo mientras las lágrimas caían por sus pálidas mejillas—. ¡Por todos los santos, muchacha! Voy a levantarte. —Al sentir su cuerpo caliente, utilizó todas las fuerzas que le quedaban para rodearle el cuello con los brazos y pegarse a su cuerpo, gimiendo—. Estás helada, Alba. Tienes los labios y la punta de los dedos azules.

—¿E-en serio-o? —Colocó los labios sobre su cuello, donde encontró mucho calor. Reconfortante calor.

—Te llevaré para que te cambien y...

—¡N-o te separes de mí! —musitó.

—No, muchacha. No me voy a separar de ti. ¡Por Dios! Vas a congelarme a mí también. ¿Qué diablos hacíais las dos metidas en el lago? Estamos en

invierno, muchacha.

A pesar de hacerle la pregunta, el frío había recorrido todo su cuerpo y acabó quedándose dormida, oyendo a lo lejos los gritos de Alasdair que intentaba devolverla a la consciencia.

Se sumió en la oscuridad con el mayor de los placeres, sintiendo en ese lugar la calidez que necesitaba.

Alba estaba abrazada a un enorme cuerpo que desprendía calor, justo lo que ella necesitaba. Ronroneando de placer, echó una pierna encima de un muslo cubierto de vello y se frotó, suspirando. El paraíso. Era el paraíso. Como si estuviese en otro mundo donde solo había calor y paz, lejos de los desagradables gritos de Marianne y de la gran aventura que se le venía encima.

Pegó los labios a la piel y soltó un beso mientras acababa por colocarse encima del cuerpo, intentando robarle todo el calor posible. Sintió unas manos en la espalda que la hicieron arquearse. No se había dado cuenta del frío acumulado que tenía en la espalda.

Una suave presión en su estómago la distrajo. Estaba duro y suave.

—Muchacha, por Dios, deja de frotarte y de... Demonios. Alba, quieta. — La voz se volvió áspera.

Parpadeando, se obligó a mirar al individuo que se encontraba debajo de ella.

Era Alasdair.

Gimiendo, se incorporó un poco pero permaneció sentada sobre las caderas del hombre.

—¡Alasdair! ¿Te aprovechas de mí?

Miró su enorme torso desnudo cubierto por un suave vello rubio casi imperceptible para luego centrarse en sus carnosos y atractivos labios hasta ascender a sus ojos.

—Estabas congelada, no parabas de temblar y solo se me ha ocurrido desnudarte y...

—¡Desnudarme! —Efectuó un movimiento demasiado rápido que la mareó, dejándose caer de nuevo al pecho del *highlander*—. Me siento débil.

—No estoy desnudo, muchacha. He tenido esa consideración. —Le guiñó un ojo.

Alba notó su aliento en los labios y, aunque Alasdair era un hombre muy atractivo y sexy, sentía inexplicablemente que estaba traicionando a Cameron de alguna forma. Algo sin sentido cuando entre ambos no había más que un flirteo inocente.

—Te agradezco que me hayas salvado de una muerte segura, Alasdair. —Al colocar sus manos en su torso para incorporarse, no pudo evitar tocar los fuertes músculos que cubrían su piel. Soltó un lloriqueo—. Esto no es justo. ¿Puedes sentarme en la cama?

—¿No quieres seguir retozando?

Soltó una carcajada.

—No, gracias, ha sido sufi... ¡Estoy desnuda! —Se tapó los pechos con las manos.

—Tienes unos pechos bonitos, al...

Se levantó rápidamente y acabó cayendo al suelo, golpeándose la barbilla. Murmuró algo ininteligible antes de ser levantada por el *highlander*.

—Tranquila, apenas tienes fuerza...

—¿Es mediodía?

—Casi de noche, ¿por qué?

—¡Cameron está a punto de llegar! ¡No puede verme así!

Algo, un sentimiento que no pudo identificar, apareció en los azules ojos del *laird* de los MacLean.

—¿Qué problema hay? ¿Estáis...?

—¡No! Pero me parece un gesto muy feo por mi parte. —Cogió el vestido que había encima de la silla y se lo puso por encima de la cabeza. Mirando a Alasdair, desnudo excepto por unos calzones, soltó un suspiro—. Eres muy atractivo, Alasdair. Demasiado peligroso para mí. Todavía no he pasado la crisis de las hormonas revueltas de la adolescencia.

Él soltó una fuerte carcajada, quizás disfrutando de lo mucho que la perturbaba verle sin ropa.

—Puedes...

La puerta de la habitación se abrió con un estruendo, sobresaltándola. En ella apareció Cameron con Broc y Robert a sus espaldas. Marianne, agarrada de su brazo, sonreía ampliamente. Ella estaba impecable, como si caer en un lago helado fuera algo que le sucediera todos los días.

Joder.

—¿Qué está pasando aquí? —gruñó.

Pasándose una mano por el cabello, los notó encrespados. *Ug...* Tenía algunos mechones enredados en los dedos. Necesitaba urgentemente un peine.

—Alasdair me ha ayudado. Si no hubiese sido por él, ahora mismo estaría muerta.

Cameron frunció el ceño y se soltó de Marianne. Mirándola, alzó una ceja.

—¡Ella me ha atacado! —Marianne la señaló con el dedo—. ¡Esa asquerosa zorra me ha amenazado de muerte mientras iba al lago!

Alba jadeó.

—¡Eso es mentira! Ella ha venido a mí, podéis preguntarle a cualquiera de los hombres de las casas.

—Ya les he preguntado, Alba. —Sus duros ojos la perforaron. Su corazón dio un brinco dentro de su adolorido pecho—. Todos dicen lo mismo que ella. Apoyan su versión.

Abriendo la boca, apretó los puños a ambos lados del cuerpo, preguntándose por qué defendían a Marianne.

Pero sabía la respuesta. Ella, Alba, era una desconocida, quizás una espía o, aún peor, una bruja como muchos decían. Había interferido en la vida de los clanes aliados, todos habían esperado un enlace entre el *laird* de los MacLeod y la hermana del *laird* de los MacLean. Ella no había hecho más que molestar desde que había llegado.

Saberlo le sentó como una patada en el estómago.

Aguantó las lágrimas. No pensaba dejar ver lo mucho que le dolía sentirse tan sola y desamparada.

—Eso es mentira —musitó con voz débil.

—Todos...

—¡Ya me he entrado! —le interrumpió mientras terminaba de vestirse—. Creed lo que os dé la gana, mi *laird*. Yo no puedo soportar más hipocresía.

Pasando por su lado, Cameron la agarró del brazo.

—Tenemos que hablar.

Deshaciéndose de su agarre, le empujó. No lo movió ni un ápice, y aquello la hizo sentir peor. Desearía tener la fuerza necesaria para mover al enorme hombre que le impedía huir. ¿Sería Cameron consciente de que estaba a punto de llorar y derrumbarse? Esperaba que no. Era algo que no pensaba perdonarle tan fácilmente.

—¡Lo habéis dicho todo con vuestra falta de confianza en mí!

Broc y Robert la dejaron pasar, y sin mirarlos, se fue hacia donde creyó

oportuno, pues no sabía en qué parte del castillo estaba y era demasiado orgullosa como para pedir ayuda.

Que se fueran al infierno, pensó con una irónica sonrisa. Era el peor día de su vida. No solo tenía el frío penetrando dentro de sus huesos, sino que estaba perdida y muerta de hambre.

Se permitió soltar un quejido cuando se aseguró de que nadie la escuchaba. Nunca se había sentido tan sola.

Una puerta se abrió y apareció Aedan, sin camiseta y con una jarra de vino en la mano. Al sentir a alguien a su izquierda, miró hacia donde ella se encontraba. Sus, ojos algo brillantes por el alcohol, se abrieron por completo.

—¿Te encuentras bien?

—¿Te queda más vino? —respondió con otra pregunta.

Él soltó una carcajada.

—Tengo otra dentro de mis aposentos. Entra y cuéntame qué te ha pasado mientras bebes.



—Tápate, Alasdair. —La voz de Cameron era tan afilada como el acero.

—No ha pasado nada entre ella y yo, amigo mío. Mi hermana y ella se estaban peleando en el lago. Marianne pudo irse por su propio pie, pero Alba no está acostumbrada al frío. La traje al castillo.

Clavó con furia los ojos en el que creía uno de sus mejores aliados.

—Y la desnudaste.

—¡Estaba congelada! ¿Quieres que te mienta y te diga que no la he deseado cuando le daba calor? No puedo, demonios. —Su tono de voz se agravó—. Pero me conoces lo suficiente como para saber que no tomo a muchachas sin su consentimiento y aún menos conociendo el interés que sientes por ella.

Girándose, miró a Broc y a Robert.

—Encontrad a Alba, se perderá y no debe estar sin calor.

Asintiendo, sus hombres se fueron. Cuando Marianne, disimuladamente, intentó seguirlos, la agarró de la muñeca y la metió en los aposentos. Cerró la puerta a sus espaldas y la miró.

—Cuéntame qué sucedió, Marianne. Y ni una mentira.

—¡No he mentado! —Sus ojos, que los había considerados seductores y bonitos, estaban inyectados en sangre—. ¡Mira lo que me ha hecho tu...!

—No la insultes, Marianne —habló con voz dura. Vio unas pequeñas contusiones en los pálidos hombros. Parecían la marca de unos dedos.

—¿Por qué? ¿Qué ves en ella! Tú y yo íbamos a comprometernos, Cameron. Nuestro matrimonio te habría proporcionado una alianza más fuerte con mi hermano, y tierras. ¿Vas a rechazar todo esto por ella? No tiene nada que entregarte.

—Vas a ser la esposa de mi hermano, Marianne.

—¡Por obligación! —Vociferó sin dejar de moverse por la habitación, suelta de su agarre.

—Por permitir que tuviera sus manos en tu cuerpo, hermana —interrumpió Alasdair. La miró como si no la conociera y suspiró—. ¿Pero qué te ha pasado? Tú no eras así.

—Me están quitando todo lo que siempre he querido —murmuró mientras las transparentes lágrimas se derramaban por sus mejillas—. Y me pedís que no haga nada al respecto.

Cameron, inesperadamente, se sintió como el mayor de los bastados de Escocia. Era cierto, antes de conocer a Alba había tenido en mente casarse con Marianne. No solo era atractiva y hermana del *laird* de clan aliado, sino

que además siempre lo había recibido con los brazos abiertos, ateniéndole cuando lo necesitaba por encima de sus necesidades.

El amor y el dolor resplandecían en los ojos de la mujer, herida.

Acercándose a ella, agarró sus manos y las besó.

—Lamento todo esto, Marianne, pero ya estás comprometida con mi hermano. —Le dio un apretón antes de soltarla—. No podemos hacer nada.

El odio deformó sus bonitos rasgos.

—Ha sido tu excusa perfecta desde el primer momento, *laird* —escupió, tensa como las cuerdas de un arco—. Has de saber que ella no se quedará, Cameron, ella no se va a quedar contigo. —La miró circunspecto—. Me las pagaréis. Todos —susurró antes de empujarlo.

Saliendo de la habitación, cerró la puerta de un fuerte golpe.

Pasándose un brazo por la frente, maldijo en voz baja. Su amigo se sentó en la cama destapada y apretó los dientes. Alasdair la había abrazado, casi desnudo, dándole calor mientras él se había retrasado teniendo que resolver unos problemas en los exteriores de sus tierras, a causa de unas disputas por el ganado, que hacían borde con las tierras de su aliado.

No sabía qué hacer. Entendía que como *laird* se esperaba que contrajera un matrimonio ventajoso para el clan, tener más riquezas y resurgir. Alba no podía ofrecerle nada de riquezas o tierras. Solo a ella. Y aunque para él era suficiente, sabía que para los demás no. Tras ese pensamiento, Cameron se cuestionó en qué momento había tomado la decisión de considerar a la española como la futura mujer del clan. Coqueteaban, se divertían juntos, pero... ¿No era algo pasajero? ¿Quería acaso algo más?

Por primera vez en su vida, odió la posición en la que se encontraba.

Capítulo 10

Los siguientes días Alba lo evitó con descaro. No solo no desayunaba con él, sino que además no salía de sus aposentos hasta asegurarse de que no podían encontrarse.

Tras bajar al salón y tomar algo, se iba con Beth para trabajar, dispuesta a que no se criticara que vivía de la hospitalidad del *laird*. Hacía queso durante horas y horas, sacaba leche de las vacas, reparaba ropa que tenía agujeros, arrancaba malas hierbas del huerto y entraba en la cocina para aprender a hacer algo con ayuda del amable cocinero, un irlandés de poco pelo llamado Niall.

En sus ratos libres se iba al lago, descansaba tumbada en la orilla o cosía los vestidos medio rotos que le daba Beth para mejorar. Todo con tal de no verlo.

Odiaba admitirlo, pero le hería su distante actitud.

Con respecto a Marianne, no había vuelto a verla. Lo que era un milagro. Temía no controlarse y estrujar aquel cuello de cisne hasta ver su cara gris. La rubia le hacía perder el temple con sus constantes berrinches y gritos.

Por la parte de Alba, por las noches se sentaba cerca de Aedan, quien se había convertido en un buen confidente. Disfrutaba de la música, hablaba con la gente y bailaba con ellos, sintiendo en todo momento la mirada ardiente de Cameron en sus espaldas. Y a pesar de que su hermano iba a contraer matrimonio en los días venideros, Aedan seguía siendo un desvergonzado con las criadas del castillo.

También estaba Beth, su única amiga, sin contar a la amable Fiona, cuyas tareas le imposibilitaban verla con la frecuencia que le gustaría. Se notaba a leguas que estaba loca por Alasdair, aunque su timidez hacía que se mantuviese alejada, siempre contemplándolo desde las sombras con anhelo. Se prometió ayudarla. Era bastante guapa, tenía una cara angelical y unos grandes dientes blancos que brillaban. Aunque no poseía nada, al igual que ella.

Tenían tanto en común...

Sacudió la cabeza y tomó su copa para darle un sorbo.

—¿Bailas conmigo, *lass*? —murmuró una aterciopelada voz.

Su espalda se tensó involuntariamente al reconocer al dueño de esa voz. Odió la reacción de su cuerpo y de su mente. No solo se excitaba, haciéndole hervir la sangre, sino que lo había echado de menos. Desde sentir sus labios sobre ella hasta sus cálidas palabras.

Apretando los puños en la mesa, no se dignó a mirarlo.

Su orgullo pesaba más.

—Me temo... ¡Cameron, bájame ahora mismo!

El *highlander* la había alzado por la cintura y levantado sin esfuerzo. Colocándola en el suelo, le tendió la mano.

—Baila...

—Te he oído a la primera y la respuesta sigue siendo la misma. ¡No! —gruñó haciendo un amago de sentarse.

Le envolvió la cintura con un brazo.

—Joder, por supuesto que...

—Hablas como una desvergonzada —dijo con una sonrisa mientras la sacaba en contra de su voluntad—. Ya está bien de ignorarme, muchacha.

—Hablo como me da la gana, ahora déjame en paz antes de que...

—¿Antes de qué? —Le agarró el rostro entre las manos—. Te he echado de...

—Ni se te ocurra decirlo, Cameron. —Su voz teñida por la furia lo hizo sonreír—. Uno de mis muchos defectos es que soy malditamente rencorosa.

—Estás tan guapa, *lass* —murmuró contra sus labios—. Tus ojos brillan como...

—¿Se puede saber qué significa *lass*? Estoy hasta el co... moño de no entender nada de lo que dices.

Cameron, quien parecía haber supuesto qué había intentado decir, sonrió.

—Te lo diré más adelante. Todavía sigues hecha una furia...

—¡Porque no me creíste, cretino! —Pataleó para soltarse del firme agarre del escocés, pero sus brazos la tenían capturada—. ¡Necesitaste que te afirmase Alasdair que no me había acostado con él porque no me creías! Suéltame, Cameron. ¡Suéltame antes de que haga una locura! —Alzó la voz, enloquecida.

Los ojos de él brillaron.

—Tienes un carácter tan fuerte, mi española...

—¡Deja los versos para otra, gañán!

—¿Quieres hablar? Hablaremos —dijo decidido antes de cogerla de la

mano y conducirla fuera del salón.

—¡Suéltame!

Saliendo al exterior, donde se encontraban las caballerizas, intentó deshacerse de él dándole una patada. Él la esquivó con maestría y la inmovilizó contra la pared. Sin ofrecerle una tregua, se movió inútilmente. Cansada, cogió aire y cerró los ojos, abrumada.

Su olor a hombre y frescor la estaban aturdiendo. Consiguió recuperar un poco de control sobre sí misma para tranquilizarse, contando hasta cinco antes de abrir los ojos y suspirar. Apenas a diez centímetros de sus labios, estaba aquel *highlander* que le robaba el sueño por las noches y que, sin su consentimiento, la había herido.

Cameron pareció ver algo en sus ojos que lo hizo desviar la mirada.

—Lo siento.

—¿Cómo?

—Lamento no haber confiado en ti, Alba. —Acarició su mejilla con el pulgar, dejando un reguero de fuego—. No puedo explicar...

—Si quieres que te vuelva a hablar, Cameron, más te vale intentarlo —dijo quitando las manos de su cara con un golpe seco.

Su seriedad lo hizo asentir mientras se echaba hacia atrás algunos mechones que caían sobre su frente. Tragó saliva al ver sus fuertes brazos metidos en la camisa blanca, sus bíceps y tríceps contenidos y tensando la tela. Nunca admitiría lo que desencadenaba en su cuerpo, lo que despertaba.

Comenzaban a preocuparle su corazón y sus constantes alteraciones ante la presencia de Cameron.

—Yo... Siento algo por ti, *lass*. Algo. —Eso sí que no se lo había esperado. Abrió la boca, pero no salió nada de ella—. Sé que en tu país sois... distintos. Eres una mujer muy independiente, nunca me necesitas para nada, y cuando puedo ayudarte aparecen mi hermano o Alasdair. Nunca puedo... sorprenderte.

La hizo reír.

—Oh, vamos, Cameron...

—Estoy sincerándome.

Vio en su rostro lo mucho que le costaba abrirse. Asintió e hizo un gesto de que permanecería callada. No pensaba interrumpirle ya que había conseguido lo que quería. Era una oportunidad que pensaba aprovechar.

—Marianne... Nunca le he propuesto matrimonio, aunque admito que tenía

pensado hacerlo tras volver de Fort Augustus. —Cameron la miró con intensidad—. Pero te conocí.

—Vaya desgracia.

—¡Por todos los santos, muchacha! No digas eso.

—¿Vas a negar que tu vida no es más complicada desde que estoy aquí?

—Solo por cómo me comporto. —Cogió su mano y la envolvió—. Despiertas en mí celos, *mo rùin*.

—¿Celos? —preguntó con suavidad, ignorando el último mote que le había dicho.

—Quiero... Deseo poseerte, Alba —confesó.

Lo miró con los ojos completamente abiertos mientras aguantaba el deseo que yacía en sus cuencas grises, derritiéndola. Nunca se había esperado una reacción semejante, aún menos de él, un hombre tan... cerrado en ciertos aspectos.

Un relámpago iluminó durante unos segundos las verdes colinas. Los caballos se agitaron un poco, escuchándoles bufar.

—No-o no me lo esperaba.

Un mechón se le había soltado del recogido, pero él lo capturó para colocarlo detrás de la oreja.

—¿Acaso no he sido claro cuando he estado contigo?

—Sí. —Alba se sonrojó—. ¡Deja de sonreír!

Él la abrazó por completo, hundiéndola en su cuerpo.

—Eres una cosita muy mona cuando te sonrojas, Alba. Aunque cuando te enfadas eres peor que una tormenta en las Highlands en pleno invierno.

Su calor traspasó el vestido hasta llegar a su piel. Se humedeció los labios y le devolvió el abrazo, acariciando los fuertes músculos que componían su espalda. Inspiró el olor a jabón que desprendía la camisa y cerró los ojos, apoyando la cabeza justo donde latía su corazón.

—No te voy a perdonar tan rápido.

—Sí que eres rencorosa —bromeó.

Ella le dio un pellizco en la nalga, maravillándose por lo firme que estaba.

—Eso ha sido jugar sucio, ¿y si yo hiciera lo mismo? —Cameron la separó solo lo justo para mirarla a los ojos. Intensos. Oscurecidos por el deseo, desencadenó una ola de calor que la hizo temblar, lo que Cameron interpretó como que tenía frío—. ¿Tienes frío? Entremos, se me olvida que...

—Ha sido justo lo contrario, Cameron —contestó ella con lentitud, dejándole saber a qué se refería por el tono de su voz.

Agachándose, acortó la distancia que había entre ambos para besarla. Aquel casto beso, aunque cargado de significado y esfuerzo por parte de él para no excederse, le supo a poco. Cogiéndole el rostro por las mejillas, Alba le besó con la boca abierta sin dejar de mirarlo.

Escuchó un gruñido animal proveniente de su pecho antes de que la apretara contra sí y entrelazara su lengua con la de ella, acariciándola mientras sus manos tocaban su cintura y caderas. Una vez más, el mundo de Alba estaba patas arriba gracias a Cameron y su maestría para besarla.

Apretada contra la pared, sus labios se movían sobre los suyos auténtico placer, haciéndola gimotear. Llevó sus ansiosas manos hasta el cabello cobrizo de él, tirando de los mechones a la par que sentía un inmenso calor instalarse en su estómago y en su sexo.

Sus pezones, erectos, clamaban ser atendidos, tendiendo que conformarse...

¡Oh, sí! Acababa de acariciarle un pecho sobre la tela. Ahuecándolo, lo amasaba con firmeza para luego llevar el pulgar al tenso pezón.

—Oh... —Suspiró—. Dios mío, me encanta —murmuró con los labios de él en el cuello.

Lamían, succionaban y raspaban con los dientes, recorriéndola otra ola de placer mientras sentía cómo poco a poco se humedecía de deseo. Las imágenes que se formaban en su cabeza no dejaban nada a la imaginación. Deseaba con todas sus ganas ver su amplio torso desnudo, sus nalgas, su verga. La curiosidad no tenía límites en Alba, y aquello no era más que otra prueba.

Soltó un quejido cuando atrapó su adolorido pezón entre el dedo índice y pulgar, presionando con suavidad pero firmeza.

Se arqueó entre sus brazos antes de mover las caderas y sentirlo.

Azorada y excitada, cobrando consciencia de todo, sintió la dureza de su miembro contra el estómago. Alba tragó saliva, sintiendo repentinamente la garganta seca como la lija.

No iba a acostarse con él. No todavía.

Cameron se separó de ella lo justo para agarrarla del cuello y tomar su boca en un posesivo beso. Al soltarse, ambas respiraciones estaban alteradas.

—Temo no poder controlarme si seguimos, *mo rùin*.

Asintió.

—Yo también.

Él sonrió y la besó de nuevo.

—Prometo no volver a desconfiar de ti, Alba. —Le cogió la mano y la posó sobre donde latía su corazón—. Te lo juro por la sangre MacLeod que corre por mis venas.

—Está bien. Te creo.

Confió en él, guardándose las sospechas de que esa no sería ni la primera ni la última vez que dejarían de hablarse durante días.

Beth cogió otra jarra de vino de la cocina y otra bandeja de queso para llevarla al animado salón. Se alegraba de que Cameron y Alba volviesen a hablarse. En ese momento se encontraban bailando. La española se reía a carcajadas por las insinuaciones del *laird*. Él la abrazaba por la espalda y besaba sus mejillas, cerca de la comisura de la boca.

Parecían un matrimonio.

Estaba segura de que acabarían siendo marido y mujer y ella, personalmente, no podría tener una mejor señora del *laird* que Alba. Sus amistosos ojos brillaban siempre con entusiasmo y pasión, como si todo lo viese apetecible y digno de ser vivido.

Alba no tenía nada, ni tierras ni dote y, a pesar de ello, el *laird* de los MacLeod se había fijado en ella. No podía evitar preguntarse por qué no podía correr con la misma suerte.

Y no, no ansiaba un matrimonio que la alzara en posición pero... Alasdair era *laird*. Y ella estaba enamorada de él desde hacía muchos años. Tan grande y robusto, rubio, sus ojos azules... Era un hombre que despertaba el deseo de las mujeres. Mientras que Cameron era atractivo por el conjunto de sus rasgos, Alasdair no. Desde sus ojos hasta sus manos parecían hechos por un artista. Cada parte de él era... perfecta. Inédita.

Con una sonrisa tonta, soltó una risita. ¡Si le dieran una noche con...!

—¿Muchacha? ¿Hay más vino?

Asustada, dio un pequeño salto. Sus manos soltaron la jarra vacía, que cayó al suelo para romperse en pedazos. ¡Menos mal que todavía no la había llenado!

Con las mejillas arrojadas, miró al hombre de sus sueños un segundo antes de agacharse para coger los trozos de la jarra.

Alasdair la ayudó con una sonrisa tranquilizadora, entumeciéndola. Algunos dorados mechones le cayeron sobre la frente. Ella apretó las manos contra los trozos que tenía en ellas, deseando acariciar aquel pelo del color del oro.

—¡Muchacha, para! Te puedes cortar.

Le quitó los trozos y la miró fijamente, estudiándola. Avergonzada por su comportamiento infantil, murmuró una disculpa antes de ponerse todos los pedazos en el delantal para llevarlos hasta el cubo que guardaba todos los restos.

Él también se levantó, pero no quitó sus ojos de ella.

—¿Cómo te llamas?

—Beth. —Apretó las manos contra el regazo.

—¿Eres nueva? —Dio un paso hacia ella—. Creo que no te he visto antes.

La inspección de sus ojos azules la estremecieron. Maldijo estar tan poco arreglada y tener las mejillas algo manchadas por haber estado limpiando los hornos con Mairi.

—No, señor. Llevo aquí toda la vida.

—¿De verdad? No he reparado en ti. ¿Sueles estar en las cocinas?

Avergonzada y sintiéndose como si fuera una atracción para el hombre, soltó un suspiro antes de coger otra jarra y sujetarla con fuerza.

Él no la dejaba pasar.

—Señor, por favor... Dejádme pasar, tengo tareas que hacer.

—Por supuesto. —Se hizo a un lado—. Espero verte pronto... Beth.

Oír su nombre la hizo sonreír ampliamente al mismo tiempo que su corazón latía como las alas de un colibrí.

Había sido la experiencia más interesante de su vida.

Alasdair observó como la muchacha se iba con rapidez, sonrojada. Su reacción le obligó a soltar una carcajada. Aquella muchacha joven tenía una vitalidad que muchas otras mujeres envidiarían y matarían por ella.

Dejando su vaso vacío en la mesa, fue de vuelta al salón.

Alba bailaba con Broc y Robert esperaba su turno. Mientras tanto, el *highlander* moreno intentaba bajar las manos hasta el trasero de la española, quién le daba una patada en la espinilla a la menor oportunidad.

Vio a su amigo sentado, hablando con otros miembros del clan sin dejar de mirar a la morena. El deseo latente en sus ojos y los constantes movimientos en la silla le hicieron saber que el deseo que sentía por ella fluía por sus venas con fuerza.

A Cameron le esperaba una buena lucha.

Observó que su hermana no estaba.

—Tranquilo, amigo mío. Robert está ahí para poner recto a Broc.

Él sonrió.

—¿Me crees un imbécil si te digo que me muero de ganas por bailar con ella otra vez?

—No, admito que yo sigo esperando un baile. —Se aclaró la garganta—. ¿Has visto a Marianne?

—No, desde... el incidente se ha quedado en sus aposentos —contestó Cameron.

—Buena manera de llamarlo —dijo con una sonrisa amarga—. Iré a hablar con ella. Sé que se ha equivocado, Cameron, pero es mi hermana, la única familia que me queda.

—Entiendo —asintió—. Si necesitas algo, ya sabes dónde estaré.

Haciendo un gesto, se levantó y se fue.

Sentía algo de culpabilidad. Al fin y al cabo, Marianne estaba enamorada de él, o de ser la esposa de un *laird*, y él había alimentado ese amor platónico.

Alba apareció en ese momento, apoyando los codos sobre la mesa. Algunos mechones oscuros se habían soltado de su recogido. La enorme sonrisa que lucía hizo encoger su corazón. Estiró la mano para acariciar sus redondeados pómulos.

—¿Y esa cara? ¡Baila con nosotros!

Se levantó.

—¿Prometes no darme más patadas ni pisotones?

Alba hizo como si pensara mientras lo conducía al centro del salón.

—¿Y dónde quedaría la diversión? Lo intentaré, mi *laird*.

Capítulo 11

Alasdair MacLean partió hacia sus tierras al día siguiente de hablar con su hermana para preparar la dote y volver a estar con su clan, prometiendo volver pronto para verlos. Aquella despedida estuvo a punto de hacerle derramar una lágrima, viéndolo montado en su enorme caballo blanco acompañado por varios de sus hombres. Con el *kilt* podían verse los poderosos muslos que ocultaba. Beth había intentado aguantar el tipo, pero se notaba a leguas que sus sentimientos se habían intensificado tras su encuentro.

Los siguientes días tras su partida fueron monótonos. Alba se ocupaba de ciertas tareas del hogar, en su empeño de agradecer de alguna forma que la mantuvieran. Por su parte, Cameron ya se había resistido a que no podría hacerle cambiar de opinión.

Más de una vez la acariciaba, le robaba un beso y le soltaba palabras en gaélico que la volvían loca, intentando pronunciarlas ella. Él se reía y la abrazaba, llamándola «su tormenta española». La relación entre ambos iba... demasiado bien.

Cada segundo que pasaba le atemorizaba más y más la despedida que sin lugar a dudas tendría lugar algún día. Temía no querer irse de su lado, abandonar su época y no poder conseguirlo. Quizás estuviese predestinado a que lo recordase toda su vida, en Sevilla, sabiendo que por más que volviera a Escocia él no estaría allí, esperándola.

Aquello le provocaba un gran sufrimiento a Alba.

Tres días más tarde, Cameron salió con algunos de sus nombres hacia la corte, haciéndole prometer de nuevo que tendría cuidado. Su hermano Aedan fue quien tomó su relevo. No hubo muchos cambios, excepto al segundo día de su partida.

Marianne ya había salido de sus aposentos, segura de sí misma y mostrando una ferocidad en sus ojos digna de una mujer de hielo. Muchos sirvientes la temían, obedeciendo sin lugar a dudas sus órdenes.

El gran cambio fue cuando Alba intentó entrar sus aposentos y los encontró cerrados con llave.

Bajando, encontró a Mòrag coqueteando con un hombre moreno de ojos pequeños.

Aclarándose la voz, la miraron con antipatía.

—Mòrag, ¿por qué no puedo entrar en mis aposentos?

—Lady Marianne os los ha confiscado. Dormiréis con el resto de los sirvientes.

Su tono la hizo arquear una ceja.

—¿Y dónde está Marianne?

—Supervisando el huerto. Era trabajo vuestro.

Saliendo a los exteriores, ignoró las miradas de las personas que estaban trabajando y fue hacia la mujer de cabellos dorados que estaba cruzada de brazos.

—Alba —dijo sin darse la vuelta—. Limpiarás el horno con Beth. Esta noche voy a celebrar una pequeña...

—¿Tienes el permiso de Cameron para comportarte así? —inquirió.

Dándose la vuelta, la fulminó con la mirada.

—Aedan es el señor del castillo durante su ausencia, y yo, como futura esposa suya, la señora. Ahora mismo no tienes poder. —Chasqueó los dedos. Beth levantó la vista y se limpió las manos cubiertas de tierra—. Id a limpiar el horno.

Beth fue hacia ella y ambas se dieron la vuelta para ir a las cocinas. El sol ese día no golpeaba y corría una suave brisa helada, pero Alba pudo ver sudor en la frente de su amiga. ¿Cuántas tareas le habría encomendado por mantener amistad con ella?

Al estar solas, Beth suspiró.

—Es una bruja. Lo siento mucho, Alba.

Abriendo la puerta del horno, sonrió.

—¿Por qué?

—Te trata como si fueses una esclava —Cogió un paño húmedo y le dio otro a ella—. El *laird* se enfadará muchísimo cuando se entere de cómo te ha humillado.

—Tampoco es para tanto. —Soltó una risita—. Quizás durmiendo con vosotros no tenga tanto frío.

—¡Oh, de eso seguro! —Se rio—. Somos tantas personas en una habitación que parece verano. —Frotando con fuerza, clavó la mirada en las manos de Alba y jadeó, soltando bruscamente el paño—. ¡Por todos los santos! ¿Qué te ha pasado? Voy a por...

—Pues no lo recuerdo. —Miró el corte que había desde la muñeca hasta el

pulgar.

—Se ve horrible. —Echándole agua y un poco de whisky, se la vendó con un trozo de tela limpio—. Listo.

—Gracias, eres muy amable. Me meteré dentro del horno para limpiar mejor. —Al hacerlo, Alba se vio sumida en una profunda oscuridad—. ¡Dios mío, esto está más negro que la boca del lobo! ¿Desde cuándo no se limpia?

—Yo lo limpié hace unos días, pero Marianne ha querido que toda la comida se caliente en el horno y se ha vuelto a ensuciar. —Suspirando cansadamente, ayudó a Alba a salir y a sacudirse el hollín del vestido. Se rio—. Tienes la cara manchada.

Se limpió las manchas de hollín.

—Debería darle otro repaso, creo que no ha quedado del todo bien. Voy a entrar de nuevo.

Beth asintió.

—De acuerdo. —Tragando saliva, esperó unos segundos antes de hablar—. Te... ¿te acuerdas de la noche en que os perdonasteis tú y el *laird*?

—Sí, claro. ¿Por qué? —Su voz resonó dentro de la cavidad.

—El... Alasdair me habló.

—¡Vaya! —Sacó la cabeza y sonrió con picardía—. ¿Y... qué tal fue?

—P-pues... Me preguntó mi nombre y cuánto tiempo llevaba aquí. —Se sonrojó bajo la atenta mirada de la española—. Dijo que no había reparado en mí.

—Vaya... —repitió. Luego alzó una ceja—. Eres muy guapa, Beth. Se ha podido dar cuenta de ello.

—¡Oh, no! Estaba borracho, había bebido demasiado. Aun así admito que atesoraré ese recuerdo para siempre.

Alba soltó una risita y salió unos minutos más tarde cubierta de hollín, polvo y cenizas. Beth la ayudaba a sacudirse el pelo y el vestido, cogiendo un trapo húmedo para quitarle las manchas de la cara con suavidad.

Al terminar, Alba se agachó para coger los dos cubos llenos de agua sucia que habían servido para limpiar el horno y salió al exterior. Beth la miró con creciente preocupación, retorciéndose las manos en el estómago mientras era consciente de las miradas cargadas de deseo que le dirigían a la española. Llamaba la atención, era algo nuevo, diferente, y todos querían tener su turno.

—Si me permites... Creo que sería mejor que hoy no bajas al salón a cenar.

Dejó de caminar y la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Marianne se ha apropiado del castillo, no... le gustas. Creo que lo mejor sería que yo te guardase la cena. No me fío de ella, parece estar dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de tener el control de Dunvegan.

—No te preocupes, pasaré desapercibida.

—Pero si pasa algo, no podré ayudarte. Cameron se ha llevado casi todos sus hombres de confianza, dejando a Aedan como jefe. Marianne ha aprovechado para convertirse en la señora de la casa y estoy segura de que aprovechará cualquier situación que se le presente para... echarte.

Alba negó con la cabeza suavemente mientras vaciaba el contenido de los cubos, tranquilizándola.

—No pasará nada. Si sucede algo, prometo que a partir de mañana cenaré con los sirvientes.

Beth asintió, indecisa.

Al llegar la noche, Alba quiso darse un baño, algo que le fue negado bajo rotunda orden de Marianne. Suspirando, salió hasta el lago y gimiendo, consiguió limpiarse lo mejor que pudo con la ayuda de Beth, quien estaba acostumbrada a aquellas bajas temperaturas.

Tras volver y vestirse con un áspero vestido de lana marrón que le irritaba la piel, se trenzó el pelo y fue al salón, ignorando los erráticos latidos de su corazón que parecían presentir que algo no iba bien.

Aedan estaba sentado en la mesa central. Su futura esposa alzaba la cabeza, sonriendo con suficiencia a pesar de ser ignorada por él. En lo más profundo de sus ojos azules pudo ver lo mucho que le hería la indiferencia de su prometido. El odio llameó en su cara cuando Aedan la saludó y le ofreció sentarse a su lado.

—Oh, no te preocupes, me sentaré...

—¡Ven, muchacha! Eres amiga mía...

—Por supuesto, como la puta de Cameron tienes privilegios. —Marianne sonrió con fingida dulzura—. Nosotros no te los arrebataremos. Él será quien lo haga cuando se canse de ti.

Un gran silencio cubrió el salón.

—Cierra la boca, Marianne —soltó Aedan con frialdad.

Alba se sentó en el lado libre del hombre y comenzó a picar, ignorando las pullas que la rubia le lanzaba.

Poco a poco el ambiente se fue alegrando. La cerveza corría para todos los hombres, quienes intentaban meter mano a las pobres sirvientas. Beth había sido lo suficientemente lista como para quedarse en la cocina y ayudar allí.

Deseosa de marcharse a su habitación, o mejor dicho a la de los sirvientes, hizo amago de levantarse cuando Aedan la sujetó y la sentó a la fuerza. Su sonrisa la asustó, aunque hizo todo lo posible para que él no se diese cuenta.

—¿A dónde vas, muchacha? Apenas acaba de empezar la fiesta, disfruta.

Sonrió con torpeza y asintió, apretando los nudillos contra las rodillas.

Aedan se levantó de su enorme silla para bailar con una sirvienta de grandes pechos y bonitos ojos que le sonrió. Sin sentirse mal al ver el crispado rostro de Marianne, llegó a la conclusión de que nadie la respetaba.

Su buena suerte terminó cuando un hombre con la cara salpicada por la viruela la cogió de la mano y la sacó a la fuerza para bailar, ignorando sus negativas. Intentando no ser cruel ante el poco atractivo hombre, le sonrió débilmente mientras le quitaba las manos cuando intentaba tocarle el trasero o los pechos.

Cansada de esquivar sus hambrientas manos, llevó la mano hasta su ingle, ignorando la erección que mostraba, y apretó con fuerza su pene. El color desapareció del rostro del *highlander*.

—Quita tus manos de mi cuerpo antes de que decida apretar tanto que no puedas tener descendencia, ¿me has entendido?

El hombre asintió, rígido.

Libre, decidió salir al patio exterior para tomar un poco el aire y esperar que el invernal frío calmara un poco el mal genio que estaba a punto de bullir de su interior. Ella no era así, pero se veía obligada a actuar de forma más osada. En el dos mil quince nadie acorralaba a una mujer para violarla delante de toda una multitud y ella lucharía con todas sus fuerzas por volver a Sevilla tal y como había llegado: intacta, sana.

Miró la luna y suspiró.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo segura que se sentía con Cameron y de lo mucho que ayudaba su presencia para calmar a su clan. Sin él, los hombres que quedaban se tomaban más libertades, el salón casi se había sumido en una bacanal libidinosa donde los hombres tomaban a las muchachas en las mesas o paredes sin que Aedan restableciera el orden.

Si Cameron se llegase a enterar de lo que sucedía allí...

Una sombra se cernió sobre ella inesperadamente. Dándose la vuelta,

esperando a que la antorcha alumbrase la cara del desconocido, gruñó de impaciencia al ver que era el mismo hombre que antes, solo que acompañado de dos más... mucho más grandes.

Por todos los santos... esperaba que no fuesen a hacer lo que pensaba que iban a hacer.

Retorciéndose las manos, retrocedió mientras los tres hablaban en gaélico, dándose codazos. Uno de poco pelo la agarró del brazo y la atrajo hacia él, ignorando sus protestas. Con la mano libre agarró el escote de su vestido y lo desgarró de un tirón.

Alba ahogó una exclamación.

—¡Suéltame ahora mismo, bruto!

Otro hombre soltó una carcajada y le agarró un pecho. El miedo la invadió por completo. Pataleando e intentando soltarse, recibió una bofetada de un pelirrojo que gruñó algo en gaélico. Sin entender nada, aguantó a duras penas las lágrimas y dio una patada al que le había agarrado el pecho.

Como si no hubiese notado nada, miró hacia la puerta, viendo una menuda figura que se acercaba hasta revelar su rostro a la luz de la llama.

Marianne.

Abriendo los ojos, aliviada, soltó un suspiro. Los hombres le preguntaron algo a ella, que sonrió asintiendo. Recibió una palmada en el trasero. Se tensó, asqueada, y espero la respuesta de Marianne.

Imaginando qué les habría concedido, estiró una mano a la misma vez que la cargaban sobre un hombro, dirigiéndola a la profundidad del oscuro patio.

—¡Marianne! —chilló—. ¡Marianne, por favor! ¡Ayúdame!

Una gruesa lágrima se deslizó por su mejilla al ver la sonrisa de la rubia.

—¡Haré lo que quieras! ¿Quieres que me vaya de aquí? ¡Me voy ahora mismo, Marianne! ¡Por favor! —suplicó mientras su cuerpo se convulsionaba por el frío y el terror de lo que, de forma inevitable, sucedería.

—Veremos si, tras esto, Cameron te tiene tanto aprecio, puta española.

Dejó caer la mano y levantó la rodilla para golpearle la nariz al hombre que la cargaba.

Oyéndolo gruñir, cayó pesadamente al suelo. Cogió aire. Algo de sangre del individuo cayó sobre su mejilla. Arrastrándose por el suelo, intentó esconderse con ayuda de la oscuridad cuando una mano la agarró del tobillo, tirándola hacia la luz, provocando que sus faldas se alzasen.

Era el pelirrojo. El que había recibido el golpe la fulminaba con la mirada

y soltaba aire por los anchos orificios de la nariz.

—Ahora vas a enterarte, muchachita —rugió en un seco tono.

—Po-por favor, dejadme...

Llevándola hasta el granero, la apoyaron en una vieja mesa, apartando las herramientas con las que solían trabajar. Un hombre le agarró los brazos, alzándolos sobre su cabeza al mismo tiempo que el pelirrojo sacaba un *sgian dubh*, y llevaba hasta su cuello, presionando la afilada punta.

Un pequeño hilo de sangre corrió por entre sus desnudos pechos. Alba temblaba sin parar. Apretó los dientes, decidida a no dejarse llevar por el miedo y buscar una salida.

—Por haberle roto la nariz a George, él será quien te tome primero, *selkie*.

—Enseñó sus blancos dientes en una sonrisa—. Veremos esta noche cuanto de mágico tienes, muchacha.

Negó varias veces con la cabeza. Llamó su atención ver a George sacar su miembro de las calzas y abrirse paso entre sus piernas, alzándole las faldas.

— ¡Soltadme inmediatamente, asquerosos...! —jadeó, en busca de aire.

Al sentir el caliente miembro del hombre en su muslo, echó la cabeza a un lado y vomitó todo lo que había cenado, dejando su estómago vacío. Todo lo que le rodeaba se nubló. ¿Era una pesadilla? Alba esperaba que así fuera. Quería cerrar los ojos y, al abrirlos, volver a estar junto a su tía Carmen.

Pero no, estaba en aquel sucio granero e iba a ser destrozada en todos los sentidos.

Los hombres se rieron justo cuando Alba comenzó a toser.

—¡Sí que le repugnas, George!

—Maldita puta —gruñó algo en gaélico y agarró su pierna—. Veremos qué opinas tras tomarte.

Los otros dos hombres, distraídos y riéndose por la indecente escena, comenzaron a hablar mientras el olor a alcohol llegaba hasta ella.

Retorciéndose en la mesa, su codo dio con algo. Mirando hacia arriba, vio unas tijeras que esa tarde había utilizado para coser dos vestidos viejos y que se había dejado allí cuando Marianne la había llamado. Sus manos estaban agarradas con firmeza, sudadas por el miedo. Varios escalofríos recorrían su columna vertebral.

Suavemente, sin tirar de sus manos, pensó que quizás el sudor podría ayudarla a que las manos se le escurriesen sobre las del hombre.

Justo al sentir que George estiraba una mano pegajosa para penetrarla,

utilizó toda su fuerza para lograr soltar una mano. Una de sus muñecas crujió. Alba ignoró el dolor. Sin perder un segundo, cogió las tijeras y se incorporó lo suficiente como para clavarlas en el cuello del violador. Un reguero de sangre le salpicó el rostro, pelo y pecho. Los dos hombres maldecían, soltándola para ir corriendo hacia el herido, que se había desplomado en el suelo como un árbol recién talado.

Bajándose de un salto de la mesa, Alba abrió la puerta del granero y salió corriendo, sorprendiéndose de que no le temblaran las piernas.

Agarrándose las faldas e ignorando el mortal frío, comenzó a correr y correr, sintiendo los erráticos latidos de su corazón en una desenfrenada carrera. Una carrera por la supervivencia. El sudor de su frente y del resto de su cuerpo ocasionaba que sintiese más el frío. Sus pechos se movían desnudos y cubiertos de la pegajosa sangre, atrayendo miradas y comentarios obscenos. Alba se los tapó con un brazo.

Maldijo no haberle hecho caso a Beth y no haber permanecido en la habitación. No era de aquella época, no estaba acostumbrada a ese comportamiento en los hombres.

Otras personas del clan la miraban con curiosidad, sin ver la sangre que la cubría por la oscura noche, excepto una muchacha de pelo rojo que soltó un grito y se fue hacia su casa, vociferando en gaélico. A partir de ese momento creerían febrilmente que era una *selkie*.

Al llegar al lago fuera de las murallas del castillo, dejó que las primeras lágrimas de miedo se derramaran por sus mejillas.

Intentando coger agua para quitarse la espesa sangre de la cara y el pelo, soltó un gemido. Se le habían congelado las puntas de los dedos. Las sentía insensibilizadas y paralizadas.

Frustrada, golpeó el pasto con las manos.

—¡Joder! —Su voz, temblorosa, la desarmó—. Por favor, por favor, para... —murmuró dejándose caer en el suelo, sin saber a dónde ir.

—¿Hay alguien ahí? —La voz de una mujer mayor la hizo levantarse con inestabilidad, perdiendo el equilibrio.

—¡Por favor, señora, ayudadme! —Corriendo hacia ella, se desplomó a sus pies. Se agarró de sus elegantes faldas—. ¡Por favor, ayudadme!

—Tranquila, muchacha, tranquila. ¡Por todos los santos! ¡Tienes sangre! ¿Han sido unos desalmados? Ven cariño, te llevaré a mi casa. Apóyate en mí.

El rostro de la mujer se grabó a fuego en la memoria de Alba. ¿Un ángel?

No estaba segura, pero no podía haber aparecido en mejor momento.



Alba sonrió a la mujer que le curaba un corte que tenía en el labio. Su lustroso pelo negro vetado con algunas canas no la afeaba en nada, pensó. Sus ojos azules la miraban con suspicacia mientras untaba en la barbilla, brazos y piernas el ungüento.

Gimió.

—Sé que escuece, muchacha. —Soltó un suspiro—. Me alegro de haber guardado algunos cubos de agua caliente, olías fatal.

—Me temo que vomité —murmuró tapándose con una pesada manta—. No puedo agradecer suficiente...

—No te preocupes, hija. Sé lo salvajes que se pueden volver los hombres, sobre todo cuando beben tanto. Voy a servirte un poco de caldo. Por cierto, ¿no eres la *selkie* que dicen todos que nuestro *laird* ha capturado de las aguas?

Alba soltó una histérica carcajada.

—Solo soy una corriente mujer que ha recibido la hospitalidad del *laird*.
La mujer soltó una suave carcajada.

—No solo se dice eso. Se cuenta que le has robado el corazón, o mejor dicho, hechizado. Siéntate muchacha, te serviré un poco de caldo para calmar esos nervios que tienes. —Sentándose en la silla, miró el cálido hogar de la mujer. Debía de tener dinero, ya que su casa era un poco más grande que las del resto del clan. Todas de una planta, aquella se extendía para que la habitación estuviese separada de la cocina—. Me llamo Mary MacLeod, madrastra del *laird* Cameron.

Alba abrió los ojos por completo.

—¡Por eso me sonaban tanto vuestros rasgos! Me recordaban a Aedan.

Con una sonrisa, asintió. Le colocó el plato delante.

—Lamento que mi hijo no haya hecho nada.

—Estaba... Algo tocado por la bebida, me temo.

—Hombres... —bufó—. Dentro de poco volverá Cameron. Pondrá el grito en el cielo al enterarse de lo que te han hecho, muchacha.

No queriendo hablar más de ello, no le dijo que no la habían violado. De todas formas, no la creería. Se correría el rumor y quedaría marcada como una puta. Pensar en su futuro allí era, cuanto menos, desesperanzador.

—Me temo que... Cuando se entere me echará de su clan. —Apretó los labios y contuvo otro estremecimiento.

—¿Por qué, cariño? —Le acarició el pelo, ya limpio y húmedo.

—Ma... —Tragó saliva y miró el caldo—. Maté a uno de los tres hombres que me atacaron.

—¿Lo mataste? ¡Pero muchacha! Eso no puedes hacerlo.

—No me arrepiento, Mary. Era él o yo y... Lo hice.

—¿Estás segura de que lo mataste? Quizás solo esté malherido.

—Le clavé unas tijeras en el cuello —añadió en voz baja, temblando al recordar la espantosa escena y pensando que nunca en su vida se habría imaginado en una situación parecida.

Se había imaginado que al llegar a esa convulsa época su vida cambiaría, pero nunca que acabaría con la de uno. Se limpió una lágrima y tomó el caldo con rapidez. La mujer la miró con tristeza.

—Temo que las mujeres hemos venido a este mundo solo para satisfacer a los hombres.

Alba no pudo contener su lengua.

—No lo creo, Mary.

—¿No? ¿Por qué entonces somos más débiles y los necesitamos?

—Ellos también nos necesitan a nosotras. No creo que sea eso, con mi debido respeto.

Asintiendo, Mary se levantó de la silla, dejando una vela encendida.

—Me iré a dormir. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites, Alba. Puedes dormir ahí —dijo señalándole una estructura de madera forrada con telas y lana que le recordó a un sillón. —Es lo suficientemente grande para que quepas en él. —Le dio un beso en la frente—. Buenas noches, querida.

—Buenas noches, y gracias.

Quedándose sola, dejó que los temblores se adueñaran de su cuerpo, escondidos en lo más recóndito de su ser todo ese tiempo para que Mary pudiera irse a descansar. ¡Qué milagro que hubiese aparecido! Al verla había sentido esperanza, calidez y salvación.

Herida, cubierta de sangre y tirada en la orilla del lago no habría sobrevivido. Bien por el infernal frío, o bien por que los hombres la hubiesen encontrado para acabar lo que habían empezado. U otro hombre... fuese como fuese, se encontraba a salvo, caliente bajo el techo de la madrastra de Cameron.

Aunque no sabía por cuánto tiempo.

Sus días estaban contados.

Tras fregar el cuenco de madera, se tumbó en el sillón, abrigada con la manta y mirando fijamente la tenue luz de la llama. Sola, sintiéndose perdida en aquella cruel época, más lágrimas volvieron a derramarse.

Capítulo 12

Tres días más tarde.

—¿Dónde está, Beth? —La muchacha se encogió en la esquina de la cocina mientras la furiosa mirada de su *laird* la fulminaba—. ¿Dónde está Alba? Respóndeme ahora mismo.

—Cálmate, Cameron. Estás asustando a la muchacha —habló Robert con voz pausada.

A sabiendas de que su amigo llevaba razón, asintió, cogió aire y se pasó una mano por el rostro.

—No lo sé, mi *laird*. Hace... hace tres días nuestro hermano hizo una cena que se salió un poco de las manos y... desapareció. No he vuelto a verla desde hace tres días.

Cameron estuvo a punto de dar otro paso hacia la sirvienta cuando Broc y Robert lo pararon por el brazo.

—¿Cómo que ha desaparecido? —bramó.

—Marianne... —Tragó saliva mientras contemplaba los inyectados ojos del *laird*—. Yo le dije que no era buena idea, mi *laird*. Le dije que cenara conmigo en la cocina o en nuestra habitación, pero ella...

—¿Vuestra habitación? —inquirió. Luego sacudió la cabeza—. Alba tiene sus propios aposentos.

Beth se miró las manos.

—Me temo que... no.

—¿Cómo que no? —gruñó apretando los puños y la mandíbula. Se sentía como un animal enjaulado que estaba a punto de escapar y matar a todo aquel que se encontrara en su camino.

—Cameron, deja de comerte a la muchacha y deja que hable. Si no, nos llevaremos todo el día así y no averiguaremos nada de Alba —murmuró Broc.

Dándose cuenta de que llevaba razón, suspiró y lo volvió a intentar. Se apoyó en la mesa de la cocina mientras los demás sirvientes escuchaban los gritos desde el patio.

—Marianne... le retiró la habitación. Iba a dormir con los sirvientes. — Cameron chasqueó los dientes. Los nudillos se volvieron blancos cuando

golpeó la mesa. Broc parpadeó, sorprendido por la noticia. Robert murmuró algo—. Trabajaba todo el día sin quejarse. Esa noche... Le dije que lo más conveniente era que cenara en...

—Eso ya lo has dicho, maldita sea —murmuró.

—Por favor, Beth, sigue hablando. —La voz de Robert la tranquilizó.

—Los hombres bebieron demasiado y... la perdí de vista. No sé nada, mi *laird*. He intentado obtener información, pero nadie sabe nada de ella. Marianne me ordenó que dejara el tema.

Sin esperar un segundo más, salió al exterior abriendo de un portazo la puerta. Todos los trabajadores se sobresaltaron y dejaron de hacer las tareas.

—Robert, Broc, preguntad a todos y cada uno de los que trabajan en el castillo sobre lo que ha sucedido durante mi ausencia y lo que pasó tres días atrás. Yo me ocuparé de Marianne. —El nombre lo soltó en un gruñido—. Nada más sepáis algo de Alba, decídmelo.

Ambos asintieron.

Ignorando los saludos de la gente del clan y otros criados, subió hacia la habitación de Marianne con el cuerpo tenso y cansado por la cabalgada. Hacía apenas un par de horas que había llegado, recibido por su clan. Había buscado con avidez el rostro de la española entre ellos, sin verlo por ningún lado.

Se le había pasado por la cabeza que quizás estaba enferma o trabajando con Beth. Aun así le había extrañado... ¡Qué ingenuo! Ella lo habría recibido. Estaba completamente seguro.

Cruzándose antes con los aposentos de su hermano, abrió la puerta sin llamar, encontrándose a Aedan entre los muslos de una muchacha de cabellos oscuros. La mujer soltó un gritito; Aedan alzó la cabeza y suspiró.

—Ven, hermano. Tenemos que hablar.

Viendo el enfurecido rostro de su hermano, asintió. Le dio una nalgada a la mujer.

—Volveremos a vernos, muchacha. Me ha encantado probar la miel que tienes entre tus muslos.

Sonrojada, la muchacha se vistió con rapidez y salió de la habitación no sin antes hacerle una reverencia al *laird*.

Tras vestirse, se rascó la cabeza en plena desnudez.

—¿Sucede algo? He ido a tu llegada.

—No encuentro a Alba. —Su voz sonó helada. Se acercó hasta tener la frente pegada a la de él—. ¿Se te ha olvidado contarme algo?

Su hermano frunció el ceño.

—No, ¿por qué?

—Beth me ha contado que ha desaparecido. Desde hace tres días no hay rastro de ella por ninguna parte. ¿Es que no te has dado cuenta? ¡Te pedí que le echaras un vistazo!

Al ver que no decía nada, soltó unas palabrotas. Miró la habitación, con jarras y recipientes de vino por todas partes. ¿Cómo le podía haber dejado la protección de Alba a él sabiendo su perdición por la bebida y las mujeres? Todo era su culpa. No lo había planeado bien, pero tampoco se había esperado los cambios que se producirían tras su marcha.

—Vístete, iremos a hablar con Marianne.

Tras colocarse algo de ropa, salieron de los aposentos de Aedan. Su hermano lo miró con confusión mientras se pasaba las manos por el pelo revuelto.

—¿Qué tiene que ver ella en esto?

Sin aguantar más, agarró a su hermano por la camisa y lo empujó contra la pared.

—¿Es que no sabías que Marianne la había enviado a dormir con los sirvientes? ¿Que ha trabajado horas y horas con este frío sin estar acostumbrada a él? Demonios, Aedan, te pedí que la cuidaras. Te dejé Dunvegan.

Su hermano asintió. No tenía sentido negarlo, había fallado estrepitosamente.

—Lo siento, hermano. No pensé que todo esto iría así.

Sin dirigirle la palabra caminó con rapidez hasta la habitación de Marianne. Esperó unos segundos para intentar recobrar la tranquilidad; él sabía lo difícil que era la hermana de Alasdair para hablar de algo que no tuviera que ver con su persona. Al ver que no daba resultado, la abrió de un portazo.

Los ojos de Marianne relucían.

—¡Mi *laird*! Esperaba que vinieseis a verme ya que no me habéis mirado al recibirlos con el resto del clan, ¿qué tal ha ido todo? —dijo levantándose de la cama con excesiva alegría.

—Dime qué ha pasado con Alba, Marianne. —La agarró del brazo y la trajo hacia él sin hacer caso de la mueca de dolor

—¡Me haces daño!

—¡Habla de una maldita vez, mujer! —La zarandeó con suavidad. Al ver

que su hermano pensaba meterse, lo retuvo con la mirada. Volvió a concentrarse en ella, acercándola a su rostro—. O me dices qué sucedió, o te llevo ahora mismo a las tierras de tu hermano, deshago el compromiso con Aedan y rompo las alianzas...

—¿Por qué? —gritó arañándole las manos con las uñas—. ¡No es más que una estúpida y tú estás dispuesta a llevar la guerra a tu clan por ella!

—Marianne...

—¡Nunca he tenido tu atención, me has despechado como a una puta...!

—Dime inmediatamente dónde está, Marianne. —Al ver que no hablaba, gruñó y miró de soslayo a su hermano—. Haz que preparen el equipaje de...

—¡Demonios, te odio Cameron MacLeod! ¿Quieres saber dónde está tu puta? —graznó soltándose de él. La rabia que vio en sus ojos lo alertó—. Salió a tomar el aire cuando George se puso demasiado pesado, pero, ¿sabes lo peor? ¡Fue asquerosamente follada por tres de tus hombres! —Soltó una carcajada al ver el rostro de Cameron, pálido. Aedan pestañeó varias veces y se apoyó en la puerta, como si no fuese capaz de aguantar su propio peso—. ¿Después? No lo sé, no he vuelto a saber nada de ella pero... ¿Te cuento un secreto? —Acercándose de nuevo sin dejar de sonreír, ignorando los signos evidentes de furia que mostraba el *laird*, alzó una ceja y murmuró en su oído—. George y los otros dos me pidieron permiso para violarla en el granero mientras se la echaban sobre el hombro. Deberías de haber visto la cara de esa guarra pidiéndome clemencia...

La imagen de Alba se visualizó en su mente, sola, pidiendo ayuda a gritos y siendo llevada a la oscuridad del granero. Él había permitido que ocurriese.

Cameron la golpeó con el dorso de la mano. Marianne cayó al suelo y escupió sangre, sonriendo.

—¿Qué opinas de ella ahora, Cameron? ¿La sigues queriendo en tu cama?

—Pienso que estás loca, Marianne —murmuró sintiendo la adrenalina correr por sus venas—. Aedan, asegúrate de que no sale de sus aposentos. Me encargaré de ella cuando regrese.

Mientras las palabras de la mujer corrían por su mente, cerró la puerta y se apoyó en ella. Aedan comenzó a discutir en voz alta con su prometida, pero a él le daba igual.

Sentía el descabellado sentimiento de que había abandonado a Alba a su suerte. Nunca había creído posible que la locura y la envidia de Marianne superaran los límites de la cordura. Y ya era demasiado tarde, se daba cuenta

de cuánto se había equivocado.

Tenía que encontrarla.

Vio a Broc y Robert, que se acercaban por su derecha a paso acelerado. Sus pisadas resonaban en el pasillo del castillo.

—Cameron, una muchacha dice que vio a altas horas de la noche a una mujer llena de sangre y semidesnuda correr dirección al lago, con las faldas agarradas como si la siguiese el mismísimo diablo.

Asintiendo, ignoró el sentimiento de miedo y desolación que poco a poco comenzaban a instalarse en su pecho. No quería pensar en cómo se encontraba, en cómo estaría. Alba, tan fuerte e independiente. Creyó que al encargar el cuidado del castillo y de ella a su hermano todo iría bien.

Se habían alargado necesariamente los días fuera, algo que había intentado evitar por todos los medios.

Cerró los ojos y terminó de ensillas su caballo.

Necesitaba verla. Ya.

Llegando al lago, rastreó el terreno. Habían pasado tres días, en los cuales el ganado había ido a beber allí, por lo que encontró demasiadas pisadas de animales y personas. Miró las aguas transparentes desde su caballo. Se imaginaba a Alba, asustada, tendida en el suelo con los muslos empapados de sangre mientras intentaba limpiarse con la helada agua.

Se estremeció.

¿Qué haría? ¿Qué habría hecho? Alba no toleraba el frío, con toda seguridad no habría bebido.

La angustia que sentía era tan grande que temía caerse del caballo. Sentía en lo más hondo de su ser que la había fallado. Ella, la muchacha que más sonrisas le había conseguido sacar desde la muerte de su mujer e hijo. Anhelaba verla sana y salva, curarle las heridas y estrecharla entre sus brazos, prometiéndole que nunca más volvería a pasarle nada.

¿Y lo creería?

Suspiró.

—Cameron, ¿y si preguntamos a tu madrastra? Su hogar no está muy lejos de aquí y quizás oyó algo. —Robert le palmeó la espalda.

Asintiendo, dio la orden de que se dirigiesen hacia la pequeña casa de su madrastra, rogando a Dios que estuviera allí sana y salva y, aunque sabía que era un estúpido al pensarlo, volver a ver a la enérgica muchacha que conseguía sacarle hasta una sonrisa en los momentos más tensos del día.

Poco a poco vieron la pequeña cerca que rodeaba a las dos ovejas y las dos vacas que tenía junto con algunas gallinas. Vio una delgada figura trabajando en el huerto, arrancando las malas hierbas y guardando los vegetales listos en una cesta.

El corazón se le detuvo unos segundos.

Una larga melena oscura ondeaba al viento. Unas manos sucias consiguieron sacar un vegetal de un tirón antes de guardarlo nuevamente. Con un pañuelo en la cabeza, le era imposible verle el rostro, pero reconocería ese pelo fuese donde fuese. Acelerando el paso, de la casa salió su madrastra Mary, sonriendo con frialdad. El porte regio de la mujer seguía siendo igual al de años atrás.

La figura del huerto se tensó, sin darse la vuelta.

—¡Cameron, veo que has vuelto! Celebramos tu llegada.

Mirando a la figura, que se había llevado las manos al cuello, asintió.

—Sí, Mary. Busco a Alba.

—Deberías pasar para hablar...

—Tengo prisas, madrastra. ¿Puedes darme información sobre ella?

—Sí, pero para eso...

—Dila ya, mujer. —Su paciencia se agotó. Bajándose del caballo, fue hacia la muchacha que estaba agachada en el suelo. Estiró la mano para quitarle el pañuelo cuando Mary se interpuso entre ambos. Algo malicioso brillaba en sus ojos—. Aparta, Mary. —Su voz sonó peligrosa, demasiado. Incluso ella se atrevió a encogerse unos segundos antes de estirar el cuello.

—Llegó hasta a mí cubierta de sangre, con el vestido desgarrado y llorando desconsoladamente en las orillas del lago. —Las palabras de su madrastra fueron como un golpe para él. Se regocijaba en el dolor que le causaba. Apretó los dientes—. La abandonaste a manos de Marianne y, ¿ahora te crees con el derecho de reclamarla?

Miró con desesperación a la figura, que temblaba con violencia. Anhelaba rodearla con sus brazos, besar sus húmedas mejillas y prometerle que nunca más volvería a pasarle nada. Todo antes si lograba convencerla de que se quedara con él.

No, no le importaba que no fuese virgen.

Sentía la responsabilidad de desposarla. Sí, no admitiría que le había rondado aquella idea por la cabeza durante su tiempo fuera de Dunvegan, pero no había querido que sucediera así. Todo se había precipitado.

En cuanto se enterara de quienes la habían violado...

—Quiero hablar con ella. —Miró a la muchacha. Pudo ver su nariz, el perfil de su bonito rostro—. Cariño, Alba, mírame, por favor...



Alba se había tensado al oír a unos hombres acercarse a caballo. Mirando de reojo, su pulso se había alterado al ver a Cameron, tan apuesto sobre su caballo mientras miraba la casa de arriba abajo y, cuando clavó sus tristes ojos grises en ella, un profundo dolor penetró en su pecho, dejándola sin aire.

No soportaría ver el odio en sus ojos.

No en él.

Su olor a menta y hombre llegaban hasta ella. Podía sentir su calidez a pesar de no estar tocándola.

Y oír cómo la llamaba cariño, con la voz desgarrada, la había hecho gimotear como si no fuera más que una marioneta en sus manos. Deseaba tirarse a sus brazos y decirle que, aunque la echase del clan, no se arrepentía

de haber matado al asqueroso de George. Y no pensaba volver a tolerar a Marianne, lo que supondría sin lugar a dudas su partida de allí.

Todo ello acarrearía la muerte de Cameron por envenenamiento, lo que le hacía dudar sobre lo que debía o no de hacer.

Levantándose del suelo, sus rodillas temblorosas parecían poco dispuestas a aguantar su peso. Se giró poco a poco hasta mirar el atractivo rostro del hombre que había rondado sus sueños durante días y noches. Su rostro lucía cansado, pero la tensión de sus hombros indicaba que todavía le quedaba suficiente energía para solucionar cuanto antes ese asunto. Se preguntó qué estaría pensando de los morados en su cara y del corte que tenía. Cuando estiró un brazo con duda, como si pensase que ella lo iba a rechazar, se lanzó al refugio de su pecho y se pegó a él. Siendo rodeada, sintió seguridad y protección.

Los labios de él estaban en su cabello.

—Perdóname, *mo rùin* —murmuró—. Yo... no tengo palabras para poder decirte lo que siento. Pensé que estarías bien con Aedan.

Alba evitó las miradas de Broc y Robert. No quería su compasión, solo dejar atrás el negro recuerdo de ser inmovilizada en la mesa, sentir unas manos acariciando con brutalidad su vulnerable pecho y el caliente pene de George en el muslo.

Una arcada la tiró al suelo, vomitando el desayuno.

Mientras Cameron le aguantaba el pelo, lo oyó maldecir. Sí, sabía lo que estaría pasando por su cabeza. Que la habían violado y encima, estaba embarazada. Pero no, era el amargo recuerdo de hacía tres días lo que había causado que su estómago se vaciara.

Broc murmuró algo en gaélico.

—Deberías preguntarle a la muchacha qué prefiere hacer, Cameron. — Robert se pasó una mano por el pelo—. Quizás... estando allí Marianne y los hombres se sienta más cómoda aquí.

Las palabras de su amigo parecieron sentarle fatal a Cameron, que no había contemplado esa opción. Y Alba lo prefería. No se imaginaba conviviendo con la mujer que la había condenado a vivir una de las peores experiencias de su vida.

Cameron le agarró con suavidad el rostro entre las manos.

—¿Te parece bien que te lleve al castillo para solucionar esto? Luego podrás decidir qué hacer. Yo te lo permitiré. —Le acarició la magullada

mejilla, estremeciéndose por la rabia—. Antes necesito hablar contigo, *lass*. A solas.

Ella miró a Mary, que asintió.

—Las puertas de mi casa están abiertas para ti, querida. Vuelve si quieres.

Asintiendo, Cameron la montó en su enorme semental. Colocándose detrás de ella, le envolvió la cintura con un brazo.

—Gracias, Mary. Me aseguraré de que se te recompense.

—No hace falta, *laird*. Cuida de ella.

Asintiendo, emprendieron el trote hacia el castillo. A medida que se acercaban, los recuerdos se hacían más y más vivos, como una tela de araña que la envolvía, asfixiándola. Recordaba la perdida mirada de George cuando le clavó las tijeras en el cuello. La sangre derramándose sobre su rostro, pelo y pechos desnudos mientras él caía derribado al suelo, llevándose una ancha mano a la herida.

Correr. Necesitaba correr.

Cameron le dio un apretón que no consiguió tranquilizarla.

Gritos. Recordaba sus gritos pidiendo ayuda, tirada en la orilla del río, la pegajosa sangre formando costras en su magullada piel... La satisfactoria sonrisa de Marianne. El frío reflejo de la luna sobre ella.

No lo pudo aguantar más.

—¡Para! —gritó, asustada. Tenía las uñas clavadas en el brazo de Cameron—. Para, por Dios, no puedo entrar —musitó antes de llevarse las manos al rostro. Temblaba—. No puedo.

Cameron suspiró pesadamente.

—Nadie va a hacerte daño, Alba. —Besó su mejilla—. Antes tendrían que pasar sobre nosotros. Nadie se atreverá a tocarte.

—Yo... yo... —Rehuyó la mirada de Broc—. Maté a un hombre.

Robert decidió hablar, pareciendo el más tranquilo.

—Llegaremos al salón...

—Prefiero... ¿No podemos hablar aquí? —Su voz sonaba ridículamente patética, opinó.

—¿Tanto miedo tienes? ¿Puedes confiar en mí una última vez, Alba? —preguntó Cameron, clavando en ella sus grises ojos. Eran como una tormenta que se desataba sin piedad en el océano. Era tal combinación de colores que, durante unos segundos, consiguió dejarla en silencio. El tiempo necesario para que él lo considerara una respuesta afirmativa.

Unos minutos más tarde, se encontraba en el salón con Cameron, Robert y Broc. A su llegada, nadie se había acercado, ni siquiera la habían mirado. Beth llegó un poco más tarde, con las mejillas arrojadas. Aedan también entró, colocándose en una esquina e inspeccionando a Alba con la mirada. Su hermano gruñó. Él retiró la mirada.

Para sorpresa de los hombres, Beth corrió hacia Alba con los brazos abiertos. Aceptando el consuelo, sonrió de alegría mientras la oía llorar.

—¡Och, Alba! No sabía nada de ti y no me permitían ir a buscarte. ¿Te encuentras bien? Por todos los santos, me has quitado diez años de vida. Marianne no paraba de murmurar que...

Se calló repentinamente, como si se acordase de ante quien estaba.

—Beth, gracias por venir. Queremos que todo esto se aclare.

—¿Marianne no vendrá? —La voz de Alba no tembló.

Los ojos grises del *laird* estaban clavados en ella.

—No, está encerrada en su habitación. Cuéntame todo Beth, por favor. Sé que Alba minimizará el problema.

Asintiendo, la criada suspiró.

—A medida que pasaban los días de vuestra partida, Marianne fue tomando las riendas del castillo. A nadie le pareció extraño, ya que era vuestro hermano quien en ese momento debía custodiar al clan y ella, al ser su futura esposa, también tenía poder. Poco a poco... Alba fue tratada como una sirvienta. Sus aposentos se le confiscaron, al igual que los vestidos que me ordenasteis que colocara en el ropero. —Cogiendo aire, se apretó las manos contra el estómago—. Trabajaba las mismas horas e iba a dormir con nosotros cuando... pasó el incidente.

—¿Se consintió?

—Vuestro hermano no era consciente de ello... —dejó caer Beth, desviando la mirada—. Y no ordenó lo contrario...

—¿Qué estabas haciendo tú para no darte cuenta de todo esto, Aedan? —A medida que había hecho la pregunta el tono de su voz había aumentado. Aedan respondió en gaélico, cruzándose de brazos—. Entiendo, entre los muslos de alguna criada. ¿Es que acaso no vales para cuidar un castillo durante unos días? —bramó, dando un puñetazo en la mesa. Las copas temblaron—. Deshonras la memoria de padre con tus actos.

—Lo siento —gruñó, apretando los dientes—. No... no fui consciente de nada. No lo habría permitido. Tengo en alta estima a...

—¿Alta estima? —Cameron bufó, interrumpiéndole—. Continúa, Beth.

—Pues... —La criada, consciente del temperamento del *laird*, intentaba escoger sus palabras con cuidado. No quería echar más leña al fuego—. Yo...

—¿Quieres hablar de...?

—Deja de hablarle de esa manera, Cameron. —Alba lo miraba con el ceño fruncido, interrumpiéndolo—. La asustas y ella ha sido mi único apoyo aquí.

Él asintió, no demostrando lo mucho que le dolían sus palabras. Estaba descargando su furia contra la única persona que había apoyado a Alba desde el primer momento. Beth no la había abandonado... «*No como tú*», se dijo con pesar.

—Perdona, muchacha.

—No es nada, mi *laird*. Bueno... Corrieron los rumores de que Alba era una bruja. Se decía que os había hechizado para casaros con ella y gobernar el clan. Nadie quería tocarla, se decía que por las noches echaba maldiciones a todo aquel que le dedicaba...

—¡Eso es mentira! —explotó, levantándose de su asiento—. ¡No soy bruja ni una maldita *selkie* de esas!

—Lo sé, *mo rùin*. —Todos en la sala miraron a Cameron perplejos. Se preguntó por qué sería. Poco a poco una sonrisa apareció en el rostro de Beth—. ¿Qué pasó esa noche?

—Esa noche... Le pedí a Alba que cenara con nosotros, no en el salón. Las cenas eran lo único en lo que Marianne no se metía ya que Aedan siempre la invitaba a ocupar un sitio a su lado. Tenía el presentimiento de que sucedería algo. —Miró a Aedan de reojo y se sonrojó.

—Habla con tranquilidad, Beth, nadie te pondrá las manos encima. Tienes mi palabra.

—Mi *laird*... Solo os diré que la cosa se descontroló un poco, habían bebido demasiado y cuando quise asegurarme de que se encontraba bien, desapareció. Fui a buscarla al patio exterior pero lady Marianne me echó amenazándome con expulsarme del clan si me atrevía a... —Beth tembló... a decirnos algo.

—No serás expulsada, Beth. —Pasándose una mano por la frente, se apartó algunos mechones cobrizos. Alba lo miró con desesperación—. Alba...

—No quiero hablar de esto —gruñó, intentando acallar los gritos que resonaban en su mente y le recordaban lo que había sucedido.

—Será solo un segundo, después todo terminará. Necesito saberlo todo y

actuar en consecuencia. Te prometo que no volveré a hacerte pasar por esto.

Apretando los dientes, maldijo en español. No le quedaba otra. Odiaba hacerla sufrir de esa manera, pero necesitaba reconstruir por completo todo lo que había pasado antes de tomar una decisión.

—Un hombre, George, me sacó a bailar. Intentó tocarme varias veces durante el baile, por lo que le amenacé si volvía a propasarse; le dije que se lo haría pagar muy caro. —Suspiró y miró la pared, incapaz de aguantar tantas miradas sobre ella—. Salí al patio exterior al ver cómo poco a poco se descontrolaba el salón. George... George me siguió, junto con dos hombres más. Uno de ellos pelirrojo, y el otro tenía poco pelo. Me... —Contuvo las lágrimas que ardían en sus ojos e intentó dominar la furia que sentía—. Estaban llevándome al granero cuando vi a Marianne. —Clavó sus desoladores ojos en Cameron y una lágrima se deslizó por su pálida mejilla—. Le pedí, le supliqué que me ayudara, que me iría del castillo aquella misma noche. —Soltando una risa histérica, inconscientemente se abrazó—. Me dijo que ya veríamos si el *laird* volvería a poner las manos sobre una puta como yo.



Sabía que sus últimas palabras habían sido como un golpe certero a donde más le dolía. Cameron se levantó con brusquedad, haciendo caer la silla hacia atrás. Le daba la espalda, pero por los movimientos de su respiración veía lo inestable que estaba. Se llevó las manos al rostro, maldiciendo.

—Me llevaron al granero —continuó. Supo que Cameron la escuchaba al ver un tic en la mandíbula—. Me tendieron sobre la mesa...

—Para —suplicó ante las imágenes que se formaban en su cabeza.

—Me agarraron de pies y manos, me desgarraron el vestido y el pelirrojo me puso un puñal en el cuello. Si gritaba, me mataban. ¿Sabes? —susurró con tristeza—. Deseaba tanto morir que... habría gritado de no ser por ciertos motivos que... No importan ahora. George estaba a punto de violarme cuando agarré unas tijeras y se las clavé en el cuello. Su sangre me mojó por completo, aproveché ese momento de distracción para correr hacia el lago y limpiarme.

Al darse la vuelta, vio una chispa de esperanza en los salvajes ojos del *highlander*.

—¿Cómo conseguiste soltarte? —preguntó suavemente Robert al ver que el *laird* no era capaz de musitar palabra alguna.

—Tenía... el cuerpo lleno de sudor por el miedo y el terror. Mis manos consiguieron resbalarse de las del hombre, húmedas de la cerveza, supongo. —Apretó los ojos—. Maté a uno de tus hombres, Cameron. —Él dio un paso hacia ella—. Me encantaría poder decir que me arrepiento de haberle quitado la vida a alguien, pero era él o yo. Y nunca, nunca me rindo. Ni puedo ni quiero borrar lo que hice.

Permaneciendo unos segundos en silencio, asintió.

—Salid todos. Robert, Broc, aseguraos de encontrar a Donald y a los otros hombres. Encarceladlo, me ocuparé más tarde de él. Aseguraos de que Marianne no sale de su habitación.

Quedándose a solas, Cameron la miró durante unos largos segundos. Fue hacia ella y la abrazó con fuerza, enterrando la nariz en su pelo y oliendo lavanda.

Se sentía tan... inútil. Nunca antes había experimentado un sentimiento similar, pero Alba siempre conseguía que todo fuese diferente, para bien o para mal.

Ella le correspondió al abrazo.

—¿Piensas echarme de tu clan?

Extrañado, la separó de sí mismo.

—¿Echarte? Por Dios, muchacha, no. —Agarró su rostro con las manos. Ella colocó encima las suyas—. ¿Crees que voy a echarte por matar al cerdo de George? Has hecho lo que tenías que hacer y, a pesar de ello, nunca lamentaré más en mi vida no haber estado a tu lado. Espero que puedas perdonarme, *mo rùin*, porque yo no podré.

Pestañeando, lo miró.

—¿De qué hablas? No ha sido tu culpa. Admito que más de una vez se me cruzó por la cabeza hablar con Aedan, pero... No quería que los demás pensasen que hacía gala de una posición privilegiada. Quería ganarme el alimento como hacían los demás.

—Deja de compararte con los demás, Alba. No tienen nada ver contigo. —Suspiró y se sentó en la silla, colocándola entre sus piernas—. Entonces... ¿por qué vomitaste? Esta mañana, al vernos.

—No, no estoy embarazada. Es imposible. Recordé... recordé cuando toda esa sangre pegajosa cayó sobre mí. Es... asqueroso. —Se estremeció,

omitiendo la otra parte en la que había sentido el miembro erecto de George —. Los hombres se convierten en bestias al estar ebrios.

—Yo nunca me pasaré contigo, *lass*. —Le besó las manos—. Nunca.

—Lo sé. —Sonriendo, le dio un beso suave. Lo que en un primer momento quiso que fuese un beso de bienvenida, trunció sus planes. No se había dado cuenta de lo mucho que había extrañado sus besos. El sabor de sus labios. Posó otra vez su boca sobre la de él, obteniendo apenas una leve respuesta. Lo miró con confusión—. ¿Por qué no me besas?

Y ahí estaba él, como si fuese un hombre de piedra, mientras que ella ardía de deseo por sentir sus manos y su boca por todo el cuerpo. Que borrara los amargos recuerdos. Pegando los pechos al torso de él, vio que algo todavía lo atormentaba. Un intenso calor se había instalado en sus pechos, haciéndolos pesados. Un inmenso calor que hormigueaba en su sexo le hizo apretar las piernas, sintiendo cierto alivio.

Lo deseaba tanto...

—¿Cameron?

—¿Me deseas? —Su voz ronca como el terciopelo le erizó el vello.

Sonrojándose, acarició el torso por encima de la ropa, sintiendo los fuertes músculos que lo componían. ¿Qué si lo deseaba? No había visto ni tocado hombre más atractivo y sensual que Cameron MacLeod. Desde su coqueta y bonita sonrisa, hasta su cuadrada mandíbula cubierta por el vello después de haber estado tantos días fuera. Sus enormes manos, su cuerpo... No había pedazo de él que no deseara.

Su mirada debía de decirle todo lo que pensaba, ya que él la agarró de la cintura para sentarla a horcajadas. Sin nada bajo el vestido, excepto las medias que llevaba hasta la rodilla, sintió directamente sobre los pliegues de su sexo la erección de Cameron, tapada por el *kilt*.

Tragando saliva ante la intensidad de su mirada, lo besó con la boca abierta para demostrarle lo mucho que lo deseaba. Consiguió sacarle un gemido cuando se frotó contra ella, haciendo una deliciosa presión sobre su inflamado clítoris.

Apretó los dientes.

—Siento tu calor, *mo rùin*. —Lamió su cuello antes de deslizar las manos hasta los muslos, acariciándolos y subiendo poco a poco—. Demonios, te deseo desde que te vi saliendo del lago con los largos cabellos mojados, mirando a todos lados mientras el viento impactaba contra ti. Mojada,

exótica... —Depositó besos en su clavícula—. No sé qué he hecho para que te cruces en mi camino, pero se lo agradezco a Dios.

Sintiendo sus manos en los glúteos, palpó el vello de su corta barba, sonriendo al mismo tiempo que buscaba sus labios.

—Pareces un bárbaro con esas barbas. —Se separó un poco de él. Se rio al ver su rostro.

—Por cierto, ¿por qué Marianne dice siempre que acabarás por irte? ¿No quieres quedarte en mi clan, Alba?

Cerrando los ojos, pensó en la manera de salir de aquel nuevo problema.

—No.

—¿Entonces? ¿Son palabras que dijiste para disuadirla?

La esperanza que había en su voz la obligó a mentir.

—Sí, solo para eso. —Sonrió con tristeza—. Solo quiero quedarme entre tus brazos.

—A ese sitio eres siempre bienvenida.

El cariño de su voz fue un calmante para su nervioso y excitado cuerpo, todavía con la experiencia de aquella fatídica noche.

De repente, se cuestionó si su hogar no estaría allí, entre los brazos de Cameron.

Capítulo 13

Había pasado ya un mes desde que finalmente decidió quedarse en el castillo Dunvegan junto a Cameron.

Su vida había vuelto a una etapa tranquila, en la que poco a poco su relación con él era más apasionada. Le había extrañado que a pesar de haberse insinuado más de una vez, él no quisiera pasar más allá de unos besos y caricias.

Luego pensaba que, quizás, si se acostaba con ella podría quedarse embarazada, atándolo de forma irremediable. También llegó a la conclusión de que, quizás, al ser una mujer del futuro, no podría quedarse embarazada de Cameron. No sabía con qué reglas estaba jugando, desconocía si volvería a su época o permanecería allí.

A veces se sentía tan perdida que le tentaba romper muebles y tirarse a las frías aguas, deseosa de que la situación se aclarase de alguna forma.

Por otra parte, Marianne se había casado con Aedan y, por consideración a ella, se habían ido a las afueras, justo en el territorio que habían incorporado los MacLeod con el matrimonio de ambos. Allí, con algunos hombres, se estaba construyendo lo que sería su hogar, lejos de ella. Era un honor que el *laird* le había conseguido y que, a ojos de los hombres y mujeres de su clan, era toda una señal de que sería su futura esposa.

Marianne tendría una triste vida junto a Aedan. Él seguía persiguiendo las faldas de las mujeres sin honrar su matrimonio con la bella hermana de Alasdair. A pesar de haber sentido cierta congoja, supo que Marianne no se merecía que sintiera nada hacia ella. Ni siquiera rencor. Indiferencia era la que mejor palabra describía sus sentimientos hacia la rubia.

Alasdair, enterado de lo que había sucedido, se mostró desde un primer momento dispuesto a colaborar, a pesar de las súplicas de su hermana de mantenerla allí. Aunque Alba no hubiese estado delante, pues se lo había pedido a Cameron, había oído los gritos de Marianne maldiciéndola, culpándola de haber alterado las vidas de todos.

No podía negar parte de la afirmación, pensó con una triste sonrisa antes de galopar en la yegua blanca que le había regalado Cameron. Aquellos que apoyaban a Marianne hacían correr la voz de que era la puta del *laird* y por

ello recibía esos regalos. No le importaba, ya había conseguido entender que nunca sería de agrado de todos. Sería feliz sin importarle nada que no fuese ella misma.

Bajándose de la montura, inspiró el aire frío de febrero. Los días habían pasado con mucha rapidez, tanta que a veces pensaba en el treinta y uno de diciembre, cuando cayó a las frías aguas del *loch* Ness, apareciendo allí.

En sus ratos libres disfrutaba de la compañía de Cameron, Beth o Mary, incluso cabalgaba y aprendía el arte de la espada con la ayuda de Broc y Robert, aunque este último prefería el arco. Cameron se había mostrado reacio, pero debió de adivinar que nunca más querría sentirse indefensa, por lo que aceptó.

Yendo hacia el patio de entrenamiento, donde estaban los guerreros, miró la ancha y musculosa espalda del *laird*, desnuda y húmeda de sudor por el esfuerzo. Sus movimientos con la enorme espada eran certeros mientras su pelo, que le llegaba hasta los hombros, cobrizo oscuro, se movía cuando efectuaba un giro.

Los ensordecedores ruidos de los escudos y las espadas chocar le fascinaron. Se preguntó si algún día ella podría tener tanta habilidad como los soldados.

Broc, que sería quien la entrenaría ese día, dejó el grupo y fue hacia ella con una masculina sonrisa en su atractivo rostro.

—Muchacha, ¿estás preparada para llevarte algún que otro golpe?

Le dio una palmada en la espalda que estuvo a punto de derribarla.

—Por sup...

—No seas bruto con ella, Broc —le avisó Cameron sin dejar de luchar contra un guapo *highlander* rubio que acababa de recibir un golpe en el estómago que lo dobló en dos.

—No, clar...

—Cameron, no te metas —le regañó cogiendo una espada de madera—. Tú hoy no entrenas conmigo.

Los hombres contuvieron el aliento por la osada contestación femenina, preguntándose cómo se atrevería a hablar así al *laird*.

Derribó al hombre tirando su espada y apuntando al cuello. Luego la miró y le guiñó un ojo.

—Claro que puedo, soy el *laird*.

Sonriendo, negó con la cabeza mientras seguía a Broc a una zona más

apartada.

—Muy bien, muchacha. Ponte en posición de defensa. Voy a atacarte muy lentamente; solo tienes que parar mis golpes.

Alba asintió con concentración. Se tomaba muy en serio todas y cada una de las lecciones.

—Estoy lista.

Parando los lentos golpes de Broc, que también lo habría hecho hasta un bebé, se atrevió a esquivar su espalda con rapidez, golpeando el antebrazo con fuerza para desarmarlo. Le apuntó con la espada al cuello y sonrió.

—Me aburres, escocés. Y mucho.

Se escucharon unos silbidos. Eran los hombres que entrenaban. De reojo vio a Cameron, cruzado de brazos y con las piernas algo abiertas. Sus labios estaban arqueados hacia arriba en una atractiva mueca.

—¿Quieres luchar de verdad?

Broc acababa de picar el anzuelo.

—¡Por supuesto que s...!

Broc se agachó e hizo un barrido con la pierna, derribándola. Alba cayó sobre su trasero justo cuando él agarró sus brazos con una mano. Sin perder un segundo, el guerrero comenzó a buscar la espada de madera con la mano que tenía libre y así obligarla a rendirse.

Luchando contra el agarre, le dio un rodillazo en el pecho que lo dejó sin aire, cayendo a un lado. Rodó para alejarse de él.

Riendo a carcajadas, buscó a gatas la espada mientras lágrimas de risa nublaban sus ojos, oyendo el coro de hombres que la animaban. Soltó un grito cuando Broc la capturó y tiró de su tobillo, alejándola de la espada.

—¡Eso fue juego sucio, española!

Estirando el brazo, hizo un último intento por llegar hasta la espada de madera. Aguantando la risa, vio cómo Cameron desviaba la mirada hacia otra parte y le acercaba la espada con el pie. Una sonrisa torcida confirmó las sospechas de Broc, que se quejó como un niño de siete años.

—¡Cameron, eso no es justo! —aulló tumbado en la hierba con los brazos extendidos.

Alba sonrió y llevó la espada hasta su cuello. Los oscuros ojos del hombre brillaban divertidos y enfadados.

—Me temo que no contaba con que nuestro *laird* os ayudase.

—¡Bah! —Lo miró de reojo, cuestionándose si no estaría volviéndose más

y más atractivo a medida que pasaban los días. La fresca brisa movía los mechones de su frente, pegados a ella por el sudor del entrenamiento. Con una camisa blanca, podía ver parte de su clavícula, dejando ver un musculoso pecho cubierto de una tersa piel—. Apenas ha sido... ¡eh!

Broc agarró la espada y tiró, haciéndola caer. Alba dejó escapar todo el aire de sus pulmones. No se lo había esperado. Broc le arrebató el arma y la apuntó con ella mientras se sonrojaba.

Cameron la miraba con una ceja alzada, indudablemente preguntándose cómo había perdido si hacía apenas unos segundos la había sostenido entre sus dedos.

El *laird* fue hasta ella y, ofreciéndole una mano, la levantó. Cerca de su cuerpo, se sintió aturdida por el olor que desprendía. Broc soltó una carcajada y algo en gaélico que hizo reír a los hombres.

—Nunca te distraigas, *lass*.

Humedeciéndose los labios, presa del deseo, asintió sin haberlo escuchado, pensando cuándo volvería a besarla.

Su descaro salió a la luz antes de que ella pudiera evitarlo.

—¿No me merezco un premio? —inquirió centrando toda su atención en él.

—¿Premio? —Broc se rio—. Has perdido, muchacha. El que se merece un premio soy yo.

A pesar de curvar las comisuras de la boca, Cameron lo ignoró y clavó sus vivaces y chispeantes ojos grises en ella. Eran como un cielo oscurecido por nubes grises, presagio de una tormenta. Se perdió en ellos.

—¿Premio?

—Sí, un premio.

—¿Qué tipo de premio?

—¿Qué crees que merezco?

Él aguantó la risa ante su juguetona actitud. Alzó una mano y acarició con el dorso de la mano su sonrojada mejilla. La caricia los sorprendió a ambos. Él sintió un ramalazo de placer que fue directamente a su verga. Incómodo por mostrar una erección ante sus hombres, la agarró del hombro con cierta brusquedad y la pegó a él.

Ella entreabrió los labios.

Maldita fuese...

—Deja de tentarme —gruñó.

Alba frunció el ceño.

—Deja de tentarme tú. —Llevó una mano hasta su cabello, ofreciéndole una caricia antes de llegar a su nuca y darle un tirón que estuvo a punto de hacerlo reír por la osadía que mostraba—. He perdido mi batalla por tu culpa.

—¿Mi culpa?

Lo sorprendió. ¿Qué culpa podía tener? Él no era quien se pavonaba moviendo sus tentadoras caderas en un estrecho vestido, o se reía a carcajadas limpias mientras el brillo de sus ojos entumecía hasta al último de sus más feroces hombres.

—Sí, tú culpa. —Haciendo gala de su carácter, le guiñó un ojo—. Si vuelves a hacerme perder una batalla, me temo que tendré que tomar cartas en el asunto.

—¿Sí? ¿Puedes alertarme de qué harás?

El viento movió uno de los mechones de su oscuro pelo, yendo hasta su rostro. Cogiéndolo, dio un suave tirón que le sacó un gemido. Un delicioso gemido. Se imaginó devorando sus rosados labios, lamiendo su cuello para descender hasta sus tentadores pechos, sensibles con las cimas erectas...

Ella le dio un beso en la barbilla.

—Tendré que subirte esa falda que tienes y tomarte, ¿quieres eso?

Y se dio la vuelta.

Perplejo y observándola con apremiante hambre, supo que Alba Duque nunca dejaría de sorprenderlo. Sonrió antes de contener una carcajada.

Horas más tarde y secándose tras mojarse con agua del cubo para refrescarse, seguía dándole vueltas y vueltas al desconcertante mundo que era Alba. El honor le obligaba a desposarla antes de acostarse con ella y, a pesar de eso, no le repugnaba. Por el contrario, la idea de que ella fuese su mujer le parecía más atractiva a cada segundo que pasaba.

Negó con la cabeza mientras se secaba, tenso por la descomunal erección que tenía tras las provocadoras palabras de la mujer.

Recordó a su mujer e hijo, fallecidos.

Le había resultado impensable enamorarse de otra mujer, ni siquiera casarse con ella, pues había sentido que le estaba quitando un puesto que se merecía mantener. Aun así, como jefe del clan MacLeod tenía que casarse, tener hijos y preparar a su primogénito para llevar las riendas del clan en un futuro.

Con el matrimonio entre su hermano y Marianne había sacado beneficio, no solo tierras, sino un vínculo con el clan MacLean aún más fuerte si era

posible.

Alba era una mujer fuerte, independiente y sin miedo a enfrentarse a los obstáculos de la vida. Aún con el mal sabor de boca por el encuentro con George y los demás, los hombres habían sido expulsados del clan, decisión que había tomado por sorpresa a muchos miembros. Esperaba que con esa represalia las violaciones en su clan fueran tomadas en serio.

Podía permitirse el lujo de tomarla como mujer.

Sintió la presencia de sus dos hombres de más confianza, Broc y Robert. Desnudos de cintura para arriba, se secaban con sus respectivos paños y hablaban en gaélico de algún que otro hombre que había progresado en el entrenamiento.

—Cameron, cada día te vuelves más previsible.

Dándose la vuelta, alzó una ceja.

—¿Piensas tomar a Alba como tu mujer? —Robert se puso una camisa blanca y se la metió por dentro de los faldones—. Sé que sientes aprecio por la muchacha, como nosotros. Estáis coqueteando y, si no la desposas, podrían tomarla como una puta. O bien, cortarías por lo sano y dejarías de...

—Soy el *laird*, no he pedido tu consejo —gruñó impasiblemente. A pesar de ello, sabía que su amigo tenía razón.

Si no pensaba comprometerse con ella, debería dejar de tratarla de aquella forma. Solo contribuiría a que una sombra de vergüenza se proyectase sobre ella. No, no quería eso, desde luego. Y aún menos forzar su marcha cuando las cosas volviesen a salirse de las manos.

Robert le palmeó el hombro mientras Broc terminaba de vestirse, sonriendo.

—Si te preocupa que no pueda aportar nada al clan, con la boda de tu hermano Aedan has conseguido lo que tenías que conseguir para con tu clan: tierras y alianza. Las tienes.

—Es una buena mujer, amigo mío. —Broc nunca perdía la sonrisa, pensó. Siempre parecía estar de buen humor, incluso cuando no era así.

—Eso lo sé, Broc.

—¿Y qué te impide tomarla como esposa?

—Ya he enterrado a una —murmuró pensando en su primera y querida esposa—. No es nada agradable. No deseo repetir la experiencia.

—La muerte de Anne fue un accidente, un lamentable accidente. Tu hijo... Sabes que las fiebres siempre están presentes. Desgraciadamente las cogió y

no pudimos hacer nada por él.

A Cameron le sorprendía todavía lo muchísimo que le dolía pensar en su esposa e hijo fallecidos. Anne había aparecido ahogada en el lago, con el pálido cuerpo flotando mientras sus claros cabellos parecían oro fundido. Quedándose solo con su hijo, había pensado que sacaría la suficiente fuerza para mantenerlos a ambos a flote tras la desgraciada muerte de Anne.

Pero no. El destino había querido arrebatarse el otro pedazo de su alma sin piedad alguna.

Y entonces aparecía Alba, una mujer viva y fuerte que le había demostrado que sí tenía alma después de todo. Sí, sabía que tenía que casarse, pero en lo más profundo de su interior temía que Alba corriese una suerte similar. Nunca lo admitiría delante de nadie, pero a veces tenía la sensación de que no había hecho todo lo necesario para proteger a Broderick, su hijo.

Sacudió la cabeza.

—Vayamos a cenar, no aguanto más.

Al llegar tomó su asiento y saludó a todos sus hombres, hasta a Angus, el hombre que se ocupaba de las caballerizas desde hacía diez años. Reservado, apenas hablaba con los demás, excepto asentir y hacer una mueca parecida a una sonrisa para responder a alguna pregunta o petición.

Pensó que tendría que ordenar que fueran a por Alba cuando apareció. Su pelo semirecogido, llegaba hasta sus costillas. Al verlo, le hizo una reverencia un tanto exagerada que lo hizo sonreír. Una calidez se instaló en su pecho, como un bálsamo que aliviaba todas sus heridas.

Le hizo una señal para que se sentara a su lado. Mientras iba hacia él, saludaba a algunos de sus hombres. Desde Beth, que servía cerveza en una mesa, hasta a Angus, que asintió con la cabeza. En todo el clan Angus era conocido por resultar bastante atractivo a las mujeres.

Frunció el ceño.

Pasando por Broc, le dio un golpe en la nuca que sonsacó una risa a Robert.

Sí, poco a poco se estaba ganando el cariño del clan.

Sentándose a su lado, intentó no sentirse decepcionada cuando a él no le hizo ningún gesto.

—Me muero de hambre. ¿Qué tal tu día, *laird*?

Sin poder dejar de mirarla, tragó saliva y apretó su copa. Su miembro se enderezaba a medida que el dulce olor de Alba llegaba hasta sus fosas nasales. Se removió, inquieto, en su asiento y comenzó a ponerle comida en un

plato, dejándole caer en la boca algún que otro jugoso trozo de carne.

—Bien —gruñó.

Ella le sonrió ampliamente, agradecida, y devoró la comida con avidez al mismo tiempo que bromeaba con Broc y Robert. Escuchando su voz, sonrió por la forma en que arrastraba a veces las eses, soltaba expresiones en español cuando la sorprendían y respondía sin pelos en la lengua. A veces ella le tocaba con la pierna, otras le apoyaba la mano en el antebrazo y aproximaba sus pechos sin dejar de mirarlo con aquellos ojos verde bosque.

Sí, la vida junto a esa española sería sorprendente, divertida, entre otras muchas más cosas. Sin embargo, el deber para con su clan lo llamaba. Ciertamente era que tenían provisiones, alianzas con otros clanes y un buen ejército para defenderse, además de tratar a su clan con justicia. Cuando pensaba en estar con otra mujer, se imaginaba a una muchacha callada y sumisa, dispuestas a seguir todas sus órdenes, mientras que Alba siempre aprovechaba para discutir con él, como si intentase hacerle ver lo tonto que era.

Sonrió.

Alba se apoyó en su antebrazo, posando sus pechos encima. Lo miraba con una ceja alzada.

—¿Por qué sonríes? Como si te hubiese tocado la lotería.

Ella se puso pálida. Él frunció el ceño.

—¿La lote... qué?

—Nada, nada, una expresión castellana. —Nerviosa, sacudió la mano. Aquella era otra cosa, Alba soltaba a veces cosas que no tenían el menor sentido para él—. ¿Por qué sonreías? Sigues sonriendo.

—No sonrío —murmuró mientras el deseo de poseerla lo abrumaba. Sentir su contacto tampoco era de mucha ayuda.

—Ciertamente, ahora frunces el ceño. Desde luego, los escoceses sois como vuestro tiempo. Cambiante y...

Cameron le metió en la boca un trozo de venado. Él, para aplacar su ira, le guiñó un ojo.

—Estás muy guapa.

Masticando lentamente sin dejar de fulminarlo con la mirada, alzó una ceja.

—Juegas con fuego, *laird*.

Con una ingeniosa respuesta en la punta de la lengua, fue interrumpido cuando Owen, quien se ocupaba del rebaño, entró corriendo al salón sin dejar de llamarlo. Parándose para coger aire, la instancia se sumió en un intenso

silencio a espera de que el joven *highlander* recuperara el aliento.

—Mi *laird*, los MacLean se acercan —habló en gaélico, luego repitiéndolo en inglés por cortesía hacia ella.

Lo que Alba recibió como una buena noticia, no pareció serlo para Cameron. Se levantó de su sitio y le siguieron Robert y Broc. El salón se quedó vacío en cuestión de segundos, excepto por Alba, que miró a Beth con una ceja alzada. ¿Qué pasaba? Eran un clan aliado, quizás solo estuviesen de pasada.

Luego pensó que a esas horas de la noche dudosamente sería una visita cordial.

Levantándose, le hizo un gesto a su amiga para que la acompañase al exterior. Nada más salir el frío de la noche la golpeó, haciendo que se rodease con los brazos. Corrió colina abajo para llegar hasta donde se encontraba Cameron y sus hombres. Enfrente de ellos estaban Alasdair y algunos de sus soldados.

Acercándose, exhaló un suspiro. No estaban hablando en inglés, por lo que no se enteraría de nada. Luego miró a Beth. Se llevó una mano a la boca para sofocar un gemido mientras Cameron alzaba la voz con agresividad, siendo apoyado por sus hombres, que respondieron con gritos. Dio unos golpecitos en el hombro de Beth, llamando su atención.

Alasdair gritó en el mismo tono algo antes de dar media vuelta con sus hombres, no antes de darse un abrazo con Cameron. Vale, entonces entre ellos no pasaba nada, pensó Alba confundida por las muestras de rivalidad que le había parecido ver segundos antes.

El coro se desintegró. Cameron iba hacia ella con la mirada seria y un rictus amargo en sus labios.

Deteniéndose a su lado, la envolvió con sus fuertes brazos. Agradeció el gesto con una escueta sonrisa, pensando que su temblor la habría revelado. Su olor a hombre y pino era profundo, por lo que no se cortó a la hora de acariciar su pecho con la nariz.

—¿Qué sucede, Cameron?

—Marianne ha desaparecido. Aedan ha dado la voz de alarma cuando, pasada la tarde, seguía sin aparecer. Dice que no la ve desde el amanecer, tuvieron una fuerte discusión. —Cameron apretó los dientes—. Hemos organizado una partida de búsqueda. Algunos de mis hombres y yo nos marcharemos de inmediato.

Alba intentó procesar toda la información que le había soltado de sopetón.

—¿Ahora? ¡Pero es de noche! No vais a ver nada.

—Alasdair está desesperado, *lass*. —La separó de sí agarrándola por los hombros—. No guardamos esperanzas de hallarla con vida.

Parpadeando varias veces, frunció el ceño. Era incapaz de formular un pensamiento coherente.

—¿Por qué?

—Es de noche, hay alimañas y hace mucho frío. Ha salido sin capa, solo con el vestido. Lamento tener que dejarte otra vez sola, Alba. —Le recorrió los finos labios con el pulgar. El deseo llameó en sus ojos, haciéndola suspirar—. Yo...

—¡*Laird*, su montura y sus hombres están listos! —vociferó Owen agarrando por las riendas al semental.

—De acuerdo, Owen. Dame unos minutos. —Volviendo a mirarla, Alba se preguntó cuándo Marianne dejaría de dar problemas, cuándo su vida en aquella atormentada y mágica época sería reconfortante y pacífica. Desviando la mirada, no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos cuando la agarró del mentón. La distancia entre ambas bocas era efímera, pensó—. Hablaremos cuando regrese.

Oh, oh... Ya se imaginaba de qué. De la tensión sexual no resuelta que había entre ambos.

Humedeciéndose los labios, observó cómo él mantenía el gesto. Sí, lo deseaba como nunca antes había deseado a un hombre. Sí, ansiaba verlo desnudo, acariciar sus potentes músculos y morder sus labios, pero a pesar de no tener en alta estima a Marianne, tampoco quería que muriese congelada o fuese comida de los animales.

Asintiendo, se puso de puntillas.

—Aquí estaré, mi *highlander* —murmuró teatralmente. Y viéndolo sonreír, lo besó.

Soltó un gemido cuando él la agarró por la nuca para profundizar el beso, aprovechando cuando gimió para deslizar la lengua dentro de su boca. Antes de que pudiese disfrutarlo y devolvérselo, Cameron se separó y la desestabilizó al ver sus ojos grises oscurecidos.

—Volveré. —Su promesa resonó en su cabeza mientras lo veía marchar hacia donde estaban sus hombres.

Beth soltó un suspiro. Alba trató de aguantar la risa cuando su amiga se

cruzó de brazos y se colocó a su lado.

—Tengo que hacer dos observaciones.

Los hombres salieron de las murallas, quedándose las dos solas.

—En primer lugar, Alasdair estaba... tan guapo con ese rostro crispado por la rabia y la preocupación que, para desgracia nuestra, no me he enterado de nada. —Alba soltó una nerviosa carcajada. Las mejillas de Beth se volvieron de un intenso color rojo—. Y por otra parte, ese beso ha sido... espectacular. Lleno de pasión y desenfreno. —Humedeciéndose los labios, Alba supo que una descarada pregunta rondaba alrededor de su cabeza.

—Te estás preguntando si me he acostado con él, ¿verdad?

—Lo siento —dijo avergonzada—. Hay muchos cotilleos en el castillo, y aunque yo intento no escucharlos, admito que a veces las ganas me pueden. ¿Me odias por ello?

—¡No, claro que no! Entiendo perfectamente lo que quieres decir. Y no, no me he acostado con él. Hay mucha... atracción entre nosotros y aunque admito que no me... —Pensó unos segundos cuál sería la manera correcta de expresarse en la época en la que se encontraba— no me importaría ser su amante, creo que tenemos que resolver antes unas cuantas cosas. Con respecto a los rumores, me dan igual. Me encantaría decir que son inofensivos, pero sé que si Cameron se ausentase durante mucho tiempo o dejase de... mostrar afecto por mí, acabarían echándome.

—¡No! —Beth negó varias veces con la cabeza y la instó a entrar en el castillo. El frío había penetrado el grueso vestido de lana que llevaba—. Gustas al clan, la mala lengua de Marianne ha criado especulaciones, pero todas desaparecerán con el tiempo. Ya lo verás.

Sonriéndole, agradecida, se fue al salón para terminar de cenar. No pudo ocultar su sorpresa al ver a Broc allí, con un gesto aburrido mientras masticaba un trozo de venado. Al verla, sonrió y le hizo una señal con el dedo para que se acercase. Yendo hacia él, intentó responder a la pregunta de qué estaría haciendo él allí y no en la partida de búsqueda de Marianne.

—Te estarás preguntando qué hago aquí.

—Ajá. —Asintió, tomando asiento a su lado.

—Cameron no se fía de que... vuelva a pasar lo mismo que cuando se fue, a pesar de no estar aquí la bruja de Marianne ni su hermano. —Sonrió, satisfecho de hacer reír a Alba—. Me ha dejado al cuidado del castillo y de ti bajo orden de cortar la cabeza a todo aquel que ose quitarte tu habitación entre

otras cosas. Podría haber dejado a Robert, pero yo soy el más violento y corpulento de los dos.

Negando con la cabeza, puso su mano encima de la de él.

—Lamento que hayas tenido que quedarte.

—Demonios, lo admito, me hubiese encantado ir a estas horas y con el frío manto de la noche a buscar a la caprichosa hermana del *laird* MacLean, pero dado tu... poca disposición a quejarte, he entendido que yo tengo una misión más complicada que ellos.

Alba arrugó las cejas y se metió un trozo de queso en la boca. Beth se había ido a la cocina a terminar de recoger con los demás sirvientes.

—¿Cuál?

Sus oscuros ojos brillaban, divertidos, cálidos, derretidos, como el mismo sol.

—Proteger tu bonito culo.

Capítulo 14

31 de diciembre de 2015, Sevilla. España.

Ruth intentó contener las náuseas cuando su paciente le habló de otra de sus escandalosas aventuras que estaban a punto de costarle el matrimonio. Carolina movía sus manos perfectamente acicaladas mientras se quejaba de su marido, quien parecía estar más atento de su trabajo que de su mujer. Se preguntó si las aventuras de la alocada Carolina habrían empezado antes de que su marido se enfrascase por completo en el trabajo.

Dejando de escribir en su cuaderno, cogió una bocanada de aire.

—Carolina...

—Caro —la corrigió con una enorme sonrisa.

—Caro, ¿no has intentado dejar a un lado a tus amantes y centrarte en tu marido? De esa forma, quizás, él podría prestarte más atención. Si hubiese un equilibrio...

—¡Oh, claro que lo he intentado, doctora! Pero es imposible, ¿sabe? Además, mi marido no está abierto a hacer... ciertas cosas que sí que puedo experimentar con mis amantes.

—¿Te refieres a sexo oral? Hay ciertos...

—¡Ojalá sólo fuera eso! ¿Puede imaginarse cómo me siento cada vez que me rechaza o me mira como si le repugnase al proponerle otras cosas? ¡Solo lo hemos hecho en la postura del misionero! ¡Es triste, doctora! Muy triste.

Aguantó la sonrisa y asintió.

—¿Por qué no te separas de él?

—¡De ninguna forma! —Negó enérgicamente, moviendo sus rizos rubios—. Estoy en paro, ¿se puede saber qué voy a hacer? No hay trabajo y solo contratan población joven.

—Tú eres joven, tienes treinta y seis años. —Cerró el cuaderno y se levantó del sillón negro de cuero—. Quizás los trabajos te durarían más si no te acostases con tus jefes, Carolina... Caro.

—Oh, lo de Diego fue sin querer.

—¿Y lo de David?

—Otro error, nada más. —Cruzó dos dedos, mostrándole la impecable

manicura rosa y luciendo una coqueta sonrisa—. Palabra de *boy scout*.

—No eres *boy scout*. —Soltó una carcajada sin poder evitarlo—. Coge cita con mi secretaria, quiero que...

—¿Ya es la hora? ¡Pero si no le he contado lo que ha pasado con el jardinero!

Asombrada, la estudió a conciencia.

—¿No habrás...?

—Cierto, es la hora. He de irme —habló apresuradamente mientras cogía su bolso de Carolina Herrera rojo.

—Caro. —La mujer se paró—. Intenta lo que llevo repitiéndote las últimas semanas. ¿Para qué me pagas si no?

—Para que me escuches. —Le guiñó un ojo—. Eres mejor que mis amigas. No dices nada, escuchas y me das consejos, ¿qué más puedo pedir?

—Podrías oír mis consejos, quizás así... —Carolina cerró la puerta y desapareció. La oyó pidiendo cita a su secretaria—... podrías salvar tu matrimonio.

Cansada, se volvió a sentar y suspiró. A solas, unos diez minutos antes de aceptar al siguiente paciente, cogió el teléfono y llamó a Eire, quien tenía toda la tarde libre y estaría seguramente paseando a sus tres perros.

Unos segundos más tarde, contestó.

—¿Ruth? —Escuchaba bullicio, confirmándole que estaba en la calle—. ¿Pasa algo?

—¿Sabes algo de Alba?

—Oh, todo bien. El señor O'Neill me ha dicho que se ha ido con su sobrina a montarse en un barco por el lago Ness. Más tarde podremos hablar de ella.

—De acuerdo. ¿Sabes qué va a hacer su tía Carmen?

—Va a celebrar las navidades con su familia paterna, ya que Alba no está aquí. ¿Tú te vas a casa de tus padres?

—Ajá —musitó mientras garabateaba algo en la agenda—. ¿Te apetece que salgamos a tomar algo? Me queda una hora para terminar.

—Claro, te esperaré por el parque María Luisa. Dame un toque cuando salgas, estaré en la puerta delantera.

—De acuerdo.

Colgando, sonrió. Imaginó la cantidad de aventuras que estaba a punto de vivir Alba en Escocia. No se la imaginaba en la Edad Media, si es que ésa era la época en la que iba a estar, rodeada de escoceses gruñones y el frío del

invierno. Alba siempre había sido muy mala para soportar las bajas temperaturas. Apenas podía contener las ganas de preguntarle si, de verdad, había estado en la época medieval. ¿Quién sabía? Quizás ya se encontrase allí entre los fuertes y seductores brazos de un *highlander*. Sofocando una carcajada, hizo pasar a su siguiente paciente, teniendo la cabeza muy lejos de su despacho.

Escocia, Las highlands, 1440.
Castillo de Dunvegan.

—¿Cómo que no aparece? —preguntó Alba mientras miraba a Alasdair y Cameron, pasando de uno a otro.

Acababan de llegar tras iniciar la primera partida de búsqueda de Marianne. Habían estado toda la noche fuera, con apenas unas antorchas para iluminar un par de metros de sus pies, bajo el gélido frío del invierno escocés por los caprichos de la mujer de Aedan. Ella supuso que Cameron también habría pensado que salir en plena noche a buscar a alguien era inútil, aparte de poner en peligro a sus hombres. Alimañas, pendientes o zonas rocosas que podrían desmoronarse bajo el peso de los caballos.

Por la mirada que le dirigió Cameron, supo que llevaba razón.

Pero no podía negarle la ayuda al clan aliado, a su mejor amigo. La desesperación era palpable en los ojos del *highlander*. El cansancio comenzaba a hacer estragos en él, desde el rojo de las venitas de los ojos hasta las ojeras oscuras bajo sus hermosos ojos azules.

Beth entró y dejó una jarra de leche caliente para el *laird* de los MacLean. Él le dirigió una tenue sonrisa.

—Hemos peinado mis tierras y las tuyas, pero puede estar por otra parte. De todas formas era de noche, apenas veíamos a los hombres a nuestras espaldas. —Alasdair se pasó las manos por el pelo rubio, revolviéndoselo—. Cuando la encuentre... Maldita mujer, va a acabar conmigo. Siempre supe que daría problemas.

Alba colocó una mano sobre el antebrazo del guerrero rubio, dándole un apretón.

—La encontraréis, ya verás —aseveró. Cameron la miraba aprensivo, con sus ojos, grises como el acero, puestos sobre su mano. Mordiéndose el labio

para evitar una risa, se recordó que no era el momento adecuado. Por mucho que no apreciara a Marianne, tampoco quería que fuese devorada por bestias, violada por hombres desterrados vagando sin rumbo o se hubiese desnucado. Se estremeció y retiró la mano—. ¿Qué vais a hacer?

—Partiremos de inmediato —respondió Cameron—. A medida que pasen las horas... habrá menos posibilidades de que la encontremos con vida.

Asintió, intentando esconder la decepción que sentía.

No, nada de besos que le dejasen la piel en llamas ni caricias de sus grandes manos en su anhelante cuerpo. Sí, como cristiana que era, aunque no del todo practicante para ser sincera, había rezado por ella antes de sumirse en su fría habitación mientras recordaba los ardientes besos de Cameron en sus labios. Mordida. Lamida. Caricia. Todavía sentía el ardor en los labios y pesadez en los pechos ante la idea de que acariciase sus rígidos pezones con las manos para luego tomarlos en su provocadora boca.

Miró los labios de Cameron.

Cuando él alzó una ceja, curvando una de las comisuras de la boca, retiró la mirada. Un intenso calor encendió sus mejillas.

—No te preocupes, Alasdair. La encontrarás y seguro que tras esta amarga experiencia recobrará el sentido común. Todos necesitamos a veces un pequeño bache antes de...

Sorprendida, dejó de hablar cuando él la envolvió en un enorme abrazo. Dándole unas palmaditas en la espalda, supo que a Cameron no le hacía mucha gracia cuando de reojo vio su frente fruncida. Se mordió la lengua para no gemir. Cada vez la apretaba con más fuerza.

—Oh, vamos...

—Gracias, muchacha. Eres...

—Tenemos que irnos. —Cameron se levantó de su silla antes de terminarse el pan—. Debemos de partir de inmediato.

Asintiendo, Alasdair salió del salón con la mirada desenfocada y vidriosa. Beth ya había vuelto a las cocinas para seguir con las tareas no sin antes haber soltado un profundo suspiro. Alba la siguió con la vista durante unos segundos.

Demasiado tarde se dio cuenta de que se había quedado a solas con Cameron. Él la apresó en un férreo abrazo antes de besarla. Piedra, parecía hecho de piedra, exquisitamente dibujado por un artista en busca de la perfección humana, comprobó al llevar las manos al rostro masculino. Quizás algunas mujeres podrían considerar sus rasgos demasiados duros, fríos y

rígidos... pero lo que había bajo ese montón de músculos era tan caliente como la misma entrada al infierno. Estaba segura.

Sus labios solían ser seductores, como si su misión fuese dejarla excitada y relajada. Pero esta vez la dureza con la que intentaba dominarla la sofocó. Descendiendo hasta el cuello perezosamente, envolvió los brazos alrededor. Apretó los pechos contra su torso, sintiendo cierto alivio en los pezones, erectos y sensibles.

A la primera caricia de su lengua, gimió.

—Cameron...

Respondiéndole al beso, rozó su lengua con la de él antes de darle un mordisco al carnoso labio inferior, oyéndolo gruñir. El sonido que había salido de su pecho, ronco, parecido al de un animal salvaje, llegó hasta su sexo. Apretó las caderas contra las de él en un intento de sentir algún roce directo sobre su palpitante clítoris.

Maldito Cameron...

—*Och, mo rùin...* Cuanto desearía quedarme para siempre entre tus brazos —murmuró frente a sus labios, dándoles una tierna caricia. Gimoteó cuando la alzó en brazos—. Es el sitio más reconfortante y cálido del mundo.

Humedeciéndose los labios, hinchados por los duros besos del *laird*, le acarició la regia mandíbula con la yema de los dedos mientras se derretía bajo su mirada.

—Creo que deberías irte, *laird*. —Ambos sonrieron. Ella nunca lo llamaba así—. Trae a la loca de Marianne antes de que Alasdair haga una locura... o yo me vuelva loca.

Y entonces lo supo, acababa de hacerle una promesa. Se entregaría a él. Lo esperaba ansiosamente para disfrutar de su cuerpo. El hecho de admitirlo le aceleró los latidos del corazón, desbocado como un caballo de carreras. Sí, las ganas de acariciarlo de arriba abajo y tener el mismo trato la ponía nerviosa. Pensaba disfrutar del tiempo que estuviese allí. Así de simple.

Nunca había pensado que fuese a tener relaciones sexuales con él, para ser sincera. Alba había llegado con la intención de salvarlo, lo que le recordó que debía estar atenta. Si moría... Aparte del dolor tan inmenso y la decepción que sentiría hacia sí misma, ¿qué pasaría? ¿Volvería o no a su época? ¿Tendría que tirarse al lago Ness u otro valdría? Había uno al lado del castillo y...

No, no. Ella haría todo lo que estuviese en sus manos para conservar a Cameron MacLeod con vida y, de camino, descubrir quién conspiraba por su

muerte.

Dándole otro beso, disfrutó del sabor de sus labios antes de obligarlo a soltarla.

—Ten cuidado.

Asintiendo, le acarició la mano antes de darle la espalda e irse. Sus anchos hombros le hacían ser un guerrero tan grande, fuerte... imponente. Se lo imaginaba luchando contra sus enemigos, blandiendo la espada mientras flexionaba los músculos para tomar impulso, soltando un grito de guerra.

Suspiró.

No le extrañaba que la mayoría de las mujeres del clan lo adorasen. Cameron distaba mucho de ser la típica belleza varonil y dulce para ser la tentación, la parte oscura y salvaje de la misma moneda.

Horas más tarde, Alba fue al salón para comer tras trabajar en las caballerizas con algunos mozos. Había cepillado a los caballos, limpiado el establo lo mejor que había podido y llenado los comederos, acabando con un fuerte dolor de espalda y alguna que otra brizna en el pelo.

Se sorprendió al ver a Mary, la madre de Aedan. Su porte frío le recordó al de una estatua griega que esperaba ser venerada. Alzó la cabeza, apretando la barbilla.

—¡Alba!

—¡Mary! Qué agradable sorpresa, ¿vas a comer con nosotros? —Aceptó su frío abrazo con una sonrisa.

—Sí, me he enterado que el *laird* y sus hombres no han vuelto, así que pensé que quizás te gustaría tener compañía.

—Por supuesto. —Sentándose, se sorprendió cuando echó a Broc con un movimiento de mano para que dejase un sitio libre.

Comenzando a comer, empezó a sonreír pero paró justo a tiempo al ver la mueca en la cara del guerrero. No todos parecían tener en gran estima a Mary MacLeod. Aunque eso no significaba que no la respetasen. Era una mujer lista que aprendía con rapidez y a la que nadie querría tener de enemiga.

Masticó ociosamente un trozo de jabalí. La salsa que había hecho el cocinero la hizo reprimir un sonido de placer.

—¿Qué tal te va con Cameron? —Atragantándose, agradeció con un gesto a Broc cuando le palmeó la espalda—. Los rumores empiezan a correr más allá de las tierras del clan. Es más, estuve en el territorio de los MacLean y...

—Mary, eso solo le incube a ella.

—¡Bah! —Soltando un bufido poco femenino, se terminó la jarra de vino, aunque impidió que Beth fuese a por otra—. Cameron debería buscarse a una mujer y dejar claro si piensa tomarla o no en matrimonio. —Le palmeó la mano mientras se levantaba de su asiento—. Tu reputación está muy dañada, querida. Estos hombres de hoy en día no piensan más que en sí mismos.

—Gracias Mary, pero no me importa mi reputación. Cameron ya hizo suficiente con acogerme en el clan...

—Eso sin hablar del episodio de tu violación. —Mordiéndose el labio para no debatirle aquel punto, cogió aire—. Lamento que tus experiencias en nuestras tierras no sean del todo... reconfortantes. ¿Has pensado en mudarte con los MacLean? Sus hombres son más... civilizados.

Alba cogió una rebanada de pan y miel bajo la atenta mirada de Mary y de los demás, que seguían con bastante interés el hilo de la conversación.

—Por ahora estoy bien, gracias Mary.

—¿De dónde eres?

—España —respondió con un suspiro. Cogió su jarra de cerveza y al notarla vacía, hizo amago de levantarse para llenársela.

—No te preocupes, querida, iré yo a por ellas, tengo que bajar todo ese conejo que me he comido. ¿Has probado el conejo, Alba? Está riquísimo.

—No como conejo —musitó con una mueca.

Mary la miró como si le estuviese creciendo un cuerno en la frente. Luego se encogió de hombros.

—Iré a por la cerveza y el vino. —Puso su atención en Beth—. Están en la despensa, ¿verdad?

—Sí, señora.

Al irse, las conversaciones comenzaron a inundar el salón. Broc, que había tomado el papel como *laird* durante la ausencia de Cameron, se acercó a ella.

—Nunca me ha gustado.

—No tengo malas palabras hacia ella. —Le pegó un pellizco en el brazo—. Me ayudó cuando más la necesitaba.

—Me sigue costando creer que la mismísima Mary MacLeod te tendiese la mano sin pedir nada a cambio. —Terminando su cerveza, estiró los pies bajo la mesa, golpeando una pata. Todo se removió—. Siempre ha sido conocida por su... escasa amabilidad.

—Quizás ha cambiado. —Se encogió de hombros, esperando la cerveza—. La soledad cambia a las personas. ¿Nunca has estado casado, Broc?

El aludido soltó una fuerte carcajada que retumbó en las paredes del salón.

—Por todos los santos, ¡soy libre, mujer! ¿Para qué tener la vaca cuando puedo tener la leche gratis? —El movimiento de sus cejas la hizo reír.

—¿Sabes? —Apoyó los codos en la mesa, observándolo detenidamente—
Nunca he conseguido comprender por qué a los hombres os gusta tanto ir de mujer en mujer, en vez de una misma todas las noches. ¿Qué problema hay?

Broc murmuró en gaélico, sopesando la pregunta. Parecía pensar que guardaba trampa.

—Temo acabar con una mujer como Mary MacLeod, muchacha. Tener a la serpiente bajo tu propio techo es algo que pienso evitar a toda costa.

Sonriendo, negó con la cabeza mientras veía venir a Mary con dos jarras de barro.

—Un día, esa serpiente será tu perdición, Broc. Y ese día está a punto de llegar.

—Para entonces estaré preparado —musitó mirando con desconfianza a la mujer.

Mary sonrió, pareciendo una mujer muy atractiva y más joven de la edad que tenía.

—¿Me he perdido algo?



Por la noche, en su habitación, intentando arreglar el dobladillo de uno de sus vestidos con la ayuda de Beth, Broc entró para avisar de que Cameron había llegado hacía apenas unos quince minutos.

Su amiga la excusó sin dejar de sonreír, creyendo escuchar su suave carcajada mientras iba hacia los aposentos de Cameron. Las tremendas ganas de verlo, junto a la curiosidad por saber si Marianne ya no se hallaba en peligro, consiguieron que sus pies apenas tocasen el suelo por la velocidad a la que iba.

Enfrente de la puerta, se pasó la mano por el pelo, aplastándose. Con la otra se pellizcó las mejillas.

Por último se tocó el áspero vestido hecho por Fiona y llamó con tres golpes. Esperando, su corazón volvió a golpear con fuerza contra las costillas. Nada nuevo, sucedía siempre que iba a verlo, pensó suspirando. Al oír su voz, entró y cerró la puerta con rapidez, dándose la vuelta para mirar a Cameron con una sonrisa que, al momento, fue borrada al verlo completamente desnudo, mojado, con el *plaid* desparramado por el suelo y una toalla en la mano que

dejó caer.

—Oh... v-vaya....

Su pelo, pegado al rostro y húmedo, tocaba sus fuertes y pálidos hombros cubiertos por alguna que otra cicatriz. Parecían de un color plateado, como si hubiesen sido hechas a conciencia. Las gotitas de agua bajaban por todo el cuerpo masculino, desde el casi imperceptible vello rubio de su pecho hasta el que se formaba en su entrepierna, donde su erecta verga sobresalía de una mata castaña. Gruesa y larga, apuntaba hacia ella, casi rozando el ombligo con descaro.

Se sonrojó.

La cabeza roja oscura estaba húmeda y el eje era recorrido por algunas venas que le daban un aspecto demasiado erótico, recorriendo la base una más ancha que las demás. La bolsa de los testículos, pesada, colgaba detrás, orgullosa. Los fuertes brazos del *highlander* descansaban a ambos lados del fornido cuerpo, como si estuviese esperando su reacción.

Sus pulmones soltaron todo el aire contenido.

—Oh Dios mío... —musitó con la voz ahogada.

«*Maldita sea...*».

Miró sus ojos, oscurecidos por el deseo. Sus abdominales parecían tensos mientras el agua escurría por ellos como pequeños diamantes. Sus tetillas solo conseguían que el conjunto entero fuese arrebatador.

Cameron estiró un brazo hacia ella, con la palma hacia arriba.

Oh, por Dios... Parecía un Dios pagano.

Tragó saliva y avanzó hasta él, clavando la mirada en su miembro que sin lugar a dudas parecía hacerse más grande ante sus ojos.

—¿Cameron?

—Ven, *lass*. —Su sonrisa autosuficiente la alarmó—. Acércate.

—Venía a preguntarte qué-é t-a-al todo —tartamudeó sin dejar de mirarlo de arriba abajo, devorando cada centímetro de su piel—. Demonios, ¿sueno mal si digo que estás buenísimo?

Sobresaltada, la abrazó, sin saber cuándo se había acercado tanto a él. Su cuerpo húmedo y frío la mojó a ella mientras sentía en el estómago la prueba de su deseo. Dura y caliente, se escondió de su mirada. Nunca antes la habían mirado así, como si fuese el centro del universo.

La aterraba y a la misma vez la excitaba. Había perdido por completo el control de sí misma para cedérselo al hombre que se encontraba enfrente de

ella.

—Estás mojado. —Bien, una frase sin trabarse—. Y frío.

Aunque no todas sus partes, pensó sintiendo el calor que desprendía su miembro.

—Me he bañado en el lago antes de entrar en el castillo.

Lo miró a los ojos y pegó sus caderas a las de él. Las ávidas manos masculinas iban alzando poco a poco el vestido, acariciando sus muslos, hasta sentir la erección contra la piel. Piel contra piel. Suspirando, pegó los labios justo donde latía su corazón, sintiendo los desbocados latidos. Le alegró saber que no era la única que perdía el control en las manos del otro.

Terminando de sacarle el vestido, la apresó con más ímpetu. Sus pezones, erizados, le mandaron un cosquilleo al sentir su fresca piel del lago.

—¿Y Marianne? —consiguió preguntar entre sus besos.

—Nada, no la hemos encontrado. Mañana volveremos a buscarla. — Lamiendo la parte del cuello femenino por donde latía su pulso, dio un suave mordisco que le arrebató un quejido—. Alasdair está destrozado.

Estremeciéndose, no pudo evitar llevar las manos hasta sus nalgas, olvidando sus palabras.

Oh... Dios. Sus glúteos eran duros, y estaban muy bien colocados, seguramente contrarios a los suyos. No le extrañó, Escocia tenía tantas colinas y pendientes que subirlas era todo una proeza. Ella ya había caído rodando por alguna que otra, muy a su pesar, y nunca sola, acompañada de hombres que solían reírse y recordárselo hasta la saciedad.

—Joder, vaya culo Cameron —soltó.

Al darse cuenta de lo que había dicho, se llevó una mano a la boca y al hacer un amago de separarse, él lo impidió.

Su ronca risa le recorrió la columna vertebral.

—¿Sabes, Alba? —Dándole un casto beso, se separó antes de que ella llegase a ellos. —. A veces tengo el extraño pensamiento de que no eres de aquí. Como si fueses de otra época, ¿no es extraño?

El beso que le dio le hizo perder el hilo de sus pensamientos. Dispuesto, la obligó a abrir la boca para aceptar la intrusión de su lengua. Agarrándole la barbilla para impedir que ella se alejara, la cargó en brazos. Entendiéndolo, Alba lo rodeó con sus piernas, buscando la posición adecuada para anidar entre las piernas su verga.

Bingo.

Ambos suspiraron en la boca del otro ante el contacto de sus sexos.

Sin dejar de besarse, ella se frotó contra el erguido sexo. El glande a veces daba pequeños toques contra su palpitante clítoris, entumeciéndola y erizándole el vello de la nuca. Cameron la dejó sobre la cama y ella, de rodillas, le cogió del rostro para no separase de sus labios, lamiendo y mordiendo. Fue bajando poco a poco por su mandíbula, sintiendo la aspereza del vello incipiente y el sabor de su piel, a especias y hombre junto con el fresco olor del lago.

—Alba, espera —Él agarró sus muñecas con una sola mano y la obligó a tumbarse.

Arrodillándose junto a los pies de la cama con deliberada lentitud, cogió sus tobillos y tiró hasta que su trasero quedó justo en el límite del colchón. Oh, por Dios, sabía lo que iba a hacer. No iba a engañarse a sí misma no admitiendo que no quería sentir sus labios sobre ella, porque lo ansiaba más que nada en el mundo, pero sentir su mirada sobre la parte más íntima de su ser era... demasiado erótico y abrumador.

—*Och, mo rùin*, los pliegues de tu sexo están rojizos y húmedos —Mordiéndose los labios mientras veía cómo la devoraba con sus grises cuencas, cogió aire—. Voy a saborearte hasta tenerte en cada poro de mi piel. —La miró y llevó una mano hasta sus pechos para tocar uno de sus pezones. Dio un respingo. Su ronca voz aterciopelada enviaba calambres de placer por todo su cuerpo, sintiendo su cercanía como nunca antes—. Luego te haré el amor como Dios manda, como un hombre debe hacérselo a su mujer.

Las palabras rebotaron con gran significado en la cabeza de Alba, que intentó guardarlas en la memoria. Sus esfuerzos fueron inútiles al verle agachar la cabeza y dar un largo lametón a su sexo.

Arqueándose, llevó las manos hasta su pelo y tiró con suavidad.

—Oh, Cameron...

Sus labios se movían con experiencia por su sexo. Cuando la boca masculina se concentró en su hinchado clítoris, absorbiendo y dando toques con la lengua, recogió las piernas, pegando las rodillas al pecho. Él la agarró por las caderas, conteniéndola.

Las sensaciones que la recorrían eran indescriptibles. Nunca había sentido ni la mitad del placer que Cameron le estaba ofreciendo mientras sus fuertes brazos, algo que consideraba muy erótico y la humedecía, agarraban sus tobillos para impedir que cerrara las piernas. Hacía justo la presión necesaria,

haciéndole sentir placer en grandes olas que la mecían con brusquedad.

—Oh, oh, voy... voy a venirme —murmuró apretando los ojos sin poder controlar las convulsiones que recorrían su débil cuerpo.

Soltando uno de sus tobillos, la penetró con un dedo, girándolo de tal forma que el pulgar presionó sobre el sensible clítoris.

—Vamos, *lass*, vente para mí. Vamos, eso es. Eres tan preciosa...

Sus palabras terminaron por llevarla al clímax, gimoteando su nombre al mismo tiempo que él besaba el interior de sus muslos, murmurándole palabras en gaélico que no entendía. Había sido como ser arrollada por una gran corriente de agua fría, haciendo temblar sus piernas.

Con todo el cuerpo sensible y adormecido, acogió con gran gana a Cameron, abrazándolo al mismo tiempo que observaba con satisfacción su mandíbula, húmeda por el interminable y esplendoroso clímax. Rodeándole la cadera con una de las piernas, le dio la vuelta para quedar encima.

Juntó sus labios y deslizó la lengua dentro de su boca. Ambas iniciaron un sensual baile sin dejar de acariciarse, perdidos en las sensaciones que causaban el uno en el otro. Alba se centró en su cuello para ir bajando poco a poco. Su mano fue hasta donde surgía la enorme erección. Mirándola con atención, oyendo los gruñidos de placer de Cameron al tenerlo entre sus dedos y sintiendo las bruscas exhalaciones en los labios, vio lo ancha que era. No era tanto la longitud como creyó que tenía en un principio como el grosor.

Notaba las venas que lo envolvían y dio un enérgico apretón mientras subía y bajaba sobre el eje, sonriendo al oírlo maldecir en gaélico.

Comprobó que tenía los ojos grises sobre ella y la vena del cuello hinchada.

Estaba tan... duro y atractivo. Como un guerrero preparado para la batalla de su vida. Las manos la agarraban de la cintura con propiedad y posesión. Una de ellas fue bajando por su trasero hasta acariciar los pliegues de su húmedo y caliente sexo, cubriéndolos con la palma y presionando.

Apretó los dientes.

—Oh-h... Mierda.

No pudo evitar frotarse sin dejar de hacer los movimientos en su verga. La deslizó más abajo para acariciar la pesada bolsa, sonriendo al notar la embestida que respondió al gesto.

Estaban disfrutando tanto de las caricias de Cameron que le extrañó cuando volvió a la posición de antes, ella debajo del enorme cuerpo del hombre. La

tenue luz de la habitación iluminaba los contornos de su cuerpo de un intenso color dorado, marcando cada perfección y surco con profundidad.

Él agarró sus manos por encima de la cabeza y besó su cuello, atacando poco a poco los sensibles pechos.

Gimió y se arqueó. Un muslo estaba entre sus piernas, supuso que lo habría puesto allí para que se rozara contra él. La atención que le prestaba le resultaba bastante sexy. Se centraba en el placer femenino, tomando el suyo del de ella.

—C-Cameron... me gustaba estar arriba, pensaba hacer...

—Déjame devorar cada centímetro de tu piel, *lass*. Tenemos toda la noche para disfrutar el uno del otro.

Con todo dicho, dio un suave tirón de uno de los pezones. Luego pasó la lengua y lo introdujo dentro de la boca, succionando con suavidad mientras el calor que sentía entre las piernas aumentaba más y más.

Alba fue consciente de que Cameron tenía la intención de probar todos los rincones de su cuerpo antes de penetrarla. No habría supuesto ningún problema si no fuese porque ella también quería acariciarlo de principio a fin, saborearlo. Sabía que no podría quedarse allí, con él, toda la vida, pero al menos se llevaría el recuerdo. Su recuerdo.

—Cameron, déjame tocarte. —El graznido que emitió su voz la sonrojó, sobre todo cuando él la miró.

—No puedo, *lass*. No si quiero derramarme en tu interior y no sobre tus manos.

—¿Tan malo sería? —inquirió alzando una ceja.

Él arqueó las comisuras de la boca.

—No, pero no ahora. He estado esperando desde el primer día que te vi para poder tocarte, verte y saborearte, y pienso alargarlo lo máximo que pueda. —Arrastró la mano hasta la unión de sus muslos, acariciando su húmedo sexo. Suspiró temblorosamente—. ¿Algún problema?

—Ninguno —gimoteó Alba.

Los dedos de él entraban y salían de su interior con suavidad, aumentando el calor y las ansias por tenerlo dentro. Respondía a sus besos con total expectación, preguntándose por qué habría sido ella la elegida, por qué la habían puesto en el camino del *laird* MacLeod. Sin importarle los motivos, pensaba disfrutar de cada efímero momento.

Alejó de su mente la aterradora pregunta que circulaba a toda velocidad.

¿Sería capaz de olvidarlo cuando tuviese que volver? A pesar de conocer la respuesta, se negó a responder.

Asustada por los sentimientos que la invadían, parpadeó cuando las lágrimas se agolparon en sus ojos, nublándole la vista.

No, no quería irse. No quería separarse de Cameron. Y si no lo evitaba, moriría envenenado. La presión de los acontecimientos la ahogaban sin piedad como un abrazo constrictor, tirando de ella.

Cameron la miró con el ceño fruncido, acariciando sus labios. Alba le dedicó una mirada llena de remordimiento.

—Lo siento.

—¿Qué pensabas? Te he perdido.

—Yo... me sentía mal por Marianne. —No mentía, pero tampoco decía toda la verdad.

Se estremeció cuando su verga se apoyó sobre su monte de Venus.

—¿Marianne? ¿Por qué?

—Yo estoy disfrutando de algo que debería ser suyo, Cameron. —Le acarició la mandíbula, viéndose reflejada en sus ojos—. Yo te deseo más que a nadie, pero no puedo evitar pensar que por mi llegada le he arrebatado todo lo que era suyo desde un principio.

—No le has arrebatado nada porque nunca estuve comprometido con ella, Alba. —Agarrándola de la barbilla, la besó—. Ella no pinta nada aquí, estamos los dos, solos. No dejes que nos arruine este momento, *a ghràidh*.

Ella sonrió y le dio un puñetazo en el hombro.

—¿Puede saberse qué me has dicho ahora?

—No, no puedes.

—¡Basta de sentimentalismos! Tómame ahora o cumpliré con mi amenaza, *laird*.

El brillo feroz de sus ojos le hizo saber que lo recordaba: le subiría las faldas y lo montaría. Estuvo a punto de echarse a reír. ¿Ella? ¿Montar a un hombre tan grande como Cameron sin su ayuda? Era imposible.

Agarrándola de la pantorrilla, tomó su boca mientras colocaba sus caderas sobre las de ella, encajándolas con precisión. La punta roma de su erección estaba justo en la mojada entrada. Sin romper la conexión de sus miradas, él tomó su miembro y adentró el glande.

Alba se retorció.

Él gruñó.

Sutilmente, agarró la pierna de la articulación de la rodilla, manteniéndola abierta.

Humedeciéndose los labios, cogió aire con rapidez antes de que él la penetrara de una embestida, enterrándose en su carne hasta la empuñadura, sintiendo los músculos de su vagina envolviéndolo por completo. Ella se quedó sin aire, sintiendo que la habían partido por la mitad.

—O-oh...

Alba puso los ojos en blanco, intentando acostumbrarse al grosor de su miembro.

—¿Estás bien? —Comenzó a darle besos por la sien hasta bajar a sus labios, entreabiertos—. Estás...

—¿Apretada? Soy virgen —musitó en un quejido.

Cameron levantó la cabeza y la miró, alarmado.

—¿Cómo? ¿Por qué no me lo dijiste?

Comenzaba a encontrar enloquecedor el movimiento de sus caderas, separándolas para luego chocar con las suyas, cuando se encontraba por completo dentro de ella. Los movimientos eran lentos, supuso que para ensancharla y hacer menos incómoda las futuras penetraciones.

—Demonios, muchacha, vas a volverme loco. Haré que disfrutes de ello.

La besó profundamente mientras comenzaba a bombear en su interior, primero con delicadeza para luego, tras sus súplicas, aumentar la velocidad de sus embestidas. Observando las muecas de placer que hacía, llevó el pulgar hasta el clítoris.

La primera caricia que le dio a la hinchada protuberancia la hizo gritar, clavándole las uñas y rodeándole con las piernas.

—Dios mío, hazlo otra vez, por favor... —sollozó.

Volvió a hacerlo sin dejar de embestir, apretando los dientes. Se obligó a aguantar y posponer su culminación, no sin antes haberla hecho llegar. Quería que fuera especial y por mucho que la deseara, haría todo lo posible por llegar junto a ella.

No fue de mucha ayuda que sus músculos vaginales le apresaran como un guante, acercándolo más y más al orgasmo.

—Vamos, Alba, eso es... Eres tan estrecha que apenas puedo contenerme más.

Murmuró una súplica antes de que llegara al ansiado clímax, ayudada por las caricias en su sexo y sus palabras. Por todos los santos, nunca habría

imaginado cuán erótico le parecía oír palabras guarras en un hombre. Eire tenía toda la razón: la voz ronca de un hombre excitado era sexy. Muy sexy.

Lo observó con la respiración alterada y bajo una niebla post coital, sintiendo la enérgica embestida que le daba antes de correrse. Derramó su espeso y cálido semen en su interior. Casi sin aliento, lo atrajo hacia su boca para besarlo, rodeándolo con las piernas cuando un sentimiento de posesión la invadió.

Quiso ignorar la voz de alarma que la avisaba de que no habían usado protección y, más importante, que sus sentimientos estaban entrando en terreno peligroso. Pero, ¿quién podía culparla? Verlo desnudo, entre sus piernas, con los brazos apoyados a ambos lados de su cabeza mientras veía como su gruesa verga entraba y salía de ella sin descanso...

Cansada, se excitó. Se colocó encima de él, haciéndolo reír.

—Vaya española me he echado... —murmuró él—. Más caliente que el mismo inferno.

Besó su barbilla, dando un pequeño mordisco. Se sentía tan eufórica que necesitaba contar todo lo que había sentido, ya fuese con él o con Beth.

—¡Ha sido increíble! Oh, Dios mío. —Cameron sonreía, con los ojos medio cerrados sin dejar de acariciar su espalda con movimientos perezosos—. Me he corrido dos veces, ¡dos veces! ¿Quién se corre dos veces en su primera vez?

—Duerme, muchacha. Pienso tomarte antes de irme a buscar a Marianne...

—Y tu... pene es tan grueso. ¡Eres todo un...! —Se calló rápidamente. No, sin lugar a dudas una mujer de esa época no habría dicho nada de lo que ella había soltado. Más de una vez su amada tía Carmen le había dicho que su lengua la metería en más de un aprieto.

Recibió una nalgada que la hizo gemir, sorprendida. Cameron la miró con curiosidad. Ella se mordió el labio.

—Me he dado... cuenta de ciertas cosas.

Oh... Esperaba que no dijera nada de lo inusual que le parecía.

—Ah, ¿sí?

—Hm... —La sujetó por el cuello y la trajo a sus labios—. Te excita que te hable mientras te tomo y te dé nalgadas. —Le dio otra para corroborarlo. Ella se arqueó, pegando sus pechos al torso de él. No se sonrojó cuando humedeció la ingle de Cameron con su excitación—. Eres un enigma, Alba.

Colocó sus manos sobre el torso de él, sentándose a horcajadas sobre sus

adustas caderas.

—¿Por qué te has sorprendido que fuese virgen? —soltó.

Él se apoyó sobre un codo y sonrió. La elegancia y el brillo pícaro de sus ojos la desestabilizaron, teniendo que colocar una mano cerca de su ingle para permanecer sobre sus caderas.

—Eres una descarada, Alba Duque. No sólo querías tomarme metiéndote bajo mi *kilt* sino que además querías tomar mi verga en tu boca.

Azorada, alzó la cabeza. Sí, sus palabras la estaban humedeciendo y derritiendo como si no fuera más que un muñeco en sus manos. Sentía cómo dejaba sus flujos en su cadera, y por su mirada felina, le gustaba.

—¿Acaso vas a negarme que no te apetecía?

—Maldición, no. —Su mano, en la cintura, comenzó a subir hasta cogerle un pecho, pellizcando el pezón entre el dedo índice y el pulgar—. Estuve a punto de mandar a la mierda la poca moral que me quedaba y correrme en tu boca, *mo rùin*. Eres una descarada seductora.

Rodando los ojos, le dio un manotazo a la mano del pecho.

—¿Así que solo por eso pensabas que no era virgen?

—¿Te he hecho mucho daño? —Levantándose, la dejó sobre la cama. Cogió un trapo y lo mojó en una jofaina.

Frunció el ceño cuando, empujándola suavemente por el pecho para que se tumbase, la instó a abrir las piernas. Ella aceptó a regañadientes.

No, nunca se acostumbraría a que mirase su sexo con plenitud. Aun así, agradecería cierto alivio en aquella zona de su cuerpo.

Sonrojada, cerró los ojos con fuerza.

—¿Ahora tienes vergüenza? Eres extraña, Alba Duque.

Dio un pequeño salto cuando algo frío presionó contra su irritada entrepierna. Un suspiro de goce escapó de sus labios. Él sonrió, acariciando su pierna con la mano libre, relajándola pero dejando a su vez un rastro de fuego, pequeñas chispas que poco a poco acabarían encendiendo todo su cuerpo.

Ese tierno gesto la desarmó por completo.

—No, no me has hecho mucho daño. Solo el mínimo requerido para las mujeres vírgenes.

No pensaba decirle que había intentado acostarse con su novio del instituto y había resultado un auténtico fracaso. No, no había sido culpa de él, más bien de ambos. La inexperiencia y la falda de madurez habían sido dos factores que

habían conseguido que su relación, algo superficial, acabara por romperse definitivamente.

Cuando regresó a la cama, lo vio tensarse.

Arqueando una ceja, supo el por qué. Unas manchas de sangre adornaban la blanca sábana.

Y lo comprendió.

Él pensaba que tenía la obligación de casarse con ella por ser virgen. Algo que no quería, ya fuese por la muerte de su esposa e hijo o por otros motivos, y le dolió.

Casarse con él nunca había pasado por su cabeza. No sabía qué sería de ella como para casarse con un *laird*, que esperaba hijos y una esposa a su lado. Ambas cosas ella no se las podía dar y, aunque nunca lo admitiría, le habría hecho ilusión juntar su destino con el de Cameron.

Él pareció seguir el hilo de sus pensamientos, ya que se pasó una mano por el pelo.

—Alba...

—Durmamos —musitó, bostezando—. Te dejaré descansar las próximas tres horas... Luego no puedo prometerte que mantenga mis manos alejadas de ti.

Desconfiado por sus palabras, que escondían sentimientos rechazados, la abrazó, asegurándose de sentir cada poro de su piel contra la de él. ¿Sería capaz de dormir cuando todavía lo deseaba?

Alba pensó que nunca antes se había sentido tan bien y se cuestionó si sería lo suficientemente inteligente como para separar el placer de los sentimientos y disfrutar mientras estuviese allí.

Capítulo 15

Alba murmuró entre dientes, adormilada todavía, cuando Cameron acarició las curvas de su cuerpo con las manos, soltando un cálido beso en el cuello. Se hubiese derretido con aquel gesto si no fuese porque, cada vez que se movía, entraba el frío aire del exterior dentro de la colcha. Y se encontraba desnuda.

Sin embargo, Cameron parecía decidido a seguir con su cometido.

Tenía su cuerpo pegado a la espalda, sintiendo el grueso y ardiente miembro en las nalgas. Un escalofrío erizó sus pezones cuando él le echó una de sus piernas para adelante, exponiendo su irritado sexo.

Gimoteó cuando frotó sus dedos contra los sensibles pliegues. Acarició la entrada de su vulva con el pulgar. Ella se revolvió, respondiendo ante sus caricias a la vez que él daba besos por su cuello, mordisqueando el lóbulo de la oreja sin dejar de murmurar en gaélico.

—Cameron... —Suspiró cuando él guio el hinchado glande hasta la entrada, frotando varias veces.

Ella se arqueó, pegando el trasero más a él. Cameron quitó la mano para cogerla por la cintura y pegarla a su cuerpo, capturando su boca en un frenético beso que terminó por despertarla.

Fue penetrándola poco a poco, ayudado por los fluidos que facilitaban el camino. Cogiéndole un pecho con la mano, lo amasó con maestría, jugueteando con el pezón mientras su lengua parecía imitar el ritmo de sus caderas, bombeando en su interior y hundido hasta la empuñadura.

Alba gimoteó, sintiendo cómo el ancho y sedoso miembro del *highlander* la llenaba por completo, expandiéndola a la misma vez que la torturaba con su mano y boca. Ojalá pudiesen estar así durante días y días, hasta que se saciara por completo.

—Por todos los santos, muchacha. —Capturó el labio inferior de ella y le dio un mordisco—. Estás tan caliente y estrecha que... —Alba se excitó por sus palabras, apresándolo con más fuerza—. Te gusta, ¿verdad? —Una dura embestida la pilló por sorpresa, viendo puntitos blancos. El placer la llevaba cada vez más cerca del borde del orgasmo—. *Och, mo rùin*, a cada palabra que te digo, me ciñes con más fuerza. ¿Te gusta que te hable? —murmuró en su oído, dejando de embestir—. Responde.

Ella echó hacia atrás la pelvis, buscándolo.

—¡Sí! —sollozó, cogiendo una de sus manos y llevándola hasta su clítoris —. Por favor...

Él la complació. Aprisionó el inflamado clítoris de ella con el pulgar y el índice, dando una serie de toques y caricias que estuvieron a punto de hacerla llegar.

Cuando Cameron comenzó el movimiento de caderas, entrando y saliendo de su interior, ella le respondió, girando la cabeza para que la besara. Sus ojos, oscurecidos por el deseo, apenas eran visibles en la oscuridad. Las velas se habían consumido y había comenzado a amanecer.

Un trémulo haz de luz impactó contra el atractivo rostro del *laird*, robándole a Alba el aliento. La adoración y el deseo que veía en sus ojos la desgarraron. Sentía algo por ella, estaba segura. El contacto entre ambos cuerpos la enloquecía, llevándola lejos de donde se encontraba pero más cerca de Cameron.

—*M'eudail*... —ronroneó él contras sus labios,

Sus rasgos se endurecieron cuando, dándole la vuelta bruscamente, se puso encima y comenzó a penetrarla con rapidez.

Ella suspiró. El golpe de las caderas contra las suyas resultaba igual de erótico que el dulce golpe de sus testículos contra su trasero. Sacándole gemidos. Cerró los ojos, dispuesta llegar al clímax cuando una mano fue hasta sus pechos para acariciar sus pezones, tirando de ellos.

—Vamos, Alba, córrete para mí —gruñó.

Como si su voz no hubiese sido bastante estímulo, una juguetona nalgada en su glúteo derecho la sacudió por completo, llegando al ansiado orgasmo. Lo oyó gruñir a lo lejos y lo sintió derramarse dentro de ella, llenándola con su simiente.

Dejándose caer un poco sobre ella, ambos con la respiración agitada, depositó un beso en su hombro antes de buscar sus labios. La ternura que puso en él la estremeció, girándose para poder profundizarlo y acariciarle con la lengua. Su sabor la embriagó, hechizándola mientras las primeras y fijas luces del alba entraban por la ventana.

Uno enfrente del otro, se miraron fijamente.

Él estiró una mano para acariciar sus redondeados y marcados pómulos, uno de sus rasgos más atractivos. Luego delineó la delgada silueta de sus

labios para terminar en sus cuencas verdes oscuras con tonos grises pálido. Sus ojos eran demasiado extraños, incluso muchos podrían decir que eran oscuros por la rara combinación de colores.

Él envolvió sus hombros con un brazo y la pegó a su cuerpo, dándole un tenue beso en la nariz.

—*¿Qué voy a hacer contigo?* —musitó en gaélico.

Ella bostezó, entrecerrando los ojos.

—*¿Hoy también saldréis a buscarla?*

—Sí, aunque Alasdair sabe que... hay pocas posibilidades de encontrarla con vida. Ha hecho mucho frío estos días, sobre todo por las noches.

Ella asintió, desanimada.

—Lamento todo esto.

—No tienes que lamentar nada, Alba. Ella se lo ha buscado. Casándose con mi hermano tenía una buena posición para su clan. No se conformó.

Hizo un gesto con la cabeza. Estuvieron así durante unos minutos, en silencio, disfrutándose y observándose el uno al otro hasta que un pensamiento cruzó a toda velocidad la mente de Alba.

—Hm... *¿Cameron?*

—Hmmm —respondió con el rostro enterrado en sus oscuros cabellos.

—*¿Qué le pasó a tu mujer?*

Separándose un poco, la observó. Parecía estudiar su rostro, como si pudiese sacar respuestas de él. Al ver que no continuaba pero tampoco se alejaba de ella, Alba decidió presionar un poco más.

—*¿Qué le sucedió?* —preguntó de nuevo al verle perdido en sus pensamientos.

—Se ahogó en el lago. —Apretó la mandíbula. Su mirada fue más allá de la ventana, perdiéndose entre los verdes valles cubiertos por la bruma—. Era febrero, las aguas estaban descongelándose. Fue a bañarse, era una costumbre que, muy a mi pesar, me copió. Nadie la acompañaba. No puedo saber con exactitud qué le pasó, solo que la encontramos ahogada, flotando sobre el agua.

Alba clavó la mirada en sus labios, incapaz de aguantar la pena de sus ojos.

—Lo siento mucho, cariño.

—Intenté cuidar de nuestro hijo, Broderick. Desgraciadamente, no aguantó el último tramo del invierno. Nuestro clan estaba atestado de enfermedades. Cogió unas fiebres y, cinco días más tarde, falleció.

Alba supo el enorme esfuerzo que estaba haciendo por no derramar ninguna lágrima delante de ella. Con el corazón en un puño y sin poder ver más tiempo la soledad que empañaba su voz, se echó a sus brazos mientras lo besaba.

Al ver su sonrisa daleada, le dio otro beso.

—Lamento muchísimo todo lo que te ha pasado, Cameron. Estoy segura de que ambos están muy orgullosos de ti. Eres un buen *laird*, me ayudaste cuando más lo necesitaba y siempre impartes justicia con el corazón. Deberías estar feliz con lo que tienes.

—Anne era tan... especial. —Alba aguantó la punzada de celos, sabiendo que nunca ocuparía el sitio de ella. Ni quería. Ella acabaría volviendo a ese treinta y uno de diciembre, estaba segura, con el corazón roto y una experiencia inolvidable grabada a fuego en la memoria—. Era la hermana más pequeña de Alasdair. Nuestro matrimonio fue una alianza aunque nosotros empezamos desde muy jóvenes a vernos. Sus cálidos ojos marrones eran como el sol, siempre brillantes y amables. Al morir, se sobreentendió que yo contraería matrimonio con Marianne, pero... No estaba preparado.

Alba escondió su rostro para que él no viese lo mucho que le había sorprendido la noticia. ¿Anne era hermana de Alasdair y Marianne? ¡Vaya! Nadie se lo había dicho. Si de por sí la fría y manipuladora Marianne era bella, no quería ni imaginarse a la antigua esposa de Cameron.

Él le dio un pellizco en la pierna.

—No te compares con ella, *mo chridhe*, sois muy diferentes, pero créeme cuando te digo que tú eres muy bella. Tenías que haberte visto saliendo del lago Ness, con tu largo pelo negro alrededor y tus extraños ojos mirando a todas partes, desorientada. Tanto Broc y Robert como yo pensamos que eras una *selkie*. Medio desnuda, con apenas un sencillo vestido blanco y esos rasgos tan exóticos. —Llevó su mano hasta el cuello—. Eres sencillamente perfecta, Alba Duque.

La profundidad de su voz la azoró, olvidando que él también veía su pelo negro en vez de castaño oscuro.

—Cásate conmigo.

Alba se alejó con tanta rapidez que acabó cayendo al suelo en un duro golpe. Soltó un chillido al entrar en contacto con la fría piedra y se subió a la cama, tapándose mientras lo miraba absorta.

—¿Cómo?

—¿Qué problema hay? —bramó ante el tono de incredulidad que emitió. Él apoyó la cabeza en la mano y clavó los ojos en ella, sonriendo.

—Cameron, no tengo dote, ni nada que tu clan encuentre beneficioso. ¿Para qué querrías casarte conmigo?

—Ya tengo alianza con los MacLean gracias a mi hermano, ahora puedo escoger a la mujer que quiera. Y esa eres tú, Alba. Nos deseamos, puedo ofrecerte la protección y comodidad de un clan, ¿no es suficiente? —Al ver su rostro, suspiró—. ¿Me has mentido y tienes un prometido en España?

—Ojalá fuese tan fácil como eso... —murmuró en español. Luego rehuyó su mirada, tapándose hasta la barbilla—. No, no te he mentido.

—Vamos, *mo rùin*. —La pegó a su cálido cuerpo, dándole besos por las mejillas.

—Así que quieres casarte conmigo porque nos deseamos. —Sonrió con tristeza.

—¿Qué más quieres de mí, Alba? ¿Crees que te seré infiel? Me tomo muy en serio mis promesas.

—Yo no he dicho que no me fie de ti. Es más, si llegase el caso de que me engañases, acabaría yéndome de aquí y regresaría a mi país.

Permaneció en silencio, intentando ignorar el dolor del pecho que se le clavaba como un puñal. Exasperado, Cameron se levantó desnudo, en toda su gracia, mientras los primeros rayos incidían en él y se ponía el *plaid* con facilidad.

¿Cómo podía hacerle entender que no solo dependía de ella? Casarse con él sería permanecer junto a él, no ver más a su tía ni a sus amigas. A pesar de que él no lo supiese, le estaba pidiendo demasiado. De acuerdo, no mentiría diciendo que no había pasado por su cabeza la idea de quedarse con Cameron, ¡sentía algo por él! Pero, aunque quisiese, ella no podría hacer nada si el libro la llevaba de vuelta a Sevilla.

¿Qué le iba a prometer? ¿Horas, días, años? No sabía cuánto tiempo estaría allí.

Imaginarse ver todos los amaneceres con Cameron le provocaba cierto placer. Estar a su lado, casarse, tener hijos y formar una familia. Lo que siempre había querido y soñado. Recordó la leyenda de las dos mitades que le había contado su tía. ¿Y si Cameron era su mitad? ¿Y si el destino había sido tan injusto de situarlos en épocas separadas pero de repente le daba la oportunidad de estar juntos? Sin duda, podía imaginarse a su tía discutiendo

con ella por no haberse quedado en los brazos del *laird*.

Lo que sentía por Cameron era lo suficientemente fuerte como para ser consciente de que no sería fácil olvidarlo.

Abrazándose las rodillas al pecho, se levantó de un salto cuando vio que iba a salir sin dirigirle la palabra.

—Espera, por favor. —Agarrándole de la mano. Sin hacer caso de su desnudez, algo que en otra ocasión la habría avergonzado, soltó un suspiro—. Déjame pensarlo. No es que no quiera casarme contigo, porque quiero —dijo en voz baja, relajada al ver la tensión desaparecer de sus rasgos—, es que... Tengo que solucionar unas cuantas cosas. Te prometo que te daré mi respuesta esta noche cuando vuelvas.

Cameron acariciaba sus dedos con ternura, sonriendo. Se llevó la mano a los labios y la contuvo allí, dándole un beso. Alba exhaló con lentitud.

—De acuerdo, Alba. Esperaré hasta esta noche.

—Tened cuidado, espero que encontréis a Marianne.

—Robert se quedará esta vez contigo, por la noche estaremos de vuelta. —Envolviendo la cintura femenina con un brazo, la pegó a su torso. Los labios de él rozaban los de ella, apareciendo unas llamas en sus grises ojos—. Recíbeme como me merezco.

Alba sonrió antes de pegar su boca a la de él.

—Exactamente. Como te mereces.

Reclamó la boca de ella en un ardiente beso que la hizo gemir. La obligó a abrir los labios presionando el labio inferior con la lengua. Alba envolvió sus brazos alrededor de su cuello, entrelazando los dedos con los suaves mechones de su pelo. Sin lugar a dudas, aquel *highlander* era el hombre que mejor besaba del mundo. Dejaba entrever su deseo en pequeñas cantidades para no abrumarla, pero dejando claro lo que se perdería si no continuaba con los besos.

Chupó su labio inferior con ansias, sintiendo su pecho vibrar por la risa.

—Tengo que irme, Alba. —Le pasó el pulgar por la carne inflamada—. Pórtate bien.

—Lo intentaré —dijo con voz ronca.



Recién salido el sol, Beth llevó los platos del desayuno al salón junto con otros sirvientes. Otro día más, una partida de búsqueda peinaba las tierras de ambos clanes e incluso se atrevían a adentrarse en las de otros. Ni un rastro de Marianne, ni un mechón de cabello, sangre o ropa. Parecía como si la tierra se la hubiese tragado.

A pesar de ser una mujer celosa y ruin, Beth no le deseaba el destino que había escogido. Desde pequeña había oído que, tras el compromiso de Anne y Cameron, Marianne había estallado en ira. Su sueño había sido casarse con el *laird*, darle hijos y vivir una plácida vida en el castillo. Pero habían sido una y otra vez aplastados, convertidos en ceniza y esparcidas por el viento, desintegrándolos.

Al salir de las cocinas con dos platos de pan caliente recién salido del horno, estuvo a punto de dejarlos caer.

Alasdair se encontraba allí, sin hablar con nadie mientras comía en pequeñas cantidades lo que estaba puesto. Su rostro demacrado y envejecido le hacía parecer bastante mayor. Su pelo trigueño estaba despeinado

sensualmente, como si en vez de estar durmiendo escasas horas en una habitación hubiese estado entre los brazos de una amante.

Suspirando, llevó un plato hacia su mesa.

Él le sonrió, sorprendido.

—Beth...

—Señor, quizás os apetezca coger algún panecillo antes de que los demás los agoten. Sus estómagos parecen estar siempre vacíos y no tener fin.

La sonrisa que le dirigió no le llegó a sus bonitos ojos azules.

—Gracias, pequeña.

—Estoy seguro de que aparecerá. —Las palabras salieron de su boca antes de poder contenerlas.

—Eso es poco probable, Beth. —Cogiendo su vaso, dio un buen trago—. Tantos días fuera, en pleno invierno y con cientos de animales deseosos de llenar sus vientres, es poco probable.

Insegura, puso la mano encima de su hombro. El calambre que la recorrió de pies a cabeza hizo que se separase de él.

—Mantened la esperanza. Hasta el final —murmuró antes de irse a otra mesa a dejar los panecillos, que fueron rápidamente devorados.

Cameron entró en el salón y le hizo un gesto. Fue con rapidez hacia él, conteniendo la sonrisa al ver el rostro tan despejado y brillante que mostraba el *laird*.

—¿Mi *laird*?

—Sube y ayuda a Alba en lo que necesite. No te separes de ella hasta que regrese a la noche, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, mi *laird*.

—Dile a Duncan que guarde las provisiones. Asegúrate de que apartáis algo de desayuno para Alba. —Paseó la mirada por sus hombres y curvó las comisuras de la boca—. Son unas bestias.

Se apartó de ella para ir hasta Alasdair, cuyo semblante no era mucho mejor que el de un muerto.

Tomando asiento a su lado, le dio un apretón en el hombro.

—Aedan ya ha iniciado la búsqueda otra vez por las tierras que ofreciste por el matrimonio. Nosotros nos dividiremos y buscaremos por...

—¿Crees que fue un error? —preguntó en voz baja su amigo.

—¿A qué te refieres? —Cogió una jarra y dio un buen trago.

—Marianne siempre quiso ser tu esposa, Cameron. No sabes cuánto le

afectó saber que Anne ocuparía ese papel. Unos años más tarde, muere y mantiene la efímera esperanza de que la desposes, pero aparece Alba. La... obligué a casarse con tu hermano.

—Era lo más apropiado. Sabes que todos fueron conscientes de... la escena que hicieron en el salón.

—Más tarde, toma las riendas del castillo, permite que violen a Alba y... —Alasdair dio un puñetazo en la mesa. Su rostro estaba rojo de la ira—. Maldición, nunca pensé que llegaría a tanto. Ahora me doy cuenta de que no la conocía. Antes de que mis padres fuesen asesinados por unos bandidos al ir al sur a hacer unos negocios, me dijeron mantuviera siempre un ojo sobre Marianne. Era demasiado demandante, nunca se contentaba con lo que tenía. Creo que mi madre no ayudó cuando mostró preferencia por Anne.

—Todos cometemos errores, amigo mío. Algunos se pueden perdonar, otros marcan nuestro camino. No sé qué la habrá llevado a abandonar a Aedan y desaparecer en una época tan mala, cuando la comida escasea y el frío es tan duro que se te mete en los huesos.

—Celebraré su entierro en tres días si no la encontramos. —Cerró los ojos y se presionó el puente de la nariz con los dedos—. Por el bien de mi clan tengo que cerrar ya este episodio. Cualquier signo de debilidad podría ser utilizado para que nos ataquen otros clanes.

—Nosotros estaríamos allí para ayudarlos.

Alasdair asintió, agradecido.

—El linaje MacLean desaparece ante mis narices. No puedo salvaguardar la promesa que les hice a mis padres de mantener mis hermanas con vida.

—Aún quedas tú.

Soltó una oxidada carcajada por primera vez en muchos días.

—¡Dios me libre de las mujeres y sus complicadas maquinaciones! Creo que te llevaste a la mejor, Cameron. Admito que puse mi atención en ella al verla por primera vez. Siempre mantuve, de forma egoísta, la esperanza de ser el único que se casara por verdaderos sentimientos y no por alianzas.

Cameron aguantó la oleada de posesividad que amenazaba con hacerle perder el buen humor.

—Ella es mía —gruñó peligrosamente.

—Temo decirte que Alba es demasiado independiente para pertenecer a nadie.

—Le he pedido que se case conmigo —soltó a bocajarro.

Alasdair pestañeó varias veces.

—Vaya.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho? Supongo que nada bueno o no tendrías esa cara de querer matar a alguien.

—No, no me ha dicho ni que sí ni que no. —Metiéndose en la boca unas bayas, las masticó con lentitud para saborearlas—. Dice que necesita pensarlo.

—¡Por los clavos de Cristo! —Alasdair sonrió—. Creo que es la primera mujer de las Highlands escocesas que rechaza a un *laird*. Y nada menos que a un MacLeod.

—No me ha rechazado —graznó.

—Claro, por supuesto. —Le dio unas palmadas.

—Me aceptará.

—Por supuesto —repitió—. ¿Sabes, MacLeod? —Cuando lo llamaba por su apellido era señal de que quería tomarle el pelo. Lo dejó a sabiendas de que había dejado el tema de su hermana apartado, relajándose durante unos minutos—. Las mujeres siempre han querido estar contigo, incluso mis hermanas se peleaban por ti, para desgracia mía. Fue difícil elegir a Anne, pero siempre supe que su corazón era mucho más grande que el de Marianne. Ahora te encuentras a una misteriosa mujer nadando desnuda en un lago y eres tú quien va tras ella como un perro cachondo —soltó una maldición—. Sin lugar a dudas, el destino es una...

—¡*Laird!* —Uno de sus soldados entró corriendo en el salón, llamando la atención de todos los presentes—. Vengo de la partida de búsqueda con vuestro hermano. Hemos encontrado algo.

Sin esperar más, Cameron y los demás salieron para coger sus monturas y seguir al soldado.



Durante el resto de la mañana, tras desayunar a solas, Alba decidió ocuparse de ordeñar las vacas, esquila las ovejas para almacenar la lana, limpiar los huertos del lado este de todas las malas hierbas que habían aparecido, más fuertes y gruesas, para recoger luego los alimentos ya maduros. Trabajar al aire libre y con la naturaleza era una de sus tareas favoritas. Disfrutaba del sonido del viento, de los pájaros, del olor de la hierba y del vapor de agua que anunciaba una tormenta. Disfrutaba sintiendo los escasos rayos de sol sobre ella, calentando su fría piel.

Cuando uno de los mozos de cuadra le informó de que algunos caballos necesitaban ser montados para correr un poco, lo hizo gustosa. La belleza de aquellos animales los había convertido en su favorito desde que era niña. Nunca podría agradecer a Cameron lo suficiente por haberle regalado su yegua blanca, que sacaba a pastar y a pasear, sintiendo el golpe del frío aire en el rostro mientras reía.

Antes de pasear al último caballo que quedaba, se acercó a su yegua para darle una manzana, a escondidas. Sus oscuros ojos se clavaron en ella antes de

buscar con el morro su mano.

—Aquí tienes guapa, aprovecha antes de que venga alguien y me riña.

Terminada la manzana, le hizo unas trencitas en las crines y la dejó para pasear a un imponente caballo negro que la miraba fijamente, relinchando.

El animal era tan grande que supuso que solo un hombre que midiera como mínimo dos metros, podría montarlo. Las fuertes patas le otorgaba la apariencia de un caballo fuerte y muy veloz. Todos esos elegantes músculos estaban cubiertos por pelo aterciopelado de color ébano con reflejos azules.

Hechizada, estiró el brazo para posarla sobre el rostro del animal cuando se echó para atrás. Asustada, dio un respingo.

—No lo toquéis, *milady*. —Owen entró con rapidez, apartándola—. Lo tenemos desde hace unos cuantos meses cuando nuestro *laird* lo ganó, pero todavía evitamos montarlo. El último hombre que lo intentó cayó y se golpeó con una roca. El pobre Angus no sobrevivió.

Algo asustada, asintió y se fue del establo con polvo en el vestido y la trenza deshecha tras las largas horas de trabajo y caminata.

Entró en el castillo y subió hasta la planta más alta, esperando encontrar a Fiona para que le diese otra tarea hasta la hora de comer.

Perdida tras subir las escaleras, miró todas las puertas que había. Intentó abrirlas una por una, estando todas cerradas con llave. Llamó a Fiona en voz alta antes de preguntarse por qué no había nadie por allí. Al finalizar el pasillo, se encontró una puerta forjada de hierro u otro material resistente. Los dibujos que había en ella parecían haber sido hechos con ínfimo cuidado por un experto.

Extendió la mano para abrirla y soltó un grito ahogado.

Daba al exterior.

Subiendo las escaleras, se vio en una especie de terraza enorme, con las torres del castillo alzándose hasta la infinidad del cielo. Avanzando poco a poco mientras sus pasos sonaban en el suelo, suspiró.

Las vistas le habían arrebatado el aliento. Los verdes y frondosos valles se extendían ante ella en distintos tonos de verde a la par que algunas aves volaban de un sitio a otro. Pudo ver un lago más allá, oscuro y reflejando el cielo del casi mediodía. Las nubes grises eran espesas, dejando su sombra en los montes.

Miró donde se encontraba.

Un recuerdo llegó fugazmente.

¿No era aquel sitio donde había visto a Cameron de espaldas, con los brazos detrás y sus fríos ojos barriendo toda la zona?

Oh, Dios mío...

Dio un par de vueltas sobre sí misma, sonriendo mientras la fresca brisa revolvía su cabello. Allí había estado, en su tiempo. Ante ella tenía las visiones que había admirado en el libro. Que al parecer había desaparecido. Ni en su mochila de la suerte ni debajo de la cama. ¿Significaría algo, aparecería en el último momento, cuando ella tuviese que regresar a su época?

Apoyándose en la barrera que rodeaba toda esa planta, miró a lo lejos.

Tenía que considerar la petición de mano de Cameron. Siempre había sido sincera consigo misma, pero ni mucho menos habría imaginado que ella acabaría en la Escocia Medieval bajo la protección de un atractivo *highlander* que la deseaba y que, para sorpresa suya, no se conformaba con tenerla solo como amante.

Ser la esposa de un *laird* no solo significaba tener una serie de privilegios, sino obligaciones. Acabaría cogiendo cariño a todos, olvidándose de su vida pasada y recordando a su tía Carmen. Sonrió con amargura, sabiendo qué le diría. Su tía Carmen no dudaría en quedarse junto a él, fiel cien por cien a la leyenda de las dos mitades.

Sería tan fácil enamorarse de Cameron... Tan fácil poder estar todas y cada una de las noches a su lado. Compartir su día a día, formar una familia. Y... ¿llegaría a amarla? Sonrojada, sacudió la cabeza. Por una vez en su vida, seguiría los dictados de su corazón. Haría frente a las consecuencias de su decisión.

Sí. Sin ninguna duda, ya sabía lo que haría.

—¡Jinetes MacDonalds a la vista! —gritó un hombre.

Asomándose, Alba vio a unos hombres con un tartán diferente al de los MacLeod y MacLean. Con curiosidad, su imperfecta vista no le dejó ver con claridad los rostros, aunque sí notó la mirada de uno de ellos clavada en ella.

En ese momento la puerta de abrió con brusquedad. Beth subió las pequeñas escaleras hasta ella.

—¡Por fin te encuentro! No sabía dónde te habías metido.

Alba la examinó con rapidez. Estaba temblando.

—¿Pasa algo?

—Han venido hombres de los MacDonalds de Sleat.

Frunciendo el ceño, vio que el hombre moreno de antes no bajaba del

caballo y esperaba a que los recibiesen.

—¿Y eso es malo?

—¡Es un clan rival del nuestro! Y encima no tenemos a Cameron para solucionar el problema.

Asintiendo, la agarró de la mano.

—Bajemos.

—¡No, Alba! —Tirando de ella, consiguió que bajase las escaleras—. Cameron habría querido que no nos metiésemos en esto. Ha habido guerras, muerte y sangre. Esto no es un juego.

Ignorándola, bajó lo más rápido que pudo las escaleras y salió al exterior del castillo, donde se encontraba Robert con algunos de sus hombres, hablando con el que supuso que era el *laird* de los MacDonald. Era un hombre muy atractivo, de ojos azules verdosos y pelo negro como el ala de un cuervo. Era tan grande como Broc y sus labios carnosos estaban convertidos en una línea recta y tensa.

Beth la agarró de la manga del vestido, intentando que Alba retrocediera.

—Ese es el *laird* de los MacDonald, de Sleat, Ethan MacDonald. Hace dos años tomó el poder del clan cuando su padre murió al intentar robarnos las reses. Por supuesto, si el soldado que lo mató hubiese sabido que se trataba del mismísimo Iain MacDonald, solo lo hubiese llevado hasta Cameron. Ethan ha mostrado más sensatez que su padre en dos años que en veinte de su predecesor. Su clan está resurgiendo.

—¿Para qué habrán venido? —murmuró, mirando todos y cada uno de los hombres que lo acompañaban.

El volumen de voz que mantenía con Robert iba subiendo paulatinamente.

—No lo sé, Cameron y Ethan llevan estos dos años en paz, sin molestarse el uno al otro. Algo grave ha tenido que suceder.

Unos ojos azules verdosos se clavaron en ella y se achicaron.

—¿Puede ser por Marianne? Quizás la hayan encontrado allí.

—Puede ser, ya me espero cualquier cosa de esa loca. —Beth se cruzó de brazos—. Deberíamos entrar, Ethan MacDonald no te quita el ojo de encima.

—Quizás porque nunca antes me ha visto y siente curiosidad —dijo en voz baja mientras evaluaba al escocés—. Deberíamos acercarnos y enterarnos de qué pasa.

Todas las personas del clan se habían parado a oír, hasta esa mujer anciana que cosía todo el día.

—No, no deberías.... deberíamos. Además, ¿para qué? No vas a entender nada de lo que digan. Hablan gaélico.

Alba se mordió la punta de la lengua para no decirle que ya distinguía algunas palabras. Siempre que se le presentaba la oportunidad, escuchaba atentamente para luego preguntar qué significaba, o esperaba a cuando Cameron le traducía algo para asociarlo. El gaélico escocés no solo era complicado de entender, sino difícil de pronunciar. Ni quería imaginar cómo sería escribirlo.

Alba ignoró los susurros de Beth y se acercó más, quedándose a unos dos o tres metros de Robert y sus hombres. Pudo ver mejor el rostro de Ethan. Tenía una cicatriz que le recorría desde la sien izquierda hasta el pómulo. Bajo unas suaves cejas negras había un par de ojos claros enmarcados por pestañas negras y densas por las que Alba habría pagado por tener.

Robert notó su presencia pero no se volvió. Ethan la miraba a veces. Ladeó un poco la cabeza y la estudió a conciencia, pero no como un hombre miraría a una mujer que deseara, sino como uno que se medía ante otro enemigo.

Al ver la indecisión de Robert, apoyó una mano en su hombro.

—¿Pasa algo?

—No te metas, Alba. Retrocede y entra al castillo —contestó con brusquedad.

Su tono frío y mordaz le sentó como una patada en el estómago. Irguiendo la cabeza, se cruzó de brazos y permaneció a su lado.

Robert dijo algo al *laird* de los MacDonald, que asintió y clavó su atención en ella. Robert volvió a encararla.

—Entra dentro, muchacha.

—¿Por qué? No estamos en peligro. —Maldijo estar nerviosa y trabarse con el inglés. Definitivamente no lo dominaba todavía a la perfección.

—Ethan viene a cobrar su parte.

—¿Su parte? ¿Habéis hecho negocios?

—Los MacLeod y MacLean le pidieron pisar sus tierras para buscar a Marianne a cambio de suministros. Owen traerá ahora las carretas junto a otros.

Entendiendo la situación, Alba retrocedió unos pasos, algo que le costó muchísimo pero que supo que era necesario.

Owen llegó con dos carretas repletas de comida tiradas por caballos. Asintiendo, Ethan ordenó a sus hombres que sustituyeran los caballos por los

suyos, revisando que todo estuviese en orden.

Robert se hizo a un lado, en alerta y tenso como la cuerda de un violín. Claramente no le gustaba tener que dar parte de las reservas del clan, pero eso era algo que habían acordado los tres *lairds*.

Una vez terminado todo, se fueron. Poco a poco la tensión del ambiente se relajó, la gente prosiguió con sus quehaceres y ella entró en el interior del castillo para comer algo con Beth, no apeteciéndole estar en el salón con todos los guerreros. Mientras Beth llenaba las mesas del salón, ella se quedó en la cocina, hablando con la cocinera Elda, que había tomado la posición del anterior al caer bajo unas fiebres.

La mujer mayor, de pelo canoso y ojos pequeños, era bastante escuálida, todo lo contrario a como pensó que sería. Bastante gruñona y con la voz cantante, todo sirviente bajo su bando temblaba de pies a cabeza, menos Fiona.

Comiendo algo de estofado de ciervo y cerveza, ignoró las constantes miradas de la cocinera.

Una vez ya con la barriga llena, subió a su habitación para cepillarse con el peine de nácar que le había dado Beth. Sin encontrarlo, se prometió que a partir de ese momento sería más cuidadosa con sus pertenencias personales. Utilizó los dedos para tal acción.

Bajó de nuevo para hacer tareas que no pudiesen llevar a cabo. Horas más tarde, se encontraba con las rodillas crujiendo cruelmente por estar tantas horas inclinada, y las manos hinchadas por fregar el suelo. Fue ganándose la confianza de otras mujeres que trabajaban en el castillo Dunvegan.

Casi en el crepúsculo, Beth le preparó un baño para que estuviese presentable a la llegada de Cameron.

Hundida de agua hasta el cuello, no pudo evitar sonreír. Se moría de ganas por verlo, abrazarlo y estar entre sus brazos. Por supuesto, le preguntaría si habían encontrado o no restos o cualquier cosa de Marianne. El tema se estaba llevando con tanta discreción que estaba segura de no conocer todos los detalles.

A medida que la noche llegaba, comenzó a llover. Al principio apenas una llovizna que Alba se dedicó a observar por la cristalera de su habitación, sentada en un arcón bajo la ventana, con las rodillas pegadas al pecho mientras los pensamientos cruzaban a toda velocidad por su cabeza. Rayos y relámpagos terminaron por hacer una terrorífica y salvaje noche en la que un

mensajero empapado anunció que Cameron y sus hombres se encontraban en la tierra de los MacLean, regresando al día siguiente cuando acampase la lluvia.

Resignada a comer sola, le pidió a Beth que se lo subiera a la habitación, relajada bajo el sonido de la tormenta que descargaba con fuerza en el exterior.

Preparándose para ir a dormir, se tapó hasta la barbilla y odió sentirse así. De esa forma que solo Cameron provocaba. Decepcionada, sola y excitada. Se prometió tratarle con cierta frialdad cuando regresara.

Se despertó varias veces en la noche con la tormenta. Los relámpagos proyectaban aterradoras sombras en su cuarto que le quitaban el sueño, incluso una de una mujer menuda con algo entre las manos. Tapándose el rostro, giró en la cama, repitiéndose una y otra vez que estaba a salvo y que había soldados que vigilaban el castillo.

Las sombras no se fueron hasta la mañana siguiente: para consternación de Alba, regresarían al día siguiente convirtiéndose en sus peores temores. El aullido de un lobo erizó la piel del cuello en un aterrador presentimiento.

Capítulo 16

Alba se despertó al sentir unos fríos labios por el cuello y la boca mientras unas ansiosas manos la destapaban y le subían el áspero camisón. Su piel reaccionó al frío poniéndose de gallina y se apretó al cálido cuerpo, rodeándole con una pierna.

Soltó una maldición en español cuando una ansiosa boca chupó con fuerza de su pezón, despertándola por completo y sonsacándole un gemido.

Entreabriendo los ojos con esfuerzo y se encontró con aquellas cuencas grisáceas que tanto amaba. Mordiéndose el labio inferior, sonrió tontamente. Luego se percató de que estaba desnudo, encima de ella, y su piel tenía menos grados que la suya. Protestando por librarse de él, Cameron se rio.

—¡Estás helado! ¡Quita!

Su ronca carcajada era terciopelo puro, suave pero varonil. Agarrándole las caderas, la colocó encima de él, justo encima de la enorme erección que tenía. Alba se preguntó si la habría echado de menos, si había pensado alguna vez en ella durante todo el tiempo que habían estado separados. Suspirando, dejó que el sonrojado y redondo glande entrara en su interior para ir bajando poco a poco por toda la longitud hasta tenerlo en su interior. Sentía el relieve de su verga y cómo palpitaba dentro de su vagina.

Se estremeció. Alba estaba sorprendida, nunca habría pensado que sin juegos previos sería capaz de tomarlo en su interior.

Cameron la atrajo hacia su pecho para tomar su boca en un violento y apasionado beso. La experta lengua acariciaba todos los recovecos, entrelazándose con su lengua. Él le dio una juguetona nalgada que le soltó un tembloroso gemido.

—Dios...

—Te he echado tanto de menos, *mo rùin*. —Volvió a besarla y llevó las manos hasta sus pechos, presionando los pezones hasta que fueron picos duros y tomó uno en su boca, succionando con fuerza. Un gruñido salió de su garganta—. Quiero tocarte en tantos sitios a la vez que no sé por dónde empezar.

Alba mascullaba incoherencias mientras le daba placer, comenzando a moverse sobre sus caderas de arriba abajo y en círculos, logrando que su

inflamado clítoris presionara contra el hueso pélvico cada vez que descendía.

—Sí... Deja... Deja que me mueva, no puedo si tienes mis pechos...

Pero le gustaba tanto que no tenía las fuerzas suficientes para quitarle la cabeza. Poco a poco comenzó a cabalgarlo con más rudeza, escuchando el sonido del impacto de su carne contra la de él. Arqueándose, dispuesta a tomar con rapidez el ansiado clímax, su errático y pobre corazón comenzó una frenética carrera. Podía sentir los latidos en los oídos.

—Eres tan preciosa, *mo rùin*.

Cameron parecía estar a punto de correrse, pensó Alba con una sonrisa. La vena de su cuello estaba hinchada y levantaba las caderas desesperadamente para enterrarse con rapidez en su interior. Soltó un quejido de protesta cuando le dio la vuelta y tomó el control. Antes de que pudiera decir algo, sus labios fueron sellados por los de él.

Llegando al orgasmo, él se incorporó un poco para ver el sonrojado rostro de ella, su boca entreabierta y el erótico movimiento de los pequeños pechos, instándolo a saborearlos otra vez.

—¡Cameron!

Su voz entrecortada lo llamó antes de apresar con ansiedad su verga, convulsionándose. La penetró con fuerza por última vez antes de quedarse dentro de ella, derramándose en su interior. Enterró el rostro en su garganta y le dio un suave beso, lamiendo la suave película de sudor que se había formado.

Ella lo recibió con los brazos abiertos, acariciando la ancha y musculosa espalda con las manos, desde los tensos hombros hasta las nalgas, maravillándose por lo redondas y firmes que eran. Todavía en su interior, la carne mojada y caliente temblaba en espasmos por el clímax.

—Me habías asustado —dijo con voz lánguida.

—Mentirosa...

—He pasado una noche horrible. Siempre me han encantado las tormentas y la lluvia, pero ayer... fue demasiado.

—Las tormentas en las Highlands son duras —musitó para reconfortarla, poniéndola encima de él y tapando sus cuerpos con las pesadas mantas.

—No era eso. Pensé haber visto unas figuras. —Distraída, fue dibujando con los dedos sobre su pecho—. Luego pensé que podían ser por las ramas de los árboles, sombras u otras cosas.

—Chica lista.

El orgullo de su voz la hizo sonreír. Incorporándose sobre el pecho, él bajó las manos hasta la delgada cintura.

—Por cierto, ¿habéis encontrado algo de Marianne?

—Sí. —Alba lo miró, expectante—. Un trozo de la parte baja del vestido sobre una vieja rama cubierta de nieve. Quizás se le enganchó al tratar de huir de un animal salvaje.

—¿Por qué de huir de un animal salvaje y no por...?

—Porque tenía sangre seca, aparte de tierra y verdina.

Llevándose una mano temblorosa a la boca, sofocó un gemido. ¿Marianne MacLean había sido devorada por un animal salvaje? No podía ni imaginarse el sufrimiento de aquella pobre mujer, que llevada por un ataque de ira, habría intentado volver a toda costa a su casa con su esposo o, quizás, a la de su hermano.

Sentía algo de culpa. Si ella no hubiese llegado, nada de eso hubiera sucedido. O sí. Su tía Carmen creía firmemente que el destino estaba escrito y que no podías hacer nada por evitarlo o cambiarlo. Las decisiones tomadas no eran producto de la casualidad, sino de las ordenanzas de un ser superior.

Eso creía ella.

Alba siempre se había situado un poco más lejos. Pensaba que sí, el destino estaba escrito, pero cada uno tenía la oportunidad de labrar su propio camino, llevándole a un sendero u otro.

Cameron le alzó la cabeza.

—¿En qué piensas? No volverás a culparte por lo que ha sucedido, ¿me entiendes? Nadie lo hace, ni siquiera Alasdair.

—Oh, no, no. Pensaba en las palabras de mi tía. Es una mujer muy inteligente. Le habrías cogido mucho afecto —dijo en voz baja con una amplia sonrisa al pensar en ella—. Te habría querido como un hijo más.

—¿Se parece a ti? —preguntó tranquilamente, jugando con sus cabellos.

—No, no, para nada. Tiene los ojos marrones más bonitos del mundo, redondos y cálidos. Cada vez que te mira sientes como si estuvieses tumbada en la caliente arena de una playa, sintiendo los rayos del sol como pequeños besos por el rostro. —Sonriendo, sacudió la cabeza—. Tiene el pelo rubio dorado, del mismo color que el oro limpio. Siempre, desde pequeña, deseé tener ese color y textura. Mientras que el mío es casi negro y ondulado, el suyo es claro y liso. —Alba suspiró y se echó sobre el pecho masculino, sintiendo los latidos bajo el oído—. Es más bajita que yo, pero sin lugar a dudas

destaca por su personalidad. Es la clase de persona que nunca hiere a nadie, que es capaz de dar su opinión con la mayor de las delicadezas. El mundo es un lugar mejor gracias a ella.

No dijo que también poseía... un don, por llamarlo de una cierta forma. Captaba las emociones de una casa abandonada o cualquier edificio, palpando las paredes. Y podía comunicarse con fantasmas. Era algo de lo que Alba no estaba segura, pero que ella le había jurado una y otra vez. Esa especie de conexión creía haberla heredado ella por ciertas experiencias que había tenido a lo largo de su vida, pero que de manera contundente, había escondido en lo más recóndito de su ser.

—Ella fue la que te crio.

—Sí, ha sido mi única familia —murmuró con la voz ronca.

—¿Qué le sucedió a tus padres?

—Mi madre murió por cáncer de pecho cuando yo era pequeña y mi padre en un accidente de coche.

Mierda.

Apretó los ojos con fuerza, maldiciendo una y otra vez mientras sentía los tensos brazos de Cameron rodeándola.

—¿De... coche? ¿Qué es eso?

—Oh, pues... es una especie de carro que es tirado por caballos. Va a mucha velocidad.

Cameron la alzó, clavando en ella sus confusos ojos.

—¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo? Eres la mujer más rara que he conocido en mi vida. Un coche... Nunca lo había oído. Ni siquiera a manos de los *sassenach*.

Fue el turno de ella de fruncir el ceño. No recordaba el significado y se apuntó mentalmente repasar los términos en gaélico que conocía con la ayuda de Beth.

— ¿*Sasse* qué?

—Ingleses —escupió antes de hacer un chasquido con el cuello—. Esos malditos ingleses aprovechan cualquier situación para....

—Estábamos hablando de Marianne.

Él la miró con una pizca de humor antes de asentir. Su atractiva mandíbula estaba cubierta por un suave vello incipiente de color cobrizo, tapando así una pequeña cicatriz debajo de la barbilla casi imperceptible. Acariciándola con el dedo, supuso que habría sido de niño, entrenando para convertirse en el

formidable guerrero que era o jugando. Pensar en él de chico le hacía gracia. Le era imposible imaginar su rostro.

—Su entierro será dentro de dos días, en tierras de MacLean. Me acompañarás.

Alba puso los ojos en blanco.

—Con lo bonito que estaba yendo todo... —Negó con la cabeza.

—Como esposa mía has de estar siempre a mi lado.

Dio un pequeño saltó y lo encaró. Ignoró su torcida sonrisa y le señaló con el dedo, impaciente por aclarar el asunto.

—¡Todavía no te he dado mi respuesta!

—¿En serio vas a rechazar mi pedida de mano, la de un *laird*?

—Desde luego, debería. Ha sido de lo más seca y poco romántica que he oído en la vida.

Cameron alzó una ceja y tiró de un mechón de pelo, soltándole una protesta.

—¿Eres romántica, *lass*?

—No hace falta que te arrodilles, pero al menos podrías decir alguna que otra palabra tierna, ¿no? —Molesta, cerró el puño y le dio en el hombro. Él sonreía—. Deja de sonreír.

—Así que palabras bonitas... Deja que piense algo.

—Oh, por supuesto —dramatizó. Sabía que la estaba picando intencionadamente—. Si no te sale nada con mirarme...

—Claro que me salen palabras al mirarte. —Cameron cogió su rostro entre las manos. Ella intentó no sonreír, parecer seria y concentrarse, tarea complicada cuando tenía sus sabrosos y adictivos labios apenas a diez centímetros de los suyos—. ¿Sabes? Desde la primera vez que te vi te guardaste a fuego en mi cabeza. Eras todo lo contrario a lo que pensé que querría en una mujer: terca, independiente, contestona y siempre decías lo que se te pasaba por la cabeza, aunque la mayoría de las veces te mordías la lengua, como si temieses desconcertarnos. Luego quise que centraras todas tus sonrisas en mí, que dejarás de hablar con Alasdair o Broc, a pesar de saber que ellos no te cortejarían por orden mía. —Alba abrió los ojos como platos—. Poco a poco fui viendo la ternura, la pasión y el cariño que tienes por todos, desde los animales hasta por el más pequeño ser. De repente me di cuenta que lo quería todo para mí —susurró, mirando el perfil de su rostro—. Desde las sonrisas hasta tus muecas de enfado, tus caricias y tus golpes. Solo Dios sabrá si nuestra unión funcionará, pero no puedo tomarte como amante

aun sabiendo que sería lo más beneficioso para mi clan. No puedo. Te respeto lo suficiente como para no hacerlo.

—Cameron... —Alba fue a interrumpirlo, enternecida por sus palabras.

Él agarró una de sus manos y la presionó contra sus labios.

—Simplemente no puedo. Tengo muchos defectos, Alba, pero soy un hombre de honor. No voy tomando mujercitas vírgenes para luego dejarlas. — Ella pegó su frente a la de él y suspiró—. Cásate conmigo, Alba Duque. Quiero poder decir a los cuatro vientos que eres mi mujer, quiero que vistas los colores de mi clan y me des hijos.

Alba estaba controlando las emociones que la recorrían. Le había pedido palabras románticas a Cameron, pero había expuesto sus sentimientos con claridad. Puede que no la amara todavía, pero eso podría llegar con el tiempo. Tenía su respeto y atención, era un buen comienzo.

Y ella no iba a desaprovechar la oportunidad de casarse con él.

Sonriendo, pegó sus labios a los de él.

—*Aye*—contestó en gaélico.

Emitió un sonido ahogado cuando Cameron la abrazó con fuerza, sobresaltándola. Tomó posesión de sus labios con la boca abierta, hambriento de ella. Alba sonrió y lo abrazó también, sintiendo toda su piel desnuda contra de ella. Su corazón daba saltos de alegría contra sus costillas, sus manos le picaban de la excitación y sentía las rodillas como un flan.

—*Och, mo rùin*, me haces el hombre más feliz del mundo.

Apenas cabía en sí del gozo; se sonrojó por completo.

—Gracias.

—¿Por qué? —inquirió robándole otro beso.

Negando con la cabeza, le miró incrédula cuando la puso debajo, apresándole los brazos por encima de la cabeza.

—Eh... ¿Cameron?

—Ahora voy a castigarte. —Abriéndole las piernas, se coló entre sus muslos. Lamiendo el pulso que latía en su cuello, le guiñó un ojo—. Sé... lo de tu pequeña andadura con los MacDonald.

—Oh... es un hombre muy guapo.

Un brillo animal apareció en sus ojos.

—Respuesta incorrecta.

Soltándose de sus manos, acabó por tumbarlo boca arriba. Desnudo,

recorrió el musculoso cuerpo con las manos y la boca, dejando un rastro húmedo hasta llegar a la enorme erección que se alzaba sobre un nido de vello cobrizo. Sentándose en sus muslos, se deslizó abajo hasta tener el rostro a la altura del erecto pene.

No lo miró, sabía que sus mejillas se volverían rojas y no quería desconcentrarse. Iba a darle tanto placer como Cameron se lo daba a ella.

Agarrando el grueso miembro para comenzar a subir y bajar, la otra mano acunó la pesada bolsa de atrás, raspando suavemente con una uña.

Un sonido animal salió de su pecho. Ronco y afilado.

—Alba....

Agarraba su cabeza y la conducía a introducir el hinchado glande en la boca. Abriendo los labios, dejó que entrara. Hizo presión en la cabeza sonrojada, sintiendo una embestida contra su boca que la pilló desprevenida. Acarició todo el eje con la lengua, de arriba abajo, sintiendo las venas que lo rodeaban.

—Demonios, sí, así es... Chúpame con más fuerza.

Sintiendo un pellizco en el clítoris, se frotó contra su pierna. Continuó con las caricias hasta que sintió el miembro tensarse. Todo su cuerpo se cubrió con una espesa película de sudor que acentuaban los surcos de su cuerpo, hechizándola. Oía sus gemidos, el suave quejido de la cama por los movimientos, los latidos de su alocado corazón...

Volvió a engullirlo para después dar un suave mordisco en el glande, absorbiendo con fuerza.

—¡Maldición!

Segundos más tarde, Cameron se corrió en su boca. Sintiendo el sabor salado de su simiente, siguió lamiéndolo y acariciando sus testículos hasta que la respiración masculina se relajó. Él murmuró palabras en su idioma antes de agarrarla de la cadera y tomarla con brusquedad bajo su cuerpo. Alba abrió los ojos por completo, ¿cómo era posible que siguiese duro después de haber llegado al orgasmo?

Las caderas de Cameron bombeaban sin cesar, golpeando contra ella. Gimiendo sin parar, un fuerte ramalazo de placer la llevó al orgasmo cuando él acarició su clítoris en círculos húmedos, aumentando la rapidez de sus dedos. Capturó los sollozos femeninos con su boca antes de llegar él al ansiado clímax, dejándose caer sobre su futura esposa.

Alba jadeaba, jugueteando con los mechones de Cameron entre los dedos.

Dios, sí, podía imaginarse una vida así... para siempre.



Cameron salió por última vez en búsqueda de Marianne con Alasdair, aunque no se alejaron de sus tierras. El hermano de la hermosa y cruel rubia ya había perdido la esperanza de encontrarla, algo que desgarraba de dolor a Beth, cuyos ojos lo miraban con preocupación cuando llegaron a la hora de comer. Aedan, a pesar de ser un mujeriego, mostró suficiente respeto por Marianne, dejando de visitar a las mujeres hasta que se celebrase su entierro y pasara una semana.

Por su parte, Alba había perdido la cuenta de los días que llevaba allí. ¿Meses? No estaba segura. Cameron hizo público su matrimonio con ella, mandando a algunos de sus hombres para que fueran a buscar al sacerdote, quien se encontraba en tierras de MacLean en una boda. Se casarían nada más llegase a Dunvegan.

Por otra parte, Mary, madrastra de Cameron, se fue dejando ver con más

frecuencia, mostrándose orgullosa por la boda y ayudándola a organizarlo todo. Alba, cohibida por no poder ofrecer una dote que asumiera parte de los gastos, redujo al mínimo los gastos todo lo que pudo, desde la comida hasta los invitados, haciendo una velada muy íntima bajo las protestas de Mary.

Poco a poco Alba se fue olvidando del libro, de su anterior vida en España, comenzando a recolectar nuevos recuerdos de la vida que le esperaba junto a Cameron.

El entierro de Marianne fue en las tierras de los MacLean, en una mañana gris repleta de tormentosas nubes que traían el olor a lluvia. El viento movía la vegetación, arrastrando la fragancia de la naturaleza. Alba soltó un suspiro. A pesar de todo, sentía cierto peso de la culpa por el destino que había tenido la hermana de Alasdair.

Mientras se encontraban allí oyendo las palabras del sacerdote, Robert se había quedado al mando del castillo y del clan, ya que Aedan tenía obligación de asistir al entierro de la que había sido su esposa. Mary había prometido echar una mano para que todo estuviese igual que cuando se fueron, no fiándose del todo del *highlander* pelirrojo.

Cuando Cameron le ofreció que se llevara a una doncella, se lo pidió a Beth, que se encontraba a su lado vestida de negro, con los ojos clavados en el atractivo y pálido rostro del *laird* de los MacLean. Cuando una suave brisa trajo la lluvia, su pelo rubio pasó a convertirse en oro fundido. Mirando a su futuro marido, le apretó el brazo con el que se apoyaba.

Él le sonrió de aquella forma que la derretía, como si fuese lo más importante de su vida. Sus ojos grises eran del mismo color que el cielo, pero más fríos. Al terminar la ceremonia, se acercó a Alasdair, lanzándose a sus brazos para reconfortarlo.

—Lo siento mucho, amigo —dijo en voz baja, susurrando la última palabra en español.

—Gracias, muchacha. —Alasdair se separó de ella y le dirigió una seca sonrisa llena de dolor. Cameron la apartó con suavidad antes de palmearle la espalda y agarrarle el brazo.

—Sabes que siempre nos tendrás, ¿verdad? Eres bienvenido a pasar una época con nosotros, si quieres.

—Gracias, Cameron. Pero tengo que encargarme de mi clan.

Alba echó una mirada a Beth, que tenía las manos por delante, entrelazadas, y parecía morirse de ganas por decirle algo.

Queriendo ayudarla, la agarró del brazo y la acercó a él.

—Alasdair, ¿te acuerdas de Beth?

Él asintió, algo confuso.

—Sí, por supuesto.

—Es mi mejor amiga, además de doncella, y ha querido venir a darte sus condolencias.

Beth se sonrojó profundamente. Alzó la cabeza e hizo una pequeña reverencia.

—Lamento todo esto, señor.

—Gracias —graznó con voz ronca, disculpándose para saludar a otros invitados.

Cameron la miró con una ceja alzada, cogiéndola del hueco que hacia el codo con el brazo para conducirla al interior del castillo, donde comerían. Comenzando a llover con más fuerza, Alba se dio la vuelta una vez más para ver desde lejos la tumba de Marianne, junto a la de sus padres, Anne y el hijo de Cameron. Él le había explicado que allí estaría mejor, acompañada por sus seres queridos.

Ella pudo adivinar que también había sido un favor a Alasdair, su amigo más cercano.

Otra de las muchas cualidades que amaba de Cameron era su empatía. El amor que sentía hacia la gente que le rodeaba hacía que interpusiera la felicidad de ellos a la suya propia, como ya había mostrado a Alba. No solo le había ofrecido ir a España para ver a tu tía Carmen, algo que tuvo que rechazar y buscar una buena excusa, sino que además le había dado la oportunidad de retrasar la boda hasta que ella estuviese presente.

Las acciones del *laird* cada día conseguían que sus sentimientos hacia él aumentaran peligrosamente.

Sentándose en la parte que les correspondía, cerca de Alasdair, Alba se sorprendió al ver a los MacDonald. Pudo notar la tensión en el cuerpo de su prometido.

Alzando la cabeza, se puso de puntillas y le dio un beso en la mandíbula.

Él se relajó.

—Tengo muchísima hambre —murmuró acariciándole el torso con una mano en una suave caricia.

—Yo también, *mo rùin*.

Cuando llegó Alasdair y tomó el asiento principal, todos comenzaron a

comer. Cameron no tardó más de diez minutos en preguntarle por la presencia del otro clan.

—A pesar de que les pagamos para que nos dejaran entrar en sus tierras, han cooperado en la búsqueda de Marianne. Ha sido un pequeño gesto.

Asintiendo, no volvieron a tocar el tema. Alba, callada, estuvo dándole vueltas al libro y a lo del veneno, quitándole el apetito. Echando el plato para atrás, pensó en los posibles candidatos que podrían conseguir poder con la muerte de Cameron. Solo se le ocurría Aedan, y esa posibilidad era bastante remota cuando él ya no vivía en el castillo, aunque las cosas podrían cambiar tras la muerte de Marianne.

Una mano en el muslo la sobresaltó.

—¿En qué piensas?

Sonrió con vergüenza a Cameron, sintiendo un nudo en el estómago.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —respondió mientras le volvía a acercar el plato.

Puso los ojos en blanco, ignorando la risa de él.

—¿Alguna vez te han envenenado?

—¿Piensas hacerlo tú? —la picó.

Alba le dio un codazo en las costillas, cogiendo su copa para llevársela a los labios. Al comprobar que estaba vacía, llamó a un sirviente para que la llenase.

—Por supuesto, ¿acaso lo dudabas? —bromeó alejando el plato.

Él volvió a acercarlo, y cuando iba a coger la copa, Alba se adelantó, vaciándola casi de un sorbo que estuvo a punto de atragantarla. Y hacerla vomitar. Estaba rancia. Parpadeando para controlar las lágrimas, hipó.

Cameron la miró detenidamente.

—¿Todo bien?

—He estado a punto de atragantarme —masculló.

Asintiendo, él cogió un mechón de su pelo para jugar con él, como si tuviese que estar en continuo contacto con ella.

Dos días más tarde, Cameron preparó el viaje de vuelta a Dunvegan. Montada sobre *Ròs*, la yegua blanca que tenía trenzas en el lustroso pelo blanco, alzó el rostro hacia el cielo cuando comenzó a llover, refrescándola. Sentía las pequeñas gotitas contra sus pómulos, nariz, barbilla... Incluso en los párpados cerrados.

Abriéndolos, sonrió al ver a Cameron estirando un brazo sobre su enorme

semental negro para cubrirla con la capa. Vio algo en su mirada que la hechizó.

—Vas a resfriarte —gruñó en respuesta, algo azorado por ser pillado mirándola de aquella forma.

Sonriéndole, siguió el camino con ciertos mareos. Disfrutó de las hermosas vistas, de las nieblas cubriendo los valles y montes como una suave tela plateada vaporosa. Pudo vislumbrar algunos animales, como ciervos, una pareja de jabalíes y aves volando por el cielo en círculos, sobre los lagos, dispuestos en cualquier momento a lanzarse en picado para atrapar su presa.

Cuando el cansancio fue demasiado para ella, Cameron accedió a hacer una parada.

Alba fue hasta un lago que se encontraba cerca, a apenas unos cinco minutos, tras haber comido su parte bajo la atenta mirada del *laird*. Quitándose las botas de piel, se sentó en una roca y metió los dedos en el lago, soltando una exclamación al sentir el frío agua en los pies.

Más de una vez había oído a Cameron decir que no estaba siendo un invierno particularmente frío. Apenas se estaban congelando los valles y lagos, una buena noticia para ella. Miró su reflejo en el agua y sonrió. Cuánto había cambiado. Su pelo le había crecido bastante, aunque conservaba cierta tendencia a encrespase para desgracia suya. Un saludable sonrojo iluminaba sus marcados pómulos.

Sus ojos eran como dos estrellas. Con luz propia. Se metió un poco más, hasta tener las pantorrillas dentro.

Se estremeció.

—Dios mío, qué fría....

—¿Se puede saber qué haces, *lass*?

El tono despreocupado de Cameron, para nada esperado, la asustó, estando a punto de caer a las frías aguas del lago.

La sonrisa tan magnética que tenía sumado a la elegancia con la que movía aquellos duros músculos la excitaba y hechizaba. Su cuerpo reaccionaba a él, a pesar de intentar controlarlo.

Supuso que parte de que lo encontrase tan atractivo residía en los recientes sentimientos que sentía hacia él.

—¿Por qué has venido hasta aquí?

—Broc me dijo que había un lago y quise mojarme los tobillos. Los tengo hinchados.

—Podría haberte acompañado Beth.

Ella alzó la cabeza, sintiendo un aleteo en la boca del estómago cuando él clavó sus ojos en su boca.

—Sabía que vendrías tú.

Cameron se agachó para cargarla en brazos, ella se agarró el vestido y huyó por la orilla del lago. Soltó una trémula risita, esquivando las ansiosas manos masculinas.

—Por supuesto, no quiero quedarme sin esposa tan pronto. Ven aquí, mujer. Tienes que darme algunas explicaciones.

Alba alzó una ceja y lo miró por encima del hombro, viéndolo acercarse.

—¿Se puede saber sobre qué?

—¿Qué ha sido eso de meter a Beth en la conversación de Alasdair el día del entierro de su hermana?

Consiguió agarrarla de la muñeca y tiró de ella, haciéndola rebotar contra su pecho. Siendo rodeada por los fuertes brazos de su futuro marido, intentó controlar los erráticos latidos de su alocado corazón. El calor que emanaba del cuerpo de Cameron era sin lugar a dudas adictivo.

Muchas personas encontrarían ridículo el sentimiento de protección que Alba sentía con respecto a él, sobre todo cuando era un guerrero que debía rondar el metro noventa y superar los cien kilos. Y aun así, ella necesitaba saber que se encontraba bien, a todas horas. Parte de su paz mental dependía de él ya que se había convertido en su familia. Su única familia.

—Oh... No recuerdo eso —contestó risueña, cogiéndole el rostro entre las manos para ponerse de puntillas y besarlo.

—Claro que sí. Sé que Beth está enamorada de él desde hace años. —Él le retiró un mechón de la cara que el viento había colocado—. No deberías ilusionar a la pobre muchacha.

—¿Por qué no?

—No tiene posibilidades —contestó como si fuera obvio.

—¿Y eso por qué?

Los ojos grises de Cameron parecían confusos, como si no entendiese las preguntas de ella.

—¿Me estás tomando el pelo, Alba?

—No. —Sonrió—. Me recuerda a nosotros, ¿sabes? Te vas a casar conmigo cuando yo no tengo nada. Beth tampoco. ¿Por qué no podría?

—Es una sirvienta, Alba.

—Pues yo...

—Te traje conmigo y te ofrecí un lugar en mi clan. Beth es un caso diferente. Aparte de que, con la muerte de Marianne y a pesar de que Alasdair siempre contará con mi apoyo, tiene que casarse con una mujer que le aporte tierras, ya que... Aedan se quedará con las que recibió por la dote.

Al comprenderlo, suspiró y asintió con tristeza.

—Vaya... Pensé que sería posible.

—No, no lo es. —La besó suavemente, intentando quitarle el amargo sabor de la noticia, que había fruncido su rostro. Ella le respondió al beso—. Encontraremos un buen marido para Beth, cariño, no te preocupes.

El apelativo cariñoso estuvo a punto de hacerle perder el hilo de la conversación. Su corazón dio un brinco. Estaba acostumbrada a que Cameron le dijera cosas en gaélico que todavía no había logrado entender, pero supo que, con toda certeza, eran apodos cariñosos. ¿Sentiría algo por ella? ¿Algo más que deseo?

—Te has sonrojado. —Acarició las mejillas de ella con las yemas de los dedos—. Pareces una niña con el pelo revuelto y esa cara como el granate.

Alba abrió la boca. Iba a protestar cuando él agachó la cabeza y la besó, acallando sus protestas.

Sintió la imperiosa necesidad de acariciar el pelo de él, llevando sus manos hasta el cuello. Sí, le encantaba sus besos, incendiaba su cuerpo con mucha facilidad, con apenas una chispa. Su cuerpo temblaba, deseoso de ser acariciado por las grandes manos de Cameron.

Y acariciarlo ella a él. Por todas partes. Sentirlo se había convertido en una nueva necesidad que también tenía que satisfacer, como el hambre o el sueño. Cameron ladeó la cabeza para profundizar el beso, acariciando su lengua con la de ella. Soltó un gemido ahogado y se pegó a su cuerpo lo máximo que pudo, sintiendo contra el estómago la enorme erección, gruesa y erecta.

Humedeciéndose los labios, cogió aire.

—Sinvergüenza —susurró Alba.

Él se rio, aunque el hambre todavía brillaba en sus ojos oscurecidos. Cuando las manos de él descendieron por los costados de su cuerpo, llegando hasta su trasero, lo apresó con firmeza.

—Deberíamos volver antes de decidir si finalmente te tomo o no sobre el suelo. —Ella se mordió el labio, sintiendo el calor fluyendo por el interior de sus venas, propagándose por todo su cuerpo para terminar en su sexo, húmedo

e hinchado por las imágenes que él formaba en su cabeza. Como si supiese lo que pasaba por su cabeza, Cameron gruñó y la apretó, tomando su boca—. No me tientes, *mo rùin*. No estoy bromeando.

Ni ella.

Estuvo a punto de tropezar con alguna que otra raíz y piedra, siendo sujetada por Cameron, que la miraba como si no tuviese remedio.

Ayudándola a montar, continuaron una larga cabalgada en la cual Alba se distrajo hablando con Beth, Broc y Cameron.

Alba miró concienzudamente a Broc. Era un hombre atractivo. Sus rasgos no eran de la belleza que poseía Cameron, sino más feroces y algo lobunos, haciéndolo parecer un poco agresivo. Era moreno, grande y fuerte, estaba segura de que no debía de tener problemas con las mujeres. Luego miró a Beth e intentó imaginárselos juntos.

Pero... ¿estaría su amiga interesada en él? Alasdair era el polo opuesto a Broc.

—Ni lo sueñes.

Alba miró con enfado a Cameron, que intentaba contener la sonrisa al ver el rostro manipulador de su mujer.

—¿Por qué? ¿Eh?

—Beth está demasiado enamorada de Alasdair mientras que Broc es como un niño de cinco años metido en el cuerpo de un adulto. No es una buena idea.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué me quede de brazos....?

—Nada, por una vez no hagas nada —le dijo antes de guiñarle un ojo y adelantarse para ir a la punta de la cola.

Exasperada, soltó un bufido.

—¿Y esa cara larga, muchacha?

Miró hacia su izquierda, encontrándose a Broc. Una sonrisa apareció en su rostro.

—¡Cuánto me alegro de verte! Broc, eres mi amigo, ¿verdad?

El *highlander* iba a acelerar la montura cuando ella le agarró las riendas, fulminándolo con la mirada.

Él suspiró.

—Sí, muchacha.

—¿Puedo hacerte unas preguntas para conocerte mejor? —preguntó inocentemente mientras se quitaba una pelusa imaginaria de la capa.

—Ejem... Bueno.

—¿Tienes mujer? —soltó a bocajarro.

Poniendo los ojos en blanco, él negó con la cabeza reiteradas veces. Parecía espantado.

—No.

—¿Cortejas a alguien?

—No.

—¿Te interesa alguna mujer?

—No.

—¿Puedes dejar de responder con monosílabos, por favor? —Exasperada, se echó la capucha hacia atrás cuando le impidió mirar a los oscuros ojos del guerrero.

Broc espoleó a su caballo y se colocó al lado de Cameron, que soltó una estridente carcajada.

Alba estuvo a punto de gruñir.

—¿Para qué le hacías todas esas preguntas?

Mirando a Beth, se llevó la mano a la nariz cuando una gotita cayó en su nariz.

—Hm... ¿Qué te parece Broc, Beth?

Entendiendo la situación, su amiga suspiró y negó con la cabeza.

—Te agradezco que te preocupes por mí, Alba, de verdad, pero no me veo casada con ningún hombre que no sea Alasdair. Se me pasará, me casaré y todo quedará en un bonito recuerdo pasajero. —Le sonrió, agradecida—. Aprovecha la vida que vas a tener con el *laird*, es un buen hombre y te quiere.

Resignada, Alba asintió.

Capítulo 17

Sevilla, España.

5 de enero de 2016.

Ruth y Eire contemplaron atónitas la tranquilidad de Carmen, la tía de Alba, mientras se quitaba el delantal para comer ellas, cerrando el turno de cocina. Sus cálidos ojos castaños brillaban de felicidad, cosa que ninguna de las dos amigas entendía. Habían ido con la amarga noticia de que Alba, su sobrina, había desaparecido en extrañas circunstancias al ser empujada por el barco y caer en las oscuras aguas del lago Ness.

Carmen había asentido, sin dejar de recoger los cacharros de la cocina, contestando que el señor O'Neill y su sobrina Felicity le habían comunicado el extraño incidente.

Tras caer, Alba no salió a la superficie, ni flotó inconsciente por darse un golpe o tragar agua hasta inundar sus pulmones. No, había desaparecido como por arte de magia. Habían llamado a la policía, habían rastreado el lago, un equipo de submarinistas había peinado la zona por donde había salido despedida, sin encontrar nada.

Habían pasado ya cinco días desde su desaparición.

Ruth y Eire se alarmaron después de no recibir respuesta de Alba en varios días. Su móvil debería de haberse caído al agua también, había pensado Ruth, hundido en lo más hondo del lago, quizás en el suelo o entre las piedras. Fuera como fuera, no sabían si su amiga se encontraba bien.

El señor O'Neill había dejado clara su intención de volver a España cuando la policía terminara de hacerles preguntas a él y a su sobrina. Esa falta de sensibilidad por parte del irlandés les había provocado a ambas un nudo en el estómago.

Sentándose al lado de Carmen, quien iba a iniciar su descanso, Ruth le cogió las manos.

—Perdona que te estemos molestando en tu descanso, Carmen...

—No te preocupes, querida.

—Alba ha desaparecido —estalló Eire haciendo gala de su fuerte carácter—. ¿Cómo es que no quieres ir a Escocia para participar en la búsqueda o...?

—No serviría para nada, Eire. —Carmen se metió en la boca un trozo de la carne que había cocinado—. Ella no está aquí.

Ruth la miró con confusión, mientras que la escéptica médica parecía estar a punto de perder los nervios ante la indirecta de Carmen.

—Carmen, Alba no está en la Escocia medieval en los brazos de un *highlander*, ¡es imposible! Ese hombre, en caso de que existiera, cosa que dudo, no es más que polvo. ¡Y ni siquiera eso! Alba se ha caído de un barco, puede haberse ahogado o desorientado y estar perdida en Escocia tras haber sido ayudada. ¿Y si ha perdido la memoria y...?

Eire se interrumpió al sentir un codazo por parte de Ruth. La mirada de Carmen recobró su fuerte brillo, aunque los posibles destinos que había nombrado sobre su sobrina no le habían gustado nada.

—Eire, sé que solo crees en lo empírico, en lo demostrable como médica que eres, —Agarró las tostadas manos de Eire entre las de ella, clavando sus ojos marrones en los azules de ella—, pero no todo se puede demostrar.

—Alba no ha sido transportada al pasado, Carmen. Por favor, deja de... creer en esos cuentos de hadas y...

—Eso no puedes demostrarlo —contestó con una sonrisa—. Soy mayor que tú, Eire. He visto cosas que tú, a tu debido tiempo, contemplarás. Y entonces recordarás esta conversación. En vez de preocuparte por mi sobrina, que se encuentra bien, deberías de tener cuidado.

Abriendo sus bonitos y profundos ojos azules, su mirada se tornó desconfiada.

—No creo en lo paranormal. Eso es algo que no va a cambiar —dijo Eire con rotundidad, sin dar su brazo a torcer y separándose de ella.

—Oh, Eire. Tú serás a la que le cueste más trabajo. —Cuando le hizo un gesto para que se acercara a ella, así lo hizo, agachándose a la altura de la cabeza de Carmen, sentada en una esquina de su restaurante—. Está bien que seas atea, cariño, has estado muy sola toda tu vida, pero dentro de poco el destino te dará la mayor recompensa de todas.

Mientras Ruth las miraba con curiosidad, preguntándose de qué estarían hablando en voz baja, Eire hizo una mueca irónica.

—¿Diez mil euros?

—El amor de un guerrero —murmuró pasionalmente, habiendo en su voz una especie de eco—. De un líder.

Escocia, Las highlands, 1440.
Castillo de Dunvegan.

Los días fueron pasando con rapidez para Alba, quien poco a poco se ganaba el cariño de la gente del clan. Con la idea de Beth, visitó las cabañas de familias, jugó con los niños en su tiempo libre, corriendo colina arriba colina abajo y fue dominando la técnica de hacer queso, hasta tal punto que ella quiso encargarse de hacer todos los que pudiese para mejorar.

Recogía las frutas y verduras del huerto, cogía flores nuevas para dar algo de vida al castillo, fue planeando los pequeños detalles de su boda, discutiendo con Cameron cuando él quiso hacer una ceremonia más grande, estando de acuerdo con Mary. Alba le dijo que se contentaría con que acudieran los *lairds* de los clanes y el propio clan. El vestido fue confeccionado por las mujeres del castillo, contando sobre todo con la ayuda de la amable Fiona y Beth, cuya amistad era irremplazable para Alba.

Cameron entrenaba todos los días con sus hombres, salía a cazar, siempre manteniéndola vigilada y comportándose de forma tierna y atento. A pesar de no expresar con palabras sus sentimientos, Alba podía sentirlos cada vez que la besaba o le hacía el amor, al igual que ella. Era tozuda y nunca, o casi nunca, daba su brazo a torcer. No estaba dispuesta a hacer el payaso delante de él. No, para nada.

Si no quería decirle, o no sentía, que la amaba, ella se encargaría de que en un futuro fuese así.

Tenían toda la vida por delante.

Alba no le dijo a Cameron que cosas suyas habían estado desapareciendo. Comenzó con el peine de nácar, siguiendo la mochila, unas botas de piel y un mechón de su pelo, que se lo había cortado el día que se prometió con él. Con respecto a los objetos... temía desaparecer de un momento a otro, abandonar Escocia y volver a la época actual, lejos de Cameron y de la familia que tenía: Beth, Broc, Alasdair, Fiona y Robert.

Mary, quien para sorpresa de Cameron y disgusto de Broc se había asentado por completo en el castillo, estaba tomando un papel muy activo. No verla cada día era algo inusual. Siempre ayudaba a servir la comida y la bebida, enseñaba trucos a Alba sobre cómo no pincharse con la aguja, pescar sin tener que hacerlo con algún cebo o amasar pan para que quedara crujiente

y bien hecho. Era como una segunda madre para ella.

Beth poco a poco parecía olvidar a Alasdair, o eso intentaba aparentar, se dijo Alba mientras iba hacia el lago de noche para coger peces. Gracias a otro consejo de Mary, se había dado cuenta de que los peces rara vez aparecían por el día, ya fuese por el ajetreo cuando llevaban el ganado a beber o la actividad de mujeres cogiendo agua en cubos.

Bajando la pequeña pendiente con el cubo de madera en una mano, canturreó una canción.

Al estar cerca, suspiró.

Desde donde estaba, veía la enorme y redonda luna llena iluminar el oscuro lago, que parecía ser un espejo. Reflejaba el cielo a la perfección, desde las coloridas estrellas que parecían tan pequeñas hasta las ramas de los árboles cercanos, incluida ella, que ya se encontraba en la orilla.

—Esto es precioso —murmuró con una sonrisa, sintiendo una suave brisa.

El invierno se había ido casi por completo y, aunque no había sido del todo brusco, Alba sabía que le quedaba un largo camino antes de poder soportarlo como las mujeres escocesas, quienes parecían estar hechas por el material más resistente de todas las Highlands.

Quitándose las botas de piel, se agachó en la orilla.

Un movimiento a su izquierda la alertó.

Girándose, vio unas ropas en la rama más baja de un árbol. No podía haber sido una mujer, ya que estaba demasiado alzada. Eran un *plaid*, unas botas masculinas, una espada y...

Un chapoteo en el agua la sobresaltó.

Dejó el cubo a un lado y retrocedió un paso en la mojada orilla, sintiendo las frías aguas lamer su piel, incitándola a zambullirse.

El aire fue expulsado de sus pulmones con brusquedad cuando vio surgir del agua una figura enorme, corpulenta y masculina. El hombre se echó el pelo hacia atrás, frotándose la cara con ambas manos. En ese momento el corazón de ella comenzó a latir desenfrenadamente, hechizada por la atractiva silueta. Su musculosa espalda era iluminada por la luna, viendo todos aquellos músculos contraerse con cada movimiento que hacía al mismo tiempo que las gotitas de agua se deslizaban por la pálida piel.

No pudo ver su rostro hasta que él miró a sus espaldas, donde ella se encontraba, rodeada por las plantas y arbustos, como si fuera una mirona cuando en realidad había ido a llenar las despensas del castillo.

Reconoció el perfil de la cara con una sonrisa, acercándose a la orilla un poco más. Él escudriñaba en ese momento, con sus fríos ojos grises clavados en su rostro. Avanzó un par de pasos hasta que el agua le llegó por las estrechas, viendo una excitante y pecadora cicatriz a cierta distancia del ombligo, que ella había chupado y mordisqueado.

Y, sin dudas, más abajo estaría su grueso miembro.

Sintió los pechos pesados, paralizada bajo el hechizo de la mirada masculina.

—¿Alba?

—La misma —graznó, aclarándose la garganta.

—¿Qué haces aquí?

—Yo... Eh... —Sacudió la cabeza y se obligó a responder como una mujer madura—. He venido a pescar peces.

Genial, la estaba mirando como si fuera una abominación.

—¿Pescar, dices?

—Eso he dicho, sí.

Si había algo que volviera loca a Alba, eran unos brazos fuertes, entrenados, y Cameron poseía un buen par. Del maravilloso cuerpo masculino, siempre había mostrado debilidad por los brazos. Le encantaba sentirse entre ellos, palpar la fuerza y la vitalidad que desprendían. Sin lugar a dudas, los de Cameron eran sus favoritos.

Humedeciéndose los labios, su corazón dio un brinco.

—¿Puede saberse para qué?

—Oh, pues Mary me dijo que era mucho mejor pescar por la noche, ya que durante el día con el jaleo y el ruido permanecen escondidos. Vengo todas las noches desde hace unos días.

—¿Sólo a pescar?

Recordando la trágica muerte de su esposa y su traumática experiencia con Marianne, se obligó a asentir varias veces.

—Solo pesco, y por la zona de la orilla.

—¿Por qué?

Parpadeando, lo miró con una ceja alzada. Maldición, se estaba distraendo. Una gotita de agua discurría por sus abdominales con decadente lentitud.

—¿Qué po-por qué?

—Ajá.

—Me gusta ayudar en el castillo. No quiero ser una carga —murmuró inconscientemente y, sin esperar ni un segundo, se alzó el vestido para quitárselo por la cabeza.

Cameron parecía sorprendido pero complacido. El deseo y el hambre de sus ojos la alentaban a hacer locuras.

—No quiero que te consideres una carga, Alba. No lo eres... —Se pasó las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás mientras clavaba los ojos en la seductora curva de sus nalgas, agachada para quitarse las botas. Se removió, inquieto en el agua. Sentía el pene erecto, pegado al estómago—. ¿Qué haces?

Completamente desnuda, ella se mordió el labio inferior.

—Hm... ¿Bañarme contigo?

Cameron la miró de arriba abajo varias veces, preguntándose cómo podía desearla tanto. Sus pequeños pechos estaban decorados por unos tensos pezones de color canela, oscuros y erectos que pedían a gritos ser lamidos y mordidos. Su cintura era estrecha para ensancharse en las caderas, llegando hasta el suave triángulo oscuro donde se ocultaba la vulva femenina. Caliente. Húmeda. Apretada.

Estirando una mano, Alba la agarró y soltó un gritito cuando la baja temperatura del lago la rodeó por completo. Se apretó al cálido cuerpo de Cameron, rodeándole con las piernas.

Sintió su erección empujando contra los pliegues de su sexo. Dándole un beso en la mejilla, se enterneció cuando él buscó sus labios. Presionaba su boca con suavidad, lamiendo la carnosa carne inferior. Soltó un suspiro, gesto que aprovechó él para ladear el rostro y profundizar el beso.

Dios bendito, aquello era el paraíso para ella.

Alba gimió contra él, pegando sus pechos al torso de él mientras era rodeada por sus brazos, que acariciaban su espalda en tentadores movimientos. Comenzó a mover las caderas, frotándose contra la verga de él, oyéndolo gruñir antes de volver el beso brusco, una dominación que ella estaba de acuerdo en aceptar.

Con una sonrisa, él bajó una mano hasta sus nalgas, deslizándola entre ellas. Fue bajando con dolorosa lentitud hasta la vagina, metiendo dos dedos y acariciando los pliegues, frotando la zona una y otra vez hasta sentir un inmenso fuego en ellas.

—Eres una descarada desnudándote en medio de la noche cuando cualquiera podría verte, *mo ruin* —gruñó en su cuello, lamiendo. Sus palabras

fueron como una punzada en sus pezones—. Sabes que no me gusta que nadie te vea desnuda. Eso es privilegio mío.

—Hmmm... —Ella asintió, tomando su boca en otro pasional beso. Agarrándole el rostro con las manos, acarició el suave vello de la mandíbula, sintiendo la estructura ósea que formaba el bello rostro de su hombre.

Deseosa de darle placer y de hacerle sentir lo mismo, deslizó una mano hacia abajo, buscando su pene. Al encontrarlo, lo aprisionó con fuerza, apretando el glande.

Él apretó los dientes y embistió contra su mano.

—Maldición, Alba... Tienes las manos más magníficas de toda Escocia.

Bajando y subiendo por toda la longitud, él la levantó un poco más para llegar a sus pechos. Ella se rio cuando perdió el equilibrio y tuvo que sostenerse sobre sus hombros. Él aprovechó para alzarla más y agarrarla por los glúteos, quedando casi todo su cuerpo a vista de sus hambrientos ojos.

Él miró la unión de sus muslos.

—¿Estás mojada?

—Mucho —dijo en voz baja y ronca, con los ojos pesados.

—¿Qué deseas, Alba? —Dio un beso en su abdomen, ella suspiró—. ¿Mis dedos, mi lengua o mi verga?

Otra de las muchas cosas que le excitaban de Cameron era el lenguaje que utilizaba cuando se acostaban. Era oscuro pero delicado, la hacía sentir femenina, deseada y bella, como si fuera la única mujer capaz de satisfacerle.

Él comenzó a llevarla hasta la orilla, dejándola tendida en la húmeda tierra, rodeada de vegetación mientras sentía el agua por sus piernas y tobillos. El tacto del suelo le cosquilleaba la espalda. Oía el chasquido del agua y veía el resplandor de la luna a espaldas de Cameron.

—Lléname, Cameron —musitó temblorosamente.

El fuego que ardió en sus ojos al decir la palabra desencadenó lo que había deseado, incluso más.

Cameron la agarró de la pierna flexionada y le dio la vuelta, poniéndola boca abajo con una delicada brusquedad que la excitó. Agarrándola de las caderas, las alzó, con las rodillas apoyadas en el charco de agua. Él colocó su pecho sobre ella, recorriéndole la espalda con besos. Una mano pellizcaba y jugueteaba con sus pezones.

Alba gemía, presionando hacia atrás, donde se encontraba la dolorosa erección de él. Cuando por fin consiguió encajar la cabeza sobre la apertura

de su sexo, suspiró aliviada.

Sin embargo, él se separó, no sin antes besarla con brusquedad.

—No, Alba. Todavía no.

Ella protestó.

—¿Cuándo?

Sin responderle, le separó más los muslos, exponiendo la rosada grieta de su sexo. Húmedos por la excitación femenina, pasó la lengua en una lenta lamida que la hizo gritar, apoyándose sobre los codos, incapaz de soportar todo su peso. Cuando le pellizó el clítoris con el pulgar y el dedo índice, una corriente de placer la dejó al borde del clímax.

—Cameron, por favor —murmuró ofreciéndose a él, completamente abierta y expuesta. Él la contemplaba sin reparos—. Penétrame. Por favor...

Pasó por última vez la palma de la mano por su monte de Venus, abarcándolo por completo y haciendo contacto. Mentiría si dijese que no estaba a punto de correrse en la espalda de su futura esposa. Era capaz de seguir dándole placer, disfrutando de las vistas de su expuesto cuerpo mientras tomaba de él lo que ansiaba.

Encajando las caderas con las de ella, blasfemó cuando Alba estiró la mano y cogió su polla, bombeando antes de darle un suave tirón. Cerrando los ojos, agarró sus glúteos, intentando contenerse.

—Guíame hasta tu interior, cariño.

Ella obedeció, colocando la ancha cabeza entre sus húmedos pliegues. Agarrándola, la embistió con lentitud, sintiéndose acogido y rodeado por los músculos vaginales, aprisionado con fuerza. Apretó los dientes y se obligó a abrir los ojos para verla.

Con los puños sobre la tierra mojada y las caderas alzadas hacia atrás, sus ojos cerrados y su boca entreabierta, era un espectáculo digno de ver. Una necesidad apremiante de que su mujer lo mirase y viese quién la poseía le obligó a comenzar a moverse en su interior, escuchando sus gemidos cuando salía poco a poco de ella para volver a entrar, esta vez con más fuerza.

—Abre los ojos, *m'eudail*. —Volvió a golpear contra ella, sintiendo el tosco toque de su bolsa testicular contra las nalgas—. Déjame verte el rostro mientras llegas.

Con esfuerzo, ella lo miró de reojo. Apenas podía verse la profundidad de sus ojos verdes, casi negros por la dilatación de la pupila. Inclinandose sobre ella, depositó un suave beso en el húmedo hombro, sintiendo el sabor salado

de la piel. Sabiendo que a duras penas aguantaría un par de envites más, acarició su clítoris en perezosas caricias, rodeando la protuberancia antes de hacer contacto directo con él.

Un feroz gruñido salió de su pecho al ser apretado por los músculos vaginales. Alba se corría en oleadas de placer que la hicieron llegar al ansiado clímax, perdiendo el soporte de los codos.

Un par de embestidas más dentro de su apretada vagina consiguieron que soltara su simiente dentro de ella, apoyándose sobre las manos, a ambos lados de los hombros femeninos, con la vista clavada en su bello rostro sonrojado. Las respiraciones agitadas de ambos acompañaban los sonidos de la naturaleza.

—*Och*, cariño. No sé qué voy a hacer contigo...

Cogiéndola en brazos, la besó con ínfima ternura, queriendo expresarle todo lo que sentía pero no se atrevía a decir. Ella le correspondió gustosamente, acariciándole la mejilla con las yemas de los dedos. Al separarse unos centímetros, la miró. Ella sonreía, con el pecho agitado. Alba lo amaba. No tenía ninguna duda.

—Cuídame por todo el resto de tu vida.

—Eso es algo que cumpliré sin esfuerzo alguno. Pero antes déjame que te lave.

Con la piel sensible, dejó que la lavara en el agua mientras lo contemplaba en silencio. Sus gestos hablaban por él y, a pesar de ello, se moría de ganas por oír las palabras de su boca. Ella se guardaba las suyas bajo llave, dispuestas a arrojarlas a la luz cuando él también lo hiciera.

Al salir del lago, él la vistió, robándole algún que otro beso al secarla con avidez. Estornudó tres veces, sonriéndole para tranquilizarle.

—Prométeme que dejarás de cazar peces por la noche.

—¿Por qué? No pasa nada, Cameron, no me meto en el agua y soy una experta nadadora.

—Prométemelo. No sola, al menos. —Abrazándola, besó el tope de su cabeza—. Ya he enterrado una esposa, no quiero tener que repetir la misma experiencia.

Asintió varias veces, disfrutando del abrazo mientras miraba la redonda luna, blanca y resplandeciente. Estaban a contraluz y se moría de ganas por hacerse una foto con él y el místico paisaje de la noche. Alba había mostrado desde pequeña la necesidad de atesorar todos sus recuerdos en fotografías.

Temía olvidar, dejar en lo más oscuro de su mente a las personas más importantes de su vida.

Y Cameron se estaba convirtiendo en uno de ellos. Lástima que no tuviese una cámara, pensó.

Besó el pecho de él antes de oír su ronca risa.

—¡Eh, Cameron! —Alba hizo amago para separarse al oír la voz de Broc y la de otros hombres, pero Cameron apretó el agarre de sus brazos. Sonrojada, aguantó la divertida mirada de los *highlanders*—. ¿Habéis terminado de bañaros? Nosotros también queremos disfrutar del lago.

—Sí, hemos terminado. Mañana os quiero a todos antes del amanecer en el patio de entrenamiento, ¿entendido?

Subiendo la pendiente hacia el castillo, Alba saludó a Fiona, quien estaba recogiendo el salón antes de irse a la cama.

Disfrutó del pacífico silencio lleno de significado que les rodeaba. Antaño, si le hubiesen preguntado si creía que encontraría a alguien con el que compartiera tanta conexión, habría respondido un no rotundo. Pero allí se encontraba, con él de la mano mientras iba a sus aposentos, separados de los de Cameron. Seguramente todos estarían al tanto de que se habían acostado, para qué engañarse, incluso que los hubiesen pillado en el lago había sido una clara señal, pero Cameron se había mostrado reacio a que durmiese con él sin estar casados.

Las mujeres perdían un respeto considerable y él no permitiría nunca que se sintiera incómoda en el que se convertiría en su nuevo hogar para el resto de su vida.

Antes de que llegaran a la puerta de su habitación, le dio un suave tirón en la mano para que se detuviese.

Él la miró y alzó una ceja.

—¿Sucede algo, Alba?

Oír su nombre pronunciado a la manera escocesa, como siempre había hecho, era una sensación a la que no se había acostumbrado. Al parecer, Alba, tenía un significado muy especial en Escocia, pero se había negado a revelárselo hasta que se casaran y fueran marido y mujer.

Podría haberle preguntado a Beth u otras personas, pero tenía la sensación de que aquello habría roto la magia. Y eso era precisamente lo que quería evitar a toda costa. Lo que había entre ellos era tan especial que sentía miedo. Miedo de perderlo todo de un momento a otro. Si alguna vez Cameron la

miraba con odio en los ojos o desaparecía de sus brazos... No se lo quería ni imaginar.

—Quiero... —Tragó saliva y rodó los ojos—. ¿Podríamos ir antes a la planta más arriba del castillo? La que es descubierta y puede verse...

—Te refieres al patio interior de la última planta, ¿verdad? La que utilizan arqueros y otros soldados cuando hay conflictos.

—Esa misma, sí —dijo asintiendo.

—¿No puedes esperar mañana?

—¿Has visto la luna tan bonita que hay en el cielo y la cantidad de estrellas brillantes? ¡Sería un desperdicio no ir a mirarlas un rato!

—De acuerdo, vamos. Veamos esas estrellas que dices.

—Y la luna —dijo mientras andaba con una resplandeciente sonrisa.

—Y la luna.

Una vez se encontraron en lo más alto del castillo, Alba se acercó a las almenas y miró el brillante cielo oscuro de la noche. Infinidad de estrellas de distintas formas se agolpeaban unas contra otras, como si alguien las hubiese tirado despreocupadamente contra el firmamento.

Girándose, vio a Cameron cruzado de brazos y sonriendo.

A su lado, en una esquina del inmenso patio, encontró una enorme manta enrollada junto a otra ropa. Supuso que a veces lo utilizarían como tendero. Una brillante idea cruzó por su cabeza.

Cogiendo la manta, la extendió sobre el suelo y se tumbó, haciéndole un gesto a Cameron.

—¡Vamos! Si nos tumbamos no tendremos que estar con el cuello en tensión al mirar hacia arriba.

—Buena idea, cariño.

Él se tumbó y extendió un brazo para que se acobijara en él, apoyando la cabeza sobre su pecho, justo donde oía los latidos de su tranquilo corazón. Rodeándola, suspiró mientras disfrutaba del hermoso paisaje que, una vez más, las Highlands le ofrecían.

La luna destacaba, tan pálida y con débiles manchas grisáceas. Pudo ver que poco a poco una niebla comenzaba a rodear al castillo, dejando una mojada superficie sobre ellos y las piedras de la fortaleza. Frunciendo el ceño, desechó el pensamiento de que se le iba a encrespar el pelo y le señaló unas estrellas con una curiosa formación.

—¿Ves ese grupo de estrellas?

—¿La de seis?

—Esa misma, ¿no te parece que tiene forma de árbol?

—¿Árbol? —Cameron achicó los ojos, pensativo—. Yo veo más bien una hoja.

—¿En serio? —Parpadeó varias veces, intentado enfocar su vista—. Hm... Vale.

Una suave lluvia comenzó a caer, haciendo que Alba se riese y se incorporase sobre sus rodillas. Cameron, tumbado, la miraba con las comisuras arqueadas hacia arriba.

Su corazón dio un brinco. Seguía sin acostumbrarse a él. A su presencia. A los sentimientos que hacía bullir en su interior. Su cara fue quedando cubierta por las gotitas de agua y su pelo, de ese color castaño cobrizo, se fue humedeciendo, quedándose algunos mechones pegados a su frente.

El nudo que sentía en el estómago aumentó. Echándose a su lado, contempló sus ojos. Él estiró una mano y la ahuecó en su mejilla, dejando esa zona acariciada en llamas.

—Eres tan hermosa, Alba Duque. —Ella esbozó una sonrisa al mismo tiempo que sus mejillas se sonrojaban—. Me siento el hombre más afortunado de toda Escocia por tenerte a mi lado.

Inclinándose sobre ella, su rostro quedó enmarcado por el cielo oscuro. Seguía lloviendo con suavidad, creando un ambiente íntimo y místico. El viento se escuchaba a lo lejos, moviendo las copas de los árboles. Pero Alba no era consciente de ello. No. Solo era consciente de los profundos latidos de su corazón mientras miraba a los ojos del hombre de su vida.

Quería decir algo, pero su lengua parecía haberse derretido con las tiernas palabras de Cameron.

Poniendo una mano en su nuca lo atrajo hasta sus labios para besarlo y decirle todo lo que hablando no podía.

Capítulo 18

Definitivamente, la boda de Cameron MacLeod y Alba Duque sería en dos días. Con los invitados avisados, la comida lista, el castillo limpio y el sacerdote, todo estaba preparado. Alba había querido llevar todo para adelante para cansar lo mínimo posible a los sirvientes, quienes estaban deseosos de compartir las mañanas o las tardes con la futura mujer del *laird*.

Un cansancio progresivo se fue adueñando de ella, desde tirones en los lumbares hasta pesadez en los ojos que le obligaba a dormir muchas horas más. No necesitó mucho tiempo para atribuir el cansancio a todo el trabajo que intentaba llevar día a día. Tanto Beth como Fiona eran un gran apoyo, quienes se habían ocupado del vestido de novia y de los más mínimos detalles que se le escapaban a ella.

Alba apenas había asistido a un par de bodas toda su vida, por lo que todo aquello que se le escapaba era atendido por Fiona y Beth.

A pesar de que había insistido en que invitaran a los MacDonald como símbolo de paz, Cameron no había querido cruzar esa delgada línea de tregua que mantenía con el otro clan. Por supuesto, no conociendo muy bien la historia que unía a los dos clanes, se contentó con que Alasdair asistiera junto a otros clanes, no aliados pero tampoco enemigos.

Apenas era por la mañana cuando salió despedida, después de dar los buenos días a Cameron como Dios mandaba y desayunar, a ordeñar a las cabras y vacas, una tarea que encontraba muy divertida y que nadie trataba de hacer. Poco a poco se estaba ganando su rincón en el clan. Era incapaz de ocultar lo feliz que era.

Terminando de ordeñar a una cabra, otra ocupó su lugar. La susodicha se llamaba Dolores, nombre que ella le había puesto con el consentimiento de Cameron. Grande y blanca, le dio con el hocico en la mano como saludo antes de situarse correctamente sobre el cubo vacío.

—¡Vaya, Dolores! Pero qué guapa estás hoy, y mojada. ¿Volviste a escaparte del establo?

Recibiendo un sonido por su parte, comenzó a ordeñar con tranquilidad.

—Dentro de dos días voy a casarme, me encantaría que estuvieses conmigo, pero me temo que te comerías mis flores y...

Alguien entró en el establo, pillándola.

—¿Hablando con cabras? ¡Pero qué muchacha más loca!

Vio a Alasdair cruzado de brazos, apoyado en una de las vigas. Dejando a Dolores, fue a darle un fuerte abrazo, siendo levantada del suelo con ímpetu.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —Alejándose, hizo una mueca amigable—. No recuerdo haberte invitado, *laird* de los MacLean.

—Oh, vamos. Sé que has suplicado a Cameron para que viniese —dijo guiñándole un ojo azul.

Soltó una carcajada y volvió con Dolores, que miraba con curiosidad la escena, o mejor dicho, al hombre rubio. Le tenía un cariño especial a esa lista cabra.

—Sí, bueno... Me has pillado. ¿Te has echado ya una mujer o qué? Si no es así, tengo algunas candidatas que podrían gustarte...

—¿Se parecen a ti?

—Hm... ¿físicamente? Creo que sí. Ambas somos morenas. Ella no tanto —musitó pensativa con la imagen de Beth en la cabeza.

—Eso espero. Siempre he preferido las morenas.

—¿En serio? ¡Y yo que pensaba que los hombres rubios preferían mujeres rubias!

—Estupideces, muchacha. Donde hay...

—¿Coqueteando con mi mujer, Alasdair?

Alba levantó la cabeza del cubo casi lleno de leche hacia Cameron, que se encontraba en la puerta de los establos con una sonrisa. Levantándose, los dos hombres comenzaron a hablar en gaélico. Distinguiendo algunas palabras, tenía una sorpresa para su futuro marido. Pensaba dar el sí quiero en su idioma, algo que no le habría resultado fácil sin la ayuda y la paciencia de Beth.

Salieron al exterior para seguir hablando cuando ella terminó de ordeñar las cabras. Llevándolas a la cocina, una criada se encargó de los recipientes y ella volvió a fuera, encontrándose de forma inesperada el cielo gris y unos cuervos en las ramas de los árboles, gruñendo con sus toscas voces que, ella, encontraba encantadoras.

Los cuervos se habían convertido en uno de sus animales favoritos. Es más, había estado a punto de tatuarse uno cuando el miedo por las agujas fue superior a su deseo de tener al animal en la muñeca. Y daba gracias por no tenerlo en el cuerpo: a saber qué explicación le podría haber dado a Cameron.

Acercándose al árbol, sonrió. Dos cuervos la miraban, con sus inteligentes ojos sobre ella. Asegurándose de que nadie la escuchaba, murmuró unas palabras.



Alasdair paró de hablar cuando clavó la mirada en Alba y abrió los ojos desorbitadamente.

—¿Pero qué demonios está haciendo?

Cameron, acostumbrado a las rarezas de Alba, la miró con una sonrisa. Estaba enfrente de un árbol donde se juntaban algunos grandes cuervos negros. Con los ojos clavados en ella, parecía estar manteniendo una conversación en español con las aves.

Con una sonrisa, negó con la cabeza.

—Dios mío, Alba es bastante...

—¿Inusual? ¿Especial?

—Por los clavos de Cristo, ¿está hablando con los pájaros?

—La primera vez que la pillé me dijo que le gustaba imitarlos, que era uno de sus animales favoritos —comentó Cameron.

Alasdair frunció el ceño y señaló la copa del árbol.

—¿Los cuervos? ¿A qué mujer le gustan los cuervos? Ciervos, gatos, conejos...

Cameron clavó la vista en Alba, sonriendo.

—Cuando creo que la conozco por completo, acaba por sorprenderme otra vez, mostrando una pequeña parte de su alma. No creo equivocarme cuando pienso que estar con ella será como vivir con un misterio. Conocerla por completo será una de las tareas más interesantes de mi vida.

Su amigo lo miró durante unos segundos en silencio, hasta que poco a poco sus ojos brillaron de la sorpresa.

—Estás enamorado de ella, ¿verdad? No hace falta que respondas, Cameron. Tus ojos hablan por sí solos. —Cameron pareció algo desconcertado, como si sus palabras lo hubiesen pillado inadvertido. ¿Enamorado? Deseaba y sentía respeto y cariño hacia su mujer, pero... ¿amarla? Con el inmenso dolor que sintió tras la muerte de su primera esposa, la hermana de Alasdair, se había cerrado en banda ante cualquier mujer, incluso para ser sincero consigo mismo, había encontrado en Marianne la mujer perfecta para no amarla. Ella habría sido feliz con la posición y los hijos de ambos. Nada más.

La boda con la bella y dorada Anne había sido tan rápida que apenas le había dado tiempo a analizar la situación, pero la había amado.

Una voz a sus espaldas carraspeó. Girándose, se encontró con los tímidos ojos de Beth.

—Mi *laird*, el sacerdote quiere veros. ¿Podéis atenderle?

—De acuerdo, voy en un momento.

—Está en el salón esperándoos —dijo antes de hacer una reverencia y, sin mirar a Alasdair, a quien había ignorado, se fue.

Su amigo se rascó la barbilla.

—¿Sabes? Tu sirvienta me ignora. Le pedí que llamara a uno de mis hombres para llevar hasta el salón vuestro regalo de bodas cuando se giró y llamó a Mòrag para que me atendiese. ¿Qué demonios le pasa conmigo?

—¿Y qué más te da a ti que te atiendan ella u otra?

Desviando la mirada, Alba llegó hasta ellos con lentitud, agarrándose el vestido.

—¿Asustando a mi mejor amiga Beth? Tus tácticas de seducción son inútiles, Alasdair.

—¿Huir? Apenas me acerco cuando se da la vuelta y le dice a otra sirvienta que se acerque.

Alba intentó aguantar la risa apretando los labios en una línea recta. Cameron, de brazos cruzados y con las piernas separadas, tenía las comisuras arqueadas hacia arriba mientras clava a su grisácea mirada en ella. Sin darse cuenta, se colocó a su lado, delante de él. Fue envuelta entre sus brazos, suspirando.

—Eres un hombre muy atractivo, Alasdair. Y borra esa sonrisa de tu cara porque no te estoy lanzando un piropo. Es un hecho. —Los brazos de su futuro marido escocés se tensaron a su alrededor. Dándole unas palmaditas, prosiguió—: Y Beth, como mujer sexualmente activa que es...

—¿Cómo?

—Eh... —Tragó saliva, intentando salir del atolladero en el que se encontraba—. Bueno, que está en la flor de la vida, joven, en la edad de copular.

—Copular —repitió Cameron frunciendo el ceño.

—¿Copular? —Alasdair soltó una carcajada.

—¿De qué os reís? Estoy segura de que vosotros a su edad ya erais unos... salvajes. Pero como el mundo no es justo, tengo que protegerla de ti y de todos aquellos que quieran aprovecharse de ella. Le tengo tanto cariño que a veces pienso que es mi hermana pequeña. ¿Puedo confiar en que no la seducirás?

—¿Para qué querría seducirla?

Por su tono de voz, realmente lo había pillado desprevenido pensó Alba.

—Oh, ¿no te parece atractiva?

—Es guapa pero...

—No tiene ni tierras ni dote, lo entiendo. No pongas esa cara, Alasdair, soy mujer, no tonta. Como íbamos diciendo...

—Alba... —la reprendió Cameron en tono suave.

—... Ella es una doncella que necesita un hombre que la ame y se case con ella. Y...

—¿Pero por qué das por hecho que me voy a acostar con ella?

—Porque le gustas, Alasdair. A ella y a todas las mujeres del castillo.

—¿A ti también?

Antes de que Cameron intentase coger a su amigo por el cuello, se agarró a

él.

—No, yo soy inmune. Siento debilidad por los pelirrojos...

Cameron frunció el ceño y la giró entre sus brazos, mirándola fijamente. Parecía molesto.

—Yo no soy pelirrojo.

—Bueno, eres castaño cobrizo oscuro. Una combinación de lo más sexy y...

Sorprendida, fue apresada en un fuerte abrazo cuando oyó las carcajadas de Cameron, que murmuraba algo en gaélico, pudiendo entender algo de «mi mujer» y «loca».

—Vaya cosas dices, *mo rùin*. Deja de trabajar por hoy y descansa. — Dándole una palmada en el trasero, la soltó.

—¿Y qué hago?

—Duerme, investiga el castillo... —Se encogió de hombros—. Tienes el resto del día libre.

—¡Pero acaba de empezar el día! —De repente, la idea de investigar el castillo no le pareció tan mala—. Pero bueno, está bien... No haré nada.

Iba a dirigirse hacia las cocinas cuando apenas dio unos pasos, escuchó un carraspeo, Mirando de reojo, Cameron tenía una ceja alzada. Estiró una mano hacia ella.

—¿No se te olvida nada?

Suspirando, se lanzó a sus acogedores y protectores brazos para besarlos.



Alba, tras ser echada de la cocina por intentar ayudar, subió las escaleras hasta sus aposentos. Solo aguantó una hora tumbada cuando, aburrida, se había levantado para mirar por la ventana, sintiendo un nudo en el estómago.

Quedaban horas para su boda, para estar ligada a Cameron MacLeod. Un hombre del siglo XV, su alma gemela, su otra mitad. Se consideraba tan afortunada que tenía la necesidad de pellizcarse más de una vez al día, hasta que llegaba la noche, para volver a tener la intimidad que tanto quería.

No solo hacían el amor. Hablaban, se acariciaban, discutían sobre temas del castillo y también contaban experiencias del pasado. Alba le había narrado el inmenso dolor de perder a sus padres y la delicada etapa de los diez años, cuando había sido víctima de *bullying* a manos de una cruel niña que había estado a punto de destruir la poca fuerza que le había quedado. Para que la entendiese, había preferido utilizar la palabra «acoso».

También habían hablado de las experiencias más increíbles de su vida, en la cual ella lo había nombrado.

Saliendo de sus aposentos, decidió subir a lo más alto del castillo, ver los

inmensos paisajes, sentir la brisa en su rostro mientras movía su cabello. Los cálidos y tenues rayos del sol sobre su cara, arrebolando sus mejillas. O ver los pájaros alzando el vuelo y dirigirse a los lagos para cazar pescado o a lo más profundo de los bosques, donde esperarían hasta dar con roedores.

Dejando la puerta abierta, se dirigió hasta el balcón. La actividad que había dentro de las murallas del castillo era inmensa, incluso agotadora. Todas las personas, para sorpresa de Alba, se habían mostrado satisfechas con el enlace, incluso contentas. Había escuchado el rumor de que, al casarse con una española, quizás la corona española les ofreciese protección frente a los ingleses. Desgraciadamente, eso era imposible.

El sonido de un cuervo a su izquierda hizo que girara la cabeza hacia tal dirección. Acostumbrada a las palomas que invadían las calles de Sevilla, ver diferentes aves le parecía excitante.

En ese momento pensó en que si con todo el revuelo que había por la boda, sería el momento perfecto de intentar envenenar al *laird*.

—Dios mío...

Llevándose una mano a los labios, todo cobró sentido. Un hombre, como había visto en las visiones gracias al libro, echaría unos polvos en una jarra. Tenía que asegurarse de que se vaciaran todas y fuese ella misma la que las llenase, supervisándolas. Dispuesta a darse la vuelta para correr a las cocinas, la puerta se cerró con fuerza.

Y no había mucho viento que pudiese empujarla con tal intensidad.

Se dio la vuelta con la máxima rapidez que pudo, pero no la suficiente para que evitara el golpe que iba directo a su cabeza. A su alrededor todo se oscureció, escuchando una aterradora voz femenina que reconoció de inmediato.



Horas más tarde, Alba despertó con un inmenso dolor de cabeza. Parpadeando para retirar aquella niebla de la ensoñación, se encontró en una oscura habitación con la iluminación de una vela. El suelo, de piedra al igual que las paredes, era mohoso, con paja en el suelo y un cuenco con agua sucia donde un enorme mosquito ahogado descansaba.

Reprimiendo las arcadas, se escucharon varios cerrojos abrirse antes de aparecer Marianne.

La miró con los ojos desorbitados, intentando reconocer al espectro de la bella mujer que había sido un día. Su pelo dorado lucía sin brillo, sus ojos parecían más oscuros, enrojecidos por las pequeñas venitas hinchadas. Su cuerpo, antes con curvas, era lo suficientemente delgado como para preocuparse. Sus afilados pómulos resaltaban, al igual que sus dedos largos, sin apenas carne.

Parecía un espectro.

—Marianne...

—Ni una sola palabra, bruja —gruñó yendo hacia ella. Un hombre con el

tartán de los MacLeod que no pudo reconocer, cerró la puerta tras Marianne, marchándose. ¿Habría estado allí todo el rato, mientras estaba inconsciente?

Callada, esperó a que hablara. No le convenía mosquearla más de lo que probablemente ya estaba. Tenía un puñal en la mano, apuntado hacia abajo.

—Pensaba que estabas muerta —dejó caer.

—Demasiado bueno para ser verdad, ¿no? —dijo con voz ponzoñosa.

—Tu hermano Alasdair está desolado, Marianne. Te han enterrado de forma oficial. ¿Por qué te fuiste? —explotó—. Te buscaron durante días y días sin descanso. Los hombres salieron por la noche, jarriesgaron su vida por...!

—¡Ni se te ocurra alzarme el tono de voz, zorra española! No solo me has arrebatado a mi esposo, mi lugar en el clan después de haber esperado tantos años cuando por fin Anne murió...

—¡Mataste a tu hermana Anne! —exclamó sorprendida, colocándose sobre sus rodillas adoloridas. El frío de la piedra la estremeció, aunque apenas lo sintió cuando la verdad que escondían las palabras de Marianne llegó hasta ella—. ¿C-cómo has podido matar a tu propia hermana?

Siguiéndola con la mirada al dar vueltas a su alrededor, achicó los ojos.

—Toda mi vida he tenido que aguantar cómo mi propia madre y mi padre querían más a Anne. A ella se lo daban todo: vestidos, joyas... amor. Yo no era más que el repuesto por si acababa enfermando. —Sangre manó de la pálida palma de la mujer cuando apretó el puñal con demasiada fuerza. Sus ojos se empañaron—. Yo nunca he sido nada para nadie.

El dolor latente en la voz de Marianne le causó lástima. Su vida no había sido fácil. En la Edad Media poca importancia podía tener una mujer que no pudiese contraer un matrimonio beneficioso. Una imagen de Marianne, sola, a la sombra de su hermana Anne llegó hasta ella. ¿De verdad sus padres no le habían dado más crédito que el de una hija suplementaria al matrimonio con Cameron si la otra fallecía?

—Alasdair te quiere.

—Alasdair se ha dado cuenta demasiado tarde que incluso él me abandonó cuando era pequeña. —Sus labios temblaron—. Me has arrebatado lo único que he deseado en mi vida.

Culpable, bajó la mirada y soltó un suspiro.

—Podías haberte casado con mi hermano —prosiguió—, y ser la mujer de un *laird*. Pero no, tú decidiste quedarte con Cameron...

—¡Fue algo inesperado! —Apretando los puños en las faldas de su vestido,

la miró—. Me encontró...

—Bañándote desnuda en el lago Ness, como la mujerzuela que eres. Pero eso se va a acabar, Alba. —Avanzó hacia ella con el puñal en lo alto—. Ahora mismo, Sam irá hacia Dunvegan con el tartán de los MacLeod que le he entregado.

Retrocediendo, cayó hacia atrás. Tenía los pies atados con firmeza, pero las muñecas no. Las tenía muy pequeñas y si se esforzaba, podría liberarlas.

—¿Quieres matar a Cameron?

—Ya, como muy bien has dicho, estoy oficialmente muerta. Aparecer no... sería lo más adecuado. No me aceptarían como su mujer y, además, me culparían de tu muerte. Cuando Cameron muera, envenenado, yo desapareceré para siempre, haré correr el rumor de que no pudo aguantar tu ausencia y se suicidó. Todos se olvidarán de mí...

—Como la cruel y despiadada mujer que eres. —Terminó, asustada—. Dios mío, ¿te estás oyendo Marianne? Tú no amas a Cameron. No amas a nadie.

Marianne se quedó quieta. Apenas había un metro de distancia entre ambas.

—Cameron me despreció. Iba a casarse conmigo pero nunca lo hizo público, como si... le avergonzara. Como si no fuese suficiente para él. Ni para el clan. —Mirando hacia la puerta cerrada, sonrió—. Admito que sin Sam no lo hubiese conseguido. Él es un proscrito de los MacDonald, me encontró tumbada bajo un árbol, helada, me ofreció un techo bajo el que vivir... No hizo falta mucha persuasión para conseguir lo que quise. Todos los hombres son iguales —murmuró con voz ahogada.

—Marianne... —Con un brusco movimiento, consiguió liberarse una mano. Fue deslizándose la cuerda poco a poco, detrás de ella—. Siento muchísimo todo lo que te ha sucedido. Déjame ayudarte, podemos solucionarlo y... no pensaba quedarme, fue...

—Ya hemos hablado demasiado. Acabaré contigo en primer lugar.

Y se abalanzó sobre ella.

El puñal descendió con rapidez. Alba se movió a un lado para esquivar el arma, sintiendo un desgarramiento en el brazo que le sacó un gemido. Antes de que Marianne volviese a cargar, se impulsó con los pies y saltó sobre su espalda, haciéndola caer al suelo.

Estiró una mano para coger el puñal cuando un codo la golpeó en la nariz. Soltó una maldición y tiró de los débiles hombros hacia atrás, impidiendo que

ella agarrara el puñal. El hecho de que Marianne estuviese tan débil era una gran ventaja para ella. Con un fuerte tirón de pelo, la echó a un lado y se deslizó hacia el arma. Alba la cogió y, al ver una sombra que se lanzaba hacia ella, alzó el puñal.

El cuerpo de Marianne fue atravesado por él antes de que Alba sintiese un fuerte arañón en la mejilla, con su peine de nácar, el que había desaparecido.

Su atacante la miró con los ojos completamente abiertos, sorprendida. Quizás no se había esperado que las cosas acabaran de esa forma.

—Oh... Dios mío... —gimió mientras la caliente sangre de Marianne le llenaba las manos—. Dios mío, lo siento mucho, Marianne... Siento...

Cayendo sobre su cuerpo, la apartó con suavidad, alejándose. El vestido azul claro de Marianne estaba teñido de rojo carmesí. Sus ojos azules perdían el brillo de la vida. Un suspiro más tarde, murió.

Llevándose una mano temblorosa al pecho, Alba se levantó como pudo.

Por todos los Santos, acababa de matar a una mujer. Echándose el pelo hacia atrás con ambas manos ensangrentadas, fue hacia la puerta. Estaba cerrada. Maldiciendo, pensó en Cameron. Tenía que llegar cuanto antes a Dunvegan, pero ni siquiera sabía dónde se encontraba. Si en tierra de los MacLeod, o quizás de los MacLean...

La desesperación se cernió sobre ella como una amenazadora sombra.

Si no actuaba con rapidez, Cameron moriría. Y ella se quedaría en la Edad Media para siempre, sola, sin él. Sin su familia y viviendo eternamente con el sentimiento de culpa. Soltando una escueta disculpa al cadáver de Marianne, se arrodilló a su lado y buscó las llaves.

Debajo de sus faldas las encontró. Mirándola unos segundos, le cerró los ojos y murmuró una oración antes de irse.

Saliendo de la pequeña casa, se encontró en medio del bosque. La fría noche la recibió con brusquedad. Alba se estremeció. Necesitaba algo de abrigo.

Cameron estaría buscándola, pensó preocupada. Con rapidez, registró la cabaña hasta dar con una capa o una manta que la pudiese abrigar. Encontró un viejo y áspero chal grisáceo. Vestida con él, salió a la oscura noche con una escueta vela que no la iluminaría durante mucho tiempo.



Cameron estaba a punto de perder los nervios. No encontraban a Alba por ningún sitio. La desesperación era tan grande que fue inconsciente de lo vulnerable que, por primera vez en su vida, se sentía. Temía haberla perdido como a Anne y su hijo Broderick. Sabía que no había huido, ella lo quería y era consciente de.... que él la amaba.

Sí, estaba abriéndose por completo, dejando salir a la luz sus sentimientos. La amaba total e irrevocablemente. Alba era todo lo que siempre había querido: cariñosa, fuerte, independiente, pasional y atractiva de una forma especial, casi mágica. No volver a verla jamás sería el golpe final a su maltrecho corazón.

Girando las riendas del caballo, dejó que sus mejores rastreadores intentasen encontrar pistas de Alba y de quien se la hubiese llevado.

Sintiendo una mano en el hombro, se tensó. No quería que lo tocasen. No cuando estaba a punto de perder el control de sí mismo. Si no fuese porque Marianne estaba muerta, habría jurado que se trataba de una maniobra suya.

—La encontraremos. —La voz de Broc, dura como el acero, no tembló—.

Y mataremos a los que se la han llevado.

Asintiendo, observó que uno de los rastreadores se acercaba con rapidez. Más le valía traer algo de información, pensó Cameron. Nadie se iría de vuelta al castillo hasta encontrar a Alba. Los ojos del rastreador se clavaron en él con determinación.

—Hemos encontrado pisadas de un par de caballos dirigiéndose hacia la tierra de los MacLean, *laird*.

Miró de reojo a Alasdair, que no pudo ocultar la sorpresa.

—¿Estás seguro?

—Completamente —asintió con rotundidad.

—Cameron, he estado contigo desde...

—Lo sé, Alasdair. Lo sé, no dudaría de ti —le interrumpió a la misma vez que un pensamiento retorcido surcaba por cabeza: Marianne estaba muerta, pero... ¿Quién si no habría querido secuestrarla? Apretando los puños en las riendas hasta volverse blancos, esperó unos segundos para recobrar la apariencia de calma que artificialmente tenía.

—Podemos recorrer mis tierras, quizás estén allí.

—Nos dividiremos —pensó con la cabeza fría mientras los latidos de su corazón se aceleraban—. Han pasado muchas horas desde que desapareció. Robert, coge a algunos de mis hombres y vete a la tierra de los MacLean. —Su hombre asintió con seriedad—. Busca bien, amigo. No acepto fallos. Esta vez no. Enviad un mensajero a los MacDonald. —Apretó la mandíbula, sabiendo que en ese asunto era capaz de guardar su férreo orgullo—. Pedidle que la busquen. Cuantos más seamos, más posibilidades tendremos de encontrarla.

El resto de sus hombres asintieron.

—Yo haré lo mismo. Enviaré a mi mejor hombre con algunos soldados para que os acompañen —le dijo Alasdair a Robert en voz baja—. Me quedaré contigo, Cameron.

Asintiendo, miró por última vez el extenso bosque. Con la poca luz que tenían, no parecía más que una maraña de plantas oscuras y retorcidas que impedía ver el camino. Pensaba matar a aquellos que le hubiesen puesto una mano encima a su mujer. Se negaba a contemplar la opción de que estuviese muerta. De ninguna forma. Aquel día se estaba convirtiendo en uno de los peores de su vida. Si se trataba de Marianne... No tendría clemencia, ni por su amigo, aunque ello significase la pérdida de la alianza entre ambos clanes.

Por una vez desde hacía muchos años, Cameron MacLeod tuvo miedo.

Alba tropezó con una saliente y ancha raíz, cayendo al suelo de rodillas y manos. Limpiándose las en el vestido, tiritó. El frío se le había metido en los huesos con dureza y sin compasión, consiguiendo que con cualquier golpe el dolor fuera duplicado.

Levantándose, siguió corriendo, temiendo que de un momento a otro apareciese el hombre o hubiese conseguido entrar en el castillo y verter el veneno en las jarras; ambas posibilidades eran igual de aterradoras, incluso la segunda aún más. Llevaba caminando más de una hora, dando vueltas y pareciéndole que todo era del mismo color: verde y oscuridad absoluta.

Bajando una angosta pendiente al ver una llama, metió el pie en una trampa. Pisando el detonante, se encontró de repente colgando boca abajo.

—¡Maldición! —murmuró mientras intentaba llegar hasta la pierna y agarrarse a la inflexible y vieja cuerda.

Al conseguirlo, intentó por todos los medios deshacer el fuerte nudo.

Un aullido a lo lejos la estremeció. Paralizada por el miedo, un sudor frío le recorrió la espalda y la nuca. Sabía que debería haber cogido el puñal, pero sacarlo del cuerpo de Marianne... Le había parecido demasiado desagradable y poco respetuoso. Y tampoco le había apetecido tocarla: su intención había sido asesinarla. Era algo que Alba nunca olvidaría. Pensó en su tía y estuvo a punto de sollozar.

Miró a su alrededor, por si podía agarrarse a alguna rama o al árbol. Comenzó a balancearse de un lado a otro, tomando impulso como podía con los brazos. La cuerda crujía por su peso y temió que se rompiese. Si caía de cabeza, podría quedarse inconsciente y ser devorada por algún animal salvaje.

Intentándolo un par de veces más, terminó por agarrarse al tosco árbol, sintiendo la corteza en la mejilla. Intentó ascender poco a poco hasta estar derecha. La sangre fue bajándole poco a poco de la cabeza, mareándose. Una vez recuperado el equilibrio y la tranquilidad, se sentó a horcajadas sobre una pesada rama y comenzó a trabajar en el nudo.

Unos minutos más tarde, con algunas uñas rotas, era libre.

Consiguió estar en el suelo con rapidez, soltando un suspiro al ver la enorme altura a la que se había encontrado.

Otro aullido resonó. Esa vez más cerca.

Comenzó a correr a toda velocidad hacia donde había visto la llama cuando

los cascos de unos caballos resonaron en la fría noche. Mirando a sus espaldas, vio a unos cuantos jinetes. Sin saber si se encontraba en la tierra de los aliados o no, siguió corriendo lo más rápido que pudo, ignorando el tirón de sus músculos y el golpe de las ramas de los bajos árboles atizándole en el rostro.

De repente, fue alzada del suelo para encontrarse encima de un caballo marrón oscuro. Alzando la mirada, se topó con Ethan MacDonald.

Apretando los ojos para no llorar, se apoyó en su extenso pecho.

—Gracias a Dios que te he encontrado...

—Yo te he encontrado yo a ti, muchacha. Te llevaré al castillo Dunvegan antes de que tu *laird* pierda los nervios.

—Dios mío, Ethan...

—No te he dado permiso...

—¡Estoy aterrorizada! Me seguían unos lobos, estaba perdida y no sé en qué tierras me encuentro, ¿puedes decírmelo? —le interrumpió mientras la dura experiencia caía sobre ella—. ¡Oh, Ethan! He hecho algo terrible. —sollozó llevándose las manos al rostro, ignorando a todos los demás hombres que se encontraban con él—. He matado...

—Silencio. Yo solo te llevaré con Cameron MacLeod, luego tú harás lo que creas oportuno. Ahora estás a salvo.

Refugiada en el pecho de Ethan, el caballo trotaba con rapidez dirección a las tierras de los MacLeod. El resto de los hombres iban detrás al mismo ritmo. El frío viento de la noche apenas impactaba contra ella gracias al hombre que la sostenía con fuerza contra él. Alba seguía helada y sin sentir algunos de sus miembros, pero al menos su cuerpo no seguía bajando de temperatura tan drásticamente como hacía apenas unos minutos.

Se quedó dormida varias veces durante el viaje. En los momentos que había estado despierta, había pensado en su tía Carmen, en lo mucho que la amaba y en cómo había cambiado su vida, en el señor O'Neill, Felicity, sus amigas y en sus caras si llegasen a saber alguna vez por lo que había pasado. Pensó en Marianne, en la pobre mujer que había vivido siempre a la sombra de los demás.

Y en Cameron. Solo quería estar con él, entre sus brazos, y que le prometiese que todo había acabado de una vez. Casarse, tener una larga, feliz y pasional vida junto a él.

Para desgracia suya, Marianne aparecía en su cabeza con tanta frecuencia

como se quedaba dormida. Había visto la desolación en sus ojos, la tristeza tiñendo su voz mientras unos escalofríos la dominaban por completo. Otra nueva imagen cruzó su mente. El inerte cuerpo femenino cayendo encima de Alba, su sangre empapándola por completo.

Se llevó una mano a la boca, intentando soportar las arcadas.

—Ya queda poco, muchacha. Aguanta.

Volvió a quedarse dormida, presa del frío y del momento, hasta que oyó una grave voz llamándola a gritos. Vio borrosamente unos brazos arrebatándola de Ethan, acunándola y hablando en voz baja, con la voz ronca de la emoción. Parpadeando, fue incapaz de enfocar la mirada, pero vio los ojos grises de Cameron sobre ella. Felices, asustados, llenos de la promesa de una venganza.

Sintió sus labios recorriéndole la cara, apretándola contra él.

—Por todos los santos, *mo chridhe*. Estás viva, me has dado el susto más grande de mi vida —murmuró contra su cabeza.

Alba le empujó en el pecho cuando se inclinó para vomitar a un lado del caballo. Una vez terminó de echar la bilis, se apoyó contra él, sintiéndose tan débil como un bebé.

—Ca-Cameron... Me encuentro mal —musitó.

Cerró los ojos un momento, intentando despejarse. Los abrió un poco, viendo a Alasdair.

Comenzó a llorar.

—Lo siento, Alasdair. —Llevándose las manos a los ojos, se ocultó—. Lo siento muchísimo... No quise matarla, de verdad. ¡Oh, Cameron! He matado a una mujer.

—Shhh... Calma, Alba...

—Lo siento —murmuró, desesperada, viendo los sorprendidos ojos azules de Alasdair, iguales a los de Marianne. La pálida e intacta Marianne—. Perdóname, ¡fue sin querer! Cayó sobre mí, te lo prometo. Nunca quise hacerle daño.

Cameron la apretó contra él, escondiéndola de las curiosas miradas de los demás mientras su cuerpo se retorció en fuertes sollozos que le estaban rompiendo el corazón. Su voz era dolida, derrotada, como si no pudiese ser perdonada por sus actos.

—Estás a salvo, Alba. Sentenciaré a muerte a cualquiera que ose tocarte.

—No quise matarla —musitó en voz baja contra su cuello—. Fue en defensa propia, Cameron. Tenía un puñal y... y... —Hipó. Los párpados

comenzaron a pesarle, pero sacó la poca fuerza que le quedaba para advertirle —. No... no bebas vino. Nadie.

—Te llevaré al castillo, cariño. Te pondrás bien, ¿estás herida? —Sin recibir respuesta, Cameron se percató de que se había quedado dormida. Suspirando, miró a sus hombres. Alasdair parecía perdido, confundido. Miró a Ethan, cuyos fríos ojos estaban puestos en la mujer—. Gracias, Ethan. Tienes mi gratitud para el resto de mi vida. Ordenaré que os atiendan a ti y a tus hombres. Luego, cuando me ocupe de ella, hablaremos—. Miró a Alasdair—. Todos.

La llevó al castillo con rapidez, cargándola en sus brazos hasta sus aposentos, donde ordenó que llevaran una tina con agua caliente y algo de comer, pero no vino. Desnudándola con lentitud, pensó en la infernal noche que había pasado. Había rezado, pedido incluso a su mujer fallecida que Alba volviese a él, la había buscado por todas partes, incluso le había pedido a su enemigo, el clan MacDonald, que lo ayudara.

Y él la había encontrado.

Cuando Alba quedó expuesta, vio varias heridas cubriéndole la piel. Desde el corte de su brazo con sangre seca, no muy profundo pero sí alargado, hasta los morados que cubrían su piel por todas partes. Tenía arañazos en las mejillas, señal de que había corrido sin importarle el azote de las ramas.

La rabia que sintió le hizo apretar los dientes.

Metiéndola con suavidad en la cálida agua, la escuchó gemir, entreabriendo los ojos. Se agarró con fuerza a su cuello, asustada mientras miraba a todos lados.

—Shh, tranquila, cariño. Soy yo, Cameron. Estás a salvo.

—¿Cameron?

Haciendo espuma con el jabón, comenzó a frotarle todo el cuerpo con dulzura, empezando en los tensos y magullados hombros para bajar a los brazos. Limpió la herida lo mejor que pudo, sacándole algún que otro gruñido y palabra ininteligible. Se había vuelto a quedar dormida. Terminó de lavarla, dejando su cuerpo impecable y el pelo oscuro brillante y sedoso.

Sacándola del agua, la envolvió en una manta tras secarla y la depositó en la cama, pegada a su cuerpo. Sentía la respiración en su cuello, lenta y pacífica junto a los latidos de su corazón.

Todavía se sentía asustado y furioso. Se había enterado de que Alba había desaparecido cuando Beth fue incapaz de encontrarla. Había puesto patas

arriba el castillo, ordenando a todos parar sus actividades para buscarla. Había recorrido sus tierras con la ayuda de los hombres de Alasdair para, finalmente, tener que recurrir a Ethan MacDonal. No había comido, descansado ni parado de pensar en dónde se podría haber encontrado, escuchando el aterrador susurro de que algo malo había pasado.

Encontraría a los responsables y se ocuparía de ellos.

Subiendo las escaleras, había ordenado que le avisasen si encontraban a alguien sospechoso cuando revisaran el castillo.

Beth llamó a la puerta con suavidad para dejar la bandeja en la mesa, mirando a Alba. Soltó un suspiro al darse cuenta de que estaba a salvo.

—Tira el vestido y trae ungüentos para curarle las heridas.

—Sí, mi *laird*.

Al quedarse a solas, movió con suavidad a Alba, despertándola. Ella le miró con los párpados entornados y protestó.

—Alba, despierta. Tienes que comer algo.

—Hmm... ¿Cameron?

Agarrándola de las axilas, la sentó sobre él y la abrazó contra su pecho. Ella colocó la cabeza en su hombro.

—Vaya susto me has dado, muchacha. Despierta, come algo y me contarás todo lo que ha pasado.

—Tantas órdenes... —gruñó.

—Por favor —añadió suavemente.

—Está bien —bostezó, tapándose la boca con la mano—. ¿Qué han traído?

—Avena, miel, un estofado de ciervo y bayas.

—¿Tantas cosas? —murmuró contra su cuello.

Estremeciéndose, asintió y la incorporó.

—Tantas cosas. Ahora empieza a comer y cuéntame todo lo que ha pasado.

Cumpliendo sus órdenes, su estómago resonó cuando el olor a estofado llegó hasta ella. Poco a poco comenzó a comer con avidez, bebiendo agua y mezclándolo con la avena y la miel. Bajo la atenta mirada de Cameron, sus mejillas retomaron el sano color rojizo que tuvo antes del secuestro.

Mientras engullía, sentía las caricias de él, desde besos en la cabeza hasta sus dedos en las piernas o espalda, haciéndole suaves cosquillas que la entumecían. Murmuraba palabras en gaélico que no pudo entender, ya que toda su atención estaba centrada en la comida y en el agradable calor que le transmitía el cuerpo masculino.

Llena, Cameron dejó la bandeja en el suelo y abrió los brazos. Sin poder contenerse, con una sonrisa Alba se zambulló en ellos, pegando sus pechos al torso.

—*Och, mo rùin...* me has quitado diez años de encima. Te estuve buscando todo el día, por todo el castillo y mis tierras. Cuando me enteré de que no estabas, decidimos ampliar la búsqueda a las tierras de MacLean. —Ella alzó la cabeza, ganándose un apasionado beso en la boca que la dejó con la respiración entrecortada. Su mirada gris transmitía el sufrimiento por el que había pasado—. Pensé... pensé que nunca más volvería a verte, Alba. No quise pensar en ello, pero...

Se quedó callado, como si no pudiese seguir hablando. Alba intentó tragar el nudo que sentía en la garganta y que le imposibilitaba respirar con normalidad.

—Lo siento, Cameron. Fui al patio de arriba para ver el paisaje cuando cerraron la puerta y me golpearon con algo en la cabeza. —Instintivamente se llevó una mano a la nuca y gimió de dolor. Cameron palpó y encontró un pequeño chichón—. Demonios, me duele.

—Tienes un pequeño chichón, nada importante. Mataría a quienes te han hecho esto si me dijeras sus nombres, Alba. —Su voz se volvió mortal, fría como el hielo.

—Fue... Marianne. Y otro hombre llamado Sam. —De repente, recordó lo del veneno y lo miró con preocupación—. Cameron, había otro hombre. No pude ver su cara, la pequeña casita estaba sumida en la oscuridad, apenas tenía una vela para ver mis pies. Marianne le dio un *plaid* de los MacLeod para que pudiese entrar en el castillo sin llamar la atención. Quiere matarte, envenenarte —dijo en voz baja, aterrorizada.

—No tienes que preocuparte de nada, cariño. —La mano en su espalda hacía pequeños círculos, intentando relajarla aunque no con mucho éxito.

—Fue Marianne, Cameron. Cuando desperté después del golpe, me encontraba en una cabaña... y ella estaba allí conmigo. —Sus ojos se llenaron de lágrima—. Y yo... la maté. Se lanzó hacia mí con un puñal, forcejamos hasta que conseguí hacerme con él, lo alcé y ella se tiró sobre mí. Cuando salí de la casita fui incapaz de... arrancárselo del cuerpo. Estaba pálida, sin vida, tirada en el suelo. Pero no ha actuado sola. Tienes que encontrar a ese hombre, Cameron, tu vida peligra...

—No te preocupes, descansa. —Abrazándola, colocó la barbilla sobre su

cabeza. Ella se permitió disfrutar del momento, sorprendida por la serenidad que desprendía su voz a pesar de todo lo que había sucedido—. Nos ocuparemos de todo.

—Yo... siento pena por ella —musitó con la mirada perdida—. Siempre ha estado a la sombra de su familia, solo quería un buen matrimonio que arrojara luz sobre su oscura vida.

Cameron suspiró.

—No tuvo una vida fácil, Alba, eso es cierto, pero no hay excusa para raptar a mi mujer y planear nuestra muerte. Puede que no consideraran a Marianne como más que una suplente por si Anne fallecía, pero así es la vida aquí, Alba. Aquí y en el resto del mundo. Para Aedan ha sido igual, *lass*. Y él no ha tramado...

—¿Y si él... y si alguien del castillo los ha ayudado? ¡Marianne no ha podido conseguir un *plaid* así porque así! Comenzaron desaparecerme cosas, Cameron, mi peine de nácar que me regalaste, mi mochila de cuero... Apenas estaba ya reparada la casa en la que iban a vivir tu hermano y Marianne, puede ser...

—Tranquilízate, Alba. Yo me ocuparé de todo. —Pasaron unos segundos en silencio que le parecieron interminables—. ¿Tienes algo más que contarme?

Alba reflexionó sobre si Cameron debería saber o no que Marianne había matado a Anne. ¿O quizás debería dejar el tema como estaba? Intentó imaginarse en la situación y, sin lugar a dudas, a ella le habría gustado conocer la verdad. Además, no podría retenerla por mucho tiempo y las consecuencias de tal secreto podrían ser desastrosas en su matrimonio.

Cogiendo aire, asintió.

—Ella... me reveló que mató a Anne. —El cuerpo de Cameron se tensó completamente, como la cuerda de un arco—. Lo siendo muchísimo. Ella siempre quiso casarse contigo, pensó que podría tomar el lugar de Anne y... —Se mordió la lengua y apretó las manos hasta convertirlas en puños. Él no decía nada—. Tenías que saberlo, siento ser yo la que te diga esto.

Cameron se mantuvo en silencio, es más, apenas notaba su respiración. Lo miró a los ojos, deseosa de poder saber qué pasaba por su cabeza. Él se levantó de la cama con cierta brusquedad, dejándola en el suave y frío colchón. Sin mirarla, asintió y se dirigió a la puerta, cerrándola tras su paso.

A solas, se tumbó en la cama y se refugió en las pesadas mantas. Deseó despertarse de aquella horrible pesadilla y encontrarse entre los brazos de

Cameron. Pero a la mañana siguiente, un día antes de su boda, las cosas fueron bien distintas.



—Tienes mi eterna gratitud, Ethan MacDonald —dijo Cameron, dándole una jarra de cerveza recién llenada—. La mía y la de mi esposa.

Asintiendo, permaneció callado. Cameron se giró y miró a Alasdair, cuyo semblante pálido estaba tan quieto como el de una estatua tallada en piedra. Sus ojos azules, enrojecidos, lo miraron fugazmente y habló.

—Lamento todo esto, Cameron. No culpo a Alba, Dios sabe que no lo hago. Pero era mi hermana y necesitaré tiempo para asimilar todo lo que ha pasado. Con respecto al cadáver, en cuanto la tengamos la enterraremos sin ceremonia para no crear más revuelo en mi clan—. Se aclaró la garganta y tomó asiento, dejando caer todo su peso como si sus piernas fueran incapaces de sostenerlo—. Todo esto me ha hecho ver lo mal que lo hicimos con Marianne. Era una buena chica, pero nosotros nos encargamos de corromperla. —Su voz ronca

parecía asfixiada—. Me gustaría que nuestra alianza no fuese interrumpida por esto, Cameron. Somos amigos y llevamos años siendo aliados, antes de que nosotros fuésemos *lairds* incluso.

—Seguiremos siendo aliados, Alasdair. No te culpamos de lo sucedido. — Broc entró en ese momento y esperó en la puerta—. Alba... me ha contado que Marianne le confesó haber matado a Anne. No sé todos los detalles, pero creo que deberías saberlo.

Los anchos hombros del rubio se hundieron aún más, desolado, y lo miró con furia.

—¿Está seguro?

—Sí —respondió escuetamente.

—Dios mío... ¿pero qué, Marianne? —murmuró en gaélico, hablando consigo mismo—. Anne la quería. Yo la quería. ¿Cómo...?

—Quería ser mi esposa, o al menos ser la esposa de un *laird*. Anne le arrebató lo que siempre deseó.

—Y pensó que quitándola de en medio podría tomar su lugar. —Alasdair sacudió la cabeza, confundido—. Por los clavos de Cristo, ¿cómo he podido ser tan ciego?

—Nadie se lo esperaba, Alasdair. No te culpes de ello. —Carraspeó y miró a Broc, haciéndole un gesto para que hablara—. ¿Habéis encontrado al hombre?

—Tenemos un sospechoso y su nombre coincide, estaba escondido en las despensas del castillo. Robert se encuentra ahora mismo con él, interrogándolo. Creemos que pertenece al clan de los MacDonald, un proscrito.

—Iré a reconocerlo. Si es uno de mis hombres, podré delatarlo —habló Ethan, dejando el salón.

Con un gesto afirmativo, extendió las piernas doloridas. El sueño poco a poco se adueñaba de él.

—De acuerdo, avísame si obtenéis más información.

Quedándose a solas con Alasdair, se acercó a él y le palmeó el hombro.

—Amigo, vete a tu habitación, descansa y seguiremos mañana. No podemos hacer nada por Marianne, no pienses más en ello.

—He sido un hermano horrible, Cameron. Nunca le presté atención. —Se frotó el puente de la nariz con los dedos, apretando los ojos—. Lo pienso una y otra vez y... Siempre estaba sola.

—Todos cometemos errores.

—Ya, claro —dijo dolido, agitando la cabeza. Luego suspiró—. ¿Cómo está Alba?

Cameron se llevó una mano al pecho, frotándose la zona al sentir un fuerte tirón. El susto no se le había pasado todavía.

—Bien, la he... dejado sola para que descanse. Tenía que solucionar esto.

—¿La has dejado sola? —Su amigo silbó por lo bajo—. Yo habría sido incapaz de alejarme de mi mujer y dejarla en esas condiciones.

—¿A qué te refieres? ¿No la dejarías dormir?

Ignorando el tono ponzoñoso de su pregunta, Alasdair le hizo un gesto hacia la planta superior de arriba.

—Alba ha estado sola todo el tiempo, alejada de Dunvegan, asustada, seguramente pensando en ti, ya que su familia está muy lejos. ¿Y la dejas sola?

—Estudiándolo con la mirada, Alasdair se acercó y alzó una ceja—. ¿Ha sido porque Alba te ha revelado... la nueva sobre la muerte de mi hermana Anne?

Lo miró e intentó contener la sorpresa. ¿Tan transparente era con respecto a Alba? Se aclaró la garganta e ignoró la punzada de culpabilidad que sentía por no haberse portado con ella todo lo amable que debería haber sido. Pero había sido incapaz de quedarse allí sin destruir muebles o dejar libre parte de su rabia. Años pensando que Anne se había ahogado cuando la realidad había sido bien distinta.

—Vete a dormir y déjame en paz. Tengo que encargarme del hombre que hemos encontrado. Hasta que no decida qué hacer, no me iré a la cama.

—Como quieras. —Alasdair alzó las manos—. Pero si me permites un consejo de *laird* a *laird*, puede que nunca haya estado casado, amigo, pero sé que un matrimonio donde no hay confianza y respeto es un barco a la deriva.

Quedándose a solas, bajó hasta las mazmorras, encontrándose con Robert, Ethan y Broc alrededor de un hombre, atado a la pared. Su rostro estaba hinchado, la sangre corría por su nariz y boca bajo los poderosos impactos de los puños de Broc. Tenía los nudillos levantados, con sangre, y aun así parecía no sentirlos.

Al notar su presencia, los tres lo miraron. Ethan fue el primero en hablar, dando un paso hacia delante.

—Este hombre pertenecía a mi clan, fue desterrado por violar y matar a dos mujeres —murmuró. Sus ojos brillaron, peligrosos—. Entre las que se encontraba mi esposa.

—¿Y no lo condenaste a muerte? —preguntó, atónito. Pocas veces eran las que un *laird* daba la pena de muerte a uno de los miembros de su clan, pero desde luego violar y matar a la esposa del *laird* era motivo suficiente como para pedir su cabeza.

Él lo habría hecho.

—Ese asunto no es de tu incumbencia —dijo entre dientes, chasqueando la lengua—. Era mi primo. Su padre era uno de los hombres de mi padre, no pude condenarlo pues aún estaba vivo, agonizando de hecho, antes de ordenar que fuera repudiado, pero nunca podría pedir su muerte. —Apretó los puños hasta que se volvieron blancos y se giró con agilidad, asestándole un puño en la mandíbula. El sonido del hueso fracturado resonó entre las cuatro paredes—. Lo mataría con mis propias manos si un juramento de sangre no me lo impidiera.

Asintió lentamente.

—Yo lo mataré, Ethan MacDonald. Es la pena que pongo a todos aquellos que atenten contra mi familia. —Los ojos de él brillaron—. Te ofrezco que le des el golpe de gracia. No estarías rompiendo la promesa de sangre, pues yo he dado la orden de matarlo. Tú decides.

Los ojos del hombre mostraron durante un efímero segundo su debilidad, la tristeza instalada en su corazón por la violenta muerte de su amada, para luego ser oculta bajo una coraza de hierro e impassibilidad.

—Que así sea. —Luego lo miró—. Esto no nos hace aliados, MacLeod. Nunca lo seremos.

—Lo sé. —Desgraciadamente, había habido de por medio entre los dos clanes demasiada sangre, odio y luchas para poder echar tierra y borrar todo un historial de rivalidad—. Haremos el acto mañana, sin que Alba se entere. No querría esto. —Sus hombres murmuraron unas afirmaciones, de acuerdo con él—. A primera hora de la mañana se hará.

Ethan se fue con rapidez sin mirar atrás. Cameron se acercó al malherido hombre con rapidez.

—Dime cómo encontraste a Marianne y qué te ofreció a cambio de planear la muerte de mi esposa.

Soltando una ronca carcajada, Sam escupió sangre al suelo.

—No tengo nada, *laird* MacLeod. Ni tierras ni hijos por los que preocuparme, me encargué bien de eso. ¿Qué crees que me ofreció? Su cuerpo, era lo único de valor que tenía. Permitted que lo maltratara a mi antojo cuantas

veces quisiera, sin gritar de dolor con tal de veros muertos a ti y a tu zorra...

Cameron se giró con la rapidez de un águila para golpearle con la rodilla en el rostro. La sangre comenzó a manar otra vez con fuerza, mojándolo todo. Se escuchó un crujido, seguramente del hueso de la nariz.

—Estás loco, Sam. Ni siquiera tienes apellido de clan para honrarte. No serás recordado.

Dándose la vuelta, escuchó su áspera voz a las espaldas.

—En eso te equivocas, *laird*. Tú y tu mujer me recordaréis para siempre.

Capítulo 19

Alba se despertó al sentir un cuerpo arrastrándola, pegándose al de ella y besándole el hombro, sien y mejilla mientras murmuraba en gaélico. Parpadeando varias veces, pudo ver con la tenue luz de la luna el perfil de Cameron. Sus bonitos ojos grises, preocupados y brillantes, sus labios carnosos, la suave nuez de Adán cubierta por un vello incipiente y el fuerte y musculoso pecho.

Dándose la vuelta, lo miró fijamente.

—¿Te pasa algo, Cameron? Estás tenso y frío.

—Tú sí que estás fría, *mo rùin*. Ya hemos solucionado todo.

—Ah, ¿sí? —Siendo rodeada por él, le dio un casto beso en los labios—.

De acuerdo.

—Yo... soy un hombre orgulloso, Alba, pero sé cuándo me equivoco. Quiero pedirte disculpas por haberte dejado sola tras contarme lo de Anne.

—Lo entiendo, de verdad, yo...

—No, no intentes excusarme —la interrumpió con ternura, acunando su mejilla con la mano—. Es... fue duro de asimilar. Pensé que se había ahogado, y enterarme de que tuve a la culpable delante de mis narices y que incluso me podría haber casado con ella... —La miró con determinación—. ¿Te das cuenta de lo mucho que has cambiado mi vida?

Ella sonrió y puso una pierna encima de las de él.

—Lo sé.

—Sin ti... nunca hubiese vuelto a confiar en una mujer, ni sabría el verdadero asesino de Anne. Ni... —Tragando saliva, se estiró para besarle la nariz—. Ni tampoco me habría vuelto a enamorar de ninguna otra mujer.

Alba lo miró con los ojos desorbitados. Los latidos de su corazón se volvieron frenéticos.

—¿Me amas? —preguntó débilmente.

—¿Acaso lo dudas? —Pegándola a su pecho, la besó con fuerza. Ella le respondió, gimiendo en sus labios—. *Och, mo rùin*, te amo desde antes de que hiciéramos el amor en el lago. Mucho antes. Cuando te secuestraron, sentí un inmenso temor de no volver a verte, pensaba qué haría sin ti, sin tus contestaciones, sin tus besos y tus extraños gestos cuando te digo apelativos en

gaélico. Te amo tanto que quiero casarme contigo de una vez por todas.

Ella escondió el rostro en su cuello antes de mirarlo. Presionando sus labios contra los de él, suspiró felizmente.

—Yo también te amo, mi *highlander*. —Sonrojada, se colocó encima y lo rodeó con los brazos—. No quise decírtelo hasta que tú fueses el primero. Sentía... que de cierta forma Anne seguía entre nosotros.

Él llevó las manos hasta las nalgas, acariciándolas. No era un gesto sexual, si no de plenitud, de felicidad ante el nuevo horizonte que se les abría.

—Sé quién eres, Alba, no te comparo con nadie.

—Shhh —murmuró. Perfiló sus labios con el pulgar, sonriente y soñadora—. Sé que nunca ocuparé el lugar de Anne, Cameron, ni quiero. Era una buena mujer, pero dejemos las cosas claras. No tengo duda con respecto a tus sentimientos, sé que cuando haces el amor y estás conmigo, me ves a mí, pero necesito que me confirmes que el pasado es el pasado... Y que te dedicarás a vivir el presente. Conmigo. Yo... me costará olvidar a Marianne, pero es lo que hay, intentaré borrarlo de mi mente.

La sonrisa de él resplandecía y, cuando la besó, supo que aceptaba todos sus términos. Contra sus labios, murmuró:

—Sé con quién estoy, con quien me acuesto todas las noches y a quien voy a amar el resto de mi vida. Nunca dudes de mis sentimientos hacia ti. —Besándola, cogió su mano para presionarla justo donde latía su corazón. Alba parpadeó para espantar las lágrimas de sus ojos—. Anne fue mi esposa, la amé, pero ella se fue, Alba, al igual que mi hijo Broderick. Ya he dejado descansar el pasado. Siempre la querré, pero nunca se podrá comparar con lo que siento hacia ti, mi esposa.

Asintiendo, Alba se apoyó contra él.

—No quiero... no quiero ser utilizada como medio para hacer olvidar a nadie. No podría. No quiero ser lo que dijo Marianne. No quiero ser una suplente, quiero que pienses en mí como tu esposa y tu apoyo. —Desesperada por ser entendida, se removió inquieta y apretó los labios—. No te pido que olvides a tu hijo y a Anne, por Dios, no, lo que te pido es que... no quiero compartirme.

—¿Alguna vez lo has sentido?

—No —admitió—, pero no sé si al casarnos, las cosas entre nosotros cambiarán. Nunca me quedaré donde no esté cómoda. Eso tienes que saberlo.

Cameron sintió un puño en la garganta ante el temor de que se fuera, de que

desapareciera esta vez para siempre. Rodando, al tuvo boca abajo y clavó los ojos en ella.

—No me dejes, Alba. Te buscaría hasta encontrarte.

—No podrías —dijo tan bajo que apenas la escuchó.

—Te esperaría toda mi vida si hiciera falta a cambio de estar un segundo a tu lado. —Su voz ronca le erizó el vello de la nuca.

Ella sonrió con seguridad, confiaba en sus palabras y estaba segura de que así sería.

—De acuerdo.

—El pasado está enterrado. Ahora solo pienso en ti y en nuestros futuros hijos. Nadie volverá a interponerse entre nosotros.

Bromeando, deslizó una mano hasta sus firmes nalgas y le dio un pellizco.

—Eso espero, o siempre me quedará Alasdair... O Ethan.

—Ni hablar —gruñó antes de olvidar su promesa de no volver a tomarla hasta después de la boda.



El cuerpo de Marianne fue encontrado al día siguiente de aparecer Alba, gracias a las indicaciones de Sam, y llevado a las tierras de Alasdair de la forma más discreta. Tras ser ejecutado Sam por la mano de Ethan MacDonald delante del clan a la primera luz del amanecer, el castillo volvió a retomar la actividad para organizar la boda del día siguiente. Alba finalmente se enteró por boca de Cameron de que lo ejecutarían, y aunque intentó evitarlo, se mostró de acuerdo al saber las muertes que había ocasionado, enterándose con que una de ellas se trataba la esposa del *laird* de los MacDonald.

Cameron se había ido a cazar con algunos de sus hombres, deseoso de liberarse de la tensión que todavía le rodeaba.

Alba bajó corriendo hasta la puerta principal del castillo para encontrarse al atractivo y salvaje Ethan preparando su montura para marcharse, junto a sus hombres, a sus tierras.

Beth la seguía corriendo, murmurándole que fuese más despacio antes de que se hiciera daño.

Ethan bajó la mirada hacia ella al sentirla a su lado, dejando caer las manos. Sus fríos y azules verdosos ojos parecían más cómodos, confortables tras años de sufrimiento. Supuso que era lógico tras saber que el asesino de su mujer se encontraba muerto.

Parándose a unos pasos de él, cogió aire.

—Yo... quería despedirme antes de que te fueses. Te agradezco muchísimo lo que hiciste por mí, sabiendo que eres rival de mi clan. No tengo palabras...

—No es necesario —soltó con brusquedad, cruzándose de brazos—. Tu esposo ya me ha recompensado más que suficiente.

—¿No puedes quedarte a mi boda? Me encantaría que asistieras.

—No —respondió tajantemente.

Sonrojada ante tal negativa, suspiró, derrotada.

—De acuerdo, vale, está bien. Espero al menos volver a verte, Ethan MacDonald. Eres un buen hombre. Tosco y desagradable, pero bueno al fin y al cabo.

Asintiendo, se giró cuando ella le dio un torpe abrazo, sin poder rodear su enorme cuerpo. Pudo notar la tensión antes de relajarse, aunque no le correspondió, el hecho de que le permitiera abrazarlo era más que suficiente para ella.

Apretándolo unos segundos más, murmuró:

—Si necesitas algo, por favor acude a nosotros, te ayudaremos. En todo.

Siempre serás bienvenido.

Alba no pudo ver la discreta sonrisa que lucía el *laird* de los MacDonald, sorprendiendo a sus hombres, quienes no estaban acostumbrados a ver tal gesto.

—Pronto la encontrarás —dijo en voz baja—. Ella te estará esperando.

Mirándola unos segundos, asintió y se montó en su enorme caballo antes de irse del castillo con sus hombres. Los contempló durante unos largos segundos en silencio, pensando que las circunstancias en las que se habían conocido no habían sido las mejores.

Beth apareció a su lado, sonriendo ampliamente.

—Eres una buena mujer, Alba.

—Me gusta pensar que soy agradecida. Nunca olvido lo que los demás hacen por mí. Por cierto, ¿has visto a Dolores? Hoy es su día de descanso, pero me gustaría verla.

—Está pastando junto a las demás cabras. El *laird* me ha pedido que no me separe de la señora ni un segundo. —Mirando a sus espaldas, señaló a Broc—. Y a él que esté siempre a unos pocos metros de ti. Le costará volver a confiar en la seguridad del castillo.

Suspirando, Alba asintió.

—¿Todo está listo?

—Todo.

—¿Y Alasdair?

—Volvió después de enterrar a Marianne y creo que ahora descansa. El pobre sigue algo hundido por lo de su hermana —murmuro Beth con tristeza.

—Quiero hablar con él, quizás consiga aliviar su sufrimiento.

Beth no entró en el establo cuando, por fin, Alba encontró a Alasdair. Cepillaba a su caballo enérgicamente, con la mirada distante y fría. Cogiendo aire, accedió y se acercó a él hasta tocarle la espalda con la mano.

Él la miró de reojo y sonrió. Lejanos parecían los días en los que él la trataba con cariño y amistad, como si ya nada hubiese entre ellos más que vacío. Ocultando su decepción, suspiró. Alba necesitó tranquilizarse y poner sus pensamientos en orden antes de hablar.

—Alasdair...

—Me alegro de que te encuentres bien, Alba. De verdad.

—Pero me culpas...

—No, por supuesto que no. —Le dio un abrazo—. No puedo mirarte a los

ojos y no sentir vergüenza, muchacha. Si hubiese controlado más a...

—Eso ya no importa. Estoy bien. Y yo no te culpo a ti, ni a nadie. Creo que todo ha sido un enorme malentendido y... Bueno, de acuerdo, un poco sí que culpo a Marianne, pero entendí por qué lo hizo. Estaba desesperada.

Alasdair se apoyó en su montura, alejándose unos pasos de ella.

—Ni siquiera sé cómo permites que vaya a estar presente en tu boda.

—¡Porque eres amigo de Cameron y también mío! Pertenece a nuestra familia y nadie te culpa ni te infravalora como *laird* por lo que ha sucedido — le explicó lentamente, entendiendo la base de sus miedos y preocupaciones—. Marianne estaba perdida y encontró consuelo en Sam. No tuviste nada que ver. Ni tú, ni Cameron, ni Ethan. Deberíamos enterrar ya el pasado.

—Iba a matarte, Alba —musitó, afónico. La zarandeó con suavidad al agarrarla por los hombros

—¿Y qué quieres? ¿Qué me quede traumatizada el resto de mi vida, odiándote a ti por ser su hermano, a Cameron por no haberme protegido, y a Ethan por pertenecer Sam a su clan? ¡Eso es una estupidez! —A punto de perder los nervios, soltó el aire y le señaló con el dedo, golpeándole en el pecho—. Mañana es mi boda y quiero que seas tú quien me lleve hasta Cameron. Así que espero que borres esa mueca de tu rostro.

—¿Quieres que te lleve yo?

Estuvo a punto de reír al ver la confusión de sus ojos. Alasdair estaba pasmado, como si aquello fuese lo último que se había esperado.

—Claro. Ponte guapo... O no tanto. Ya tenías a más de una sirvienta loca por tus huesos. ¡Búscate una mujer, Alasdair! —gritó antes de irse de los establos. Él sonreía, como si acabara de hacerle un gran regalo.

Se chocó con su amiga, quien había estado oyendo toda la conversación. Sonrojada, intentó excusarse.

—Oh... Y-yo...

—No te preocupes. Beth, te pido que seas quien atienda al *laird* de los MacLean. Yo ya tengo suficiente con Broc pisándome los talones.

—Pero... P-pero... —tartamudeó, abriendo los ojos como platos.

—Nos veremos más tarde, buenos días.

Y dejando a su amiga paralizada enfrente de las puertas del establo, se fue hacia el patio de entrenamiento con Broc pisándole los talones. Suspirando, se giró y cruzó los brazos bajo el pecho. Los oscuros ojos del *highlander* brillaban, divertidos.

—¿Puedes dejar de seguirme como si fueras un fantasma?

—Tengo órdenes de Cameron de seguirte a todas partes, Alba. Y todas son todas —matizó. Luego se aclaró la voz—. Me alegro de que estés bien, muchacha. Cameron se habría llevado un buen palo.

Ella sonrió ante su incomodidad.

—Gracias, yo también me alegro de estar viva.

Cuando llegó al patio de entrenamiento, se sentó bajo la copa de un árbol, observando a Cameron instruir a sus hombres con la ayuda de Robert. El ruido de las espadas al chocar era ensordecedor, seguido por los gritos de guerra que soltaban al atacar, blandiendo todo tipo de armas. Estuvo a punto de gritarle a Broc que interviniese cuando un enorme hombre pelirrojo blandió la espada contra Cameron, quien se agachó y movió la afilada arma, colocándosela bajo el cuello.

Asustada, dejó caer la cabeza contra el tronco y gimió.

—Pensé que iba a cortarle la cabeza. ¿Quién es ese pelirrojo tan grande?

—El pequeño John.

—¿El pequeño John? —repitió frunciendo el ceño—. ¡De pequeño no tiene nada! ¡Si es el más grande del clan!

—Sí, eso dicen las mujeres —murmuró entre dientes. Ella se rio al comprender a qué se refería—. Por cierto, ¿Beth sigue soltera?

Giró la cabeza con tanta rapidez que le crujió el cuello. Maldiciendo en español, afirmó con la cabeza.

—Demonios, qué dolor... Sí. —Se olvidó del dolor y alzó una ceja—. ¿Quieres cortejarla?

Encogiendo aquellos amplios hombros, miró hacia los valles, rehuendo su mirada.

—Es guapa y dulce y ya soy demasiado mayor.

—Con esa excusa tan pobre no vas a enamorarla, Broc. —Poniendo los ojos en blanco, se levantó y sacudió las manos en el vestido—. ¿Sientes algo por ella? ¿Te gusta, te parece guapa? ¿O solo es por tener a alguien a tu lado? Te garantizo que esas uniones acaban en fracaso.

—Creo que... nos podría ir bien juntos. —Alba contuvo la risa al ver el leve sonrojo en sus mejillas—. Yo la protegeré y la respetaré. Lo demás ya vendrá con el tiempo.

—Muy bien dicho. Pues te aviso de que será mejor que vayas a los establos. —Culpable, se quitó una pelusa imaginaria del vestido—. Le he

dicho que se quedase con Alasdair...

Pudo ver una llama de pasión en sus bonitos y atractivos ojos oscuros. Tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo, tenso, como si se debatiese entre el deber de cuidarla y el de ir a por Beth.

—Ve a por ella, yo no voy a moverme de aquí. Además, Cameron ya viene hacia mí y quiero privacidad.

Broc le sonrió, agradecido, antes de irse con largas zancadas hacia el establo.

Miró a Cameron y suspiró.

Era grande, fuerte, atractivo y apasionado. Era como el fuego, te calentaba pero podía quemarte, abrasarte con tan solo una caricia. Sus ojos grises estaban clavados en ella con deseo y amor, una combinación perfecta y explosiva que amenazaba con devorarla. El *plaid* le sentaba de maravilla, pensó viendo un poco sus rodillas a medida que se acercaba. Y saber que no llevaba nada debajo la excitó.

Cameron envolvió la cintura femenina con el brazo, pegándola a su cuerpo. Alba capturó su olor a pino fresco, hombre y sudor. Su cuerpo estaba cubierto por una suave película húmeda por el duro ejercicio. Cerca de Dunvegan, rayos y truenos resonaron con fuerza mientras el cielo se volvía oscuro. Una fría brisa agitó su pelo, echándole algunos mechones por el rostro.

Pero ella solo podía mirar a su futuro esposo.

—Va a llover —murmuró.

—Sí, eso parece. —Un relámpago iluminó el cielo—. Había pensado en escaquearme del entrenamiento y vigilarte.

—¿Tienes miedo de que me escapé? —murmuró seductoramente contra sus labios.

Él tomó su boca con rapidez, devorando sus labios y lamiendo la templada carne. Envolvió sus brazos alrededor del cuello, acariciando los mechones sueltos y respondiéndole al beso con la misma pasión, acariciando la lengua de Cameron con la suya.

—Ya sabes lo que te espera si te escapas, *mo rùin*.

—¿Nalgadas? —Decirlo en voz alta la estremeció.

Sintió las duras manos masculinas contra sus glúteos, amasando con suavidad los globos antes de presionarla contra su dureza.

—Entre otras muchas cosas. Hoy es nuestra última noche antes de ser marido y mujer.

—Oh, ¿nos casamos mañana? —Soltó una risita cuando él mordisqueó su cuello con un gruñido feroz—. Por cierto... ¿qué opinas si te digo que Broc está interesado en Beth?

—¿Broc? Eso es imposible, cariño. Broc es un sinvergüenza.

—Pero me ha dicho que sus intenciones son serias, que quiere cortejarla. —Frunció el ceño—. ¿Le sería infiel?

—No lo sé —respondió con franqueza—. No todos tienen la suerte de encontrar lo que nosotros tenemos, Alba.

—Yo... Creo que he hecho una de las mías, Cameron —murmuró débilmente cuando volvió a atacar su cuello, depositando dulces y perezosos besos en la curva. Intentó recobrar el hilo de sus pensamientos—. Le dije a Beth que se ocupase de Alasdair y... Ahora Broc va para allá tras decirme que quiere casarse con ella.

—Vaya la que has liado en unos minutos —bromeó con una sonrisa.

—¡No tiene gracia!

—Alba, Alasdair en lo último que piensa ahora mismo es en encontrar una esposa.

—Yo le animé...

—Eso no quiere decir nada. Deja que las cosas sigan su curso, no puedes intentar solucionarle la vida a todo el mundo, Alba. No es posible. —Relajó su tono de voz al ver la preocupación en los ojos verdes grisáceos de ella, tan oscuros como un bosque de coníferas—. Con que te ocupes de mí, es más que suficiente.

Alba soltó una carcajada.

—Vale, de acuerdo, dejaré de hacer de celestina. Pero prométeme que si Broc se casa con Beth, hablarás con él.

—¿Para qué no le sea infiel? Eso es bastante común.

Enfadada, intentó soltarse de su agarre, pataleando.

—Como se te ocurra serme infiel alguna vez en tu vida...

—Nunca, lo prometo —musitó con seriedad, llevándose una mano al pecho.

—Te la devolveré con creces, Cameron MacLeod.

—Oh, vamos. —Le dio una lamida en la mejilla, sonriendo al escuchar su quejido—. No necesito a nadie más, cariño. Eres todo lo que quiero.

—Más te vale. ¿Hablarás con Broc? —insistió, dejando que volviera a besarla.

—Si eso es lo que quieres...



Beth intentó no tomárselo mal cuando Alasdair le pidió que lo dejara a solas. Contuvo como pudo el sonrojo de sus mejillas y salió del establo, recriminándose una vez más sus sentimientos por él. Era consciente de que no la quería ni le gustaba, quizás podría resultarle guapa, pero poco más. En esos momentos él tenía otros objetivos en la vida que sin duda no la incluían.

Echándose la larga trenza a un lado, salió de los establos para encontrarse a Broc. Grande, moreno y seductor, era un auténtico dios pagano. Sus rasgos eran opuestos a los del *laird* MacLean. Duros, salvajes y fríos, incluso despiadados. Su oscura mirada conseguía derretir a cualquier mujer y hacer temer al más bravo guerrero. Los grandes brazos eran resultado del entrenamiento tan duro que llevaba a rajatabla todos los días, aparte de ser su complejión.

Suspirando, se dijo que nunca conseguiría a un hombre que le gustase. Alasdair la había rechazado, Broc nunca la había mirado y solo podía

contentarse con los groseros cumplidos de Dante, un soldado que seguía todo aquello que tuviese faldas.

Fue hacia la otra parte de los establos donde solían meter a las vacas y cabras cuando había tormenta. Cogiendo un cubo y un pequeño taburete, lo preparó todo para ordeñar la vaca que le quedaba pendiente cuando una oscura figura entró.

Levantándose con rapidez, giró su cuerpo para encontrarse a Broc. Su negra mirada estaba clavada en ella y su musculoso y fuerte cuerpo le impediría huir. Cogiendo aire, se obligó a relajarse y mantener la calma.

—¿Puedo hacer algo por vos?

Una fuerte lluvia comenzó a caer en el exterior. Alzó la cabeza a medida que se acercaba más y más, para no apartar sus ojos de los de él. No era el *laird*, no tenía por qué retirar la mirada, pero aun así le estaba costando. Parecía ver a través de ella, todos sus anhelos y miedos.

Incómoda, se aclaró la garganta y se dispuso a sentarse cuando la tomó entre sus brazos y la besó... con la mayor suavidad posible. Apenas una presión en sus temblorosos e inocentes labios. Parpadeando, sus latidos fueron aumentando, su respiración se entrecortó segundos antes de que él profundizara el beso y la envolviera con su cuerpo.

Minutos más tarde, el amor imposible que sentía por Alasdair fue borrado.



Alba apenas podía contener la dicha que sentía, ¡todo estaba quedando tan bonito! Ella iría hacia la capilla en el caballo que le había regalado Cameron, cuyas crines blancas irían trenzadas y con flores. Por otra parte, el camino desde la puerta del castillo hasta la capilla estaba adornado con dos hileras de flores silvestres que guiarían al caballo, idea de la fabulosa Fiona, quien se había encargado a última hora de llevarse a algunas mujeres que trabajaban en el castillo para efectuar la tarea.

Su vestido, finalmente, se lo mostró Beth instantes después de marcharse Fiona. Sobre su cama, un bonito vestido blanco de seda adornado con intrincados de hilos dorados en muñeca, pecho y el dobladillo. Los hilos del pecho ayudarían a ajustárselo para que no quedara holgado y con bolsas vacías. De mangas largas, tuvo la imperiosa necesidad de probárselo y bailar en su habitación bajo la divertida mirada de su amiga.

Luego le mostró la corona que llevaría sobre la cabeza, sin flores, ya que serían recogidas la mañana de la boda para que permanecieran frescas el mayor tiempo posible. Arrastraba un velo casi transparente, hasta la clavícula.

Sin poder contenerse, abrazó a Beth con fuerza, agradeciéndole el gesto con los ojos húmedos por la emoción.

Cuando fue a las cocina, Cameron la agarró de los hombros y la echó, soltándole una pequeña riña por no estar descansando en vez de comprobar todos y cada uno de los detalles de la boda.

Agarrándose a su brazo, sonrió ampliamente.

—¿Te vas a poner muy guapo?

Él la alzó y la besó de aquella forma tan apasionada que la entumecía, odiando cuando se separaba para dejarla respirar. Parecía divertido.

—Yo siempre estoy guapo.

—Por supuesto.

Liberada de él, retrocedió unos pasos mientras veía la llama que aparecía en sus ojos.

—¿Usas ese tono de condescendencia conmigo, muchacha?

—Oh, no *laird*. —Le hizo una reverencia y, dando otro paso atrás, chocó contra la pared. Mirando a sus espaldas, soltó un gemido cuando él se apretó a su cuerpo y la besó—. ¿Tienes los anillos?

—Ajá.

—¿Ya tienes la ropa lista?

—Por supuesto. Voy a estar guapísimo, ¿acaso lo dudas?

Ella soltó una armoniosa carcajada que atrajo las miradas de todos los que trabajaban en el pasillo que comunicaba el salón con la cocina. Cameron miró con fascinación a su mujer, desde las constantes carcajadas hasta la humedad en las comisuras de los ojos.

—Yo lo pongo completamente en duda.

Alba dejó de reírse y clavó la mirada en Aedan, quien parecía cansado y desaliñado.

—Acabo de venir de cazar por si acaba faltando comida mañana. Los animales ya están terminando la hibernación y es más fácil encontrar presas.

—Nada de conejo... —musitó cruzada de brazos.

—Nada para ti que sea conejo —la corrigió Cameron.

—Por cierto, ¿habéis visto a Broc? —Aedan se rascó la cabeza, confuso—. Quedamos en que él vendría y tuve que llevarme a Alaric.

—Aparece y desaparece todo el tiempo, estará liado terminando de revisar la capilla.

Asintiendo, durante unos segundos lució dudoso. Finalmente se acercó a

ella bajo la atenta y fría mirada de Cameron, que parecía estar dispuesto a matar a todo aquel que se acercara a la futura mujer del *laird* con intenciones no claras.

Suspirando, agarró las manos de ella.

—Me alegro de que estés bien, Alba. No tuve tiempo de decírtelo pero... te aprecio.

Ella asintió y le abrazó, palmeándole la espalda con firmeza.

—Está bien, Aedan. Seremos familia, todo está perdonado. Pero no olvidado.

—¿Y eso qué demonios quiere decir?

Cameron soltó una carcajada antes de atraer hacia sí a su mujer.

—No soy rencorosa por naturaleza, por lo que olvido con rapidez las ofensas, tropezando una y otra vez con la misma piedra. Te perdono, Aedan, hace ya tiempo que lo hice, solo... evitaré quedarme en un castillo que esté bajo mandato tuyo. Solo por precaución.

Su hermano parecía ofendido, pero él le dirigió una mirada. Aedan se aclaró la garganta.

—Claro, lo entiendo.

—¡Aedan! —Mary apareció en ese momento, abrazando a su hijo—. Necesito tu ayuda, se ha caído uno de los adornos de la capilla y Broc ya no aguanta ni un segundo más estar rodeado de mujeres. Ven a ayudarnos.

Asintiendo, Aedan se fue con rapidez junto a su madre. Cameron miró a Alba con devoción, deseando que llegara cuando antes el día de la boda. Y así, podría gritar a los cuatro vientos que Alba era suya y él de ella.

Capítulo 20

Alba se levantó cuando el primer haz de luz entró por la ventana de la habitación, impactando contra su rostro. Apretó los ojos y los abrió con lentitud, viendo a través del cristal unos amplios montes y valles frondosos, el cielo de un tono malva y unas aves sobrevolando sobre los lagos y los bosques, de dos en dos. Suspirando, una sonrisa apareció en su rostro, apoyada de costado.

Era el día de su boda, uno de los días más felices de su vida. Ella, que nunca pensó que acabaría casándose. Si su tía estuviese con ella... Apretó los puños bajo la almohada, pero luego se relajó. Pensaba bailar, cantar y comer junto a Cameron, disfrutar y vivir la vida que el destino le había concedido.

Tenía tanto que agradecerle al señor O'Neill y a su tía... Sin ellos, no se encontraría allí. Imaginar su monótona vida de antaño era como una foto lejana, del pasado. Había cambiado tanto. Apenas se parecía a la Alba de antes.

Tendría hijos, envejecería en Escocia y nunca volvería a su país. Aunque sintió nostalgia, no podía compararse con la felicidad que le hinchaba el pecho.

Quitándose las pesadas mantas de encima, se incorporó. Gimió al sentir el frío suelo contra la planta de sus pies. Unos golpes en la puerta desviaron su atención.

—¿Sí?

—Soy yo, Beth, junto a otras mujeres. Hemos venido a prepararte para tu boda. ¿Podemos pasar?

—Sí, claro.

Beth entró junto a unas cuantas mujeres que cargaban cubos con agua caliente. Echándola en la tina, Alba se estremeció ante la tentadora idea de darse un baño caliente. Cuando terminaron de llenarla, su amiga la miró con una sonrisa.

—Supongo que querrás bañarte a solas, nosotras te esperaremos fuera. Avisa cuando termines y te arreglaré.

—De acuerdo, gracias —asintió y sonrió.

Quedándose a solas, se desnudó con rapidez y entró en la tina, soltando un

suspiro de placer. Apenas había conseguido dormir en toda la noche y al menos esperaba relajarse con el baño. Lavándose el cabello y el cuerpo con el jabón que le habían dejado encima de la cama, que olía a flores silvestres, terminó de enjabonarse y se puso una camisola. Luego gritó:

—¡Ya he terminado!

Beth entró con rapidez y la hizo sentarse en la silla que había en la habitación para comenzar a trabajar con su pelo. Las demás mujeres se llevaron la tina con el agua, murmurando que irían a ayudar en la cocina, por si las necesitaban.

Su amiga le trenzó el pelo y luego lo recogió en un bonito moño, dejando algunos mechones sueltos por su rostro, que intentó rizarlos con el dedo, enrollándolos para dar un tirón que le sonsacó un gemido. Beth sonrió.

—Perdona, quiero que quede perfecto.

—De acuerdo, pero no hace falta dejarme calva —bromeó viéndola sacar unas flores de una cesta y colocándoselas en el recogido—. Por cierto, ¿qué tal con Broc?

—Oh... —Sus mejillas se volvieron rojas como el granate—. Pues... Bueno, Alasdair se fue porque quería estar solo, así que iba a ordeñar algunas vacas o cabras indiferentemente cuando apareció Broc. No estaba nerviosa, pues él nunca había mostrado interés por mí, pero vi algo en su mirada, algo diferente.

Alba soltó una risilla.

—Le gustas.

—He llegado a esa conclusión, ¿por qué si no habría de querer casarse conmigo? Bueno... me besó.

—¿Te besó? —Intentó girarse para mirarla a los ojos, pero ella se negó, dándole otro fuerte tirón del pelo.

—Sí... Me dijo que si me convertía en su mujer nunca me faltaría cobijo, ni comida, que se ocuparía de mí hasta el final de sus días y se encargaría de mantener a todos nuestros hijos.

Alba se mordió la lengua, recordándose que se encontraba en la Edad Media. La gente no se solía casar por amor, los padres intentaban unir a sus hijas la mayoría de las veces lo más convenientemente posible mediante acuerdos económicos. Pocas personas acababan encontrando el amor, y esperaba que Beth fuera una de ellas. El tiempo lo diría.

Una vez peinada, le puso el vestido por encima de la cabeza y le ajustó el bonito vestido con ramilletes dorados en las mangas y dobladillos. Los

cordones del escote, dorados también, fueron tirados con fuerza para ajustarse al pecho de Alba. Unos minutos más tarde, se calzó y su amiga se alejó para contemplarla.

Llevándose las manos a la boca, jadeó.

—Estás preciosa.

—Eso quiere decir que has hecho un magnífico trabajo —respondió con una sonrisa.

—Cameron va a caerse cuando te veas, eres tan... guapa.

—Gracias, Beth.

—¿Estás preparada?

—¿Para convertirme en la mujer de Cameron? Más que nunca —contestó con una enorme sonrisa, ignorando el temblor de las rodillas—. He estado esperando toda mi vida este momento, no puedo aguantar más.

—Vas a ser la novia más guapa de toda Escocia.

La boda finalmente se celebró en la capilla que Cameron y sus hombres habían estado reconstruyendo días atrás. Alba había ido montada en la yegua blanca, vitoreada por el clan sin poder dejar de sonreír, saludando a todos. Se había encontrado desde la amable Fiona, quien se había limpiado una lágrima, hasta Mary, que aplaudía con fuerza al lado de Aedan, cuyo semblante resplandeciente de niño travieso la hizo reír.

Pero cuando llegó al lado de su futuro esposo, los nervios volvieron a aflorar.

Tan grande, tan alto y tan guapo, allí se encontraba, con el pelo echado hacia atrás, el *plaid* muy bien colocado, enseñando las fuertes piernas mientras la observaba con deleite, traspasándola y haciéndola sonrojar. Podía ver lo mucho que la deseaba, pero él no se quedaba atrás. Estaba tan guapo que se moría de ganas por besarle y levantarle la falda, una cosa que pensaba hacer tarde o temprano.

Cuando llegó hasta su lado acompañada de Alasdair, a quien le dio un beso en la mejilla, miró a los profundos y hermosos ojos de su futuro marido, tan grises como un día de tormenta.

Una vez el sacerdote dio por finalizada la ceremonia, Cameron la rodeó con un brazo y tomó su boca en un posesivo beso que la hizo jadear y enredar los brazos en su cuello, respondiendo con toda la pasión posible. Separándose, su marido la miró con una enorme sonrisa.

—Ahora eres Alba MacLeod.

Todo el clan vitoreaba y aplaudía con fuerza cuando se fueron hacia el salón. Broc iba detrás de Cameron y al lado de Beth, cuyos bonitos ojos estaban iluminados cada vez que miraba a su futuro esposo. Broc apenas podía apartar los ojos de ella. Robert al otro lado de Broc, iba sonriendo y negando con la cabeza, como si todo aquello fuese demasiado para él.

En el salón, Cameron volvió a besarla con entusiasmo, ganándose algunos silbidos de los invitados mientras llenaban las copas. Mary se acercó a ellos con una sonrisa y dejó las bebidas de ambos enfrente de ellos para el brindis, luego se fue con rapidez al lado de su hijo Aedan para unirse.

Levantándose, rodeó con un brazo la cintura de Alba y sin dejar de mirarla, habló:

—Y por fin, tengo a mi lado a la mujer más guapa y honorable de toda Escocia y España, Alba MacLeod. Por ti, esposa. Por toda la vida que nos queda por delante.

Sonrojada de placer, se puso de puntillas para llegar a sus labios.

—¡Larga vida a la pareja! —gritó Aedan.

—¡Larga vida! —respondieron todos.

Cuando iban a beber de sus copas, Alba colocó la mano encima del fuerte brazo de Cameron. Él la miró con curiosidad.

—¿Pasa algo?

—Quiero... que hagamos una tradición que se hace en mi país. Tú beberás de mi copa y yo de la tuya, entrecruzando nuestros brazos, ¿entiendes?

Cameron asintió, complacido.

—Muy bien, esposa.

Haciéndolo, Alba bebió de la copa de Cameron con una sonrisa al escuchar las exclamaciones de los invitados, algunas un poco vulgares que consiguieron hacer sonrojar a más de una criada. Cuando el líquido tocó su lengua, Alba estuvo a punto de escupirlo. Agria y rancia, se bebió un pequeñísimo sorbo antes de tomar su asiento, coger la copa y dársela a un sirviente para que llevara una nueva de inmediato.

Cameron hablaba con Alasdair al mismo tiempo que le acariciaba la rodilla con la mano en lentas caricias, quizás intentando tranquilizarla.

Aprovechó y comió todo lo que pudo hasta que al meterse un último trozo de urogallo, un fuerte retortijón en el estómago la sacudió de pies a cabeza. Soltando un pequeño gemido, se llevó una mano allí e intentó tranquilizarse. Hipó. Una fuerte punzada volvió, esta vez con más fuerza, para que el sudor

comenzara a perlar su frente y gimiese esta vez con más intensidad.

Incorporándose, tiró accidentalmente la nueva cerveza que había llevado el sirviente, mojando las manos de Cameron.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Alba? ¿Te encuentras bien?

Apenas había terminado la pregunta cuando se dobló por la mitad y vomitó sobre sus pies, escuchando a lo lejos las murmuraciones de los invitados. Sus oídos pitaron y sus rodillas temblaron violentamente, haciéndola perder el equilibrio.

Cameron fue bastante rápido como para agarrarla y pegarla a él. Alba volvió a vomitar, esta vez encima de la mesa, manchando el bonito mantel confeccionado por Fiona. Cuando se recuperase, se encargaría de pedirle disculpas. Un nauseabundo olor los rodeó al mismo tiempo que ella era recorrida por fuertes dolores y retortijones que la hicieron sollozar en los brazos de su esposo.

Él estaba pálido, mirándola y sujetándola, sin entender nada.

—Cariño, cariño, ¿qué pasa?

—Me... me encuentro fatal, C-Cameron —murmuró antes de llevarse una mano a la boca para intentar contener las arcadas—. Yo... me duele todo, ayúdame —sollozó.

Agarrándola con firmeza, salió con rapidez del salón bajo las especulativas miradas y se dirigió hacia su habitación, que había sido preparada para la primera noche que pasarían como marido y mujer. Beth los seguía junto a Fiona y sus dos hombres de confianza, Broc y Robert. Las zancadas de él eran tan grandes que las mujeres tenían que correr para ir a su paso.

Nada le importaba a él excepto la mujer que tenía entre sus brazos.

Mirando el níveo rostro de Alba, se alarmó.

—¡Llamad a Iona, que venga ahora mismo!

—¡Sí, señor! —dijo Fiona antes de dar la vuelta e irse.

Dejándola sobre la cama, le echó el pelo hacia atrás. Estaba sudando y ardía. Apoyando la espalda en almohadones, Alba se volvió a doblar sobre sí misma para vomitar con fuerza, esta vez dejándose el estómago vacío por completo, sin alimentos que digerir. Evitando pisar el charco, la agarró entre sus brazos y besó la sudorosa frente.

—Alba, *mo rùin*, por favor, dime qué te pasa. Así podré ayudarte.

—Yo... me duele todo, el estómago. —Una lágrima se deslizó por su

mejilla—. Cameron, me siento fatal...

—¿Has comido demasiado? ¿Te ha sentado algo mal? Maldición, Alba, no te duermas, contéstame. —La sacudió con suavidad.

Ella frunció el ceño antes de llevarse una temblorosa mano a la boca, respirando por la nariz para evitar más arcadas.

—Creo que ha sido la cerveza.

—¿La cerveza?

—En el brindis —murmuró, exhausta—. Estaba rancia, mala. Le pedí a un sirviente que la cambiase tras hacer el brindis.

Paralizado, alzó la cabeza y miró a Broc y Robert durante unos interminables segundos. Ambos asintieron y Robert se fue para bajar al salón e impedir que nadie lo abandonara. Habían intentado envenenarle y, desgraciadamente, había sido su esposa quien había pagado el pastel. Y allí se encontraba, tan pálida como las sábanas, con los labios resecaos y aquel horrible olor que parecía provenir del mismísimo infierno.

Iona apareció en ese momento junto a dos criadas. Con su canoso pelo recogido en un moño y sus oscuros ojos, echó una rápida mirada a Alba.

—Ha sido envenenada, Iona. —Abrazó a Alba contra su pecho y apretó los dientes, odiando cada segundo de la agonía por la que estaba pasando. Daría todo lo que tenía con tal de ser él quien ocupase su lugar, sufrir lo que ella estaba sufriendo en sus propios huesos—. Ayúdala.

—Necesito que limpien todo este desastre, el mal olor solo conseguirá producirle arcadas. —Su ronca voz estaba teñida de preocupación—. Actuaremos con rapidez. ¿Ha echado más?

—No, tiene el estómago vacío.

—Me aseguraré de ello. *Laird*, creo que lo mejor sería que os fueseis abajo, al salón. No va a ser agradable lo que voy a hacer, pero sí necesario para que viva, y teneros aquí solo podría empeorar la situación.

—No pienso irme de su lado —ladró, apretando la fría mano de Alba. Se giró y la miró, acunándole el rostro—. Alba, cariño, despierta...

—Cameron, deberías salir. —Broc se aclaró la garganta—. Quizás puedes ocuparte del salón mientras Iona y Beth se quedan con ella. Aquí solo estorbaremos.

Asintiendo a regañadientes, besó los agrietados labios de su mujer. Ella gimió casi imperfectivamente, aliviándolo.

—Te amo, *lass* —murmuró ronco, con un nudo en la garganta que

amenazaba con dejarlo sin aire. Decidido, clavó sus ojos en ella cuando los entreabrió—. Vive, Alba, vive o te seguiré hasta donde haga falta con tal de traerte de vuelta a mi lado. No vas a dejarme. No lo permitiré. —Se aclaró la garganta y se giró hacia la anciana—. Beth estará para lo que necesites. Por favor, Iona, no dejes que muera.

Sin esperar su respuesta, la miró una última vez antes de salir de la habitación y cerrar la puerta. Se apretó el puente de la nariz.

—Broc, quédate aquí y no dejes que nadie entre. Nadie. Cualquier cosa que necesite Iona, asegúrate de que lo tenga.

—Sí, Cameron. No me moveré de aquí.

Asintiendo, obligó a sus pies a moverse para dirigirse al concurrido salón, donde se encontraban todos los invitados, inclusive el cocinero y los sirvientes, todos. Las murmuraciones no habían hecho más que empezar, pero él estaba decidido a averiguar quién había intentado asesinarlo.

Nada más poner un pie dentro, miró a su hermano Aedan, cuyos ojos azules estaban puestos en él. Su hermanastro era quien habría ganado más con su muerte, pensó a medida que la furia lo invadía, al igual que el miedo y la preocupación de perder a la mujer que amaba. Sam debía de haber contado con el apoyo de alguien conocido del castillo para entrar, saltarse a los soldados y llegar hasta las cocinas. Había un traidor entre ellos y no pensaba fiarse de nadie.

Yendo hacia él, su hermanastro no pudo prevenir el golpe hasta que cayó al suelo por el impacto de puñetazo. Un chasquido resonó.

Sobre su hermano, comenzó a golpearlo con violencia mientras las imágenes de Alba vomitando y cayendo en sus brazos lo atormentaban. Alguien se tiró a su espalda, golpeándolo con débiles puños sin dejar de gritar. Robert agarró a Mary y la separó de él, sujeta por los antebrazos.

Levantándose, soportó la repugnancia en aquellos ojos familiares.

—¡No toques a mi hijo, Cameron MacLeod! ¡Eres una deshonra para tu clan! ¡Tú deberías haber muerto, tú y sólo tú! ¡Esa pobre muchacha ha sido solo una víctima más!

Bajando los puños, ignoró el gran estupor que causó la frase y se enderezó.

—¿A qué te refieres?

—Yo puse el veneno en tu copa, yo conseguí que Sam entrara en el castillo y yo fui quien planeó que Marianne abandonara a Aedan. ¡No iba a consentir que mi hijo acabara con esa arpía sin llegar a ser *laird* mientras tú ocupabas el

puesto que debería ser de mi hijo! ¡Él tendría que haber sido el *laird*, y no tú!
¡Pero tu padre no me escuchó!

Aedan se levantó del suelo con rigidez y los ojos completamente abiertos, o casi abiertos, ya que uno de ellos se estaba comenzando a inflamar. Sangre corría por su nariz y labio.

—¿De qué estás hablando, madre? ¿Tú... tú has planeado todo esto?

—Hijo, ¿no lo entiendes?

Cameron observó a su hermano llevarse las manos al rostro y murmurar una plegaria.

—Madre... ¿se puede saber qué demonios has hecho?

—¡Pero Aedan, yo...!

—¡Me has deshonrado delante de todo el clan, madre! —gritó furioso, cerca del pálido rostro de Mary—. ¡Como si no hubiese sido suficiente que violasen a Alba estando yo al mando del castillo, ahora haces esto! Sabes lo mucho que me estaba esforzando por volver a ganarme el favor de mi hermano —murmuró dolido, con una extraña mueca en su rostro—. Yo... yo te desprecio.

Mary gritó con dolor, como si acabasen de clavarle un cuchillo.

—¡Eres mi hijo!

—Yo... reniego de ti, mad... Mary. —Dándole la espalda, miró a Cameron mientras hablaba en voz alta—. Nunca te reconoceré como madre ante nadie, ni cuando tenga hijos les hablaré de ti. —Apretando los labios, hinchó su pecho al coger aire—. Para mí no existes.

—¡Aedan, por favor!

Su hermano se arrodilló delante de él, desenfundado su espada.

—Hermano, te prometo que yo no sabía nada de esto, pues habría hecho cualquier cosa para evitarlo. Tu esposa se está debatiendo entre la vida y la muerte y sé que eso solo conlleva un castigo: la pena de muerte. La recibiré con los brazos abiertos si eso es lo que ordenas, pero no me destierres, por favor. Vivo y existo por y para el clan MacLeod.

Todos los presentes observaban en silencio, esperando el veredicto del *laird*. Cameron apretó los puños a ambos lados. Sí, podía quedarse viudo en apenas unas horas si Alba no conseguía expulsar el veneno de su cuerpo. Sí, tenía ansias de sangre, pero entre toda la niebla de miedo y dolor, podía ver con lucidez que Aedan no tenía nada que ver en los retorcidos planes de su madre.

Y él quería a su hermano.

Era el único familiar con vida que le quedaba; ni primos, ni tíos, su familia siempre se había caracterizado por ser pequeña.

Alzando la mano, la colocó en el hombro de su hermano, sintiendo la tensión del músculo. Sus azules ojos se clavaron en él, expectantes pero firmes, aceptando fuera cual fuera su destino.

—No voy a expulsarte ni a matarte, Aedan. No cuando eres inocente. Admito que sigo culpándote de no haber cuidado a Alba cuando te dejé el castillo, pero ese es otro tema que ya hablamos. —Miró a Mary—. Con respecto a ti, debería aplicarte la pena de muerte sin lugar a dudas. Pero mi padre vio algo en tu persona que aún me cuesta entender, y me trataste bien, además de que ayudaste a Alba en un momento en el que yo no estaba presente. No te condenaré a muerte, Mary. —Ella abrió los ojos por completo, atónita—. Serás desterrada. Si vuelves a pisar mis tierras, no tendrás una segunda oportunidad. Por tu culpa mi esposa se encuentra arriba, vomitando y luchando entre la vida y la muerte, cuando ella te aprecia. —Se había acercado a su madrastra sin darse cuenta, con la voz rota y el puño alzado—. Llevadla a la mazmorra, mañana será desterrada públicamente.

Ignorando los gritos de Mary, llamando a Aedan, miró a los invitados.

—Siguiendo los que, seguro, serían los deseos de mi esposa, disfrutad del banquete y de la hospitalidad de los MacLeod. Yo me retiro.

Saliendo del salón con rigidez, se apoyó en la pared y presionó el puente de la nariz con los dedos, murmurando una plegaria. Temía subir las escaleras y encontrarse con la triste noticia en los viejos ojos de Iona. No quería perderla, no podía perderla. Era la mujer de su vida, la amaba y quería pasar el resto de su vida con ella. Maldijo a Mary, Marianne y a Sam para luego dar un puñetazo en la pared, lleno de ira.

Los nudillos se despellejaron y manó sangre. Ignorando la punzada de dolor, levantó la mirada al sentirse observado.

Alasdair, cruzado de brazos, suspiró.

—Cameron...

—Déjame a solas, amigo mío. No quiero compañía.

—No la has fallado. Nadie podía figurarse que se trataba de la mismísima Mary, ¡tu madrastra! Alba la apreciaba, es un duro golpe.

Sacudiendo la cabeza, se alejó para salir al patio y coger aire fresco, viendo las pesadas nubes cubrir el cielo hasta dejarlo oscuro. Algunos

invitados alzaron sus cabezas y hablaron en murmullos. Sí, sentía que había fallado a su esposa, apenas había jurado protegerla cuando había caído en sus brazos envenenada. ¿Y si no era lo bueno para ella? Quería darle un hogar, una familia y protección, pero estaba fallando estrepitosamente en lo último.

—No te culpes. —La voz de Alasdair se coló entre el gentío—. Alba no lo hace, nadie lo hace. Yo... Marianne era lo bastante retorcida como para matar a su propia hermana con tal de estar contigo. —Sus ojos azules, apenados, se dirigieron a los verdes montes que se alzaban a su vista, casi cubiertos por la llegada de la noche—. Lo mejor que podrías hacer es enterrar todo este asunto y disfrutar de la vida junto a tu esposa. Alba es una mujer increíble, incluso yo mostré interés por ella, pero me eché para atrás. —De reojo, le sonrió—. Notaba cómo la mirabas, cómo la seguías fuese a donde fuese, siempre pendiente de ella. Es guapa, cariñosa, amable, respetuosa y divertida, cualidades que no se suelen encontrar en el género femenino, no todas.

—No quiero... —Tragando saliva con dificultad, se sinceró—. No quiero subir para que Iona me anuncie que no...

Sin poder seguir, apretó los dientes. Su voz ronca se entrecortaba por las emociones.

—La amas —murmuró genuinamente.

—Ella es mi vida, haría cualquier cosa por Alba —admitió en voz alta, dándose cuenta de la profundidad de sus sentimientos hacia su esposa—. No puedo imaginarme sin mi esposa el resto de mi vida. El mundo sería demasiado frío y desolador sin ella.

—Sube y abrázala, tu curandera es una experta en hierbas. Estoy seguro de que podrá sacarla de ésta. Ya ha tratado envenenamientos antes, Mary no se saldrá con la suya. Te mereces ser feliz. Los dos.

Con una sonrisa, palmeó el hombro de su amigo.

—Gracias.

Y sin esperar un segundo más, entró en el castillo a grandes zancadas. Le pedía a Dios una y otra vez que la salvara, dispuesto a dar su alma con tal de tenerla. Pero si no era posible, al menos pensaba estar los últimos momentos a su lado, besándola, abrazándola y acunándola entre sus brazos sin ser capaz de concebir un mañana lejos de su compañía.

Lejos de su alma gemela.

Delante de la puerta de la habitación, miró a su amigo Broc, cuyos enormes brazos estaban cruzados delante del inmenso pecho. Sus oscuros ojos se

clavaron en él. Con miedo, se atrevió a preguntar.

—¿Sabes algo?

—No —negó con la cabeza—. Solo Beth salió para pedir que subieran cubos con agua caliente. No he escuchado nada.

Alarmado, insistió.

—¿Nada?

—No, nada, Cameron. Nadie ha entrado tampoco, he estado aquí desde que me lo ordenaste.

Asintiendo, le dirigió una agradecida sonrisa a su amigo antes de estirar la mano para agarrar el picaporte. Su corazón latía desenfrenadamente, como un caballo en su última gran carrera por salvar su vida. Su respiración era agitada y eso solo le mostró el poco control que tenía de sus sentimientos hacia su esposa. Incontrolables, fuertes.

Cogiendo aire, abrió.



Alba miró a través de las pestañas con las pocas fueras que le quedaban al escuchar el sonido de la puerta al abrirse. Allí, con la mano en el pomo, se encontraba Cameron. Tan guapo y fuerte como siempre, pensó con una sonrisa. Sus tormentosos ojos grises estaban puestos sobre su persona con temor y amor, su musculoso cuerpo tensado como las cuerdas de un violín.

Se preguntó qué estaría pasando por su cabeza en esos momentos. Había estado inconsciente, tomando las amargas medicinas de hierbas de Iona, pero escuchando con atención todo lo que le rodeaba. Sí, la habían envenenado, y ese veneno no estaba destinado a ella, sino a su esposo. Estaba feliz por haberlo tomado, no se imaginaba en la Edad Media sin quien era su mayor apoyo, incluso aunque hubiese estado Beth. En sus momentos más cruciales, había pensado en su querida tía Carmen para pasar a su marido, la persona que más amaba en todo el mundo.

No habría querido irse sin verlo una última vez. Pero había sobrevivido, ya fuese por las pociones de Iona, por el libro o por Dios, se encontraba viva, con toda una vida por delante.

Sin acercarse a ella, soltó todo el aire de sus pulmones.

—Beth, acompáñame a la cocina para preparar otro brebaje —habló Iona en voz baja. Luego se colocó enfrente del *laird*, quien se obligó a retirar los ojos de Alba—. Beth se ha encargado de bañarla y eliminar todo resto de vómito, el olor no hace nada bueno. He conseguido limpiarle el estómago con un brebaje que voy a preparar de nuevo para que ingiera mañana por la mañana. No puede tomar nada más que caldo en los dos siguientes días, ¿de acuerdo? Está débil. Hay que mantener la habitación limpia y despejada. — Permaneció en silencio unos interminables segundos—. Os dejaremos solos un momento.

Cerrando la puerta en un quedo susurro, Alba extendió los brazos con ansias.

Cameron fue hacia ella sin pensárselo dos veces, envolviéndola en un poderoso abrazo. La apretaba con fuerza mientras su cuerpo era sacudido por pequeños temblores que le hizo saber lo mal que lo había pasado. El susto no remitía, pero al menos tenía la certeza de que no moriría. Alba sintió una cálida lágrima en su sien y sonrió, acariciándole la espalda en perezosas caricias que la agotaban físicamente.

—Cameron... Estoy bien.

Sin atreverse a hablar, asintió y le cubrió el rostro de besos: frente,

mejillas, nariz, hasta que llegó a los labios. Con la frente pegada a la suya, suspiró.

Él acunó el rostro en su mano, sentado al lado de ella. Más que nunca el calor de su cuerpo la adormecía. Sintió otra mano en el pelo.

—Yo... Por los clavos de Cristo, Alba, me has dado un susto de muerte. — Sonrió, apenado, mirándola con sus húmedos ojos grises, tan tormentosos como un día invernal en las Highlands—. Pensé que te perdería.

—No iba a moverme de tu lado —aseguró con convicción.

—Te... caíste en mis brazos como una muñeca mientras me decías lo mucho que te dolía. Ha sido uno de los peores momentos de mi vida.

—Lo siento.

—Me preguntaba qué iba a hacer ahora sin ti.

—No soy tan fácil de matar —bromeó. Al ver su serio semblante, se aclaró la garganta con discreción. Suspirando, lo besó—. Estoy bien, de verdad.

—No saldrás de esta cama en dos semanas.

—Ya veremos, por ahora no quiero moverme. —Con la mano en la nuca de él, empujó para llegar de nuevo a su boca. Tomando sus labios, los perfiló con la punta de la lengua antes de dejarse caer contra los almohadones, exhausta—. No me imaginaba esto el día de nuestra boda. ¿Quién ha sido? ¿Has conseguido averiguarlo? —preguntó vagamente.

—Mary.

—¿Cómo? ¿Mary, tu madrastra?

—Sí. —La tapó con las mantas después de apoyarse en el cabecero y colocarla entre sus piernas, tendiéndola sobre él. Alba ronroneó como un gatito—. Pensé que había sido Aedan, pero creo en la inocencia que vi en sus ojos cuando Mary reveló que había sido ella quien había planeado todo.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué habría de querer de matarte? Ella no consigue nada —murmuró contra su pecho, sintiendo los latidos de su corazón bajo la oreja.

—Mary creía que Aedan se merecía ser *laird*.

Alba lo miró con cansancio. Sin poder evitarlo, la besó con suavidad, acariciando con la yema de los dedos las pálidas mejillas.

—¿Mary lo planeó todo?

—Sí, desde la huida de Marianne hasta tu muerte, aunque a ella no le interesaba. Era por petición de Marianne. Con nuestra muerte, Aedan hubiese sido *laird*.

—Y Marianne su esposa —concluyó.

—Mary de todas formas no se mostraba muy feliz por ello, creo que habría planeado cómo acabar con ella tarde o temprano.

—¿Aedan está bien? Supongo que habrá sido un duro golpe para él.

—Lo superará, pero ahora mismo la única que me importas eres tú, *mo rùin*. Temía tanto subir a verte...

—¿Pensabas que moriría? —susurró acariciando su poderoso muslo.

—Temía la posibilidad, después de todo estabas vomitando sin parar, gimiendo y retorciéndote. —Sus protectores brazos se apretaron aún más—. Te prohíbo que vuelvas a darme esos sustos, cariño.

Ella sonrió.

—Lo intentaré.

—Aunque sé que el veneno iba dirigido a mí, a partir de ahora nada de esas costumbres españolas. Toda tu comida será probada antes de que puedas ingerirla. Me horrorizaba pensar qué haría sin ti. —La besó en la sien, sintiendo su cálido aliento en la piel—. El mundo sería un lugar aterradoramente frío sin tenerte a mi lado, Alba.

Ella se giró entre sus brazos con suavidad y lo cogió del rostro, sintiendo el vello incipiente que tenía en la mandíbula.

—Ya todo ha terminado.

—Sí. —La aupó para tenerla a su misma altura—. Nada ni nadie en la vida nos va a separar.

Sonriendo ampliamente, tomó su boca con desesperación. Presionó en el carnoso labio inferior de su marido con la lengua para dejarla profundizar el beso y entrelazar su lengua con la de él, acariciando su nuca con la yema de los dedos al mismo tiempo que él la sujetaba por las caderas.

—Cuando tenga fuerzas, tendremos nuestra luna de miel.

La mirada cargada de amor que le dirigió la derritió por completo. Pegándose a él para sentir su calor, suspiró.

—Preocúpate por ponerte buena, *mo rùin*. Tenemos todo el tiempo del mundo. Nada me va a separar de ti, sería capaz de cruzar el mismísimo infierno con tal de traerte a mi lado.

Con los ojos humedecidos, asintió.

—Te amo, Cameron y por eso... Yo... tengo algo que decirte.

—Descansa, Alba. Puedes contármelo mañana.

—No, no puedo —murmuró sin mirarle. Cogiendo aire, frunció el ceño—.

Tengo algo que contarte, pero... no sé cómo.

Cameron, alertado por sus palabras, le levantó la cabeza.

—¿Ha sucedido algo malo?

—No, no. —Alba negó con la cabeza. Luego se mordió el labio—. Yo... ¿Si te cuento algo prometes mantener una postura abierta?

Sin saber por dónde se dirigía pero dispuesto a escuchar cualquier cosa que quisiera contarle, asintió.

—Es... sobre mi origen.

—¿No eres española?

—Lo soy —dijo con rapidez—. Soy española, no es eso a lo que me refiero.

Él cogió aire, llenando sus pulmones. Tenía la sensación de que lo que le iba a contar sería bastante difícil de asimilar. La preocupación latía en cada poro de su piel, aunque el cansancio no la dejaría despierta por mucho tiempo.

—Maldición, no sé ni cómo empezar para que no me mires como si estuviese loca.

—Entre todas las cosas que te considero, loca no está incluida, cariño —la tranquilizó—. Habla sin miedo.

—Y... ¿Te acuerdas cuando me dijiste que os pensabais que era una *selkie*? ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo bastante bien, pero son leyendas. Nadie cree realmente en ellas.

—¿Y si te dijera que estoy en Escocia por algún motivo que se escapa de nuestra comprensión? —murmuró, tosiendo durante unos largos segundos. Debía de tener la garganta seca—. ¿Y si te dijera que vengo... del futuro?

Cameron puso los ojos en blancos y colocó una mano en su frente. Tenía un poco de fiebre, pero nada fuera de lo normal tras haber sido envenenada. Pensó en incorporarse para llamar a la anciana curandera cuando ella le clavó las uñas en el muslo.

—Necesitas descansar...

—Dijiste que mantendrías una postura abierta —le recriminó.

Pensando que quizás escuchándola acabaría por quedarse dormida, suspiró y asintió. ¿Del futuro? ¿Cómo demonios iba a viajar Alba a través del tiempo? Ciertamente era que a veces actuaba de una forma poco corriente, incluso algunas expresiones lo confundían, pero todo lo había relacionado con las costumbres de su país.

—Está bien, eres del futuro —acordó, acariciando su cabello.

—Cameron, vengo del futuro. Fui a casa de un amigo de mi tía, un irlandés...

—*Mo ruìn*, me estás preocupando, voy a llamar a...

—¿Quieres escucharme de una maldita vez antes de llamar a Iona? —bramó, soltando la poca energía que le quedaba. Aquel estallido de furia lo sorprendió—. Voy a terminar y tú me vas a escuchar. Estamos casados, no quiero que haya secretos. Vengo del futuro, Cameron, tuve visiones gracias a un libro. Te veía en tu castillo, en la parte más alta, y también vi cómo alguien echaba veneno en tu copa, pero no conseguía distinguir la silueta. Me dije que no podía permanecer impasible sabiendo que tu vida dependía de mí. Además, el libro debería de haber tenido alguna razón para colocarte en mi camino. —Alba se rodeó con los brazos—. Me trajo hasta aquí, Cameron, vine a Escocia en el siglo veintiuno, y justo cuando estaba dando un paseo en barco por el lago Ness, una mujer me tiró, caí al agua —explicó, sumergida en sus pensamientos, con los ojos puestos en la pared. Estaba recordándolo todo. Cameron la escuchaba, inquieto—. Cuando salí a la superficie, no estaba el barco, ni ningún coche.... No había nadie. ¿Entiendes lo que te estoy explicando?

—¿Coche? —preguntó.

—¿Lo ves? Sé lo que es un coche, a ti ni te suena ese término. Vine desde el futuro para salvarte, Cameron. El destino nos ha unido, ¿acaso no lo ves?

Oyendo la desesperación en su voz, hizo un gran esfuerzo por entender todo lo que le estaba diciendo. Era de locos. Es más, si hablase públicamente de ello, se buscaría más de un problema.

—¿Hablas en serio? —preguntó con lentitud—. ¿No es por la fiebre?

—No, no tiene nada que ver —respondió, mirándole a los ojos—. Yo... quería que lo supieses. Mi tía Carmen me dijo que todo esto era por una razón.

—¿Por eso te negaste cuando te sugerí de ir a España a conocer a tu tía?

—Exactamente. Ella no está aquí, se encuentra en el futuro. Sabes lo importante que es para mí, me ha criado. Si hubiese estado esperándome en España, la boda no se habría celebrado hasta su llegada —le explicó, agotada—. Sé que todo esto no tiene sentido, ¿pero cómo si no habría aparecido medio desnuda en un lago, sin nadie que me acompañara? Incluso tú te extrañaste. Sin padre o sin marido a mi lado.

Cameron hacía funcionar su cerebro a toda velocidad, atando cabos.

¿Podría ser posible que Alba viniese del futuro? ¿El destino la había llevado hasta él para que le salvara la vida? Y si así era, ¿significaba que ya tendría que volver a su época? Lo había salvado. Había cumplido con su objetivo. A los ojos de cualquier otra persona, no tenía motivos de permanecer allí. No, él no lo permitiría. Estaban casados, tenían que estar juntos. No habían sorteado tantos peligros para acabar separados. Confuso, esperó unos segundos para hablar.

—Yo... no sé si lo que me cuentas lo haces desde la consciencia, pero quiero que sepas que no te voy a dejar marchar —murmuró, agitando la cabeza—. No quiero que te vayas. No te llevaré de vuelta al lago Ness.

—No voy a irme, Cameron. No quiero irme —soltó, mirándolo con ternura—. Mi destino es estar contigo, por eso el libro me trajo hasta aquí. Creo que el lago no tiene nada que ver. ¿Quieres que te lo demuestre? Tengo algunas cosas en mi mochila que no reconocerás, aunque hay que buscarla. Creo que Marianne se la llevó, no estoy segura.

Tranquilizándola, depositó un beso sobre el tope de la cabeza.

—Una mujer del futuro...

—Sí, del siglo veintiuno. Si pudieses ver cómo es todo... Totalmente diferente. Yo trabajaba con los libros. Ayudaba a que la gente encontrara lo que estaba buscando.

Alba siguió parloteando en voz baja. Cameron, por el contrario, estaba congelado. Necesitaba tiempo para procesar la información, por lo que se encontraba lejos de allí, sin distinguir sus palabras. Eso fue hasta que ella mencionó algunos hechos relacionados a su vida anterior a la llegada de ella: el libro le había mostrado la vida de Cameron. Alba había visto a Anne y a su hijo, y por las descripciones que le ofrecía, debía de ser cierto. Recordaba incluso la ropa que llevaba Anne o una pequeña marca de nacimiento de su hijo en la cabeza.

—Esto es de lo más extraño —añadió, algo mareado—. Doy gracias a Dios por haberte traído hasta mí, *mo rùin*, pero el motivo...

—Me trajo para salvarte, Cameron —respondió ella—. Con lo que yo no contaba era... con desarrollar unos sentimientos tan fuertes hacia ti. Había pensado que tras ayudarte tendría que volver a mi hogar, —Alba suspiró de placer, acariciando su brazo—, pero tú eres mi hogar ahora.

—No volverás a ver a tu tía, Alba.

—Lo sé —admitió ella—. Pero soy adulta, he elegido el camino que deseo

seguir. Ella sabe que estoy bien.

Cameron la miró, inclinándose sobre su hombro. Depositó un beso en la pálida piel, una vez más dando las gracias por que estuviera viva. ¿Qué más daba si venía del futuro? A él solo le importaba que se quedara junto a él en Escocia.

—Haré todo lo que esté en mis manos para que tengas una larga y feliz vida, Alba. Dios sabe que lo haré.

—Eso espero —bromeó, estirándose para besarlo. Luego bostezó, su cuerpo había perdido toda la energía que le quedaba—. Estoy agotada.

—Deberías dormir —admitió Cameron, todavía confuso y algo alterado por lo que Alba le había contado. Miró el fuego de la chimenea, cuyas llamas parecían hacer un juego de ilusiones que lo adormilaban. El calor que desprendían era acogedor—. Por cierto, creo que es mejor si lo mantenemos en secreto. No quiero que el clan avive los rumores de que eres una bruja, no serían capaces de hacerte nada, pero quiero que estés cómoda con nosotros. Que sientas que éste también es tu hogar.

—Será nuestro secreto —susurró ella de forma pasiva.

Sin controlar sus ganas, Cameron la besó en la frente antes de acunarla entre sus brazos bajo sus débiles protestas. Alba cayó en los brazos de Morfeo de inmediato, lejos del desconcierto que cargaba su esposo, a quien le fue casi imposible conciliar el sueño.

Capítulo 21

*Cinco años más tarde. 28 de abril, primavera.
Las Tierras Altas de Escocia.*

Alba dio un pequeño chillido mientras corría hacia su habitación con la falda agarrada en las manos, mirando varias veces hacia atrás. Su marido estaba a corta distancia de ella.

Su juguetona mirada fue suficiente para que acelerara cuando estiró una mano con el objetivo de alcanzarla. Ignorando las curiosas miradas, soltó un suspiro de alivio cuando abrió la puerta de la habitación y entró, cerrándola tras de sí. En silencio, escuchó los pasos de Cameron, toscos, hasta pararse enfrente de la puerta.

Deseo. Excitación. Juego. Ansias.

Sentía un intenso calor en su cuerpo a pesar de haber amanecido en un día frío.

Llevándose una mano a la boca para sofocar una risita, fue retrocediendo con lentitud sin perder de vista la puerta. Él entraría de un momento a otro.

Buscó con la mirada dónde podía esconderse cuando Cameron entró, agarrándola de las faldas del vestido. Sintió inmediatamente su enorme erección contra las nalgas femeninas. Riéndose, intentó escapar de las manos masculinas. Éstas fueron a sus pechos, acariciándolos a través de la ropa con deleite, amasándolos y pasando los dedos por los pezones.

—¡Cameron! —gimió—. No vale.

—No sabes correr, esposa. —Arrastró los labios desde el lóbulo de la oreja hasta el final del cuello, lamiendo y mordiendo a la par que ella se estremecía, frotándose contra él.

—Oh, Dios mío...

—Eso es jugar sucio —gruñó en su oído.

Tirándola a la cama, Alba se puso sobre sus manos y rodillas para escapar. Él fue más rápido, agarrándola de las caderas antes de subirle las faldas, deslizándola una de las manos hacia el monte de Venus para acariciar su vulva, frotando el hinchado clítoris con el pulgar.

Presionó delicadamente.

Alba cerró los ojos y soltó el aire.

Solo él sabía cómo encender su cuerpo con la mayor brevedad posible.

—Cameron...

—Estás mojada, *mo rùin*. Quieres esto tanto como yo.

Su voz masculina y ronca fue como una descarga de placer que impactó directa en su sexo. Echando el trasero para atrás, sintió su pene. Duro y caliente. Se preguntó qué haría. Ansiosa y con unas enormes ganas de hacer el amor, aquello era uno de los escasos momentos que tenía junto a su esposo antes de estar ocupados con sus tres hijas, Sandra, Laura y Elena, quienes gastaban incluso las energías de su esposo, Broc y Robert, además de su tío Aedan y Alasdair cada vez que iban de visita. El hermanastro de Cameron prefería pasar tiempo en Dunvegan, odiando la soledad de las tierras que una vez había compartido con Marianne.

Alzándose el *kilt*, Cameron se agarró el miembro y colocó la cabeza justo en la entrada de la húmeda vagina. Alba suspiró entrecortadamente e intentó echarse hacia atrás, pero él la apresó de un hombro, inmovilizándola.

Mordiéndose el labio, lo miró por encima del hombro.

La imagen de sus ojos llenos de pasión y el *kilt* levantado le provocó un fuerte cosquilleo que la recorrió de pies a cabeza.

—Vamos, por favor... —suplicó.

—Has huido de mí —gruñó inclinándose para morderle el cuello, lamiendo después la irritación.

—He visto tus intenciones desde que salí de las cocinas con Beth.

—Eres mi esposa, nunca voy a ocultar lo mucho que te deseo.

Y con ello, se enterró en su interior, hasta la empuñadura. Sacándole un gemido, Cameron seguía sujetándola por el hombro, impidiendo que se moviese contra él, que rozaba todo los puntos sensibles de su interior. Sentía su grosor, el de las venas que lo rodeaban y sus músculos vaginales aprisionándolo, atrayéndolo al interior con desesperación.

Su marido murmuró en gaélico.

—No hay nada en comparación con la sensación de estar en tu interior, esposa.

Las eróticas palabras hicieron estragos en ella, estando a punto de derrumbarse sobre sus temblorosos brazos.

De repente, Cameron se salió de ella para luego echarla hacia atrás con la mano apoyada en su hombro, entrando de nuevo en una fuerte embestida.

Delante de sus ojos todo perdió sentido, solo estaban ella y el amor de su vida, su marido y el padre de sus hijas. Cuando repitió el mismo movimiento, esta vez con más fuerza, siendo él quien marcaba el ritmo, golpeó con los testículos en su trasero.

Sin dejar de entrar y salir, Alba gimió, mirando a Cameron y luchando por mantener los ojos abiertos. Le encantaba ser testigo de sus muecas, de la tensión de su fornido cuerpo que se perlaba de sudor mientras embestía como un animal en celo, dominante, marcando el acto y dando todo de sí. Las venas de sus brazos y cuello se hicieron visibles, levemente hinchadas, anunciando que en poco llegaría al orgasmo. Ambos eran adictos a sus cuerpos, los sentimientos que afloraban cada vez que se acariciaban los entumecían, con el pecho cargado de emociones a flor de piel.

Cameron desnudo era un espectáculo digno de ver. Un espectáculo privado para su uso y disfrute.

—Oh, Dios mío... *Mo rùin* —graznó.

—Sí, por favor... Sigue —murmuró.

La mano de su cadera fue bajando hasta el inflamado clítoris en un erótico recorrido, pellizcándolo y dando suave toques que la alzaron al ansiado clímax, apretando con esmero el pene que aún estaba dentro de ella. Las oleadas de placer la recorrieron una tras otra, gimiendo y dejándose caer al colchón, totalmente complacida.

Cameron colocó las manos a ambos lados de su cabeza y embistió un par de veces más, hundiéndose en su sexo con desesperación antes de derramarse dentro de ella con un suave movimiento. Al terminar, Alba se dio la vuelta y lo miró con una sonrisa, estirando una mano para acariciarle la mejilla.

Él giró la cabeza para besarle la palma de la mano.

—Ha sido increíble.

—Excitante —añadió ronca, estirándose como una gatita mimosa bajo la oscurecida mirada del *highlander*—. Le estoy cogiendo demasiado gusto a que me tomes por detrás.

—Y encima.

—Sí, me encanta estar encima. —Se mordió el labio y se deleitó con su cuerpo, llegando hasta su grueso pene. Estaba erecto. La ancha cabeza rojiza apuntaba hacia ella, mojada por sus jugos y el semen en una sensual imagen que no tardó en soltar chispas en su interior. El tronco, rodeado por unas pequeñas venas y otra de más grosor, palpataba. La pesada bolsa testicular

colgaba detrás, intimidándola—. ¿No has llegado?

—Sí —musitó cerniéndose sobre ella para devorar sus labios.

Respondiendo, lo rodeó con las piernas.

—Hm... Vale, estupendo. Los años no te afectan.

—Pienso aprovechar todo el tiempo libre que podamos. —Capturó un pezón entre los labios, succionando antes de pasar la lengua sobre él. Temblorosa, acarició sus trapecios con las manos, maravillándose por la fuerza que poseía y la textura de la piel.

Alba estaba aprendiendo el arte de la espada, luchar cuerpo a cuerpo y el arco. En un mundo tan salvaje como en el que vivía, las experiencias de años anteriores con Marianne, Mary y Sam le habían servido para tomar la decisión de aprender a defenderse en caso de encontrarse en otra encrucijada. Aunque de momento todo iba bien. De hecho iba perfecto.

Plenamente feliz, con su marido y sus hijas, se había convertido en una más del clan. Entendía el gaélico casi tan bien como el español gracias a las continuas clases que Cameron le daba, con independencia de que la mayoría acababan con su marido intentando levantarle las faldas del vestido o murmurándole incitadoras palabras que terminaban por desconcentrarla.

También estaba Beth, cuya amistad era sin duda un gran apoyo. La ayudaba a aprender gaélico a cambio de enseñarle ella español. Beth estaba completamente enamorada de su marido, Broc, y él también, quien prefería mostrar sus sentimientos en la intimidad, cuando estaban solos. Alba había sido consciente de las miradas que ambos compartían.

Hacia poco tiempo había nacido el segundo hijo de ambos, Tavis, grande y sano, parecido a su hermano mayor Hamish. Apenas había pasado un año de su matrimonio cuando su amiga le había pedido consejo para llegar a tener el mismo tipo de relación que Alba mantenía con Cameron. Con algún que otro plan y la ayuda de su marido, que se había mostrado al principio receloso, Broc acabó adorando a Beth.

Robert parecía estar cortejando a una mujer viuda de los MacLean, por lo que muchas veces se iba a las tierras de Alasdair. Poco más se sabía de ella. No soltaba prenda aún estuviera borracho.

Con respecto al atractivo y rubio *highlander*... su carácter había vuelto a ser el de siempre. Todavía no había encontrado una esposa con la que formar una familia a pesar de que, según decía su esposo, había tenido un bastardo con una misteriosa mujer que había desaparecido. Alba se quejó cuando

Cameron utilizó aquella palabra con una connotación tan negativa. Rápidamente se dijo que en la Edad Media era de lo más normal... pero no terminó por acostumbrarse a pesar de oírla varias veces en la boca de la gente del clan.

Aedan continuaba igual de mujeriego que siempre, aunque le encantaba pasar el tiempo con sus sobrinas, cuidándolas y enseñándolas a montar a caballo, un privilegio que Cameron le había cedido a regañadientes. Pisaba sus tierras, las cedidas por Alasdair, cuando era imprescindible.

Cada año iban a visitar las tumbas de Anne y Broderick, a poner unas bonitas flores y a rezar. Para él era importante y a ella le gustaba apoyarlo en los amargos recuerdos, todavía teñidos por la apariencia de Marianne. A pesar de ello, él había conseguido borrar todo agrio sentimiento de su cabeza y corazón para centrarse en ella.

Como debía ser.

Alba gimió. Cameron acababa de penetrarla por completo, pegando las caderas a las suyas. Se movía con una decadente lentitud. Sus labios lamían los erectos pezones, tirando con suavidad de ambos para luego dar un mordisco y soplar.

Jadeó y llevó las manos al pelo masculino. Tiró.

—No me muerdas, sinvergüenza.

Él la miró con inocencia.

—Se me ha escapado.

Soltando una carcajada, le rodeó el cuello con los brazos.

—Seguro que sí.

Sin retirar sus grises ojos de ella, volvió a penetrarla, viendo cómo se hundía en su interior sin contemplaciones, disfrutando de hacerla sufrir. Llevó las manos hasta sus nalgas, reteniéndolo.

—Eres un pícaro. Y tienes buenas nalgas —murmuró acariciando los firmes y duros glúteos—. Ojalá yo lo tuviera tan bien.

—Lo tienes.

Alba puso los ojos en blanco.

—Ya, bueno... Es imposible no tenerlo medianamente bien cuando Las Highlands apenas tiene terreno llano. Todo es subir o bajar.

La blanca y bonita sonrisa de Cameron la deslumbró, haciéndola suspirar. Seguía sin acostumbrarse a él, a lo que desencadenaba en su interior. La llenaba de una forma que nunca habría podido imaginar, la amaba, abrazándola

siempre que tenía la ocasión sin importarle las burlas de su hermano y los demás, quienes estaban perdiendo el placer de hacer rabiarse al *laird*.

Con tocarla, le daba igual todo lo demás.

Sí, echaba mucho de menos a su tía Carmen, pero se había dado cuenta de que todo aquello era su vida y nunca querría irse. Carmen lo entendería, ella siempre había poseído un don especial para esas cosas. Seguramente estaría feliz por la vida tan plena que estaba teniendo.

Dejando que se moviera otra vez contra ella, comenzó a gemir cuando él la besó. Entrelazando sus lenguas, acarició cada rincón de su cálida boca, respondiendo con avidez. Las embestidas fueron aumentando de velocidad y cuando pensó que aquello no podría mejorar más, Cameron cambió la posición de forma que su hueso pélvico daba en su clítoris con cada envite.

—¡Cameron! —Clavó las uñas en sus hombros, arqueándose.

Unos labios capturaron un pezón, lamiéndola y humedeciéndolo. Era tan pequeña a su lado que cuando estiró una mano para acariciar el resto del miembro que todavía estaba fuera, se rio.

—Dios mío, eres ridículamente grande.

—Ni hablar, tú eres demasiado pequeña —ronroneó en su cuello. Se contorsionó por las cosquillas, haciéndole reír.

Descendió la mano hasta llegar a los tensos testículos. Él embistió y blasfemó. Apretando con suavidad, sonrió al ver la mueca de placer. Las pupilas se dilataron hasta que ver aquel metálico iris en sus ojos fue casi imposible.

—Te vas a enterar, pequeña...

—¡Sandra, Laura, venid ahora mismo! Elena, deja de tirarme del pelo. Es mío y a las mujeres les encanta.

La respuesta fue un gracioso gorgoteo. Oh, sí. Elena tenía debilidad por dar tirones de pelo.

Cameron alzó una ceja, atento a la estresada voz de Aedan. Se escuchaban los gritos de las niñas, riéndose mientras volvían loco a su tío, corriendo de un lado a otro. Alba contuvo una sonrisa al ver la decepción de Cameron. Saliéndose de ella todavía erecto, suspiró y miró cómo se recomponía la ropa. Con una sonrisa, le tendió una mano.

Ella se agarró y se incorporó de la cama, colocándose el vestido lo mejor posible bajo la atenta mirada masculina. Rodeándole el cuello con los brazos, presionó los labios contra su mandíbula, sintiendo el suave vello incipiente.

La erección seguía, tapada por el *sporrán*, dura y erecta contra su estómago. El deseo latía entre ellos con fuerza e intensidad. Supo que en ese mismo instante se encontraba con ganas de golpear a su hermano por permitir que los interrumpiesen.

Cubriéndola con la mano por completo, besó sus labios. Él gruñó.

—Esta noche —prometió.

—Esta noche —aseguró, dándole una nalgada cuando ella fue hacia la puerta. Soltó una carcajada, huyendo de él.

Al abrir la puerta, fue casi imposible no reírse. Se encontró con Aedan totalmente despeinado, con briznas de paja en el pelo, mientras que Sandra y Laura estaban delante, con sus inocentes rostros sonrientes, cruzando las manitas por delante del pecho y las mejillas sonrojadas. Sus vestidos estaban manchados. Suspirando, pensó en la pobre Fiona.

Le costaba muchísimo eliminar el barro y la verdina de la lana.

—¿No se supone que ibas a quedarte con ellas? —habló Cameron detrás.

Las dos mayores corrieron hacia su padre, abrazándose a sus piernas. Sandra, de ojos grises y pelo castaño oscuro, había heredado los simétricos rasgos de su padre. En cambio, Laura, tenía los ojos verdes y era pelirroja con tonos castaños, una combinación de ambos. Elena se parecía a su tía Carmen, rubia de vivaces ojos castaños, pardos. Tenía una mano en la boca sin parar de murmurar entre una mezcla de español y gaélico. La otra mano, pringosa de a saber qué, agarraba un mechón de pelo de tu tío.

—No puedo, Cameron, son... unos pequeños monstruitos. Elena insistía en darme de comer hierba de Dolores, mientras que Sandra y Laura se escondían, ¿cómo demonios voy a cuidar a tres diablillos a la vez?

Alba sonrió al notar la desesperación en su voz. Elena extendió los pequeños bracitos hacia ella, sonriendo y mostrando apenas un par de dientes que estaban saliéndole de las rosas encías. La irritación ocasionaba que se llevase cualquier cosa a la boca para mitigar el dolor.

—No hables mal delante de mis hijas, Aedan. —Cameron hinchó el pecho, orgulloso como siempre que hablaba de ellas—. Apenas tienen cuatro años y ya sueltan alguna que otra maldición.

—¿Juegas con nosotras? —Sandra le tiró del *kilt*, frunciendo los carnosos labios en una dulce mueca—. El tío Aedan es aburrido.

—Muy aburrido —corroboró Laura sin dejar de asentir.

Cameron asintió.

—De acuerdo, un rato. Oscurecerá dentro de poco. —Miró a sus hijas con una lobuna sonrisa. Ellas gritaron eufóricamente y comenzaron a correr hacia el patio trasero—. ¡Os doy ventaja! Una, dos... —contó en voz alta. Luego miró a Elena—. ¿Vienes conmigo a buscarlas?

La niña se removió para irse a sus brazos, moviendo los cortos bucles dorados de su pelo. Acercándose a ella, Alba alzó el rostro para recibir el beso de su marido antes de bajar las escaleras para buscar a sus hijas. Cuando iba a cruzar la puerta, se giró para mirar a su hermano.

—Tú vienes conmigo.

—¿Qué? —Retrocedió un paso—. Yo ya he jugado con ellas.

—No tienes nada mejor que hacer. Acompáñame.

Aedan la miró con resignación, intentando que interviniese en la orden del *laird*. Ella se rio y alzó las manos, negando con la cabeza.

—Lo siento, pero esta vez estoy de acuerdo con él.

Suspirando, fue tras su hermano al mismo tiempo que ella los seguía desde la distancia hasta salir al patio de atrás, donde Fiona y otros sirvientes estaban terminando las tareas. Saludándola con un fuerte abrazo, alzó la mano cuando vio en el huerto a Beth. Hamish seguramente se habría unido a sus hijas, pensó; era un buen compañero de juego que Sandra y Laura nunca rechazaba.

Cameron se hacía un poco el tonto, ignorando los cabellos oscuros que sobresalían del establo, pues Sandra lo miraba de reojo, tirada en el suelo y cubierta de paja, Laura estaba debajo de un seto, hipando, sin dejar de reírse. Elena comenzó a balbucear, señalándoles a su padre y a su tío donde se encontraban sus hermanas.

—¿Dónde, cariño? No las encuentro.

Sosteniéndola de una mano, la dejó en el suelo mientras lo guiaba hasta Sandra. La mayor pataleó y se enrabetó, yendo hacia su tío sin dejar de quejarse. Aedan suspiró y se la echó sobre un hombro.

Laura seguía hipando, con aquellos enmarañados pelos cobrizos y los brillantes ojos verdes. Se echó tierra por encima para cubrirse. Alba puso los ojos en blanco ante la curiosa lógica de su hija, oyendo el lamento de Fiona. Mirándola de reojo, se rio.

—Lo siento.

—*Och*, no te preocupes, querida. Sabes que quiero a tus hijas como si fueran mis nietas.

Asintiendo, colocó una mano encima de su brazo.

—Sí, y ellas a ti como su abuela.

Las palabras emocionaron a la mujer, que se fue entre murmuraciones para terminar de recoger las bayas.

El sol se estaba poniendo, escondiéndose en los altos y verdes montes, coloreando el sol de tonalidades malvas y rosadas. Una suave niebla comenzaba a cubrir los frondosos bosques, mojando la vegetación con un suave manto de rocío que lo cubría todo. En poco tiempo meterían a las niñas dentro antes de que el frío se metiese en los huesos. La primavera todavía era demasiado fresca.

Llevándose una mano al vientre, se preguntó cómo recibiría Cameron la noticia de que esperaba otro hijo.

Sabía que en la Edad Media tener un hijo varón era muy importante, sobre todo para un *laird*, pero ni una sola vez se había quejado de sus hijas, algo que hablaba mucho de la mentalidad tan abierta que tenía y del profundo amor que les profesaba. Para él, su vida giraba en torno a sus hijas y ella.

Su vida había cambiado drásticamente, pensó. De estar sola y tener una apacible pero aburrida existencia en Sevilla, había cambiado y dejado todo por estar con Cameron MacLeod, el hombre que le había robado el corazón. Su amor, amabilidad y cuidados eran como una balsa para Alba.

Carmen estaría orgullosa de ella. Habría amado a Cameron y a sus hijas sin lugar a duda. A veces los pensamientos se agolpeaban en su cabeza, preguntándose cómo estarían, si la echarían de menos y cuál sería el futuro de sus amigas. También pensaba en Felicity y en su amor imposible, además del señor O'Neill, aquel anciano irlandés que le había permitido visitar su biblioteca.

Y conocer a su marido.

Cameron estaba en el suelo, con Sandra y Laura sentadas cada una en un muslo mientras alzaba a Elena, cuyos chillidos resonaban por todo el patio. Hamish se encontraba junto a Broc, su padre, que acababa de llegar hasta su mujer. Tavis estaría con Robert, quien tampoco ponía quejas a la hora de quedarse con los niños. Alba estaba segura de que sería un fabuloso padre si finalmente se decidía a tomar una esposa.

Cameron murmuró algo a sus hijas antes de señalar a Aedan y gritar para que fuesen hacia él. Fulminándolo con la mirada, se dejó caer en el suelo para que las niñas se tiraran encima, haciéndoles cosquillas cuando tenía la oportunidad.

Sonriendo, pensó en lo magnífica que era su vida.

Recordó con tristeza el libro donde había visto por primera vez a Cameron MacLeod dibujado. No sabía dónde se encontraba ni qué había pasado con él, si Marianne se lo habría llevado al igual que su peine de nácar o lo habría perdido. Fuese como fuera, lo había dado por perdido para siempre.

Cameron clavó en ella sus hermosos ojos grises. Podía ver sus sentimientos en ellos, lo mucho que la amaba y la respetaba. Ella era tan importante en su vida como lo era él para ella. Pasarían los años y nada ni nadie podría romper la fuerte conexión que había entre ambos. Eran almas gemelas, esas dos mitades que, al igual que en la leyenda, acababan uniéndose para complementarse.

Yendo hasta ella con la característica elegancia que tenía al andar, la abrazó por la cintura, sonriendo. Su intenso olor a hombre llegó hasta sus fosas nasales: menta, pino y hombre junto a tierra. Salvaje, exótico. Una suave brisa colocó algunos mechones sobre su rostro, haciéndola reír tontamente.

—Tienen tanta energía como tú, *mo rùin*.

Amor mío, significa amor mío, recordó. Sonriendo, rozó la nariz con la de él.

—Menos mal, no podía cargar con tres más como tú —bromeó.

—*Tha mi duilich, mo rùin*. —Perdóname, amor mío, dijo en gaélico.

Frunciendo el ceño, le acarició el rostro con el dorso de la mano, preocupada por el tono ronco de su voz.

—¿Por qué?

—Por esto.

Agachándose, la cogió en brazos y la cargó sobre un hombro. Ella gritó antes de poder estabilizarse. Había visto el suelo demasiado cerca del rostro. Sus hijas, levantando las cabezas de su tío, centrando la atención en ellos.

—¡Tío, tío, se lleva a mamá, tenemos que rescatarla! —gritó Sandra.

Cuando quiso ponerse en pie, Aedan la agarró del vestido. La niña cayó de culo.

—Después, tenemos que dejarle ventaja.

Laura ladeó la cabeza, rascándose una pierna de manera poco femenina.

—*Och*, es verdad, como cuando papá nos sigue. Si no, no sería justo.

Elena, sin entender casi nada, seguía buscando bichitos en el suelo, riéndose cuando alguna pertinente hormiguita se subía a sus brazos. Quitándoselos de un manotazo, Aedan se incorporó y la cogió.

—¿Cuánto tiempo tenemos que darles? —Sandra parecía impaciente, retorciéndose las manos en el estómago con nerviosismo.

—Mucho, mucho tiempo —respondió mientras las llevaba al interior del castillo, avisando en voz baja a Fiona de que preparasen las tinas para el baño. Las niñas huirían de él como de la peste. Además, Cameron lo mataría si volvía a interrumpirlos.

Él había estado presente en las miradas hambrientas que le dirigía a su esposa. Y seguramente a Alba tampoco le haría mucha gracia.

—¿Cuánto? —insistió Laura.

—Yo os avisaré.



Alba sonrió desde la posición que estaba, debajo del cuerpo de su marido. Desnudo, intentó no desviar la mirada por él, algo que le costaba muchísimo. Sin embargo, lo que hizo fue apretar los ojos mientras escuchaba su risa. Él la cogió en brazos, acunándola sobre su largo cuerpo. Sintió los latidos bajo la

oreja en un acelerado compás que poco a poco adoptaba un tono más relajado.

—¿Sabes que todos dicen que me he casado con la propia Escocia en persona?

Sí, algo había oído, aunque no había entendido el por qué. Todas las personas del clan sabían que era española y, que ella supiese, no corría sangre escocesa por sus venas. Podía tener algún bisabuelo gallego, pero poco más.

—Ah, ¿sí? —Frunció el ceño—. Pues no lo entiendo.

—Tu nombre. Todo viene por tu nombre.

Mirándolo con una sonrisa, alzó una ceja.

—¿Por mi nombre? En español es como el amanecer.

Acariciándole el perfil del rostro con la nariz, suspiró al sentir sus labios en la mejilla.

—Alba significa Escocia en escocés —reveló.

Revolviéndose entre sus brazos, lo miró con los ojos completamente abiertos.

—¿Por eso me dijiste esa vez...? ¡Dios mío, incluso Felicity...!

Guardando silencio, poco a poco todas las piezas del rompecabezas comenzaron a formar un todo en su mente. Como cuando Felicity le dijo nada más verla si sabía lo que significaba su nombre en escocés, cuando Cameron también le preguntó lo mismo... En ese momento no pudo evitar cuestionarse si ella había estado destinada a acabar con Cameron. No solo por el libro, sino también por su nombre.

Intentó decir algo, pero las palabras se trabaron en su lengua.

—Yo...

—Eres todo un orgullo para mí, *Alba* —pronunció en gaélico escocés—. No solo tengo la suerte de haberme casado con la mujer más maravillosa de España que me ha dado tres hijas, sino que además se llama igual que mi hogar. ¿Qué hombre en su sano juicio podría pedir más? Aun así admito que me daría igual cuál fuese tu nombre con tal de tenerte a mi lado... para siempre.

Sonrojada, se mordió el labio inferior.

—Vaya... ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Me gustaría decir que estaba guardando el momento perfecto, pero... con el clan y las niñas no he tenido tiempo, al final se me acababa olvidando. Siempre que te cogía a solas no era precisamente para hablar —admitió con voz ronca.

Alba soltó una risita antes de refugiarse en sus fuertes brazos, perdida en la calidez del momento. Su corazón se hinchó de gozo cuando él besó el tope de la cabeza.

—Estábamos destinados a acabar juntos —musitó antes de besarlo.

—De eso no me cabe duda. —Laxo, murmuró algo que Alba consiguió distinguir a duras penas—. Mi hermosa mujer del futuro.

Con un suspiro de felicidad, pensó en el acogedor hogar que juntos habían creado. No podía pedir nada más.

Capítulo 22

Sevilla, España.

Época actual, 30 de noviembre.

Eire cogió la vieja foto de la estantería de su salón. En ella, estaban las tres amigas abrazadas y riéndose por alguna locura que Alba habría dicho. Acariciando el rostro de la desaparecida con las yemas de los dedos, soltó un brusco suspiro. La echaba tanto de menos. Seguía sin creerse que Carmen y también Ruth, diesen por hecho que se encontraba en la Edad Media, en Escocia, con un *laird* cuyo destino habría sido catastrófico sino hubiese intervenido su amiga.

Dejando la foto, Eire se pasó las manos por el rostro en un inútil intento de despejarse la cabeza. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Cansada de permanecer horas en el salón de su casa mirando las fotos, se levantó, se puso la chaqueta de cuero negra y salió al exterior, no sin antes acariciar a sus tres perros, que permanecían dormidos en los sofás. Se habían pasado un par de horas de juego sin descanso, persiguiendo una de sus viejas zapatillas por todo el piso.

Acabaron destrozadas.

Sin ser consciente de a dónde se dirigía, tomó el metro centro y partió hacia la casa del señor O'Neill.

Paseando, miró el despejado cielo de Sevilla con decepción. La tarde transcurría con tranquilidad y, siendo uno de sus días de descanso, debería haber aprovechado para quedar con Ruth y cenar. También había tenido la idea de desconectar su teléfono móvil cuando su ex pareja no había parado de llamarla.

Conteniendo el amargo sentimiento de su corazón, se resguardó las manos en los bolsillos de la cazadora, intentando inútilmente calentarlas. Siendo el centro de la ciudad, siempre estaba atestado de turistas deseosos de hacer fotos a la magnífica catedral y parejas que no dudaban en conferirse mimos que, desde su punto de vista, eran demasiado íntimos.

Recordó con rabia las veces que había intentado sin éxito denunciar la desaparición de su amiga.

El señor O'Neill y Felicity se habían quedado sorprendidos cuando no se encontró siquiera el cuerpo de Alba en el lago. Era como si se la hubiese tragado la tierra. También estaba el hecho de que Carmen no había mostrado tristeza, sino más bien todo lo contrario. Algo sin sentido para ella. Ruth, que al principio había compartido su opinión, se había alejado de ella hasta creer firmemente que se encontraba con el *highlander*. Es más, se estaba encargando de extender el rumor de que se había fugado con su novio a Escocia... ¡Era tan ridículo!

Sorprendida, sus pies dejaron de caminar cuando se encontró delante de la casa del Señor O'Neill.

Algo parecía rodearla, como una especie de aura que, según decían, se debía a las ruinas sobre las que se encontraba construida. Desde que Alba había ido a la biblioteca, los problemas fueron arrojados a la luz. Llegó a la conclusión de que ella misma se aseguraría de rebuscar en la biblioteca hasta encontrar alguna pista de su amiga.

Alzando la mano, golpeó la puerta un par de veces.

Esperó hasta que el irlandés apareció. Al verla, sonrió con tristeza.

—Eire, es un placer verte.

—Igualmente, señor O'Neill. —Su fuerte voz salió entrecortada. Obligó a que su corazón dejase de latir con tanta rapidez.

—¿A qué debo tu visita?

—Tengo algo de qué hablarle, ¿sería posible que me dejara pasar?

El usual recelo a invitar gente a su casa apareció, pero asintió.

—De acuerdo.

Entrando, la llevó hasta un salón algo viejo que apenas dejaba entrar la luz del sol por la ventana. El suelo de parqué, una chimenea de piedra y un par de sofás de piel oscura daban el toque hogareño. Un gran cucú de madera daba la hora, asustándola cuando salió para dar las siete de la tarde. Una gran alfombra roja estaba en el centro del pequeño salón, vieja pero limpia.

Tomando asiento en uno de los sofás, miró las fotos de los oscuros muebles con curiosidad. Nadie sabía apenas nada del viejo irlandés que había decidido años atrás vivir en Sevilla, apareciéndose con más frecuencia por el restaurante de la tía de Alba, Carmen. Su mirada se topó con una pequeña foto rodeada de un marco gris con una mujer joven rubia, quien supuso sería su sobrina.

Suspirando, aceptó la taza de café con una sonrisa.

—Gracias.

—De nada, joven. ¿Puedes decirme qué te trae por aquí?

—Voy a ser sincera con usted.

—De acuerdo. —Se llevó la taza de porcelana con dibujos e intrincados dorados a los labios.

—No me creo esa... leyenda, o mito, o como prefiera llamarlo, de que Alba se encuentra en la Edad Media, en Escocia, con un *laird* de las Tierras Altas. Es una locura, nadie puede viajar en el tiempo y creo que es una barata excusa que habéis aceptado para no asimilar su muerte. —Ignoró la ceja alzada de él y prosiguió—. Ya no cuento con el apoyo de Carmen ni con Ruth, quienes creen que Alba se encuentra bien. Como amiga suya, me veo en la obligación de llegar hasta el meollo del asunto, sea como sea. Todo esto empezó desde que Alba visitó su biblioteca.

—¿Me echas la culpa, joven?

—No —dijo con lentitud—. Pero creo que si me dejara ver su biblioteca, quizás podría encontrar algo que me informara de su paradero. Cualquier cosa. Puede que se le haya caído algo, un papel o... lo que sea.

El señor O'Neill la miró fijamente durante unos largos segundos. Aguantó la inspección, sin sentirse intimidada por la seriedad que mostraba.

—No crees en la magia.

—Creo en todo aquello que se pueda explicar y tenga demostración. La magia no la tiene, señor. Y menos aún que se pueda viajar al pasado.

—Esa creencia es muy triste para una persona tan joven como tú.

—Disculpe mi impertinencia, señor O'Neill, pero le prometo que todo esto me está costando mucho trabajo. —Aclarándose la garganta, intentó contener las lágrimas—. Ya sé que hemos hablado de esto antes y que Felicity lo ha explicado un montón de veces, pero me gustaría ir a verla, visitarla. Necesito oír de sus propios labios...

—Mi sobrina no se encuentra en Escocia, Eire. —Apretando los labios, bufó—. Se ha ido a Suecia. Esa chica nunca está quieta.

—No me importa. Quiero contactar con ella, ¿podría facilitarme su número de teléfono?

—¿Me estás pidiendo que te deje subir a mi biblioteca y te dé el contacto de mi sobrina?

Pensó unos segundos, analizando la pregunta. Al no ver nada raro en ella, asintió.

—Usted me conoce lo suficiente como para saber que solo estoy haciendo esto para intentar dar con mi amiga o al menos conocer con exactitud las circunstancias de su muerte. Si nadie piensa hacer nada, yo al menos no me voy a quedar cruzada de brazos mientras una de mis mejores amigas puede estar secuestrada.

O'Neill abrió sus claros ojos.

—No creo que haya pasado eso. Sí, es una pena que haya desaparecido, pero Carmen...

—Carmen tiene su propia manera de soportar el dolor.

—¿Piensas que ella cree eso para soportar la idea de que su sobrina ha desaparecido? Me temo que te confundes, Eire. Te dejaré subir a mi biblioteca y te daré el contacto de Felicity, pero no te servirá para nada. Quizás algún día te des cuenta.

—Eso ya lo veremos —musitó con una tensa sonrisa, tomando un sorbo del caliente café, que bajó por su seca garganta—. Gracias por el café.

—Sube si quieres, tienes diez minutos.

Asintiendo, dejó la taza en la pequeña mesa de madera artesanal antes de ir hacia una puerta al final del salón, donde tuvo que bajar unas viejas escaleras chirriantes. Se encontró otro tramo de peldaños pero en sentido ascendente y una puerta al final de éstas.

Con el corazón en un puño, la abrió con lentitud, escuchando el chasquido al empujarla. Una vez dentro, jadeó.

Rodeada de altas estanterías, los libros estaban por doquier, apilados uno junto a otro en los estantes. Paseándose por las calles que hacían las enormes hileras, fue observando cada esquina y libro, mirando el suelo —por si se encontraba una nota parecida a la de Alba—, y por las ventanas, intentando no dejarse llevar por el hermoso paisaje de la ciudad.

Se dijo que nada tenía que ver que aquel sitio le erizase el vello de la nuca, que sentirse observada era una de sus muchas paranoias tras haber estado leyendo un libro de fantasmas, y que sentir una fría brisa en la nuca acariciándole los mechones sueltos del moño era también producto de su imaginación.

Suspirando, cronometró el tiempo que le quedaba. Había estado tan sumida en las sensaciones que le provocaba el lugar que casi se había olvidado de su verdadero cometido: encontrar pistas sobre Alba.

Pasando dos hileras más, su atención fue retenida en una pequeña mesa

vieja enfrente de una ventana que dejaba pasar con cierta opacidad los rayos del atardecer. Sobre ella se encontraba un libro viejo de pastas verdes oscuras. Dudando unos segundos, finalmente se acercó con paso titubeante.

Estiró las manos y levantó el libro, sentándose en el arcón situado bajo la ventana. Lo apoyó sobre los muslos y acarició el extraño dibujo que había en la portada dura desgastada. Se trataba de tres nudos con forma triangular entrelazados entre sí, como si no pudiese existir el uno sin los dos otros.

Un sudor frío le recorrió la espalda.

Aclarándose la garganta, sacudió la cabeza.

—De acuerdo, veamos qué eres. Después de todo te pareces al libro que se llevó Alba.

Con una sonrisa tensa, abrió el libro por la primera página. No había nada escrito. Los bordes estaban oscurecidos, como si el libro hubiese estado sobreviviendo al paso del tiempo lo mejor que había podido. Cambió de página, encontrándose con frases cuyo idioma no entendía, ni se imaginaba cuál era.

Una voz susurró en su oído derecho.

No se giró, era imposible que alguien estuviese a sus espaldas, ya que se encontraba la ventana y la pared. Apretando los dientes, fue pasando las páginas hasta que se cortó con una.

—¡Maldición!

Llevándose el dedo a la boca, se dijo que esperaba que el Señor O'Neill no viese esa pequeña mancha de sangre en la esquina de esa página. El libro parecía bastante antiguo. Es más, el papel crujía con cada toque, parecido al chasquido que hacían las chispas de una hoguera.

Fue pasando distraídamente las hojas hasta que se encontró con el dibujo de un hombre.

Vestido con unos pantalones largos marrones con cierto vuelo por encima de los calzones y una amplia camisa que era sostenida por un cinturón oscuro de piel, todo ello cubría una esbelta y firme figura. Lo que más le llamó la atención fueron los rasgados y crueles ojos azules que la miraban. Tan claros como el hielo, parecían casi translúcidos, pensó sorprendida.

El dibujo estaba hecho a carboncillo o quizás por otro material, preguntándose cómo podía haber llegado ella a la conclusión del color de tales ojos o del pantalón.

Tragando saliva, acarició con lentitud los duros rasgos. Desde la larga y

recta nariz hasta los labios, cubiertos por una corta barba que a predecir por las tonalidades, debería de ser rubia. Su pelo claro era largo hasta los hombros, en suaves ondulaciones. Se preguntó cómo serían al tacto.

Sin embargo, solo pudo pensar si alguien estaría jugando con ella como había hecho con Alba.

O si, por el contrario, se trataba de un dibujo que representaba a un antiguo guerrero vikingo. Su enorme cuerpo había sido retratado con precisión, pudiendo entrever unos fuertes y perfilados brazos y una ancha espalda. Sostenía un hacha y un escudo en la otra.

Podía parecer relajado, pero a ella no la engañaba. No. Estaba a punto de entrar en ataque, preparado para cualquier desafío.

—No pienso caer en este estúpido juego —graznó.

Cerrándolo, ignoró la suave corriente helada que comenzaba a fluir por la habitación. Sacudió la cabeza y se levantó, obligándose a no ser arrastrada por todos los sentimientos que se respiraban allí. No quiso pensar en Alba, ni en si ella estaría viviendo lo mismo, pues acabaría por traicionar a su mejor amiga de la peor forma posible: abandonándola.

No pensaba aceptar nada de aquello como real, sino atribuirlo a su cansado cerebro.

—¡Eire!

Asustada, dio un pequeño salto, cayendo el libro al suelo.

Su corazón latía acelerado. Tragando saliva, cerró los ojos y se obligó a hablar.

—¿Sí, señor O’Neill? —gritó voz insegura.

—Ya tengo el contacto de mi sobrina Felicity.

Una forma de decirle educadamente que debía marcharse.

—De acuerdo, ahora mismo bajo.

Se escuchó un gruñido de afirmación. Llevó su mano al pecho, justo donde latía su corazón, y cogió aire un par de veces, intentando relajarse.

Ordenó a sus piernas que se agacharan para recoger el libro cuando lo vio.

Ahí estaba.

Desafiante, pálido... Doblado. Un papelito.

Estaban jugando con ella, no tenía ni la más mínima duda. Miró el papelito durante unos largos segundos. Deseaba prender fuego a aquella endemoniada biblioteca y olvidarse del tema, volver a los días en los que Alba había estado con ella. Su vida había cambiado tanto... Ni siquiera su relación con Ruth era

la misma. Entre ellas había una pared que impedía la comunicación y el afecto.

Una cálida lágrima se derramó por su mejilla derecha.

Sin embargo, justo en ese momento apareció por la puerta el señor O'Neill. Dándose la vuelta, se limpió el rostro con la mayor discreción posible y recogió el libro. Lo colocó en la mesa y se metió la nota en uno de los bolsillos delanteros del pantalón.

Los ojos del irlandés brillaron.

—¿Todo bien?

—Perfecto. —Recta, asintió con rigidez.

Palmeó el relieve del bolsillo para asegurarse de que estaba ahí ese condenado papel. Sí, en efecto, ahí se encontraba. Aliviada inexplicablemente, salió de la extraña habitación mientras hablaba con O'Neill, agradeciendo que le hubiese dejado entrar y dado el contacto de Felicity.

Odió saber que no sería la última vez que volviese.

La oscuridad de la noche sevillana la envolvió. La gente caminaba con usual normalidad, hablando con amigos o concentrados en las pantallas de sus móviles. Una suave brisa movió los mechones sueltos del moño, cruzándolos por su repentino pálido rostro.

¿Cuánto tiempo había pasado allí dentro?

Sobre la autora

Emily Delevigne es una joven escritora española nacida en Sevilla aficionada a la lectura, concretamente al género romántico, desde pequeña. Es profesora de Educación Primaria especializada en lengua extranjera, pero en sus ratos libres se dedica a idear nuevas historias, tocar el piano o disfrutar de una película.

Tras haber participado en diversos concursos, publicó *El Guardián de los Vampiros* bajo un sello editorial en 2013. Cuatro años más tarde, y tras reescribirla entera, ese primer libro publicado es actualmente *La Bestia*, el primero perteneciente a la saga «Guardianes del Rey». Otros libros autoeditados son *Irrompible*, dentro de la saga «Extreme Fighter League», y ahora *El Libro de Skye*, perteneciente a «Viajeros en el Tiempo».

Es conocida por el *best seller* internacional *Adicta a Scott* y la saga «Marines», *Devórame*, *Kevin* y *Una Chica Mala para Dorek*, publicados con la Editorial Planeta.

Para saber más sobre la autora y sus libros, puedes visitar sus redes sociales Facebook, Instagram y Twitter con el nombre de **Emily Delevigne**.

Si quieres ponerte en contacto con ella para conseguir ejemplares en papel firmados o preguntar sobre sus libros, puedes mandarle un correo a: emily-delevigne@hotmail.es